

la
cárcel
de
el
corazón
y otros relatos
(NARRATIVA COREANA)



Selección y traducción de:
Hyesun Ko de Carranza y
Francisco Javier Carranza R.



PONTIFICIA UNIVERSIDAD CATOLICA DEL PERU
FONDO EDITORIAL 1994

Los traductores de esta serie de relatos coreanos contemporáneos, que por primera vez se ofrecen en traducción directa al español, combinan de manera ideal las cualidades necesarias para esta delicada tarea.

La Dra. Hyesun Ko de Carranza, es actualmente profesora del Departamento de Español de la Universidad Dankook, y es una especialista en literatura hispanoamericana, habiendo publicado varios artículos sobre su especialidad.

Es autora de varias traducciones de obras literarias coreanas al español, entre las que destaca un volumen de "Cuentos Coreanos", publicado recientemente. Es autora también de una gramática de la lengua coreana para estudiantes de habla española.

El Dr. Francisco Carranza Romero es actualmente profesor del Departamento de Español de la Universidad Hankuk de Estudios Extranjeros de Seúl. Es autor de numerosos artículos sobre lingüística comparativa del quechua y el coreano, así como de trabajos sobre aspectos culturales del Perú y Corea.

El Centro de Estudios Orientales y el Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú presentan este volumen como una valiosa contribución a la difusión de los valores culturales de Corea en nuestro medio.

LA CÁRCEL DEL CORAZÓN Y OTROS RELATOS

la
cárcel
de
el
corazón
y otros relatos
(NARRATIVA COREANA)

Selección y traducción de:
Hyesun Ko de Carranza y
Francisco Javier Carranza R.



PONTIFICIA UNIVERSIDAD CATOLICA DEL PERU
FONDO EDITORIAL 1994

Primera edición: Junio de 1994

Diseño de Cubierta: TANTUM Diseños.

Ilustración: Xilografía de D-yun.

Cuidado de la edición: Javier e Ilia Sologuren

Editado con el apoyo de: The Korean Culture and Arts Fundation.

Centro de Estudios Orientales de la Pontificia Universidad Católica del Perú.

Copyright © 1994 por Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú. Av. Universitaria, cuadra 18, San Miguel. Lima, Perú. Telfs. 626390, 622540, Anexo 220.

Derechos reservados

ISBN 84-8390-954-5

Prohibida la reproducción de este libro por cualquier medio, total o parcialmente, sin permiso expreso de los editores.

Impreso en el Perú — Printed in Peru



CONTENIDO

Prólogo	9
Datos biográficos de los autores	11
Contexto histórico	15
La cárcel del corazón	17
El barco regresa	71
Tierra amada de Oechondong	117
En el atardecer	135
La pelotita que tiró el enano al cielo	155
Catarsis	195
El Sr. Chang	245

PRÓLOGO

Cuando en el mundo hispano se habla de Corea, generalmente, se hace mención de la guerra fratricida entre los norteños y sureños en los inicios de la década del 50, de los Juegos Olímpicos de Seúl y de los productos de exportación como los electrodomésticos, automóviles, ropa, etc. Pero, muy pocos saben de la creatividad literaria del pueblo coreano. Las causas de este desconocimiento son muchas: la primera, la actitud de los hispanistas coreanos que se han preocupado más en traducir las obras hispanas al coreano —una labor muy importante a favor de los lectores coreanos— que en presentar la literatura coreana a los hispanos a fin de que, a su vez, aprecien el esfuerzo creativo de los escritores de Corea.

En 1991, la editorial Fondo de Cultura Económica de México publicó el primer volumen antológico de la narrativa corta coreana bajo el título *Cuentos coreanos* (traducción de Hyesun Ko de Carranza), el cual se presentó con un Simposio sobre la Literatura Coreana en la ciudad de México (UNAM) y en Guadalajara (UAG). Los mismos editores calificaron de exitosa la publicación porque en el mismo año se agotó. Ahora, *La cárcel del corazón y otros relatos* contiene otras obras nuevas que se ofrecen al lector hispano para su conocimiento y disfrute.

Si consideramos que la literatura es uno de los canales para la expresión de la realidad geográfica, histórica, cultural y social, es ésta una excelente vía para conocer mejor a un pueblo. Leyendo una obra se va conociendo los ideales, las frustraciones y la lucha diaria de un pueblo. En *La cárcel del corazón* hay de todo, desde la resistencia épica de los obreros y estudiantes contra la represión militar hasta el reverdecer del amor en la última primavera de la vida; desde el viaje frustrado hacia una isla hasta el recuerdo del querido barrio; desde el avance imparable

del desarrollismo destrozando el campo y fabricando proletarios hasta las reflexiones de un intelectual fracasado. Estos problemas de Corea son también los problemas de todo el mundo y los escritores coreanos los cuestionan como en cualquier parte del mundo.

DATOS BIOGRÁFICOS DE LOS AUTORES

Won-Il Kim (1942-)

Si en “Los pájaros y yo” muestra su preocupación por el problema ecológico, producto de la rápida industrialización de la República de Corea, en “La cárcel del corazón” narra las peripecias de un líder obrero perseguido por las autoridades por reclamar la justicia social. El autor, hijo de un ideólogo político desaparecido durante la Guerra Coreana, se pregunta: ¿qué es la ideología? y ¿cuál es el camino correcto para un ser humano?

Actualmente trabaja como profesor de Literatura Coreana en Kyewon Arts College.

Tae-Sun Pak (1942-)

Nació en Shinchon de Jwangje-do, que actualmente pertenece a Corea del Norte. Su familia se mudó a Seúl en 1947 y desde ese momento jamás pudo volver a su tierra natal. La vida errante de sus personajes en la “Tierra amada de Oechon-dong” refleja su propia vida: la angustia del hombre extrañado de su terruño.

Egresado del Departamento de Literatura Inglesa de la Universidad Nacional de Seúl, se hizo famoso desde el año 1966 por la obtención del premio del concurso de novelas de la revista Sedae con su relato “Autoformación”.

Se-Hi Cho (1942-)

Egresado del Departamento de Literatura Coreana de la Universidad Kyunghee. En 1965, inició su carrera literaria con “El bote funerario sin mástil”, pero luego guardó silencio. Y después de diez años de ese silencio, voluntario o forzado, publicó “La cinta de Moebius” y otros re-

latos con protagonistas de la clase oprimida o marginada por la industrialización de la década del '70.

En "La pelotita que tiró el enano al cielo", Se-Hi denuncia la injusticia social y las irregularidades que son consideradas muy normales por los usurpadores del poder en su país en vía de desarrollo.

Mun-Gu Li (1941-)

Nieto de un estudioso de los caracteres chinos y de la literatura clásica en chino; desde su niñez estuvo familiarizado con las obras clásicas escritas en ideogramas chinos. Estudió creación literaria en la Universidad Sorabol y en 1965 publicó su primera obra.

Alcanzó la madurez literaria con la serie de relatos titulada *Los señores de mi aldea*, donde narra, con estilo satírico y ameno, la vida de los campesinos marginados por la famosa industrialización y modernización de Corea en las décadas del '60 y '70. "El Sr. Chang" es uno de los relatos de la serie mencionada

Su-San Jan (1946-)

Nació en Kangwon-do y estudió literatura inglesa en la Universidad Kyunghee. En 1972, publicó "El fin de abril", su primer relato.

En sus novelas hay dos imágenes constantes: la arena y la neblina, en "El barco regresa" también está presente la neblina, esa cortina semitransparente que impide ver hasta lo que está cerca de la nariz de uno. Los personajes se esfuerzan por romper esa cortina y descubrir lo que está oculto. Sin embargo, cuando esta se desvanece, aparece la desilusión. La neblina es al mismo tiempo la ilusión y el desengaño.

Chong-Son Yun (1948-)

Novelista, dramaturga y poeta. Es, sin lugar a dudas, una revolucionaria en la literatura coreana actual. Ella se ha atrevido a abarcar varios géneros literarios y lo sorprendente es que en todos ha salido airosa.

Se doctoró en literatura francesa en la Universidad Montpellier, y actualmente trabaja como profesora del Departamento de Francés en la Universidad Dankook. Su relato "En el atardecer" ha sido también adaptado al teatro, habiéndose representado con éxito.

Mu-Hyon Lee (1937-)

Empezó su carrera de novelista a los cincuenta y cuatro años de edad con el relato "La respuesta tardía".

Su mayor preocupación es la existencia humana en la sociedad moderna. Ese interés de la novelista está plasmado en la búsqueda del retorno al origen ontológico del protagonista de "Catarsis". Mediante la simbología de nombres tales como Conchita, Cueva y Ovario la autora sugiere que éstos son los escondites más tranquilos para un hombre de hoy.

CONTEXTO HISTÓRICO

La década del '60 en Corea se inició con dos grandes hechos históricos: el Levantamiento Estudiantil (1960) y el Golpe Militar (1961). El primero fue una sublevación contra el dictador Rhee, y gracias a ello el pueblo pudo recuperar su libertad restringida; y el segundo, un golpe militar liderado por el general Pak que se autocalificó como el salvador de la nación en desorden.

El gobierno militar de Pak inició la industrialización y la modernización del campo y la ciudad. En la década del '70 se aceleró la industrialización. Se construyeron carreteras, se estimuló la inversión del capital extranjero, se apoyó la exportación y se promovió la coinversión. Además, "la revolución verde" aumentó la producción agrícola. En este sentido, la política del gobierno militar tuvo éxito. Sin embargo, como se preocupó sólo de los logros materiales e inmediatos, descuidó la moral, la cultura y los valores espirituales. Mientras tanto el pueblo no vivía en libertad; las autoridades, pensando sólo en los logros económicos, exigían el sudor de la clase obrera a bajo precio. Los agricultores, aunque produciendo más, se empobrecían cada vez más, por lo cual abandonaron sus campos de cultivo e inmigraron a las grandes ciudades en busca de mejores salarios.

Los intelectuales, controlados por el gobierno militar, casi no podían protestar. Sin embargo, los intelectuales valientes no se quedaron callados, y entre ellos figuraban algunos escritores. El poeta Chi-Ja Kim fue encarcelado a fines de la década del '60 por satirizar a los políticos corruptos en su poema "Los cinco ladrones".

En 1979 Chung-Hee Pak fue asesinado por el Director del Servicio de Inteligencia de Corea, una de las personas de su mayor confianza. Cuando el pueblo estaba a punto de vivir en democracia, los militares,

que durante casi veinte años se habían beneficiado del poder, no quisieron retirarse a sus cuarteles. Tras la masacre de Kwangju, el 18 de mayo de 1980, el general Du-Hwan Chun llegó al poder que lo retuvo hasta 1987. En esos años la economía siguió prosperando, pero esta prosperidad se logró gracias al sacrificio de la clase obrera, situación que agudizó más la polarización entre los ricos y los pobres. Y los estudiantes no cesaron de protestar contra la política del gobierno. Los obreros, conscientes de su situación, también formaron parte de estas protestas.

Al retirarse Chun, su sucesor Rho, otro ex general, ganó las elecciones presidenciales (1987-1992). Durante su gobierno los obreros empezaron a organizar los sindicatos oficialmente y a reclamar sus derechos.

Las obras que presentamos en esta colección son fieles testimonios de la sociedad coreana desde la década del '60 hasta la década del '80.

LA CÁRCEL DEL CORAZÓN

KIM, WON-IL

Aquel año se celebraba la 7a Feria Internacional del Libro en Moscú. Corea, por vez primera, se presentaba con unos quinientos setenta libros. La Asociación de Editores Coreanos, que se había encargado de todos los trámites, organizó ese viaje a la Feria y al mismo tiempo para conocer algunas ciudades de la U.R.S.S. que todavía era desconocida por nosotros. Los representantes de veinte y dos editoriales participaron y yo fui uno de ellos. La Feria duró una semana, pero como el itinerario de la delegación coreana incluyó el viaje a Leningrado y Kiev, permanecemos doce días en la U.R.S.S. Apenas llegado al Aeropuerto Kimpo, mi esposa me recibió con preguntas sobre el viaje y luego me soltó la noticia sobre Jyongu.

– Es que como la llamada internacional a la U.R.S.S. no era tan fácil y, además, como andabas preocupado, no quise molestarte. Cuando me llamaste de ese lugar, creo que fue Leningrado, te lo iba a decir pero me contuve. Es que hace una semana tu hermano fue internado en el Hospital anexo a la Facultad de Medicina de la Universidad Kyongbuk.

La corte, por fin, le había dado el visto bueno para la hospitalización. Seguro es que mi hermano había estado muy enfermo. Mi esposa me explicó que su enfermedad se había agravado muchísimo y que requería la atención continua de los médicos. Jyongu fue sentenciado a un año y medio de encarcelamiento en el primer juicio, y elevó su caso para el segundo juicio. El visto bueno de la hospitalización me pareció muy tardío y no pude contar con la buena voluntad de parte de la corte. Hacía ya diez años atrás que había padecido de hepatitis. Fue el año '79 cuando lo soltaron por cese de la sentencia después de haberlo encarcelado

unos veinte meses. La córnea se le había vuelto amarilla. Se quedó en la casa de mi hermana Sukyong y fue a una clínica. Aquella vez se recuperó rápido. Mi hermano no era robusto pero tampoco debilucho. Ya restablecido, siguió una vida normal sin ningún problema. Pero esta vez, después de que lo arrestaran, lo pasaron de la policía a la fiscalía. Fue allí cuando empezó a quejarse de mala digestión, le dolía siempre el estómago y no podía ni siquiera sentarse porque le costaba trabajo. Cuando lo visitaban, se quejaba de dolores. Fui a la cárcel de Taegu para verlo. Fue a principios de julio cuando llovía diariamente por estar en la primera temporada de lluvias. Esa vez, estaba delgado y pálido antes de cumplir el primer mes en la cárcel. Tenía el rostro pálido, amarillento y negruzco y los pómulos salientes. Parecía como si hubiera reiniciado su huelga de hambre y era muy notable su desnutrición. Estaba igual que hace cinco años cuando había hecho la huelga de hambre en la cárcel de Andong. Aquella vez había sido contra las autoridades de la cárcel por el mal trato que les daban a los prisioneros de conciencia, reduciéndose a tomar sólo agua. Aunque su rostro estaba muy pálido, no tenía ninguna enfermedad. Pero esta vez era visible su malestar. Aún así, no se preocupaba de sí mismo. Más bien se sonrió levemente. Y me dijo: “Como llueve tanto, los vecinos no tendrán trabajo ni comida. Cuando me pongo a pensar en eso, sueño despierto. Y en el sueño, estoy libre y corro por el barrio”. Su leve sonrisa era muy especial y cuando así sonreía, parecía un viejo por las arrugas que se formaban en torno a la boca. Tenía apenas treinta y nueve años. Le dije que quizás tenía enfermedades estomacales o del hígado y le pregunté si había solicitado la consulta médica. Me contestó que no, y que sólo pedía medicina para la digestión. Agregó, sin mucha preocupación, que sanaría pronto porque no tenía ningún dolor especial. Después me entrevisté con su abogado Yongchun Chu y le dije que estaba seguro de que mi hermano se hallaba enfermo, y le pedí que hiciera la petición de hospitalización para el examen médico y su tratamiento correspondiente en algún hospital grande. La petición no tenía ninguna respuesta hasta el momento de mi partida a la U.R.S.S.

En el trayecto del aeropuerto a casa, mi esposa me contó que ayer había ido a Taegu y había vuelto el mismo día. Que le estaban haciendo el examen general y que, según el médico, el problema no estaba en el estómago sino en el hígado. Y que ella también pensaba igual.

– Dicen que después de que le sacaron el agua del abdomen había perdido seis kilos inmediatamente. Está tan flacucho que da pena mirarlo de

frente. Fíjate, ni siquiera puede tomar el arroz aguado. Además, me preocupo por la salud de mi suegra que lo acompaña. Y tú sabes que yo tampoco puedo estar allí por los hijos. Aunque estés muy ocupado, tienes que ir a verlo pronto. —Enjugó las lágrimas con el pañuelo. —Tu hermana fue la que pagó al abogado por lo de la vez pasada y por lo de esta vez. —agregó como si recordara algo repentinamente.

Afuera, el calor de mediados de agosto era calcinante. Las hojas de los árboles de la calle estaban caídas y el lejano complejo de apartamentos se veía muy vagamente entre los vahos asfixiantes del calor. Detrás de esa imagen vaga, apareció la imagen de mi hermano, flacucho como una hoja hundida dentro del agua. Mi hermano y yo vivimos más separados que juntos. Yo le llevaba ocho años y la separación no nos dejó conversar con confianza. Vivimos juntos hasta que terminé la preparatoria. Después, ya no más. Cuando cursaba la secundaria, yo estaba en la universidad en Seúl. Cuando él era estudiante de preparatoria, yo estaba en el servicio militar. Y cuando él era estudiante universitario en Taegu, yo ya trabajaba en una oficina de Seúl.

Al día siguiente, fui al trabajo en autobús, dejando el carro cubierto que me esperaba en la playa de estacionamiento del departamento desde hacía quince días. Lo que primero hice en la oficina fue examinar el cuaderno de venta de libros. Tal como suponía, no había habido venta en estas dos semanas, pues la gente había ido a las montañas o playas. Esto era muy natural porque la época no era para perder tiempo en la lectura. Luego examiné el avance de la redacción de tres libros nuevos que pensábamos publicar en otoño. Después me encontré con el profesor de ruso que tradujo los tres tomos de *Niños de Arbat*. Era urgente la traducción de 1935 de Anatoli Ribakov, que equivalía al primer tomo de la segunda parte de *Niños de Arbat*. 1935 pudo ver la luz gracias a la política de Perestroika de Gorbachov. Cuando fue publicado hace un mes y medio, en el acto fue traducido a varios idiomas occidentales y aplaudido internacionalmente. Era una gran obra de un Ribakov ya maduro. Le pregunté al profesor si podía terminar la traducción de trescientas páginas en dos meses. Dijo que no, porque el calor no le dejaría trabajar con eficiencia. Pensando en la urgencia de la publicación, un momento pensé hacer la traducción de la versión japonesa al coreano. Seguramente en japonés ya estaría traducida la obra. El asunto era sencillo: conseguir la versión japonesa, dividirla en tres o cuatro partes, darles a unos tres o

cuatro especialistas en japonés y pedirles la traducción al coreano. Pero como eso estaba en contra de mis principios editoriales, descarté la idea y empecé a convencer al traductor de la primera parte de la obra. Se podía confiar en su traducción, y así habría la continuidad del estilo de ambas partes. Logré convencerlo. Mi editorial tenía sólo nueve empleados y publicamos, más que todo, libros de menor volumen en cantidades menores. Hasta este momento, hemos publicado unos ochenta libros, pero desde el año pasado, como no teníamos ninguna publicación sensacional, apenas podíamos mantenernos. En parte yo era culpable, tal como se quejaba secretamente el director de ventas, porque no permitía publicar libros sentimentales al gusto de los jóvenes de hoy. Estando así, salió *Niños de Arbat* de Ribakov. Fue una sensación. Como todos los periódicos prestaban mucha atención a la política reformista de democratización de Rusia llenando sus páginas con las noticias y los reportajes especiales, el libro pudo llamar la atención de los lectores. En cuatro meses, se vendió más de noventa mil ejemplares y nos salvó del aprieto económico. El porqué me había decidido rápido a participar en la Feria Internacional del Libro tenía que ver con ese asunto. Aunque para mí era el primer viaje al exterior, no había vacilado; pensé que podía lograr la entrevista con Ribakov y relacionarme con la asociación Rusa de Derechos de Publicación que pertenecía a la Asociación de Escritores Rusos. En el viaje, conseguí la novela *Relatos de Kolimá* de Shalomov, que denunciaba la realidad de los reformatorios bajo el gobierno dictatorial de Stalin. Ahora como se gozaba de la Transparencia Cultural, juzgaban de nuevo los regímenes anteriores. En la noche, cené con otro profesor de ruso para ver la posibilidad de la traducción de la novela de Shalomov. También tomamos cerveza. Luego me dirigí a la estación de ferrocarril. Como en la mañana, al salir de casa, ya le había avisado a mi esposa sobre mi viaje, simplemente la llamé por teléfono desde la estación y subí al tren nocturno con un maletín en la mano.

Cuando llegué a la estación Tong-Taegu, se veían vagamente las primeras luces del alba. La noche de verano era muy breve. La plaza de la estación ya estaba siendo bañada por los primeros rayos. Tomé el taxi y le pedí al taxista que me llevara al Hospital de la Universidad. En esta ciudad, Taegu, había varias facultades de medicina; sin embargo, cuando uno decía "Hospital de la Universidad", la gente de Taegu comprendía automáticamente que se trataba del Hospital anexo a la Universidad de Kyongbuk. Estaba en Samdok-dong, el centro de la ciudad. En eso no

había confusión de cuál era cuál. La Facultad de medicina y el Hospital estaban separados por una calle. Su extensión era bastante grande y eran unos de los pocos edificios antiguos construidos con ladrillo y al estilo occidental. Desde la estación al hospital sólo pagué la tarifa básica.

Al bajar del taxi, noté que la pequeña calle que separaba la Facultad del edificio del Hospital estaba muy desierta. De repente, recordé mi época de estudiante de secundaria. Trabajaba como distribuidor de un diario matinal que tenía difusión por todo el país. Distribuía por los barrios de Samdok-dong y Tongin-dong. La calle y sus alrededores seguían iguales como antes, pero entonces la calle me había parecido más enorme que ahora. Correteaba por esa calle desierta mirando las estrellas de la mañana. Entregaba seis periódicos a la Facultad de Medicina y siete al Hospital. Cuando entregaba unos trece bultos a los guardianes de ambos lugares, sentía como que terminaba la mitad de mi deber y el resto me parecía livianísimo. Posiblemente, era el año 55. Como mi hermano había nacido en el año de la Guerra, habría tenido entonces cuatro años. Mi mamá ganaba algo vendiendo en el mercado los productos extranjeros que salían ilegalmente de la base militar estadounidense. Como todos, nosotros también sufríamos hambre.

Como el muro de ladrillo era bajo, se veía el interior: los dos jardines amplios estaban boscosos como antes. Los árboles en la calle que dividía los dos edificios parecían techos de la misma. Estaban húmedos por el rocío de la madrugada. Ya se me había pasado la borrachera que había sentido al subir al tren. Ahora sentía malestar por no haber dormido bien. Me dolía la cabeza y el cansancio penetraba en todos mis músculos. Mis pasos eran muy vacilantes. Claro, fuera del licor, apenas cumplía dos días del viaje de Moscú. Además, mi organismo todavía no estaba adaptado al cambio de siete horas.

En la garita de la puerta principal del Hospital, un guardián, con la gorra del uniforme puesta, estaba dormitando bajo la luz pálida. Iba a preguntarle dónde estaba el edificio de mi hermano Jyongu, pero no me detuve. Caminé por la calle pavimentada entre el bosque que llevaba al edificio principal. Este, construido en la época de la ocupación japonesa, era oscuro y parecía pesado. El aire fresco matinal llegó hasta mi nariz. Pero pronto sentí pesadez al imaginarme el encuentro con mi hermano. Encendí un cigarro a pesar del dolor de cabeza. Desde algún lugar del

bosque, se oía el canto agudo de un pajarito recién despierto. El canto rompía el silencio profundo.

El edificio de Jyongu, que mi esposa me había descrito, estaba aislado, al lado del muro posterior lleno de hiedras. Me dio la impresión de que lo habían encerrado en un sanatorio. Debían sacarlo de esa cárcel aunque fuera por el custodio legal. Entré al edificio de ladrillo de un solo piso. El corredor era largo y oscuro, al final estaba el vidrio en forma de un lente angular. Sentí frío como cuando entraba a la cárcel que mi hermano frecuentaba como si hubiera sido su propia casa. Cada cinco pasos aproximadamente había ventanas que daban al jardín lleno de plantas. Las salas daban al muro posterior. Era un edificio de unos setenta u ochenta años y su techo de cal y su pared estaban empolvados y manchados. El piso de cemento tenía muchos parches. El olor a desinfectante, característico de un hospital, estaba mezclado con el olor de la podredumbre. En el pasillo había poca luz y en esa luminosidad deficiente tenía que buscar la habitación de mi hermano. Como tenía que leer el número de la habitación pegado en la puerta, mis pasos eran más sonoros en el corredor. Una habitación tenía la puerta medio abierta, posiblemente por el calor. Adentro se escuchaba el débil gemido de un enfermo, parecía una queja angustiada que venía de lo más profundo de la tierra y sentí más pesar aún. En una banca larga del pasillo estaban dormidos, totalmente descubiertos, algunos familiares de los enfermos. Al principio, creyendo que iba a encontrar a mi mamá o a mi cuñada, me acercaba a las bancas. Después de observar dos bancas, recordé lo que me había dicho mi esposa: la habitación de mi hermano era individual.

– ¡Ah! Eres tú. Estoy aquí.

En un espacio gris y oscuro en que era difícil reconocer a la gente, mi mamá me había reconocido desde lejos. Tenía el sentido propio de una madre. Estaba sentada y bien erguida en una banca del corredor. No pude distinguirle el rostro. Sólo oí su voz ronca. Me preguntó sobre el viaje; y yo le pregunté por qué estaba sentada afuera. Me señaló con los ojos la habitación y dijo que había dormido un poco en la banca porque no quería estar junto a un hombre detestable. Entonces comprendí, mi hermano era un prisionero bajo custodia legal que restringía su morada, y había un alguacil que lo vigilaba dentro de la habitación.

– Oye, Yungu, parece que pasa algo aquí. No entiendo cuál es la orden

del custodio legal, pero una autoridad policial vino el otro día y dijo que no nos preocupáramos por los gastos de hospitalización y curación. Que el estado pagaría todo. Además parece que ya se terminó el examen general; pero el médico encargado guarda silencio hasta ahora. Todos dicen que tu hermano tiene algo así como cirrosis. Hablando del examen general, me pareció esto una tortura. Amarran a uno en una plancha de hierro en forma de cruz y la hacen girar. ¡Dios mío! ¡Qué cosas...!

Mi mamá no pudo seguir más. El llanto le ahogaba la garganta y no la dejaba hablar. No me atreví a preguntarle si la enfermedad era cáncer. Me senté a su lado. No tenía por qué despertar a mi hermano sin algunas noticias buenas para la solución del problema. Además, estaba profundamente dormido.

– Tienes un amigo médico en el hospital, ¿verdad? – me preguntó mi mamá.

– Sí. Casi todos se han trasladado a Seúl, pero todavía tengo uno.

De nuestro salón del último año de la preparatoria había cinco compañeros que habían ingresado a la Facultad de Medicina de la Universidad Kyongbuk. Cuatro de ellos ahora trabajan en Seúl; unos en los hospitales grandes, otros como dueños de clínicas. El único que quedó aquí cumpliendo veinte años era Kuncho Jam. Trabajaba en la sección de Patología Clínica.

– No creo que engañe a un viejo amigo. A ver, comunícate; pero si dice... – se humedeció su voz. Agachó más su pequeño cuerpo y aguantó las lágrimas. Habría recordado todo en ese momento. Las canas de su cabello delantero temblaron reflejados ante la luz pálida.

Mi papá era el predicador de una iglesia apenas fundada en el pueblito de Janche. Había unas cuarenta casas en ese pueblito rodeado de montañas. El pueblo más cercano y grande de Janche era Joechon a unos veinte kilómetros. Pero Joechon también era considerado como el rincón del mundo de Pyonganbuk-do. El había llegado a Seúl en el otoño del año 1947 buscando la libertad de credo. Sólo lo acompañamos nosotros, mi mamá, mi hermana y yo. En aquel entonces yo todavía no empezaba los estudios de primaria. Después de tres años, estalló la Guerra Coreana. Como todos los que vivían en Seúl, tampoco pudimos ser evacuados y mi papá fue arrestado por los policías comunistas. Antes de que los sureños recuperaran Seúl el 28 de setiembre, fue llevado al norte

por los comunistas. Mi mamá, que estaba en el noveno mes del embarazo, se dirigió al norte siguiendo sus huellas. Mi hermana y yo, naturalmente, la acompañamos. Supimos algo de mi papá cerca de Sariwon, Jwange-do. Unos señores, que eran del mismo grupo de mi papá, lograron escapar y estaban volviendo a Seúl. Uno de ellos dijo que mi papá y unos veinte más habían muerto por el bombardeo estadounidense cerca de Yonchon, Kyonggi-do. Ya no teníamos por qué seguir nuestro camino hacia el norte. Mi mamá decidió inmediatamente irse a Yonchon. Allí sí nos confirmaron la muerte de él. Después, en la antesala de una casa evacuada, dio a luz y ése era Jyongu. Ese año de 1950, correteando por todas partes sin un momento de descanso, sufriendo por la penuria, mi mamá, todavía jovencita, enviudó a los veintinueve años de edad. Por la intervención de la fuerza armada china, los sureños tenían que retirarse más al sur abandonando otra vez Seúl. Teníamos que ir hacia el sur también. Para narrar todos los sufrimientos de mi madre las palabras son insuficientes, como suele decir ella. En pleno invierno crudo y con tres hijos llegó a una ciudad llamada Taegu donde no teníamos ningún familiar y ningún conocido. En aquel entonces, yo cursaba el tercer año de primaria y todavía están vivos y claros los recuerdos del frío, hambre, caminata sin fin, y el dolor insoportable de los dedos del pie. También me acuerdo muy bien de mi hermana Sukyong que, sin quejarse de nada, caminaba y caminaba. Como dicen, a lo mejor las mujeres son más fuertes que los hombres en algunas circunstancias.

Para mi mamá nosotros tres significamos todo. Eramos el único sostén de su vida, la razón de su existencia. Ahora que tengo cuarenta y siete años, ya puedo comprender cómo habría sido su vida. En esos momentos, mi mamá sufriría ante el temor de perder, quizás para siempre, a una de sus tres joyas. En su rostro arrugado y sombrío pude descubrir su desesperación, vi unas gotas de agua retenidas en sus ojos. Dijo, entre dientes, que no debía llorar. Aguantaría tanto el llanto que esas lágrimas relucientes se habrían congelado en sus ojos. Toda su fortaleza templada por los dolores de la vida en tierra ajena, dedicada al cuidado y la educación de sus tres hijos también se derrumbaba. No, eso no era cierto. Cuando tenía más de sesenta años, participó en las actividades de la Asociación de Familias por la Democracia con la esperanza de liberar a su hijo. Tomaba parte en las manifestaciones, se amarraba la cabeza con el pañuelo y se ponía una cinta con algún lema en la espalda. Era el hijo que no había conocido a su padre, mi mamá siempre decía que él estaba

en su corazón y junto al padre. Aunque el encarcelado era él, ella, en su corazón, tenía una cárcel donde moraban juntos.

– Es que yo le llevo treinta años a Jyongu. El año pasado era fatal porque nuestras edades terminaban en la cifra nueve. Pero pasamos sin muchos problemas y creí que así íbamos a pasar este año también. Y ahora... –dijo mirando más allá de la ventana de enfrente.

Calculaba la edad según nuestra tradición y recordó la superstición de la mala suerte de los que estaban en la edad que terminaba con nueve. Habría llorado mucho adentro porque su voz estaba muy ronca. Sentiría lo vacío del eco. Tanto amor, pero en vano...Perdí el habla y seguí la mirada de ella. Se veían las ramas anchas de los árboles detrás de la ventana. Se veía un pedacito de cielo en el espacio entre el edificio de ladrillo de dos pisos de enfrente y el edificio donde estábamos. El amplio jardín separaba los dos edificios. Estaba llegando la claridad del amanecer. Los cantos de los pájaros llenaban el ambiente. El sol era igual que ayer. Aunque en este edificio la llama de una vida joven se extinguía poco a poco, el sol era indiferente y seguía su ruta de este a oeste, otro confín de la tierra.

Me paré sin decir nada con el maletín en la mano. En la puerta de la sala de mi hermano había un letrero grande: “Prohibida la entrada excepto al personal autorizado”. Entré. Otro letrero que decía “Reposo absoluto” estaba colgado en el reborde final de la cama. No sé todavía por qué éste impactó primero mi vista. Jyongu estaba con los ojos cerrados y con la jeringa del Ringer en su brazo. En el centro de la sala había una mesita y tres sillas de fierro cubiertas por vinílico. La luz del foco, encendido en una pared, se veía opaca por las luces solares que llegaban por la ventana. En la banca larga, un joven de uniforme estaba dormido con los zapatos puestos. Su cabeza descansaba en el brazo de la banca. Pero pronto se despertó y se sentó. Me echó una mirada terrible. Para él, yo era un intruso. En un lado del cinturón tenía las esposas y en el otro un palo.

– Soy su hermano – le dije en voz baja. Dejé mi maletín en la silla y me acerqué a la cama. Estaba dormido. Sus dos manos huesudas estaban unidas encima de la cobija. Parecía que estaba atado con la jeringa del brazo. Su aspecto me dio pena: el cabello largo empapado por el sudor y

la barba larga y rala. Se le veía la clavícula muy resaltada entre su ropa de enfermo. Su busto, sin presencia de carne, me alejó de la vida terrenal. Cuando vivíamos en una habitación de alquiler en Changkwandong, centro de Taegu, íbamos a la iglesia Cheil cerca de la casa. En la clase de catecismo estudiábamos separados: él en el grupo de la primaria y yo en el de la preparatoria. El era muy huraño, pero, según la alabanza del maestro, cuando rezaba, era elocuente y locuaz. En su oración siempre mencionaba a mi papá y mamá. Cuando era niño, era el más cariñoso con mi mamá y, naturalmente, el más engreído de ella. Cuando mi mamá llegaba del trabajo en la noche, iba a la calle para esperarla y cenar juntos. Llegaban a casa agarrados de la mano. "Hijito mío, esperaste a tu mamita para comer juntos, ¿verdad?" El rostro dormido, lleno de paz me hizo recordar su niñez. Los de buen corazón, aunque ya no lo fueran, mantenían algo de esa pureza infantil.

No quería despertarlo, estaba profundamente dormido. Me senté. Ya mi mamá estaba en la sala. El joven alguacil se presentó. Era un tal Choe. Tenía el cabello corto y los pómulos salientes. Me preguntó mi nombre, dirección, número de teléfono y otras cosas insignificantes y las apuntó. Le contesté sin prestar atención a sus preguntas.

La puerta de la habitación se abrió sin ruido. Una mujer entró de puntillas sin hacer sonar sus pasos. Traía agua en un recipiente de plástico. Con una toalla se envolvió la cabeza y se puso la camisa arremangada del uniforme militar y el pantalón.

– ¿Cómo está, señora? ¡Qué molestia desde la madrugada! –mi mamá la saludó con mucha alegría.

– Es que empiezo a trabajar a las siete y media. – le dijo en voz baja como si su llegada fuera un pecado. Su cuerpo estaba quemado por el sol. La buena señora puso a un lado el recipiente de agua. Dijo que recién la había recogido del manantial de la montaña. Observó buen rato a Jyongu, luego se sentó en la silla evitando hacer ruido. Agarró las dos manos de mi mamá y le dijo: "Recemos". Las dos mujeres rezaron a Dios con la cabeza gacha, con todo el corazón para que salvara a Jyongu. Después de unos diez minutos se despidió. Se fue caminando de puntillas. Mientras tanto el alguacil Choe volvió después de lavarse.

– Quizás la habrías visto en la corte la vez pasada. Es que coincidió justo cuando los funcionarios destruían su casa de alquiler. Será por eso

que siempre se preocupa por mi hijo. Ahora se va a trabajar de obrera de construcción, tiene que mantener a su suegra enferma y tres hijos más. Carga la arena y ladrillos en su cabeza y los lleva al tercero o cuarto piso. ¿Acaso hay escaleras? Son unos fierros amarrados entre un piso y otro. —hablaba mi mamá mientras colocaba el recipiente de agua debajo de la cama de Jyongu.

Transcurrieron treinta minutos más antes de que se despertara mi hermano. Ya se oían los pasos apresurados en el pasillo.

— ¿Cuándo llegaste al país? —fue su primera pregunta dicha con voz débil.

Luego siguió con más preguntas sobre el proceso de democratización de la U.R.S.S., conocida como el último logro más sorprendente del siglo XX, el apoyo a Gorbachov en su propia tierra, cuyo poder, según la prensa occidental, está amenazado por los bolcheviques conservadores que habían gobernado el país durante setenta años, el muro de Berlín derribado, la reacción de los soviéticos contra la política de desideologización comunista de otros países, etc. Seguramente ya había leído artículos porque había varios periódicos al lado de la biblia y el teléfono encima de la mesita. Sin embargo, quería escuchar la opinión de un testigo. O si no, quería saber mi observación, basada en mi experiencia directa, sobre la reacción de los intelectuales amarillos de la clase media que no eran del grupo conservador ni del grupo progresista. Era prematuro decirle que en la U.R.S.S. ya se había despedido la supremacía de la ideología como el valor supremo, y ahora estaba cambiando drásticamente el antiguo rumbo del socialismo, y Gorbachov gozaba de una popularidad nunca vista. También era injusto decírselo así a un hombre solitario, que luchaba casi veinte años relacionando los problemas ideológicos con la realidad nuestra. Además, mi observación era pobre y limitada. Le dije simplemente que había presenciado el escenario de los conflictos donde el socialismo estaba cambiando su aspecto de religión dogmática para mejorar la vida del pueblo. Mi respuesta era bastante vaga y general. No quería contarle que en todo aquel país había colas largas de gente que se desesperaba para comprar las pocas cosas que había en los grandes almacenes o en las tiendas. Ese fenómeno era igual en Moscú, en Leningrado o cualquier lugar a causa de la escasez de productos necesarios para la vida. No le dije todo esto porque ya los periódicos lo habían comentado en muchas ocasiones. Además, para explicar ese fenómeno se necesitaba hacer un análisis sin fin: el verticalismo de la burocracia

política, el descenso de la calidad de los productos por falta de competencia debido a la nacionalización de todas las fábricas, la apatía de los obreros, etc. Mi hermano se lamentó de que las autoridades de nuestro país jamás cedieran y sólo se preocuparan de defender sus derechos adquiridos; mientras que la teoría económica de Marx, que parecía muy dogmática, estaba adecuándose a las nuevas situaciones gracias a la autocrítica. Movi6 la cabeza en forma negativa. Parecía que no sentía dolor y su rostro era más reluciente, aunque su voz carecía de fuerza. Quizás en la jeringa de Ringer habían echado el calmante o, como dicen, la enfermedad del hígado avanzaba sin dolor.

– Había un complejo de vivienda de la Asociación de Escritores en las afueras de Moscú. Gorki pidió el favor a Lenin y fue construido en 1930. Es un pueblo utópico de los escritores. Allí vive el viejo Ribakov, el presidente del PEN de la U.R.S.S. Las casas son del estilo de las casas de campo: un patio grande, dos habitaciones. Una es para dormir y la otra para escribir. Conversamos en la sala comedor. Se nota la frugalidad en su casa, y creo que sería lo mismo en otras casas de aquel país. Cuando le dije que en Corea leíamos mucho sus obras, se alegró muchísimo. Tiene setenta y siete años, pero su voz es recia y le brillan los ojos. Por eso a esa edad habría podido escribir una obra maestra como *Niños de Arbat*. Como otros intelectuales, él también apoya ciegamente a Gorbachov. Dijo que Gorbachov le dio al pueblo la libertad ilimitada de viaje y de opinión, y a los artistas además la total libertad de expresión. Tal como comentó él, el tema de *Niños de Arbat* es una denuncia de la política de terror durante la época dictatorial de Stalin. Según él, durante los veintidós años de la dictadura stalinista unos setenta millones, incluyendo a los intelectuales, fueron ejecutados o desterrados. Dijo que aún así ellos sobrevivieron porque los eslavos eran más pacientes que cualquier otro pueblo pues habían aguantado firmemente la esclavitud de doscientos o trescientos años durante las invasiones árabe y mongólica. Lo que quería decir es que la política de Perestroika de la U.R.S.S., que está en plena florescencia, es el fruto de la paciente espera de unos setenta años del pueblo ruso.

Se ensanchó mi impresión de ese país quizás debido al poco tiempo transcurrido desde mi regreso. Todavía su imagen estaba viva en mi mente.

– Leí los tres tomos de *Niños de Arbat* que me obsequiaste. La grandiosidad de la literatura de la U.R.S.S. me impresionó mucho. En el libro leí el curriculum vitae de Ribakov. Cuando estudió en la universidad en la época de Stalin, lo desterraron a Siberia durante tres años. Pero después, a su vuelta del destierro, se convirtió en un comodín y ganó el “Premio de Stalin” poco antes de la muerte del dictador. A partir de allí, durante más de treinta años no escribió nada. Prefirió el silencio para protegerse a sí mismo. Luego cuando llegó la época de la libertad de expresión, finalmente coge la pluma y ataca al finado dictador. ¿Qué es esto? Si se hubiera muerto hace siete años, antes de que se les permitiera la libertad, finalizando su vida a los setenta años, ¿qué habría pasado?

Jyongu atacó sin misericordia a Ribakov. Si yo lo hubiera hecho, me habrían atacado como vanagloriado intelectual burgués. Pero él sí tenía derecho de hacerlo.

– Por eso dicen que la época produce a los héroes. Para un escritor, la época es muy importante también.

Ante mi pobre respuesta, mi hermano cambió de tema.

– La ideología socialista se basa en la justicia moral, ¿no? Cuando Lenin hizo la Revolución Bolchevique, lo primero que hizo fue abolir las clases existentes. Y su principio era la distribución equitativa de la propiedad. Pienso que Gorbachov, a base del pluralismo de la política económica, está llevando a cabo la política de Transparencia y Perestroika para mejorar la calidad de la vida del pueblo. ¿No es así?

– Es que cuando la Revolución Bolchevique tuvo éxito en 1917, la teoría económica socialista tenía toda la razón. Pero ahora esa teoría ya encontró su límite. En los grandes almacenes nacionales, los trabajadores usan el ábaco porque no existe ni siquiera una calculadora electrónica.

– ¿Cómo viven ellos?

– Juzgando con la óptica capitalista, viven en penuria. La calidad de los productos en los almacenes es más o menos igual a los nuestros de mediados de la década del '60. Pero tienen una buena política de bienestar social y por lo menos no tienen las preocupaciones básicas de la vida. La virtud de esa sociedad estaría en la pureza de la ética y moral tal como dices. Ellos son honestos y no están dañados. El caso de los altos partidarios sería diferente, pero a nivel del pueblo no existe injusticia, irregularidad ni mentira.

– Allí está la cosa. Aunque el nivel de la vida de su pueblo esté atrasado veinte o treinta años comparado con el de los países desarrollados de oc-

cidente, hay igualdad respecto a la calidad de la vida del pueblo. Aunque sea lento, lo importante sería aumentar poco a poco la calidad de esa vida igualitaria. No es buena la política de mejorar sólo la calidad de la vida de una minoría, por ejemplo, unos pocos capitalistas monopolistas, los que tienen el poder político, los que viven arrimados a esos dos grupos, tal como sucede aquí en nuestro país. Mira nuestra realidad. Los que tienen, tienen demasiado y ganan sin trabajar; mientras los pobres viven en una habitación del sótano, siete u ocho personas trabajando día y noche. Allí ni llega el sol. Fíjate, el paraíso y el infierno no están más allá de este mundo, sino aquí, aquí mismo, hermano. No creas que estoy justificándome para realizar los ideales del socialismo en Corea. Reconozco que los países socialistas, en cuanto a la política, son dictatoriales; en cuanto a la cultura, unilaterales; y su economía, muy atrasada. Pero observando nuestra realidad con mente fría, estoy seguro de que este desfile de vicios que sucede delante de nuestros ojos debe desaparecer inmediatamente. Nuestra sociedad ya logró el considerable crecimiento de la economía y ahora debemos preocuparnos por la clase pobre. Son unos tres millones y medio de marginados y resentidos de nuestra sociedad. Es que el crecimiento económico y la exportación ya no están en primer plano. Ahora debemos ocuparnos de la justicia de la distribución lo más pronto posible. Habrá un punto donde la curva del socialismo y la del capitalismo se encuentren. Es que... —Su voz se convirtió en jadeo.

— Oye, ya no más. No debes estar colérico. Te hace daño. Todo lo que dices ya lo dijo la Biblia hace dos mil años. ¿No dice que es más fácil que un camello entre por el ojo de una aguja que un rico entre al cielo? El Señor ya lo sabía todo.

— Mi mamá, que estaba callada hasta ese momento, intervino. Yo no tenía qué decir acerca de ese tema. Frente a un hombre que había luchado con cuerpo y alma contra la realidad, yo era un pobre observador, no más.

— Sea lo que sea, estamos en buena época. Ha sido tu primer viaje al exterior, y nada menos conociste un país de socialismo ortodoxo ¡Qué bien...! —su voz estaba cansada.

Jyongu sabía muy bien cuánto sufría yo por ser su hermano. Cuando lo perseguían, yo era objeto de vigilancia de las autoridades. Dos veces me llevaron a un lugar desconocido y me golpearon para que les delatará su escondite. Cuando ingresó a la universidad en Taegu, escogió

como actividad extracurricular el club Asociación de Estudiantes Cristianos. Como mi padre era pastor, nos había bautizado de niños e íbamos al templo desde pequeños. Por tanto, le habría sido fácil escoger ese club cristiano para enriquecer su vida universitaria. En ese club se le abrieron los ojos hacia la dura realidad. Y encontró su solución en la Teología de la Liberación. Empezó a participar en las reuniones y protestas contra el gobierno pidiendo la liberación del pueblo de “la opresión y la pobreza”. Nadie, ni mamá, pudo imaginar que un muchacho tan tranquilo e introvertido se convirtiera en un fiero luchador. Como dicen los sofistas, por ser muy introvertido podía llegar a ser muy extrovertido en un momento dado. A lo mejor tenían razón. Varias veces estuvo con orden de captura y encarcelado. En el tercer año de universidad lo llevaron a la fuerza al servicio militar. Lo mandaron a la división especial que cuidaba la zona contigua a la Zona Desmilitarizada y allí lo maltrataron intencionalmente. En el año '76, después de un año de estar de baja, el último de la universidad, de nuevo estuvo con orden de captura por violar el artículo No. 9 de la Ley de Emergencia. Esa terrible ley. Se escapó y trabajó de obrero en una obra de construcción de Kyongsan. Allí fue capturado. Lo sentenciaron a dos años de cárcel y cuatro años de suspensión de garantías constitucionales. Habría cumplido un año y ocho meses cuando lo liberaron. Apenas salido de la cárcel, se dedicó al movimiento laboral de los obreros de Taegu. Ya no quiso terminar la universidad. Empezó a trabajar como un obrero novato. No anotó sus estudios de nivel superior en su currículum. La primera fábrica donde trabajó fue la Tintorería Tongyong, ubicada dentro del Complejo de Tintorerías de Pisan-dong, Taegu. Ni avisó a los familiares dónde vivía. Como obrero, maestro de la escuela nocturna de obreros, dirigente del grupo oprimido, pasó su vida en el Complejo Komdan, Tercer Complejo, Complejo de Tintorerías de Pisan-dong, Complejo Songso, y Complejo Wolbae. Nadie sabía dónde trabajaba ni dónde estaba. El año 80 yo también estaba mal económicamente porque me echaron del diario donde trabajaba como periodista. Sufrí unos tres años sin trabajo hasta que comencé con la editorial. En ese lapso y después los policías me visitaban en casa y luego en la editorial para saber por dónde estaba mi hermano. Decían que donde se encontrara siempre habría problemas sindicales, huelgas o manifestaciones de los pobres que reclamaban más derechos. Dos veces lo encarcelaron, y cuando lo tenían en la cárcel los policías dejaban de visitarme. El último encarcelamiento ocurrió en esta primavera por su intervención en una pelea entre los funcionarios y los pobres

inquilinos. Los funcionarios destruían las casas de la barriada de Pisan-dong de Taegu porque el gobierno tenía el proyecto de construir nuevas viviendas modernas en ese lugar. Los pobres inquilinos que no tenían adónde ir se opusieron a la destrucción. Jyongu y su esposa vivían allí dedicados al Movimiento para los Pobres. Fue acusado de herir gravemente a un funcionario y causar heridas leves a otro. Las autoridades lo consideraban como el hombre problemático más representativo de Taegu. Pero yo no podía creer que fuera el autor de aquella violenta agresión. Para mí, era el modelo de hombre tranquilo exteriormente y fuerte interiormente, y muy respetuoso con todos. Me hablaba de la conducta y la manera de pensar de alguien que se pone al servicio del Movimiento para los Pobres. Enfatizaba siempre en la necesidad de servicio, sacrificio y amor. Pero los testigos declararon que él les había quitado a los funcionarios la barreta, herramienta usada para demoler las casas, y con ella los había atacado. Mi hermano también aceptó la acusación.

A mediados de junio, fui a Taegu para felicitar por su matrimonio al cuñado menor de mi hermana Sukyong. Ella me había llamado dos veces por teléfono desde Taegu pidiéndome que fuera a la boda. Me suplicó que le ayudara para que ella pudiera mejorar la imagen de la familia ante la de su esposo, porque debido al otro hermano problemático los policías molestaban a su esposo llamándolo o citándolo. Por tanto, quería presentar ante los familiares de su esposo al otro hermano suyo, muy opuesto al menor, un ciudadano ejemplar que era dueño de una editorial en Seúl. Tenía que ir. Fui a la boda con mi mamá. Después de la boda, la acompañé a la barriada de Pisan-dong, a la espalda del parque Talsong; allí Jyongu trabajaba como dirigente del Movimiento para los Pobres. Sería más o menos las dos de la tarde. Yo quería tomar un taxi, pero mi mamá se opuso rotundamente y prefirió ir en ómnibus. En la pastelería, compré un pastel grande para regalar a mi sobrino Tongsu. Bajamos en la entrada de la barriada de Pisan-dong, una calle construida tapando el riachuelo con cemento. Los vendedores ambulantes ocupaban la acera y no se podía transitar. Vendían ropa, fruta, pan, juguetes, verduras, utensilios plásticos. Algunos tenían variedad de mercaderías y voceaban los precios de las cosas para llamar la atención de los transeúntes. Había además un quiromántico, un minusválido que vendía palillos e hisopos para el oído y un pordiosero tendido en el suelo y con la mano negra abierta. A su lado, tenía sentado a un niño. En buen sentido, era

un lugar de vida y movimiento y, en otro sentido, un lugar de desesperación para sobrevivir. Entramos al recoveco, había tiendas, oficina de intermediarios entre los que necesitaban mano de obra y los que necesitaban trabajar, farmacia, un hotelucho, salón de belleza, etc. Después, apareció una pendiente de treinta grados que llevaba a la barriada. Era un camino por donde no podía subir el automóvil. Si tenían necesidad de llevar cosas pesadas, habría que llevarlas cargándolas en la espalda o en la carretilla. Había casuchas cuyos techos eran de ladrillo o algún pedazo de cemento. Entre una casa y otra, no había ni un palmo de tierra. A un lado apareció un caminito por donde podía sólo pasar una persona. En ese camino angosto, se veía basuras, jarras de agua y cajones que servían para guardar los platos de la cocina. Los niños flacos, en ropa interior, correteaban por allí y en los lugares de sombra conversaban los ancianos. Por el olfato, percibí primero la vida de los miserables: pestilencia del desagüe, orines y tufo a quemado. Un olor nauseabundo se mezclaba con el aire caliente de principios de verano. En mi época de periodista recién iniciado, había visitado las barriadas de Sanggye-dong y Sadang-dong, entonces estaba familiarizado con esos olores. Pero los cinco o seis años de vida en un departamento de la zona de la clase media, al sur de Seúl, me era suficiente para haber olvidado ese olor. Me parecía un lugar relegado y marginado. El camino se hizo más angosto y serpenteante, y la pendiente llegó a cuarenta y cinco grados. ¿Cómo llegaba el acueducto hasta aquí y hasta allá arriba, qué harían con el excremento del baño o con la basura, y por dónde pasaría el desagüe?

– Mira, hijito, aquí los obreros de fábricas, carpinteros o pintores de brocha gorda son los más acomodados. Más del 60% son jornaleros, vendedores ambulantes o gente sin trabajo. ¿Sabes qué hacen los demás? Son los inválidos por accidentes de trabajo. ¿No dice así la Biblia que en los pueblos pobres viven más enfermos y deformes? Aquí pasa lo mismo. Aquí viven los angustiados de cuerpo o de espíritu. Pero el Señor, como siempre, cuida a estos pobres; El no cuida a los ricos –decía mi mamá mientras subía, paso a paso, y entre un respiro y otro.

A cada paso apoyaba su mano en la rodilla; pero no andaba arqueada. Paramos para descansar un rato, cerca de una cañería de agua común que funcionaba gracias a un motor. Había una cola de baldes a lo largo de unos cincuenta metros. Cada persona junto a su balde esperaba tranquila bajo el caliente sol de verano. No se fijaron en mí, un forastero más, pero sí en la caja grande del pastel que llevaba en la mano. Con-

templé el panorama: debajo de humildes techos multicolores se veían las ropas lavadas y tendidas en los cordeles gruesos de diminutos patios. Se parecían a banderas de todo el mundo que se colgaban en las escuelas el día de las competencias deportivas. El sol reverberaba sobre las casuchas. Mi mamá, limpiándose el sudor con el pañuelo, me explicó:

– Fíjate, este camino se llena como una procesión cuando la gente de aquí sale a trabajar en la madrugada. Todos llevan en la mano el fiambre. Y al atardecer, hay dos procesiones: la del retorno de los que salieron en la madrugada, y la de la partida de los que van a trabajar en la noche. Cuando así los veo ir y venir, sentada aquí, no sé por qué se me escapan las lágrimas. En sus manos, llevan un envuelto de harina de trigo o de arroz o unos yontanes (carbón combustible). Los ricos jamás se fijan ni comprenden la mirada vacía y hambrienta de los pobres. Los muchachos que van a trabajar de noche y las muchachas pintarrajeadas que van a las licorerías se hacen a un lado cuando los obreros suben el camino. Es la cortesía de esta gente.

Le pregunté cuán lejos estaba la casa de Jyongu y la guardería. Ella, riéndose, me contestó: la gente más pobre vivía en el lugar más cercano al cielo. Su mirada se prendió en la parte alta de la montaña. Allí había muchas casitas. Seguimos nuestra caminata haciéndonos a un lado cuando las mujeres bañadas en sudor subían con sus baldes de agua. Si en el barrio, debajo de la cañería, cada casa era de más de treinta metros cuadrados, arriba el espacio se reducía. El pequeño patio sólo llegaba a la entrada de la habitación. Según mamá, cada casa tenía tres habitaciones y cada habitación menos de diez metros cuadrados. Algunas veces el dueño ocupaba dos y alquilaba la otra; y otras veces el dueño usaba una alquilando dos. La familia de mi hermano vivía en una habitación de alquiler. A la entrada de la habitación había un poyo donde uno podía sentarse junto a un mueble de la cocina y un lavatorio. Debajo vi una hornilla de yontan (carbón); este espacio servía también de cocina. Mi mamá, que ya sabía que no había nadie en casa, corrió la puerta de la habitación. En la oscuridad aparecieron ante mi vista tres maletas, una cómoda vieja sobre la cual había colchones coreanos doblados y un pequeño escritorio. Lo único valioso de esa habitación eran los libros amontonados en un rincón. Todas las cosas, holgadamente, llenarían una carretilla. El espacio libre apenas podría contener a tres adultos tendidos.

– Así vive Jyongu. ¿Qué podemos hacer si a él mismo le gusta esta forma de vivir? Cuando Sukyong quiso comprarle un televisor, no lo aceptó. Dijo que no tenía tiempo para mirar los programas de la televisión y que cuanto menos cosas tenía, tanto más se sentía libre. Ese mi hijito no es de este mundo.

Salimos y nos dirigimos, o mejor, la seguí a la guardería para ver a su nieto Tongsu. La guardería estaba en la misma cumbre de la montaña donde crecían unos pinos y otros escasos árboles. Ese lugar, primero, había sido la morada de los recogedores de basura y cuando ellos se fueron, sirvió de depósito de basura. Hacia dos años que habían llenado el hueco del basural y construido la guardería con carpas. Más tarde, construyeron la pared de ladrillos y la techaron con cemento. Era un edificio amplio. Oímos las voces de los niños. Los dos salones de clase eran de unos treinta metros cuadrados y el patio, de unos sesenta. Por todas partes había niños. Cuatro maestras se dedicaban a ellos. Una vez me habían hablado de ellas, eran universitarias que ofrecían sus servicios gratuitamente. Una era la esposa de mi hermano Jyongu, mamá de Tongsu.

–¡Dios mío! Llegó Ud. también.

Al vernos, mi cuñada salió del salón y nos recibió con gran alegría. Los niños empolvados que correteaban por el patio se acercaron a nosotros. Nos miraron. No, para ser franco, se fijaron más en la caja del pastel. Mi mamá se asomó al salón y encontró al niño. Tongsu salió corriendo y la abrazó. Le entregué el pastel. Mi cuñada nos pidió disculpas por no haber asistido al matrimonio del cuñado de mi hermana. Dijo que mi hermano había tenido que salir en la madrugada para averiguar algo relacionado con el seguro de accidentes en el trabajo porque un obrero del barrio, que recién empezaba a trabajar en la Fábrica Tongjyop, se había accidentado. Había perdido dos dedos de la mano izquierda trabajando con la máquina de molde. Me acordé de lo que una vez me había contado mi hermano. Fue antes de que el seguro médico abarcara a todo el mundo. Un día apareció súbitamente en Seúl y me pidió que le prestara trescientos mil wones.

– No creas que todos los pobres son buenos. Algunas veces debemos considerarlos como unos niños malcriados, ancianos alocados o simplemente locos. Suelen pedir lo imposible, se pelean, mienten y roban. Creo que como están muy cansados de luchar para sobrevivir, su mente y su corazón también lo están. Antes de regañarlos por sus niñerías, actitudes

inhumanas y violentas, debemos hacer nuestro todo el sufrimiento de ellos. De lo contrario, uno nunca podrá comprenderlos. Tal como una madre ama a su hijo incondicionalmente, aunque éste fuera un asesino, debemos amarlos. Es la única forma de acercarnos a ellos como amigos y vivir con ellos. Al principio llegas a una barriada con el ánimo de servir, luego te inundas de felicidad y finalmente adoptas la humildad de un servidor que practica el amor. ¿El orgullo? No, eso hay que olvidarlo. Esto siempre le digo a mi esposa. A propósito, hoy vine por otro asunto. Es que hace días una humilde madre me visitó cargando a su hijo que se moría de cáncer óseo. Me rogó que buscara alguna forma de salvar su vida. Durante dos días, cargando al niño en la espalda, tocamos las puertas de ocho hospitales. Todos nos respondieron lo mismo. “¿Tienen dinero de garantía?” “¡Ah, no tienen! Disculpen. Vayan a otro lugar.” En la tarde del segundo día, el niño se murió en mi espalda. Esa madre y yo, sentados en una calle, lloramos de cólera. Esta vez también se trata de un niño enfermo de una familia paupérrima. Ayúdame. Debemos salvar una vida. Es que...

Aquel recuerdo me hizo brotar lágrimas. Ya no podía mirar a los niños aunque los veía. Aquí en la guardería, la esposa de Jyongu también trabajaba mucho como su esposo. Al lado de la guardería, en un edificio no acabado, de ventana abierta, unas veinte mujeres trabajaban. Un grupo hacía flores de papel y otro grupo, collares baratos. Mi cuñada dirigía esos trabajos. Todas las mujeres de la barriada tenían que trabajar. Algunas salían a trabajar como jornaleras, domésticas o vendedoras ambulantes; y las que quedaban aquí tejían suéteres, hacían sobres, flores de papel o collares, etc. Así ayudaban a la economía del hogar.

A las ocho y media, llegó sola mi cuñada. Había dejado al niño en la guardería. Trajo comida. Debajo de los ojos tenía pecas y la cara quemada. El cabello estaba sujeto con un gancho, la camisa de algodón arremangada. Una falda que tapaba la rodilla, quizás por el calor de verano, porque siempre la había visto en pantalones bluejean. Preguntó a su esposo cariñosamente: “¿Dormiste bien? ¿No tuviste ningún dolor anoche?”, y luego se dirigió a mí:

– ¡Qué problema que le causamos! Siempre nos sentimos deudores frente a Uds. Además, posiblemente aún no se habrá recuperado del cansancio del viaje. Y tendrá mucho que hacer en la oficina ya que ha estado en el exterior. Y, mi concuñada, ¿cómo está? Dicen que la madre de un

hijo que prepara el examen de ingreso a la universidad enflaquece de preocupación y hasta se le seca la sangre. Y ella no sólo tiene uno sino además otro que prepara el examen de ingreso a la preparatoria. ¡Cuántas preocupaciones!

Teníamos un hijo que postulaba a la universidad y otro en el colegio. Mi cuñada, a pesar de que cuidaba a su esposo encarcelado y trabajaba en la guardería, nunca estaba con suspiros. Siempre activa y alegre, aun trabajando tres o cuatro veces más que otras mujeres. Sus movimientos aún eran ligeros. Algunas veces soportaba la crítica de mi madre por no hablar con mesura. Era muy franca y directa.

– A ver, piensa no más en su trabajo de la guardería. En una barriada hay tantos virus, bacterias y pestilencia. ¿Crees que los padres pueden cuidar a sus hijos? ¡Olvídate! Salen apresurados a trabajar encargando sus niños a la guardería. Ella los recibe, los lava, les da comida, les enseña a deletrear, los lleva al hospital y tantas cosas más. ¿Acaso eso es su único trabajo? También orienta a las mujeres en el edificio al lado de la guardería. Le consultan sobre la labor, le piden que hable con los dueños de las casas para que les bajen el alquiler, y qué sé yo más. Para todos y para todas las peticiones, ella se entrega de lleno. La gente habla de la Madre Teresa. Para mí, mi nuera es la Madre Teresa coreana. Me preocupa su salud. Ella no es de hierro. Si se enferma algún día, será de verdad. Si eso sucediera,... – así me comentó mi mamá el año pasado cuando estaba con nosotros en Seúl

Cuando Jyongu dirigía la escuela nocturna para los obreros en el V Complejo Industrial en Nowon-dong, Taegu, ella lo ayudaba. Había terminado el colegio en un pueblo y trabajaba en la oficina de administración de una fábrica de monturas de lentes. Los dos se enamoraron. Mi hermano era nueve años mayor que ella. Se casaron en el templo de la barriada de Nogok-dong. El pastor Jyongsup Won los casó. Los invitados fueron los obreros que estudiaban en la escuela y los vecinos de la barriada. Como todos los contrayentes, ella también estuvo feliz. Según la tradición coreana una novia bien educada no debía exteriorizar su alegría, y más bien aparentar seriedad; pero estuvo sonriente todo el tiempo sin ocultar su alegría, a pesar de que se casaba con un hombre mayor. Mi hermano ya tenía más de treinta años.

El joven alguacil Choe terminó su turno, le reemplazó un tal Jong,

de unos cuarenta y cinco años de edad. Pronto empezó la visita rutinaria de la mañana, llegaron los médicos titulares y sus discípulos internos. El médico encargado de Jyongu era el Dr. Min. Era de buena apariencia y posiblemente de unos cuarenta y cinco años. Un momento examinó al enfermo y explicó su situación a los internos en términos profesionales. Pronto salieron. Salí tras ellos y le pregunté al Dr. Min sobre el resultado del examen general de mi hermano. Me respondió con amabilidad que estaban por llegar a la conclusión final sintetizando todos los resultados del examen. Mi cuñada le preguntó si podía darle la crema de frijol verde que había preparado en casa. No, porque el hospital preparaba la comida especial de acuerdo a la enfermedad y la situación del enfermo. Tampoco debía darle ninguna vitamina ni jugo. Lo único permitido era cierta cantidad de té de cebada. Luego pasó toda esa caravana de médicos a la sala contigua. Después llegaron las enfermeras en su visita matutina; la enfermera encargada de Jyongu nos recordó de nuevo las advertencias del Dr. Min.

– Mamá, es bueno que desayunes ya. Vamos a algún restaurante.
– le dije – pero ella rehusó, pues desde hacía mucho tiempo ya no desayunaba. Yo también decidí ayunar esta vez. Realmente tuve pereza de buscar un restaurante fuera del hospital.

Salí de la sala para buscar a mi amigo Kuncho Jam. Me dirigí a la sección de Patología Clínica que estaba en otro edificio cerca del principal.

– ¿A quién veo? Eres Yungu Pak, si no me equivoco. ¡Que milagro de verte tan temprano! ¿Por qué no me llamaste primero? Con que me tratas como a un cualquiera por estar en un hospital provinciano, ¿verdad? Y, ¿qué tal? ¿Anda bien tu editorial? ¿Se venden muchos libros?

Kuncho me recibió con una serie de interjecciones y preguntas. Estaba contento de verme. Hacía más de dos años que no nos habíamos visto. Pasamos a la cafetería del edificio principal. El tomó té de jengibre y yo leche. Durante un buen rato intercambiamos noticias sobre los compañeros del colegio. Somos del Colegio K. El más famoso en Taegu. Algunos de nuestros compañeros ocupaban altos puestos en la política y la economía. El estaba mejor informado que yo a pesar de que no vivía en Seúl. Después de salirme del periódico, ya no había asistido a la reunión de los compañeros en Seúl y había perdido la vinculación.

Riéndose, me comentó:

– Otros periodistas expulsados consiguen trabajo en otros periódicos o hasta en el mismo periódico. Y tú, ¿qué haces? ¿Te ataste a esa pequeña editorial para siempre?

La vez pasada, cuando vine a Taegu por el asunto de Jyongu, otros amigos también habían comentado algo similar. Los periodistas expulsados se incorporaban a los partidos políticos o se convertían en disidentes. Pero como yo era del Colegio K. de Taegu no podría ser disidente. Por mi especialidad en Sociología podía hacerme miembro del partido del gobierno. Dijeron que si yo lo deseaba, había mucha gente que me recibiría con los brazos abiertos.

Sonreí en vez de contestar a Kuncho. Pero en realidad hubiera querido decirle que el camino de la vida no sólo era para llenarse de vanas glorias o de logros sociales. Preferí tragarme la respuesta, porque el me habría considerado un zongo que no vivía la realidad.

Cuando me expulsaron, me uní a otros de la misma condición y organizamos la Asociación de Periodistas Expulsados. Andaba totalmente desarreglado. Asistía a la reunión y algunas noches velaba en protesta. Por aquellos días mi mamá vino a Seúl para vivir con nosotros, había abandonado a los de Taegu. Y todos los días repetía el mismo consejo: “Mira la vida penosa que lleva tu hermano. ¿Para qué sacrificué tanto? Dejando a todos los familiares en mi pueblo vine al sur. Y las únicas razones de mi vida en esta tierra ajena eran ustedes. Uno ya ha optado por el camino lleno de espinas, opuesto a la vida cómoda. Pero por lo menos tú, como hijo mayor, debes vivir como los demás.” También me recordaba: “Cuando ingresaste a la universidad, me prometiste que el día en que se reunificara la patria, me llevarías a mi pueblo natal donde en cada primavera las azaleas llenan de colores toda la naturaleza. ¿Te olvidaste de tu promesa? No espero gran cosa de ti. No deseo que ganes un montón de dinero ni que seas un hombre de arriba que despierte los celos de los de abajo. Lo único que pido a Dios y espero de ti es que vivas con tu esposa, amándose, y que tus hijos sean juiciosos y todos ustedes tengan tranquilidad.” Mi mamá ayunaba y velaba por las noches rogando que, por lo menos su hijo mayor, encontrara la felicidad en el hogar y llevara la vida común como otros tantos. El cariño tan propio de ella y su actitud diferente a la de otras madres me afectaron bastante. Vacilé entre la

realidad social y el deseo de mi mamá; sin haber bebido antes, ahora me refugiaba en el aguardiente.

Eran los tiempos cuando la Quinta República tomó el poder. Un día mi hermano me trajo un manuscrito titulado “La realidad del movimiento laboral en la región de Taegu y hechos ocurridos en el lugar del trabajo”. Me preguntó sobre la posibilidad de publicarlo en mi editorial. Se lo negué, no porque no lo mereciera, sino porque las actividades del sindicato democrático de la región de Taegu eran peligrosas. El gobierno no permitiría este tipo de publicación. La mitad del manuscrito trataba del proceso del cambio económico en la región de Taegu, su estructura industrial, la situación de las industrias manufactureras y la situación de la clase obrera. Y la otra mitad, sobre la trágica lucha de los obreros por sobrevivir con un salario miserable, y las condiciones inhumanas de trabajo. Como las autoridades no les dejaban organizar el sindicato, formaron asociaciones de amistad y en su nombre hacían frente común. Las luchas se realizaban por secciones de cada fábrica. Todo esto estaba escrito en forma de diario.

Yo no fui el líder del grupo que luchó contra la política de reagrupación de los periódicos. El gobierno, según esa política sucia, abolió algunos o hizo que un periódico fuera absorbido por otro. Su objetivo final fue fiscalizar la prensa y convertirla en un simple instrumento para su propaganda política. En realidad, a mí no me expulsaron sino yo mismo renuncié porque mi conciencia no admitía esa política sucia. Era natural que por mi tendencia ideológica mi editorial hubiera publicado unos diez libros relacionados con las ciencias sociales progresistas. Pero un trabajo como éste debería ser publicado por una editorial dedicada a ese campo, porque así ganaría más fama. Sin embargo, tampoco le pude recomendar una editorial. Más bien le aconsejé mucho que postergara la publicación dando mi opinión sobre la política de mano dura de aquel momento. El, sin comentarios, se llevó su manuscrito. Me pidió disculpas por haberme quitado tiempo y se despidió con su sonrisa de siempre. Después de tres meses, fue publicado el libro y me mandó un ejemplar por correo. Tal como suponía, el libro había nacido para morir. Las autoridades prohibieron su venta y su circulación. Mi hermano, el presidente y el gerente de la editorial fueron capturados y encarcelados durante quince días.

– Oye, Yungu, ¿has oído de Chinso Li? Ese constructor gordito. Fíjate, se murió de ataque al corazón. ¿Sabes cuál fue la causa? El cansancio por exceso de trabajo. – dijo Kuncho.

Chinso Li era mi compañero del último año del colegio. No podía creer en su muerte. Afloró a la mente la escena del 28 de febrero del año '60. Aquel día hicimos la manifestación contra el gobierno. Era la primera a la cual siguieron muchas más. Era un domingo pero el gobierno dictatorial exigió a los escolares de secundaria de Taegu ir a la escuela. Tenía miedo de que fuéramos a escuchar el discurso electoral del Partido Demócrata, el partido opositor. De la escuela nos iban a llevar al cine para que viéramos una película gratis. Nosotros, que no estábamos de acuerdo con la idea del gobierno, hicimos manifestaciones en la calle. Los del último año, los mayores de la escuela, lideramos a todos los menores y salimos a la calle a la una y cinco. Todos, unidos codo a codo, caminamos por la calle principal de Panwoldang. “Respeten los derechos humanos de los estudiantes”, “¡Arriba la democracia!”, “¡Abajo la intervención política en la escuela!”, “¡No somos cobardes!”. Gritamos varios lemas. Yo no fui uno de esos líderes, porque más andaba metido en la biblioteca preparando el examen de ingreso a la universidad. Pero en el fondo sentía cólera por todas las medidas sucias y antidemocráticas del régimen dictatorial de Seungman Rhee, que deseaba prolongarlo para siempre. Uno solo no se atreve, pero en grupo ya es diferente. Aquel día ya no teníamos miedo. Seguimos gritando lemas contra el gobierno y nos dirigimos a la plaza de la ciudad pasando por Chunangtong. Chinso estaba a mi lado aquel día. Kuncho también. Hacía más de tres años que no lo había visto. Como constructor, llegado a los cuarenta, ya estaba gordo y siempre se quejaba de que estaba demasiado ocupado. Decía que en su casa ya lo consideraban como huésped. Pasaba el día en el lugar de la obra y en la noche, para relajarse, iba a la licorería. Como trabajaba tanto, ganaba también bastante. Construía pequeños departamentos los que, como había escasez de vivienda, se vendían inmediatamente.

– ¡Caramba! ¿Qué vida es ésta? ¿Por qué debo vivir tan alocado corriendo de aquí para allá por unos centavos más? Soy un hombre sin ideales. Oye, Yungu, ¿te acuerdas de ese día cuando avanzamos hasta la plaza? Fuimos llevados a la policía de Taegu y allí nos golpearon muchísimo, ¿verdad? Hombre, todo eso por tener ideales. Y ahora, ¿qué soy yo? Un simple constructor de casas; y tú, dueño de una pequeña editorial. Pero,

por lo menos, estás mejor que yo porque siquiera perteneces al grupo intelectual. El Levantamiento Estudiantil del 19 de abril fue una consecuencia de nuestra manifestación de ese día. Pero, mira bien, en este mundo unos construyen el camino para que otros se paseen por allí en automóvil. ¡Qué mundo tan cómico! ¡Salud! ¡Caray! ¡Por nuestro idealismo ya muerto! Tomar y comer es lo único que nos queda. – Ese día, Chinso había bebido mucho, su rostro enrojecido y en su mano el infaltable vaso de cerveza.

Ese mismo año ingresé a la universidad. Cuando hubo manifestaciones masivas el 19 de abril, también fui junto con mis compañeros de la universidad hasta las cercanías de la Casa Azul, residencia del Presidente. Pero nuestro soñado objetivo cayó al suelo por el Golpe Militar del siguiente año. Salimos a la calle como justicieros deseando de todo corazón el florecimiento de la verdadera democracia en nuestra tierra. Los 185 muertos, víctimas de las balas de los gendarmes fueron sepultados en Suyuri. Algunos de nosotros proclamaron “La revolución no lo logra” y se autodenominaron líderes de ese movimiento y con eso pudieron acercarse al poder político y lograr su ambición mundanal. Otros más mancharon la imagen de nuestra generación. Pero en realidad el movimiento estudiantil del 19 de abril no tuvo cabeza. Fue un movimiento iniciado sin tácticas ni estrategias de los líderes; es que fue motivado sólo por el hambre de justicia de los jóvenes idealistas y honestos. Por esta razón, al terminar el movimiento, la mayoría de sus participantes volvió a ocupar su puesto de antes. Yo también fui uno de ellos. No hice ningún esfuerzo para conmemorar el espíritu del movimiento del 19 de abril. Me casé y me acostumbré a la rutina cotidiana ganándome la vida como un simple periodista. No tuve el valor de reprochar la política dependiente de un país subdesarrollado, ni seguir hablando de la “revolución”. Me sentí muy diminuto, y jamás me enorgullecí de pertenecer a la generación del 19 de abril.

Kuncho decía que Corea era el primer país en porcentaje de muertos a la edad de los cuarenta. Criticaba mucho la excesiva ambición de la gente por lograr un puesto mucho antes que los demás, el espíritu monetarista y egoísta que había endiosado lo material. Por eso, la gente se volvía cada vez más impaciente y violenta.

– Ponte a pensar: morir estando en los cuarenta, edad de trabajo. Es cuando nos toca gastar más por la educación de los hijos hasta cuando

se casen. Ese Chinso sólo pensó en el trabajo sin preocuparse de su salud. Antes nos preocupábamos por ganar para comer tres veces al día y ahora no hay quien se acuerde de estas cosas básicas. Y, ¿qué nos está pasando? Los ricos quieren ser más ricos sin recordar el cuento del sapito de Esopo que, para igualarse a la vaca, se había llenado la barriga hasta reventar. Andan alocados por poseer más dinero y más terreno. Y mira también el lado opuesto. Los estudiantes y obreros extremistas solamente saben usar la violencia y pelear a vida o muerte contra toda clase de autoridades. ¿Creerán que esos ricachos se van a rendir con la banderita blanca suplicándoles perdón y repartiendo sus cosas entre ellos? No se dan cuenta de que los ricos y los políticos están en plena luna de miel. Crean más caos y deterioran más la economía. Por su lucha y por la huelga, los obreros logran mejorar un poco su salario. Pero, ¿para qué sirve? Mientras el gobierno presta atención a la huelga, las cosas suben y suben. Ellos ni se dan cuenta de todo eso. ¿Por qué no aguantan un poco más hasta que el producto per cápita llegue a diez mil dólares?

Le faltaba lógica. Pero seguía. De nuevo habló de la muerte de Chinso. También contó que su hija preparaba el examen de ingreso a la universidad. Deseaba seguir estudiando el piano en la facultad de música de alguna universidad de Seúl. Iba dos veces a Seúl en avión por la clase particular con un famoso profesor de allá. La clase duraba dos horas y por ella pagaba un millón de wones cada mes. Se le iba mucho dinero. Echó pestes al sistema educativo de hoy. Era ridículo ver a un luchador del movimiento del 19 de abril convertido en un pequeño burgués de la clase alta. Era milagro que un médico como él, del Colegio K. de Taegu, trabajara en su ciudad sin ir a Seúl, lugar soñado de todos los ambiciosos. Quizás, como no pudo ir a Seúl, hablaría mal de todo. Con paciencia, escuché todo y luego le dije:

– Conoces a mi hermano Jyongu, ¿verdad? Está aquí en el hospital.

Su rostro cambió, parecía preguntarme: “¿Ese, tu hermano problemático?” Dijo que había visto la foto de Jyongu en un periódico de la provincia, posiblemente cuando los pobres de los tugurios fueron en grupo a la corte para presenciar el primer juicio e hicieron escándalo.

– ¿No está en la cárcel? ¿Está enfermo?

Le conté lo que había sucedido hasta ahora y sobre sus enfermedades anteriores y su estado actual de salud. Le dije que había terminado el

examen general y le pedí que me averiguara en qué situación estaba mi hermano y qué pensaban hacer los médicos. Después de un rato, me dijo que sí.

– Almorzaremos juntos. Iré a buscarte a la habitación de tu hermano.

Entendí que hasta esa hora averiguaría todo y me traería alguna noticia. Volví a la habitación. En el pasillo, unas cinco mujeres estaban conversando con mi cuñada. Unas estaban sentadas en la banca y otras en el suelo. Todas, serias.

– ¿Vio a su amigo? – me preguntó.

– Quedó en venir acá a la hora de almuerzo. Seguramente averiguará algo y me lo dirá.

– Entonces lo llamaré por teléfono a esa hora. Si salen deje el mensaje con mi suegra.

Fue a la habitación y se despidió de su esposo. Luego se fue con otras mujeres. Les decía que no debían gastar el tiempo porque un segundo era un centavo. Una mujer, que se había envuelto la cabeza con un pañuelo, echó una mirada a la sala y enjugó sus lágrimas con la mano endurecida. Dijo que Jyongu debía recuperarse pronto y liberarse. Seguramente eran las que encargaban a sus hijos en la guardaría de mi cuñada. Todas, sin excepción, tenían los rostros quemados y arrugados. Debían trabajar en alguna obra de construcción porque estaban con los pantalones llenos de tierra como esa señora que trajo el agua en la madrugada.

Me senté en la banca del pasillo y encendí un cigarro. Estaba limpiándome el sudor del cuello con el pañuelo, cuando llegó Sukyong recogiendo su sombrilla. En la época en que ella estudiaba en el Instituto Superior el segundo año, se conoció con su esposo que estudiaba farmacia en la universidad. No era de la zona urbana. Se enamoraron y al terminar sus estudios se casaron. Era simpática y extrovertida. Ahora tienen tres hijos y poseen una farmacia en un complejo de departamentos en las afueras de la ciudad. Mi mamá pasaba con nosotros unos dos o tres meses al año en Seúl y el resto vivía en Taegu, en la casa de mi hermana y de allí iba a la de mi hermano llevando alguna comida. Siendo una anciana, iba con frecuencia a ese barrio montañoso. Cuando estaba en mi casa, ni bien pasaban quince días, empezaba a quejarse de la vida del departamento que le parecía una jaula o una cárcel. Entonces, como

si adivinase todo, mi hermana me llamaba para que ya le devolviera a mamá, alegando que el paseo era suficiente. La necesitaba porque cuando su esposo no podía atender a la gente en la farmacia, ella era la que se encargaba de vender las medicinas. Además, como tenía que cuidar a sus hijos, siempre necesitaba una ayuda para los quehaceres de la casa, aunque esta se hallaba a unos trescientos metros de la farmacia. Para mi mamá también Taegu le era más familiar que Seúl. Allí sí tenía amigas en el mercado Kyo-dong, alias mercado yanqui, donde había trabajado casi treinta años como comerciante, y justo en Taegu vivía el hijo menor que le preocupaba mucho. Como mujer del norte, no podía vivir sin trabajar. Apenas recibía la llamada telefónica, inmediatamente preparaba su maletín para volver a Taegu. Decía que una viuda debería vivir con el hijo mayor aunque el hijo no le pudiera ofrecer buena comida, y que ella misma no comprendía para qué se iba a Taegu. Sin embargo, cuando la llevaba en mi carro, de paso a mi trabajo, al Terminal de Autobuses de Autopista, sus pasos eran ligerísimos. Cuando Jyongu fue encarcelado esta vez, se quedó en Taegu definitivamente. Tenía que cuidarlo porque nadie más contaba con tiempo suficiente.

– Mi esposo tiene un amigo médico que trabaja aquí y a quien el otro día le preguntó por Jyongu. No le contestó con claridad. Le dijo no más que estaba grave. – Sukyiong terminó de recoger su sombrilla en orden y la guardó en su estuche. Su voz, igual que su carácter, no era de una persona preocupada.

– No hay duda, porque de no ser así, no le habrían dado permiso de hospitalización. Si se trata de un opositor al régimen, ¿quién se preocupa de su salud, a no ser que esté muy grave? – le comenté.

– Tú también sabes qué es el mal del hígado, ¿verdad? Si se endurece, ya no hay remedio. Sobre todo en la medicina occidental, la cirrosis significa el fin. El único remedio es comer bien y descansar bien. Pero como el estómago y el riñón no funcionan bien, no hay buena digestión, ni se puede orinar con facilidad.

Seguramente, en su farmacia vendería también medicinas para la enfermedad del hígado, pero sus conocimientos como esposa de un farmacéutico y los míos eran similares. Me quedé callado. Preguntó si mi mamá estaba en la habitación y, antes que entrara, la llamé:

– Gracias por lo de la vez pasada. - Le entregué un sobre que saqué de mi billetera.

– ¿Qué es?

– La deuda con el abogado que pagaste en vez de nosotros.

– ¿Cómo puedes hacer esto? ¿Acaso soy una extraña? – Rehusó enfadada. En este momento, un sentimiento de felicidad llenó mi corazón. Claro, éramos hermanos.

Cuando le dieron el permiso de hospitalización, yo ya estaba en la U.R.S.S. Mi esposa –quien lleva la economía del hogar con novecientos mil wones que le doy cada mes– no tenía un millón de wones en su libreta para pagar al abogado. Mientras ella llamaba a Choe, la chica de mi editorial, para solucionar el problema, mi hermana se le adelantó. Luego llamó a mi esposa, que sabía muy bien que todas las editoriales sufrían económicamente y que, cuando volviera yo, me dijera que no me preocupara de ese dinero. Pero eso no debía quedarse así, porque como hermano mayor yo debía correr con el gasto. Por eso, al venir a Taegu, había traído un cheque. Sukyong siguió terca. Dijo que para ella la familia de su esposo y la nuestra valían iguales; y aunque era casada, perteneciente a la otra familia, hasta cierta cantidad sí podía y debía ayudar a la nuestra cuando fuera necesario. Discutimos y finalmente logré meter el sobre en el bolso de cáñamo que colgaba de su mano.

Minutos después, a la hora del almuerzo, llegó mi amigo Kuncho Jam. Vino sin el uniforme blanco de los médicos. No habló nada acerca de mi pregunta y me invitó a almorzar afuera. Había un restaurante bueno. Mi mamá se quedó con mi hermana, comerían la crema de frijol verde que había preparado mi cuñada. Yo seguí a Kuncho. El calor, que no se sentía mucho dentro del edificio, era insoportable. El sudor brotaba por todos los poros. El sol hervía la sangre de la cabeza, a pesar de que estábamos en las postrimerías del verano, la fama del calor de Taegu no era una exageración.

– ¿Comes carne de perro? – me preguntó encendiendo el motor de su carro. Le dije que sí.

El carro tomó la ruta hacia Kyongsan, fuera de la ciudad. Taegu también crecía horizontalmente. Alrededor de la ciudad, había muchos departamentos altos y seguían construyendo más. El tráfico era mucho menos complejo que en Seúl donde el problema ya no tenía lugar ni hora específicos. Quizás por ser pleno mediodía no había mucha circulación. Kuncho disertaba sobre la supremacía de la carne de perro, que no

servía sólo para superar el calor del verano sino para toda época y en especial para la salud de la gente mayor. Criticó a los extranjeros que nos consideraban salvajes por comerla. Para él, esos tenían complejo de superioridad. Insistió en que cada pueblo tenía sus costumbres propias respecto a los alimentos y que todos debíamos respetarnos mutuamente. En el hospital, había un club de aficionados a la carne de perro. El era miembro activo del club y la mayoría de sus afiliados eran cuarentones. El día en que se reunían era una fiesta para comer la exquisita carne.

En el bosque de las montañas entre Taegu y Kyongsan había muchos restaurantes especializados en carne de perro y de carnero. La playa de estacionamiento estaba llena de los carros de la clientela. Las mesas estaban dentro del restaurante y también en el jardín y casi todas llenas. Los gastrónomos de nuestra edad se aflojaban la corbata y comían sudorosos y con gusto. Los palillos en sus manos, ni tenían tiempo de descansar. Nos sentamos en una mesa bajo el techo de caña. El dueño le saludó con familiaridad y Kuncho le pidió una sopa de un Kilo y medio de la carne de la nuca.

– ¿Qué dicen los de la sección de cirugía? – le pregunté mientras esperábamos que se cocinaran la carne y la verdura en la cacerola colocada en el centro de la mesa.

– Pues, todos se cuidan de comentar. Están de acuerdo en que la cirrosis de tu hermano es grave. Es que como él no es cualquiera, sino un reo que hirió a funcionarios y además como está en pleno juicio... – dijo después de mucho rato.

– Llamé a uno, quien era incapaz de mentirme. Le dije que de ser cirrosis, la conclusión era una: no lo podrían devolver a la cárcel; por tanto, se necesitaría una larga hospitalización. Me dijo que estaban viendo la posibilidad de aconsejar la operación. Para lo cual se necesitaba el consentimiento de tu familia.

– ¿Entonces? – mi voz se apagaba.

– Parece que tiene cáncer. Dicen que el tumor ya es de 4 cm.

Cáncer del hígado era lo que tenía mi hermano. La medicina moderna, aunque estaba muy desarrollada, todavía no curaba ese tipo de cáncer. Sabía bien que quienes lo tenían raras veces vivían un año o un poco más. En general, el hospital les daba de alta y les pedía seguir el tratamiento en casa. Si era así, unos tres o cuatro meses eran cruciales.

Si les operaban, en el momento de la operación se morían. Si la operación terminaba con éxito, se morían después por complicación con otras enfermedades. A mi edad, muchos morían por accidente de tráfico o por alguna enfermedad del hígado. En las casas de los difuntos, muchas veces había escuchado sobre el proceso de esa enfermedad desde su inicio hasta el final. Todas las estadísticas patológicas indicaban que los coreanos adquirirían ese mal cuando estaban en la segunda mitad de los cuarenta. Era como un cuchillo asesino que llegaba de noche sin previo aviso. Como el paciente no percibe nada, la enfermedad avanza sin causarle dolor; y un día, de repente, se entera de la cirrosis. Era una carta del anuncio de la muerte a un hombre que trabajaba activamente hasta la víspera sin que tuviera tiempo para prepararse a morir. Esa enfermedad era tan maligna que no sólo inutilizaba el hígado sino todo los órganos conexos. Para mí era como un comando guerrillero que se escondía en una trinchera y llegado el momento atacaba no sólo la trinchera sino destrozaba todo el contorno.

– Si le operan, entonces... – no pude concluir.

– Hay mucha posibilidad de salvarlo. Claro, cuanto más pronto se la detecta tanto más posibilidad hay de salvarle la vida. Conozco a uno que vivió tres o cuatro años más y otro que vivió más todavía. Tú sabes que el hígado es el órgano más grande de todos y pesa un kilo cuatrocientos gramos. Se recompone más rápido, y si una tercera parte de él funciona bien, puede llevar la vida normal – contestó después de limpiarse el sudor con el pañuelo empapado en agua helada.

– Entonces, ¿es urgente la operación?

– De lo contrario, tendrán que curarlo mediante el tratamiento de dieta y descanso.

– ¿Quiere decir que está tan mal? – volvía a preguntar aun sabiendo que era inútil. Me sentía como sobre una rama muy frágil esperando que no se rompiera. Sin saber qué hacer, me frotaba las manos sudorosas.

– Es que como tu hermano está bajo un proceso judicial, los médicos no saben qué hacer. Aunque sea una enfermedad del hígado, si la detectan en su inicio, se puede curar totalmente. Pero en general llegan al hospital cuando la enfermedad está bastante avanzada. En eso no podemos echar la culpa a las autoridades de la cárcel. Muchas veces llega un hombre sano y saludable hasta la noche anterior. Pide el examen general porque se siente cansado últimamente. Y resulta que la cirrosis ya está avanzada. Luego dura tres o cuatro meses o máximo uno o dos años más. Esa es la historia de la gente que tiene la enfermedad del hígado.

Ya no lo oía. El cuerpo y el corazón se me derretían. Ya no tenía fuerzas ni veía bien las cosas. Los gastrónomos, muy preocupados de su salud y anhelantes de larga vida, devoraban la carne asada o hervida. Pero sus imágenes ya no llegaban a mi vista, ni sus conversaciones a mi oído. Sólo veía la imagen de mi hermano bueno y flacucho que estaba echado en la cama con su eterna sonrisa. Para él la muerte era un asunto ajeno.

Recordé las escenas de su niñez que no eran tan diferentes del estado actual de su salud. Nosotros cuatro teníamos que hacer el viaje durante el invierno del '50 y '51. Caminamos, en plena nevada, desde Tongduchon hacia el sur. Pasamos por Seúl, Osan, Chonan y hasta llegar a Taegu. Mi hermana y yo enflaquecimos por falta de comida. Mi mamá estaba peor. Había dado a luz a Jyongu sin ayuda de nadie y se le secó la leche. Sus pechos eran dos copas vacías. Jyongu, recién nacido, en vano se esforzaba en mamar. Los pezones se quedaron azules y negros. Mi hermana y yo buscábamos alguna hoja de col en las abandonadas y heladas sementeras. Cuando encontrábamos siquiera una hoja amarillenta de col helada por la escarcha, preparábamos fuego y la sancochábamos para comer. Así matábamos el hambre. Cuando llegábamos a algún pueblo, mi mamá iba de casa en casa mendigando comida para el niño moribundo. No conseguía la leche, pero algunas veces le regalaban cereales o sopa aguada de arroz. Con eso lo hizo sobrevivir. La vida era muy dura. Mi mamá, después de caminar unos diez kilómetros, preocupada me pedía que mirara a la criatura en su espalda, porque no sentía su calor. Entonces, quitando la cobija observaba a mi hermanito en la espalda de mamá. Seguía vivo. Entonces, de nuevo empezábamos nuestra caminata. Su vida se parecía a un hilo muy delgado. Así Jyongu pudo llegar hasta Taegu, donde pasamos el invierno en el campamento de refugiados. Después nos trasladamos a una choza a la espalda de la montaña del barrio Shinam-dong. Mi mamá vendía cigarros y jabones extranjeros en el mercado yanqui. Mi hermana y yo nos incorporamos a la escuela primaria para los refugiados en un local cubierto con carpas. Después de la clase, siempre tenía que hacer cola en el Centro de Alimentos donde los estadounidenses distribuían leche en polvo o harina de maíz. Algunas veces esperaba en vano; pero otras veces conseguía ese preciado alimento para mi hermanito. No me importaba perder tres o cuatro horas haciendo cola. A los tres años, Jyongu adquirió una mala costumbre. En aquel entonces, mi mamá ya no era vendedora ambulante,

tenía un puesto en la esquina de la callejuela del mercado yanqui. Ella llevaba a Jyongu, pero el niño no quedaba siempre a su lado. Cuando estaba vendiendo o al menor descuido, desaparecía de su lado y andaba buscando comida en los basureros del mercado. Un niño, que ni bien caminaba, como si quisiera recuperar la leche que le había faltado al nacer, cogía del suelo hasta las cáscaras de sandía o melón y se las comía. Una vez, por comer la escasa pulpa de una semilla de melocotón, se atoró y casi se muere. Y la barriga empezó a hincharse como un globo. En esta, hinchada como la de un renacuajo, se le notaban las venas azules. Mi mamá lo llevó al hospital, el médico le dio unos santonines – vermífugo de lombrices– y recetó comer con regularidad; la comida debía ser suave y en poca cantidad. Cuando tomó las pastillas, tuvo diarrea de lombrices. Al limpiarlo, mi mamá vio cantidad de huevos de lombrices en el excremento. Pronto bajó la hinchazón. Su rostro amarillento recobró el color normal. Sin embargo, como dicen que el estado de salud de la niñez afecta hasta los ochenta años de edad, era muy natural que su organismo ya hubiera estado muy débil por tanta hambre.

Kuncho pidió una botella de aguardiente. Según él, aunque estábamos de día, se necesitaba perfumar la boca con algún licor fuerte al comer carne de perro. Aflojó su corbata y empezó a usar sus palillos con destreza. Agarraba la carne de la sopa hirviendo y la llevaba a un pocillo de condimentos y después a su boca.

– A un enfermo hay que darle alguna comida nutritiva de alto contenido proteínico. En este sentido, la carne de perro es el mejor alimento. No tiene colesterol pero sí mucha proteína. Pero si el hígado sufre de cirrosis, no podrá digerir la carne. Eso sí es problema. –dijo Kuncho. Sacó de la ollita un pedazo de la carne de cuello, la mordió y la lamió. Sus dientes eran como los palillos que usamos cuando comemos cangrejo y sacamos la carne de sus patas.

A pesar de no haber desayunado, no tenía apetito y en la boca sentía un sabor agrio. Además veía la imagen de mi hermano, enfermo del hígado, quien debería comer esa carne de alta proteína. Era injusto que la comiera yo que no tenía ningún problema de hígado. Sufriendo en mi interior, comí unos pedazos de carne y tomé el caldo. Aunque no era mi costumbre tomar licor durante el día, tomé tres copas de aguardiente.

Al volver al pabellón de mi hermano vi a la entrada a ocho muchachos parados en dos filas bajo el sol quemante. No pude distinguir si eran obreros o estudiantes universitarios. Había una chica entre ellos. Un muchacho lanzaba gritos de protesta, otros los repetían parcialmente. Cuando gritaban, alzaban los puños de la derecha agitándolos con fuerza hacia arriba.

- ¡Viva el maestro Jyongu Pak!
- ¡Viva! ¡Viva!
- ¡Libertad inmediata al maestro Jyongu Pak!
- ¡Libertad! ¡Libertad!
- ¡Política justa de vivienda para los pobres!
- ¡Política justa! ¡Justa!

Junto a los espectadores, me quedé mirándolos un rato. No me importaba el sudor. ¿Cómo entender esta actitud? ¿Una actitud valiente? ¿Una actitud imprudente? Estaba confuso. Dudé un momento. ¿El 19 de abril también habría sido yo valiente como estos muchachos, seguidores jóvenes de Jyongu?

Cuando quise entrar al edificio, tres policías militares me detuvieron. El jefe que tenía transmisor-receptor me pidió el documento de identidad. Lo mostré y dije que era hermano de Jyongu Pak. Me dejó pasar y se comunicó con alguien por el aparato transmisor-receptor. Delante de la sala también había dos policías militares.

El ventilador, instalado en el techo de la sala, giraba con ruido monótono. El alguacil Jong que miraba afuera me saludó. Era diferente del otro joven que se parecía a un cadete. Jong, fuera de ser mayor, parecía más amable. Un hombre gordo que leía el periódico, sentado en la silla y con los pies doblados, me echó una mirada sospechosa. Tenía el pelo corto y estaba vestido con una camisa blanca y pantalones de color kaqui.

- ¿Quién es Ud.? – me preguntó con el tono de un agente de policía.
- Soy su hermano.

Entonces, de nuevo volvió su mirada al periódico sin más comentario.

Mi mamá, Sukyong y un hombre medio calvo estaban junto a la cama de Jyongu. El vestía un saco de manga corta y rezaba en voz baja.

- Señor, ¿no dijiste que somos tu pueblo y que siempre estás con noso-

tros enjugando las lágrimas de nuestros ojos y que, por tanto, no habría más muerte, tristeza, dolor ni llanto? Por favor, Señor, enjuga las lágrimas de este hijo tuyo y alivia su dolor. Prometiste también que reformarías todas las cosas. Por eso te pedimos: Mata lo que no vale, sepulta en la tierra lo podrido y resucita a los buenos y a los pobres...

Mi mamá, de vez en cuando, repetía amén con voz suplicante. Tenía la Biblia entre sus manos. El hombre calvo era el pastor Jongsup Won. Sus escasos pelos estaban en desorden tal como su saco viejo. El guió a mi hermano hacia la lucha en la barriada y también celebró su boda. Su templo estaba en la barriada de la montaña de Nogok-dong.

Por vez primera, lo vi cuando estaba sentado junto a mi hermano en la corte. Jyongu era estudiante y él ya era diácono de la iglesia protestante. El y otros dos compañeros de Jyongu fueron capturados al hallárseles distribuyendo unos impresos antigobiernistas. Los estudiantes eran miembros del club de la Asociación Estudiantil Cristiana. Fueron liberados con la sentencia de dos años de cese de ejecución. En aquel entonces yo era un periodista que empezaba a ganar fama y andaba muy pedante. Una vez me encontré con el diácono Won en un café y tuve la oportunidad de conversar. Ahora voy al templo con mi esposa los domingos, pero no soy un cristiano devoto. En aquellos días, era peor cristiano que ahora. Esa vez le pregunté con atrevimiento si creía en la resurrección de Jesús. Si alguien me hiciera tal pregunta, me sentiría arrinconado y no hallaría una respuesta adecuada. Pero el diácono Won me contestó con toda naturalidad:

– Al no creer en su resurrección, ¿cómo podría vivir como un diácono de la iglesia protestante? Jesús murió en la cruz pero al tercer día de su muerte resucitó. Sus discípulos fueron testigos y dijeron que lo habían visto resucitado. El único discípulo que dudó fue Tomás. Condicionó su creencia al hecho de ver y tocar sus llagas. Los hombres modernos, que siempre sobrevaloran la razón y las ciencias exactas sobre cualquier cosa, son los Tomases de hoy. En la época de Tomás, Cristo apareció delante de él y le mostró su mano ensangrentada por los clavos. Como no estamos en la época de Tomás, no podemos ver esas llagas directamente. – hablaba con convicción y seguridad. – Siempre veo las llagas de Cristo en el gemido de los pobres, en sus lágrimas y en su pus. Resucitó y vive en la gente que sufre. Jesús murió en la cruz por nosotros y veo su imagen entre los pobres. Resucitó entre los pobres y nos pregunta

qué es lo que hacemos por El... – sus palabras carecían de lógica; sin embargo, me llegaban profundamente.

Terminaron de rezar. Los cuatro me miraron. El predicador y yo nos saludamos. Como siempre, esta vez tampoco estrechó mi mano. Simplemente me entregó su mano. Era su hábito, imposible cambiarlo, como su hábito de vestirse como un obrero.

– El Dr. Min quería hablar con los familiares. Le dije que iría contigo. Y, ¿qué dijo tu amigo? – me preguntó mi mamá pestañeando, sus ojos arrugados y lacrimosos.

– Es que él tampoco lo sabe bien. Te contaré en detalle después.

Miré a Jyongu. Aunque le habían sacado el agua del abdomen, su vientre seguía hinchado, y hacía contraste con su cuerpo flaco. Nuestros ojos se encontraron y Jyongu sonrió. Con el ventilador funcionando, la sala era sofocante. En su rostro y cuello le brillaban gotas de sudor. Se las limpié con la toalla mojada que estaba encima de la mesita.

– ¿Cómo te sientes?

– Antes de hospitalizarme tenía hemorragia nasal con frecuencia, pero ahora ya no. Más bien ahora me duele la cintura.

– ¿Quieres que te haga masaje?

– No, gracias. Mamá ya me lo hizo.

La cigarra cantó. Los lemas que gritaban los chicos se mezclaban con sus cantos. Ahora gritaban más fuerte. El gordo se puso nervioso y corrió hacia afuera mentando la madre entre dientes.

– Quisiera salir para persuadirles que vuelvan a casa. Pero no me dejan salir... – dijo Jyongu. Y el pastor Won añadió que, unos momentos antes de mi llegada, había habido líos aquí. Dos muchachos universitarios y un obrero habían tocado la puerta pidiendo visitar al maestro Jyongu. El señor alguacil se lo había negado y asegurado la puerta desde dentro. Había llamado, no sabía adonde, entonces llegaron los policías y los estudiantes también llamaron a su grupo.

– Todos se preocupan por mí. Debo sanar pronto. Si dicen que ya es demasiado tarde, ¿qué hacer? – hablaba pesadamente Jyongu, – Pienso a veces que he vivido correctamente y no me arrepiento de lo que he hecho hasta ahora. Si naciera de nuevo en este país y si la realidad fuera la misma, otra vez viviría igual.

Sus palabras sonaron como testamento. Tembló mi corazón. Sus

palabras revelaron que desde su nacimiento ya tenía una cárcel en su propio corazón. Es que sabía contemplar la vida. La vida sin arrepentimiento es bella; en caso de Jyongu era bella y al mismo tiempo triste.

– No digas eso. Vivirás veintinueve años más que yo. Tú naciste con el signo de la longevidad. Uds. dos no se acuerdan porque eran niños todavía. El pastor Li del Templo Cheil, al bautizarlo dijo: “Como el Señor invitó al pastor Pak a su reino y en vez de él hizo nacer otra vida, este niño tendrá la longevidad porque le toca vivir en este mundo hasta la porción de su padre. Como descendientes de Abraham, tendrá muchos descendientes.” Todavía me acuerdo bien de sus palabras. El año pasado, cuando él estaba enfermo, lo visité y le hice recordar lo que había dicho en el bautismo tuyo. Se rió y dijo que mi memoria no fallaba.

Realmente, mi mamá tenía buena memoria. Varias veces le había oído el comentario del bautismo. Mi mamá todavía tenía fe en lo que había dicho el pastor, y se autosugestionaba más. Pero ahora, su voz era convincente. Nadie podía separarla de su hijito Jyongu, reencarnación de su esposo, era una religión. Por esta razón, siempre había participado valientemente en las actividades de la Asociación de Familias para la Democracia cuando Jyongu estaba en la cárcel o estaba perseguido. Y al final, siempre pudo estar muy cerca de su querido hijo.

– Bueno, mamá, vamos a ver al Dr. Min.

En ese momento, Jyongu me llamó haciendo esfuerzo por levantarse.

– Quiero ir al baño.

Lo ayudé a levantarse. Con una mano cogí el botellón de Ringer que aún no se terminaba, y con la otra lo abracé y lo llevé al baño. Con su mano libre, abrió su pantalón y sacó su órgano arrugado y caído. A pesar de su esfuerzo, no le salía la orina. Se quejó de que siempre sentía ganas de orinar pero que en el momento no salía la orina. Se quedó así buen rato. Le temblaban las piernas. Su abdomen hinchado también tembló por su jadeo. Después de mucho rato, al fin, cayeron al excusado unas gotas del color del agua de arroz lavado o del pus. Sin duda, en su medicamento estaría incluida la pastilla diurética para facilitar la orina; pero ni siquiera esta medicina activaba el funcionamiento del riñón. ¿Entonces...? La pequeña esperanza de que sanaría con la operación se evaporaba. Yo no tenía esa convicción sobre su longevidad como mi mamá; pero tampoco podía creer que aquí acabaría su vida. Siempre superaba

todas las dificultades y siempre sabía levantarse de nuevo de las peores caídas. Además, era una piedra fundamental que valía más que cualquier otra piedra. Después de las Olimpíadas de Seúl, se alejó del movimiento de obreros y ahora se dedicaba al “Movimiento de amor a los pobres”.

– Los obreros por lo menos son afortunados. Pueden formar el sindicato y hacer frente común para reclamar sus derechos. Pero los pobres, que en su mayoría son jornaleros, carecen de salario fijo y ni pueden formar un sindicato. Y lo peor es que siempre se les presentan problemas en su hogar: algunos no tienen padre, otros no tienen madre, tienen enfermos o ancianos también enfermos. Entre ellos, son más los que sufren de retardo mental, minusválidos y deformes que entre los ricos. Yo he decidido vivir por ellos el resto de mi vida, –me confesó Jyongu una vez. Sin duda, el Señor valoraría muchísimo su “Movimiento de amor a los pobres”. El era una persona con vocación.

Encargamos a Jyongu, a Sukyong y al pastor Won y fuimos a ver al Dr. Min. Cuando llegamos a la puerta del edificio, los policías y dos ancianos discutían. Querían entrar y aquellos los rechazaban. Al ver a mi mamá, el anciano de bigote y con sombrero de paja le saludó. Mi mamá también le respondió. El viejo era el abuelo de Changguil. Por su apariencia deduje que era un vecino de la barriada de Pisan-dong. Todos los conocidos de Jyongu tenían algo en común.

– Me dicen que es imposible visitar al maestro Pak. A los jóvenes se lo podrán prohibir, pero nosotros somos viejos y aún así no nos dejan. ¿Está muy grave?

– Si estos señorcitos dicen que no, será que no. Pero mi hijo no está grave. Es mentira. – dijo mi mamá tajantemente.

– Vamos, mamá.

Cogí la mano de mi mamá. Afuera los muchachos, bajo el sol, estaban sentados en el suelo. Tenían la ropa empapada de sudor. Ya no gritaban. Parecía que protestaban en silencio. Me hicieron recordar a los monjes austeros que practicaban el zen.

– Veo que entre ustedes hay estudiantes universitarios. Si es así, sabrán pensar como gente educada y por tanto sabrán dónde están. Esto no es un mercado sino un hospital donde no sólo está el maestro Pak, sino también otros enfermos que necesitan tranquilidad. Además, el maestro se encuentra muy grave y necesita reposo absoluto. Por esta razón, sólo

está permitida la visita de sus familiares. Si Uds. gritan, ¿podrá descansar él? Si repiten esos lemas otra vez, los llevaré a todos a la policía. ¿Entienden?

Eran palabras del policía gordo que había salido de la habitación adonde volvió después.

Mientras caminábamos al edificio principal, le conté a mi mamá lo que me había dicho Kuncho. Debía contarle con toda franqueza porque ella estaba tan segura de la vida de Jyongu; era preferible prepararla poco a poco para el peor momento. Así el choque no sería muy fuerte. Cuando le dije que de la cirrosis había pasado al cáncer, solamente exclamó “¡Dios mío!” seguido de hondos suspiros. Cerró su arrugada boca y no me preguntó más. Estaba fría y pensativa. Tampoco le pude hablar más. Caminaba con pasos firmes pero temblaban las puntas de sus zapatos. En la oficina de información de cirugía pregunté por el despacho del Dr. Chongjak Min. Una enfermera nos indicó que estaba en la Sección 3 de Cirugía; pero que no se encontraba allí, que seguramente estaba en el hospital y que lo esperaríamos en su despacho, el cual se encontraba en la parte interior del consultorio. Gracias al aire acondicionado, no se sentía calor. Después de veinte minutos llegó el Dr. Min. Primero nos explicó en detalle sobre las enfermedades del hígado difíciles de curar. Quería consolarnos o, si no, descargarse de mucha responsabilidad. Que el estado de Jyongu era grave, pero a cada rato repetía la palabra ‘fatal’. El ambiente quedó tenso. Mi mamá le preguntó sin rodeos si Jyongu tenía cáncer. El Dr. Min no usó la palabra ‘cáncer’, y explicó amablemente que habían detectado en la parte endurecida del hígado un tumor muy duro y pequeño.

– Nosotros, los médicos, nos hemos puesto de acuerdo en que lo más conveniente es la operación y luego someterlo al tratamiento de rayos X. La probabilidad es de 50%. Si el enfermo y los familiares no consienten, tendremos que hacer el tratamiento de insulina y dieta. Y... – interrumpió su discurso.

– Si habla Ud. del tratamiento con rayos X, quiere decir que el tumor canceroso ya se ha propagado ¿no?

– Si estuviera tan mal, no les aconsejaríamos la operación y preferiríamos darle de alta. ¿Comprenden?

– ¿Comunicaron a la fiscalía ese acuerdo?

– Dimos simplemente nuestra opinión de acuerdo con los resultados del examen general.

Sus palabras eran protocolares, amables y su voz muy suave. Mi mamá miraba fijamente al Dr. Min. Unas canas sobre la frente arrugada danzaban por el soplo del aire acondicionado.

– La operación, no. No permito que toquen el cuerpo de mi hijo con cuchillo. En vez del cuchillo haré que sane su hígado con mis rezos. Digan lo que digan, sé que el Señor lo cuida. – resonó resuelta su voz aguda. Se levantó de la silla. La abracé porque me parecía que se desplomaba su pequeño cuerpo. – Doctor, primero veré al abogado. Tal como dice Ud. no debe estar tan grave como para que necesiten operarlo inmediatamente; tal como dijo Ud., ¿verdad? Si está grave, es una prueba de que la demora del permiso de hospitalización es la causa. En otras palabras, la fiscalía es la que está matando a mi hermano. – le dije apresuradamente y me dirigí al consultorio. Abrazando a mi mamá, salí de su despacho. No nos detuvo ni nos habló más. Habría sido la primera medida para prevenir a los familiares.

Caminando hacia el edificio donde estaba mi hermano, me preguntó mi mamá qué tal si lo lleváramos a un templo protestante que está en un lugar aislado. Había templos en las montañas que servían para orar. En ese templo, el pastor curaba con rezos a los cancerosos graves. Que esa misma noche iría a ver a Jyongu, un diácono del templo, dotado para curar a los enfermos del hígado. Rezaba tocando la parte donde estaba el hígado. También traería caldo de lombrices, buena medicina para estos enfermos. Jyongu tomaría el caldo y juntos rezarían a Dios. Estaba segurísima de que con rezos se podía curar. Ella también entendía qué era una enfermedad del hígado, pero cuando hablaba de su plan, su voz recobraba fuerza y sus pasos eran firmes. No lloraba, porque tenía esperanzas y no quería ser pesimista. No se desesperó.

– Tendrás mucho que hacer ya que estuviste en el exterior. No debes estar aquí gastando el tiempo. Vuelve a Seúl y ocúpate de tus asuntos. Si sucede algo urgente, te llamaré. De Seúl a Taegu son solamente cuatro horas. También tu cuñada y yo nos ocupamos de él cuando estaba encarcelado y lo cuidamos bien. Ahora, ni siquiera está en la cárcel. Y aquí en el hospital es mucho más fácil nuestro trabajo. Creo que llevarlo de aquí a casa o al templo será muy fácil. Veré al abogado Chu. También es diácono y me ayuda.

Ahora se preocupa de su hijo mayor. Le dije que yo vería al abogado. Pero ni el abogado podía decidir el sí o el no de la operación. Yo

no podía adivinar la decisión de mi cuñada, la persona más cercana de mi hermano. Pero yo, su hermano, no estaba de acuerdo con la operación. Para mí era el último recurso que se busca cuando ya no hay otra salida; por tanto, la última esperanza. Sin embargo, como mi opinión no era la de un especialista, decidí volver a Seúl en el tren de la noche y consultar allí a un amigo especialista en cirugía.

Fui a la oficina del abogado Chu, frente a la corte. El Sr. Yongchun Chu era famoso por defender a los disidentes políticos. Era de la edad de Jyongu. Lo puse al tanto del resultado del examen general de mi hermano y le pregunté si podía trasladarlo al Hospital anexo a la Universidad Nacional de Seúl porque tenía especialistas en enfermedades del hígado. Pensaba pedir otro examen general en ese hospital y decidir si la operación se efectuaba o no.

– Creo que están hablando de la operación sin estar convencidos de ello y si Uds. no la consienten, sólo perderán el tiempo. Dirán que no se pierde nada con eso. Presentaré a la corte la solicitud de cambio de lugar de custodia. Propondré dos lugares: el Hospital anexo a la Universidad Nacional de Seúl y la casa de Pisan-dong. Es más factible que la corte dé permiso para el hospital, porque la barriada de Pisan-dong, donde está su casa, y el complejo industrial cercano son lugares de base para la actividad de don Jyongu. Cuanto más se sepa del problema, tanto más problemas les crearán a las autoridades. Por tanto, a ellos no les conviene tenerlo en su casa. – dijo el abogado. Se comprometió a presentar la solicitud al día siguiente en la mañana.

Cuando volví al hospital, el largo día de verano ya se despedía. El sol estaba en el oeste. Los muchachos, que protestaban en la entrada, se habían ido, pero los policías seguían custodiando la entrada del edificio y la sala de mi hermano. Estaban listos para pasar la noche en vela a fin de evitar cualquier incidente.

En la sala, el alguacil Choe estaba de turno. El agente gordo ya se había marchado. Sukyong y el predicador Choe también se habían ido, sólo mi mamá, mi cuñada y el niño Tongsu permanecían. Mi cuñada masajeaba la cintura de mi hermano que estaba echado boca abajo. Un rato sobaba y otro rato daba golpecitos. El niño, sentado en el borde de la cama, conversaba con su papá. Mi cuñada, sonriente, escuchaba el diálogo íntimo entre padre e hijo.

- Voy a ser médico para curarte. – dijo el niño.
– Me curarás pero también curarás a los enfermos de nuestro barrio.
¿Quién los curará, si no tú?
– Claro, papá. Voy a ser de verdad médico. Papá, si no puedes caminar, iremos a casa en taxi. Autobús no, taxi, por favor. Nunca he tomado el taxi. Te mostraré mi pintura colgada en la pared de la guardería.

El niño todavía no pronunciaba bien. Pidió a su papá regresar a casa. Mi mamá que estaba leyendo la Biblia le echó una mirada cariñosa. En la sala no había sombra de muerte en ningún lado. Si se moría dejando una esposa joven y un hijo aún pequeño,... Pronto yo cumpliría cincuenta... Pensando en todo, sentí una tristeza inexplicable y casi lloré. De repente me acordé de los regalos que había traído de la U.R.S.S. Para las tres mujeres –mi mamá, mi hermana y mi cuñada– había comprado bufandas tejidas con hilo de oveja y para el niño Tongsu dos coches, hechos de hojalata. Uno era el carro de ambulancia y el otro de bomberos. Se los puse uno en cada mano.

– ¡Gracias! Mañana los verán mis amigos. Gracias, tío, gracias. _gritó con júbilo, agitándolos por sobre su cabeza. Todo su rostro se llenó de alegría.

Salí a fumar al pasillo. La oscuridad llegaba poco a poco al jardín. El sol se ocultó definitivamente. El cielo, visible por entre los árboles, estaba anaranjado. Las hojas de los árboles se movían con el leve viento. En el amplio jardín, los enfermos se paseaban en sus sillas de rueda saboreando la frescura del crepúsculo después de una tarde calurosa. De cerca se oyó una conversación. Me acerqué a la ventana. Debajo de la ventana, aprovechando la sombra, cuatro ancianos conversaban. Dos de ellos eran los que habían saludado a mi mamá cuando íbamos a ver al Dr. Min.

– Llegó cuando destruían la sección A del barrio. Nunca había visto al maestro Pak tan enojado como aquella vez. Es que él siempre era bueno y tranquilo. El maestro, varias veces, suplicó a los funcionarios que no destruyeran la casa de la familia Om. Se plantó en la puerta con los brazos abiertos, les rogó y explicó que adentro estaba la anciana enferma. Pero, ustedes saben, los funcionarios no tienen corazón ni sentimientos. No le atendían su súplica. Repetían su famoso principio “Nada de excepciones”. Tan inhumanos, ¿no? Esos señores sacaron al maestro

empujándolo bruscamente y empezaron a destruir la casa con barreta y otras herramientas metálicas. Los que estaban dentro de la casa gritaron y salió la señora corriendo con el niño contra su pecho. Les pidió que esperaran un poco porque adentro estaba su suegra. Pero esos animales no le hicieron caso y siguieron. En ese instante, un pedazo de madera destruida por la barreta cayó sobre la frente del niño. Brotó su sangre a chorros. En ese momento, al maestro se le subió la sangre al rostro. Sus ojos, irritados por la cólera, brillaron. Temí que pasara algo. Dicho y hecho. El maestro se enfrentó a uno, le quitó la barreta y empezó a golpearlos. Llorando, como un loco, gritaba que si ellos también eran seres humanos. El maestro bailó con la barreta.

– Si hubiera estado yo, habría hecho lo mismo. Esos no tienen compasión ni conocen qué son las lágrimas.

– El pastor Won estuvo en ese lugar. Cuando fue arrestado el maestro, ¿saben qué dijo él? “Esta escena es igualita a la de la Biblia: Jesús expulsó de la iglesia a los comerciantes y a los que cambiaban dinero y destruyó la mesa del vendedor de palomas”.

– Esta sociedad está matando a un hombre digno. Casi veinte años ha participado en los movimientos de obreros y pobres y cuántas veces ha estado en la cárcel. Ni siquiera pudo alimentarse bien. Según mi hijo, muchas veces en la cárcel hizo huelga de hambre contra las injusticias de allí. Por todo eso, su hígado tiene problemas.

– Sí pues, pero hay gente que sufre de hambre y por razones de trabajo sin tener problemas del hígado. No comprendo cómo un joven esté tan débil.

– Hay muchos vecinos que juran protestar públicamente si le pasa algo al maestro. Los muchachos obreros de la Textilería de Song-An y las chicas de la Compañía Eléctrica de Jankuk dicen que van a hacer una colecta.

Apagué el cigarro y me fui a la sala. Ya habían encendido la luz. Llamé a mi cuñada al pasillo y la pedí su opinión sobre la operación de Jyongu contándole lo que nos había dicho el Dr. Min. Ella ya sabía que su esposo tenía cirrosis y cáncer al mismo tiempo. Tampoco estaba de acuerdo con la operación. Pero como no se podía llevarlo a otro lugar sin permiso de la corte, dijo que unos días lo dejaría en el hospital y observaría el avance de la enfermedad y el efecto del tratamiento.

– Yo también he averiguado. Como pasado mañana es domingo, tendremos tiempo de decidir hasta ese día. Dicen que ahora hay un nuevo tra-

tamiento, y según eso, si el tumor es pequeño, lo pueden tapar con una tela muy fina como celofán. Por favor, Ud. averigüe en Seúl. Y es preferible que haga la reservación de la sala en el Hospital anexo a la Universidad Nacional de Seúl. Mañana en la mañana acompañaré al abogado a la corte. —me habló con serenidad. Sus labios estaban rajados. Su rostro, serio y dispuesto a enfrentarse a cualquier caso, menos mal que en esta grave situación mantenía la serenidad y actuaba con la mente.

— Oiga, señora, nosotros estamos aquí. No nos dejan visitar al maestro, queremos conversar siquiera con Ud. Venga por acá, por favor. — uno de los ancianos la invitaba. Su cabeza estaba pegada a la ventana. Seguramente habría oído la voz de mi cuñada.

— ¿Todavía están ustedes aquí? Bueno, ya voy. —le contestó.

Esa noche subí al tren lento en la estación de Tong-Taegu. El tren salió casi a medianoche. Pensé arreglar los asuntos más inmediatos de la editorial, de modo que mi ausencia no afectara nada, y volver dentro de tres días a Taegu.

Al día siguiente, estuve ocupado todo el día por los asuntos de la editorial y de Jyongu. Llamé al hospital de Jyongu y a la farmacia de Sukyong para saber si había novedades. Jyongu seguía casi igual pero ya no podía orinar y la cintura le dolía más. Pasé un día muy ocupado y llegué a casa a medianoche. Ni tenía ganas de ducharme. Fui directo a la cama y me dormí muerto de cansancio. Después de quince días, por vez primera dormía bien.

Fue en la tarde del siguiente día cuando me llamó mi hermana desde Taegu. Habría sido la una y media cuando acababa de volver del Hospital de Seúl.

—¿Qué hacemos? Es que Jyongu, Jyongu está inconsciente. Ven rápido, por favor. Desde esta madrugada se quejaba de dolores y al despertarse se desmayó...

Sukyong estaba desesperada. Lloraba. Aunque su voz era clara, ya no me llegaba al oído. Sonaba como un eco lejano. De repente, sentí que mis fuerzas me abandonaban. Llegó el momento, y ahora qué hacer. Colgué el teléfono y me quedé atontado. No sabía qué hacer. Me preguntó la chica Choe si la noticia era mala. Cerré los ojos y respiré jadeando.

— Tienes la libreta de ahorros del Banco de la Vivienda, ¿Verdad? Saca

todo el dinero de allí. Quinientos mil wones en efectivo y el resto en cheque, –le ordené.

Llamé a casa. Avisé a mi esposa sobre el estado de Jyongu, y que iba a Taegu inmediatamente. Mi esposa llamaría a su mamá que vivía en Chong-Chu para encargarle a los hijos y apenas llegara, iría a Taegu. Me habló apresuradamente:

– No vayas en carro. Por favor, no. Ahora estás fuera de ti . No debes manejar. ¿Comprendes, mi amor?

Varias veces me insistió y colgó el teléfono. Yo no había pensado hasta en ese detalle pero ella sí. Las mujeres son más detallistas y vivaces.

Preferí ir en tren porque la estación de Seúl estaba más cerca de la oficina que el Terminal de Autobuses de la Autopista. Después de la estación de Yongdungpo, el paisaje cambió: se veía el campo verde y las montañas. Los árboles, sembrados este año y nutridos por los rayos solares, se jactaban de su verdor. ¿No podría recobrar la vida un ser humano moribundo, tal como esos árboles verdes, absorbiendo el agua y los rayos solares? Pensé en mi hermano flaco, amarillento y negruzco. Estaría columpiándose entre las dos orillas de la vida y la muerte y todo el cuerpo empapado en sudor. Para la gente débil, el verano era una estación penosa y difícil de aguantar y el terrible calor mataba a mi hermano pudriendo su organismo. Las cosas guardadas en una refrigeradora, cuando hay algún apagón repentino o cambio del voltaje eléctrico, se pudren más rápido. El cuerpo de Jyongu era como una nevera que sufría el apagón intermitente, entonces sus órganos interiores –hígado, riñón, estómago y pulmón– se estaban pudriendo. ¡Terrible escena! Preferible pensar en otras cosas. Ese invierno habíamos ido al sur en la misma dirección del curso de este tren. La llamita en la espalda de mi mamá no se había apagado esa vez. ¿Qué diferencia habría entre la muerte en la niñez y la muerte después de los treinta y ocho años? ¿La diferencia estaría en dejar un hijo, un descendiente suyo en este mundo? ¿O el Señor quería ver las preciosas obras a que se había dedicado su criatura cerca de veinte años? Y ahora, ya que cumplió sus deberes, querrá llevarlo a su lado, contentísimo de todo lo que hizo en la tierra? ¿Cuál será la voluntad de Dios? Yo no podía comprender nada. O, a lo mejor, la realidad dura seguiría el curso contra la voluntad de Dios. Fui al vagón restaurante y en vez de comer allí tomé dos botellas de cerveza.

Eran las seis y diez cuando llegué a la estación de Tong-Taegu. El sol estaba detrás de los edificios de la ciudad. Tomé el taxi y le pedí al taxista que me llevara inmediatamente al Hospital de la Universidad. La puerta principal del Hospital estaba cerrada y junto a ella había dos autobuses policías militares. Sus ventanas estaban aseguradas con fuertes rejas. La pequeña puerta, al lado de la principal, estaba medio abierta y allí estaban parados varios policías militares. En esa puerta, la gente hacía cola para entrar. Los policías militares preguntaban a cada uno el objetivo de la visita, le pedían el documento de identidad y después lo dejaban entrar. Me coloqué en la cola. Supuse que todo esto era por Jyongu y no por algún accidente en el hospital. Llegó mi turno. Dije el número del edificio y de la sala de mi hermano.

– ¿Qué relación tiene Ud. con el paciente? – me preguntó el policía militar mirando mi carnet.

– Soy su hermano. Me llamaron por teléfono porque mi hermano está grave. Acabo de llegar de Seúl.

– Haz entrar al señor. –dijo el que estaba al lado de la garita del guardián. Era el agente gordo que había estado en la habitación de Jyongu.

Caminé. No, casi corrí. Cuando di vuelta por el edificio principal, oí el coro cerca del edificio de Jyongu. El canto llegó a mi oído revolviendo mi rostro sudoroso. Cantaban llevando el ritmo con palmadas.

*Vean los verdes pinos del campo.
Aunque haya viento, lluvia y nieve
y aunque no haya quien les dé cariño,
siempre están verdes, verdes están.*

En el jardín grande, frente al edificio de mi hermano, se desarrollaba una escena como las que se veían en el periódico o en la televisión. Unos cincuenta, entre estudiantes, obreros, señoras de la barriada, sentados ordenadamente en el suelo, cantaban llevando el ritmo con palmadas. Los policías militares los rodearon en varias filas. Al lado de un Land Rover, con rejas en sus ventanas, había dos señores robustos de cierta edad con transmisor-receptor en la mano. Parecían jefes de la policía. Mi cuñada les decía algo moviendo sus manos violentamente. Pero los dos estaban silenciosos y ni prestaban atención a los manifestantes. Detrás de estos, dos mujeres tenían alzada una pancarta. Una de ellas era la señora que había traído el agua. Decía la pancarta: “¡Viva el maestro Jyongu Pak, Luz de los pobres!”

No era el momento de distraerme ante la escena de enfrentamiento. Reconocí al pastor Jyongsup Won entre los que cantaban. Pronto entré al edificio. También en la entrada tenía que declarar el motivo de mi visita y lo mismo hice en la puerta de la sala. Entré finalmente a la habitación, atrayendo la mirada de todos. No pude saludarlos personalmente. Fui directo a la cama donde estaban mi mamá y mi hermano.

– ¡Jyongu!

–...

No contestó. Estaba en el abismo del profundo sueño. Su rostro ya no era de los vivos. El color verde lo había cubierto. A veces, hacía muecas y respiraba con esfuerzo. Quizás tenía pesadilla. El abdomen abultado debajo de la sábana era más notable que el de hacía tres días. Parecía el de una mujer a punto de dar a luz. Era el signo de que la uremia se había propagado por todo el cuerpo a través de las venas. Agarré su mano. Sus manos flacas estaban húmedas y frías. Mi sudor mezclado con lágrimas cayó a la sábana. Hice todo el esfuerzo para soportar el llanto.

– No hay esperanza. Dicen que esta noche será la última. Ningún médico puede salvarlo. No puedo creer en lo que dicen los médicos, pero sucede tal como dicen ellos. El Señor lo llama tal como llamó a tu padre. A lo mejor, allí en su reino lo necesite para algún trabajo. Siempre me dejan acá sola. Debo obedecer su voluntad. Pero, ¡Dios mío!, mi pobre hijo es tan bueno... –no concluyó. Limpiaba la cara de Jyongu con un pañuelo mojado. Sus palabras no eran palabras sino clamores. Sus lágrimas no eran de agua sino de sangre.

Ante el cuerpo de su hijo inconsciente, ya no insistió en que él vivía dentro de su cuerpo. Bajó la sábana a la altura de la cintura. Desabotonó el uniforme del paciente y enjugó el sudor de su pecho.

– ¡Pobrecito de mi hijo! Nació sin conocer a su papá y ahora lo podrá conocer. ¡Cuanto lo quería conocer! Estará en el paraíso su papá que se murió a los treinta y tres años. Pero, ¿seguirá con la apariencia de esa joven edad?

El ventilador del techo daba vueltas ruidosamente pero el cabello largo y húmedo de mi hermano no se movía. Exhalaba sudor helado por todos los poros como si botara todo el líquido de su cuerpo. Su débil respiración que estaba a punto de pararse se apresuró súbitamente. Se

convirtió en ronquido. Era como una explosión. Parecía que iba a abrir los ojos e incorporarse y sentarse con su sonrisa eterna. Pero la respiración otra vez se hizo débil. De un ojo rodaron unas lágrimas que resbalaron por su cara.

– ¿Desde cuándo está inconsciente? –le pregunté a mi mamá.

– Ya cumplió la mitad del día. Desde la mañana está así. Como no lo sueltan, ni podemos llevarlo al templo para que le recen tocándole el cuerpo. Protesté y supliqué para que lo soltaran. Quería correr hasta el templo de la montaña Kumjosan cargándolo como cuando vine escapando de la guerra. Pero nada. Esta mañana supe que era imposible salvarlo. ¡Oh, Señor! Míralo. Respira llorando porque le cuesta trabajo dejar este mundo cargando todos los suspiros y preocupaciones de la gente pobre de este mundo. –sollozó mi mamá.

Me alejé de la cama de mi hermano. Vi a mi hermana que tenía en su regazo al niño Tongsu. Estaba llorando. Cubrió sus ojos con un pañuelo y sus hombros se movían por el llanto. El niño con los dos coches de juguete en ambas manos me miró de reojo. Sus ojos expresaban miedo y estaban enrojecidos. El alguacil Jong y un agente policía con saco de verano, callados, me miraron.

Afuera se oían las protestas.

– ¡Libertad inmediata al reo político Jyongu Pak!

– ¡Libertad inmediata, inmediata!

– ¡Devuélvannos al maestro Jyongu Pak!

– ¡Devuélvannos, devuélvannos!

No podía pensar en nada. El alguacil Jong, que miraba a los manifestantes de fuera, señalándolos con su dedo, dijo:

– ¡Caramba! ¿Qué hacen estos malvados? Intentan entrar escalando el muro.

Miré afuera. Varios muchachos, obreros o estudiantes universitarios bajaban por el muro lleno de hiedra. El agente salió corriendo hacia afuera.

El canto de las cigarras y los gritos se mezclaban. En la sala calurosa reinaba un silencio pesado. Casi no podía respirar. Ni quería mirar

la cama donde mi mamá decía algo confuso mirando a Jyongu. Salí al pasillo. Fumando un cigarrillo miré el jardín desde la ventana.

– Si no se dispersan hasta las siete y media, los arrestaré a todos. Tienen veinticinco minutos. Vuelvan a sus casas – dijo el oficial de policía, de edad avanzada, con el altoparlante. Estaba al lado del Land Rover. Los manifestantes lo pifiaron. De nuevo cantaron. Esta vez no sólo acompañaban las palmas al canto, sino también el tambor.

Mi cuñada salió del grupo y se dirigió hacia el edificio, evadiendo a los policías militares. La escoltaron tres jóvenes. Llegando a la entrada, los despidió y entró sola. Como afuera ya llegaba la oscuridad, el pasillo estaba bastante sombrío; allí apareció ella y se dirigió a mí.

– No esperaba gran cosa de ellos. Repiten tercamente que no pueden dar ni un paso fuera de la sala hasta que se muera. Los vecinos quieren que lo llevemos a casa antes de que se muera, porque desean que el funeral sea en nombre de nuestro barrio. Las autoridades no nos dan siquiera la última alegría porque temen que haya alboroto. Quizás ni nos entreguen el cadáver y lo incineren. – dijo ella. Aceptaba la muerte de su esposo como un hecho.

– No creo que sean tan malvados. Voy a hablar con el esposo de Sukyong sobre el funeral. – le contesté.

Triste realidad, y mi hermano se moría; y nosotros los vivos teníamos que ocuparnos de los quehaceres de la muerte. Mi cuñada estuvo pensativa un momento y luego me miró. Miró alrededor y con su semblante resuelto me dijo en voz baja:

– Cueste lo que cueste, queremos llevarlo a casa antes de que se muera. No nos importan las consecuencias. Esta tarde lo hemos decidido así.

No comprendí qué significaba eso ni me imaginé cómo lo sacarían del hospital, mientras tanto ella fue a la sala.

Los manifestantes aumentaron a sesenta y de repente gritaron otras protestas.

– ¡Libertad inmediata al moribundo maestro Jyongu Pak!

– ¡Libertad inmediata, inmediata!

– ¡Déjennos llevarlo para honrarle en nuestro barrio!

– Llevarlo, llevarlo!

El joven que daba la voz a los demás era el muchacho que hacía

poco había escoltado a mi cuñada. Su grito era un clamor y me pareció que se había puesto de acuerdo con ella. De repente, se me iluminó la mente; recién comprendí el significado de lo que me había dicho mi cuñada. Sus lemas eran tan significativos que todos los manifestantes se pusieron de pie y alzando los puños gritaron. Confusos, al mismo tiempo, murmuraban entre ellos: “¿Es verdad que está moribundo? ¿Qué paso? ¿Se empeoró tanto?”

– ¡Responsabilícense de la muerte del maestro Jyongu Pak!

– ¡responsabilícense, responsabilícense!

Los gritos se hicieron más fuertes y rápidos. En la parte delantera de los manifestantes estaban los más jóvenes. De repente, ellos se abrazaron. Pronto los demás siguieron el ejemplo. El grupo ya se parecía a una ola gigantesca. Empezó a moverse la ola y chocó contra el muro grueso de los policías militares que los bloqueaban. Y estos protegidos con escudos, tampoco se movían. Parecía un muro de concreto.

– ¡Dispérsense, si no, los arrestamos!

La vos del altoparlante se apresuró. En este momento, una bomba molotov voló hacia el Land Rover y explotó. Atrás empezaron a gritar rítmicamente ¡vamos! ¡vamos! Los manifestantes avanzaron con toda fuerza e intentaron derrumbar el muro de los policías militares.

– ¡Nada de violencia! No podemos solucionar nada con violencia. –gritó desesperado el predicador Won.

Se oía su voz pero no podía distinguirlo entre la multitud.

Volaron más bombas incendiarias. El predicador gritaba diciendo que no estaban en una calle sino en un hospital. Pero el grito de la gente apagó su voz. De repente, todos se callaron, las bombas lacrimógenas de los policías habían explotado. Ya nadie pensaba que estaban en un hospital.

– ¡Capturen a todos! –ordenó el oficial por medio del altoparlante. Los policías militares empezaron a agarrar a los manifestantes. Los gritos y los gemidos agudos llenaron el jardín de un momento a otro. Los policías militares, que custodiaban la sala, también corrieron violentamente hacia el lugar de la batalla.

Llegó el olor de la bomba lacrimógena. Lloraba y estornudaba. Corrí a la habitación de mi hermano. En ese momento, unos cinco jóve-

nes entraron por la ventana. En sus manos tenían palos. Todos estaban disfrazados y amenazaron con sus palos al alguacil Jong, quien asustadísimo, alzó las dos manos, pálido, tembloroso y boquiabierto por el miedo.

– Señora, vayamos, pronto. En la puerta trasera hay una combi esperándonos. –le dijo a mi cuñada el joven en uniforme de trabajo.

– ¿Qué? ¿Qué hacen? ¿Adónde vamos? –tartamudeó mi mamá que protegía a su hijo con sus brazos. No entendía qué pasaba.

– Mamá, quiero llevar a mi esposo a nuestra habitación de Pisan-dong . El no es un reo, y no lo puedo dejar que se muera encerrado a la fuerza. –le contestó rápido mi cuñada jalando diestramente la cama de mi hermano. Sus ojos lacrimosos brillaban al ver a su esposo que respiraba débilmente.

Al escuchar a su nuera, mi mamá comprendió todo y cargó al niño Tongsu en su espalda casi quitandoselo a Sukyong.

– Abuelita, ¿vamos a casa todos? –preguntó más claro el niño.

– Sí, mi hijito. Vamos todos. Ahora tú vas a ocupar el lugar de tu papá. Harás lo que no pudo terminar tu papá. Ahora eres mi hijo menor. –dijo mi mamá. Parecía que estaba fuera de sí.

Como ese invierno que hizo la caminata al sur cargando a Jyongu, cargó al pequeño Tongsu en su espalda arqueada y abrió la puerta de la sala de par en par. Nos adelantó.

– Oye, ¿no habrá problemas? –me preguntó Sukyong, que todavía estaba perpleja.

– ¿Qué se hace? toca. Vamos también –dije empujándola por la espalda. La verdad es que tampoco yo había estado decidido cuando ella me había preguntado.

– La puerta principal, no. ¡Atrás! ¡Rápido! –dijo Sukyong, ya decidida y siguiendo a mamá.

El pasillo oscuro estaba lleno del olor de la bomba lacrimógena. Afuera, sólo se veía el humo y la batalla continuaba. Los jóvenes empujaban y jalaban la cama. En el pasillo, por la oscuridad ya no alcancé a ver a mi hermano. Estaba nervioso. En ese instante, como la electricidad, llegó a mi mente un pensamiento. Comprendí que Jyongu había construido una morada en cada corazón para morar allí. Llegué a la conclusión de que no debíamos dejarlo morir en un lugar bajo vigilancia y

sin libertad. Si se muere aquí la acusación por haberse valido de la violencia y haber actuado en contra del cumplimiento de la ley y del estado quedaría sin resolverse bien. Aunque no pudiéramos llevarlo hasta la casa, aunque se muriera camino a su humilde barrio de Pisan-dong, por lo menos, mientras estuviera vivo, debíamos llevarlo a un lugar libre. En eso, yo también debía asumir la responsabilidad. Agarré fuerte el asa de la cabecera de la cama junto a mi cuñada. La cama iba deslizándose por el pasillo saturado de olor a bomba lacrimógena. Mi mamá cargando a Tongsu, y mi hermana, protegiéndola con su brazo, caminaban presurosas delante de nosotros. Ibamos todos hacia la puerta. Los muchachos, que nos esperaban allí, la abrieron de par en par. El pasillo cerrado quedó libre como el camino de la Libertad. Como ese invierno cuando, junto a mi mamá, vinimos presurosos al sur, agilizamos nuestros pasos empujando la cama. El humo de la bomba de ese invierno ahora era el humo de la bomba lacrimógena. En ese momento, mi corazón se llenó de alegría y experimentó el renacimiento de esa emoción del 19 de abril, cuando todos, abrazados, caminamos hacia la Casa Azul, residencia oficial del Presidente.

EL BARCO REGRESA

JAN, SU-SAN

*Esto pasó hace tres años en un viaje.
Un hombre subió conmigo al barco
nocturno en Namje. Esa noche, antes de
dormir, se lavó el pelo y las medias. Al
día siguiente, se arrojó al mar.*

El autor

1

El mar, tan inmenso, se rehusaba a caber en una sola mirada. Todo era negro. Bajo el cielo negro, la neblina era negra y su superficie también lo era. El mar era demasiado grande, demasiado oscuro y demasiado profundo. Me sentí diminuto ante él.

El mar de este lado del rompeolas era de color café oscuro. Allí no existía el color azul. El barco se alejaba del muelle llevado por el agua. La proa lentamente se dirigió hacia alta mar. Desde la cubierta observaba la tierra que se alejaba cada vez más. Todavía en mis oídos zumbaban los ruidos de la tierra a donde se dirigían mis ojos. De nuevo, la lluvia caía sobre la neblina entre la isla Chong-do y yo. Sentí mojados mis hombros, mis cabellos y hombros se hicieron más pesados.

“Los pasajeros a la isla Ara-do para las cinco suban al barco, por favor”. El ruido de la sala de espera del terminal todavía quedaba en mis oídos mezclado con el ruido del motor del barco. El techo de la sala de

espera era alto. Todos los ruidos rebotaban porque el techo servía de buen resonador, los niños compraban algo de comer. Una persona masticaba chicle en la silla de al lado, una mujer decía palabrotas a un niño y en su espalda tenía otro, la chica del salón de belleza se despedía de su amigo, el hijo le repetía a su mamá cómo tomar el autobús, porque el taxi cuesta caro, toma el autobús, pues cuesta sólo 600 wones, no tomes otro ¿entendido?

En aquella sala, los oídos se llenaban de ruido y los ojos de diversos letreros: sala de descanso, tienda, tienda de souvenir, bodega Ilmanchom, baño de hombres, baño de mujeres, oficina de información para los soldados, oficina sucursal de la policía militar, “vida de felicidad por presentarse a la policía”¹, oficina de información del puerto de Chong-do, oficina de información de transporte, oficina de información de hospedaje, oficina de información del viaje marítimo, oficina de información de turismo, prohibido entrar excepto los pasajeros, temporada de cuidado especial para la seguridad de la navegación de barcos por la densa neblina, mapa turístico de Chong-do. Todos, ese ruido y los letreros, se alejaban poco a poco. Se veía a la gente del muelle que abría sus paraguas.

La lluvia caía a torrentes sobre la transparente superficie del mar que parecía poder reflejar hasta las figuras de las vasijas de vidrio. Las pancartas colgadas en el terminal del puerto se mojaron, sus letras azules decían: Navegando con seguridad y con buen servicio la oficina de Transporte Marítimo de Puertos y Bahías viaja a todos los confines del mundo. Sonó la sirena del vapor rompiendo todos los ruidos a que estaba acostumbrándose mi oído durante la larga espera en la sala.

A la izquierda del muelle, se veía una isla pequeña parecida a un sombrero. En la parte baja, metida en el mar, había rocas blancas formando precipicios. Los árboles cubrían la isla como un toldo. Era la misma que había visto desde Chong-do al esperar la salida del barco. La neblina colgaba de la parte alta del islote como un cable de ancla. La gente de la cubierta entraba a las cabinas de uno en uno. El puerto de Chong-do se veía triste. Pronto desapareció la gente de la cubierta. Mi-

1 Lema que se usaba referido a los espías comunistas.

rando de lejos a Chong-do, pensé pedirle disculpas al muelle, porque ése no era el lugar a donde iba a quedarme, pues tenía otra meta. ¿Qué cosas malas hice en Chong-do? Sencillamente, había decidido que Chong-do no era el destino final de mi viaje. Eso era todo. No tenía por qué odiar a Chong-do. Si hubiera decidido finalizar mi viaje en Chong-do, seguramente Chong-do y yo habríamos estado en más armonía.

Ese verano me senté en un platillo de la balanza y en el otro puse el verano. Adrede, no puse más cosas en el otro platillo. La balanza, señalando el tiempo vacío, se paró. El verano y yo estábamos en equilibrio, y así que en ese verano no tenía algo especial que hacer. Para mi ese verano era como la cintura de la serpiente. ¿Dónde empieza y termina la cintura en una serpiente? Un amigo, a quien no le agradan los números, me dio una respuesta:

– La cintura de la serpiente es la parte situada entre la cabeza y la cola de su cuerpo.

Entonces, ¿hasta qué parte es la cola? Ese amigo, cuando compraba dos boletos de 370 wones cada uno, pagaba con un billete de 1,000 wones y no sacaba la cuenta de cuánto era el vuelto. Pero ése sí, pudo calcular la cintura de esa forma; pero ¿yo? Quizás mi respuesta habría sido igual. El verano de ese año fue muy largo, aburrido y sin nada que hacer. Quizás las vacaciones del segundo año de la universidad se parecían a la cintura de la serpiente. Sin darme cuenta, estaba acostumbrado a la cómoda expresión ‘más o menos’ y creía que todo ya lo sabía, no necesitaba el adjetivo ‘nuevo’. Estaba aburrido de los amoríos de nuestra edad y cansado de tener algún objetivo para un futuro brillante.

Pasé echado los días de las vacaciones de verano. De verdad, no sabía desde dónde empezaba su cintura. En la mañana, me levantaba tarde, durante el día recogía el agua fría en la tina del baño, y me zambullía una o dos veces. Así mataba el tiempo. La tina me parecía un ataúd y allí gozaba del contacto de mi cuerpo con el agua fría. En la noche, me echaba dentro del mosquitero. Cuando terminaban todos los programas de televisión y radio, sintonizaba la emisora china que hablaba sin música, cuyas palabras no entendía ni jota, y así me quedaba dormido con la radio puesta. A mi mundo interior no llegaba nada: ni luces del sol, ni viento, ni un ir y venir, ni una semilla silenciosa envuelta por una capa dura, ni frutas que con fragancia maduraban bajo el sol del verano. No había nada.

Había mirado el calendario durante una semana más o menos. Llegado el nuevo mes, arranqué la hoja del mes pasado. En la nueva, había un paisaje del mar de una isla: rocas negras, muchas orquídeas fragantes y pájaros que volaban desde el precipicio donde reventaban las olas. Miraba la foto sin mucha emoción. Era un paisaje muy común y corriente. Pasaron unos días. El paisaje de la foto seguía siendo común para mí. Había uno parecido en el restaurante chino que lo tenía enmarcado y colgaba en la pared, manchado con el excremento de moscas. Otro en el puesto de un vendedor ambulante de almanaques que aparecía en la calle mucho antes que terminara el año, colgando sus mercaderías en los muros de la calle. Otro era de la promoción de turismo con el nombre de una compañía licorera debajo del paisaje. Pero un día, de repente, escuché el sonido que salía del paisaje del almanaque. Fue una tarde cuando el sudor de mi espalda me mojaba la camisa. Oí el canto de los pájaros desconocidos, el movimiento de olas y el viento que traía en sus sonas la fragancia de la orquídea. Esos sonidos poco a poco levantaron la cintura de mi largo verano. Me levanté y me acerqué al almanaque. Leí debajo de la foto unas letras chiquitas: Isla Ara-do en el extremo sud-oeste. En ese instante vi que la ola se llevaba la isla y los pájaros volaban.

En ningún libro de turismo aparecía el nombre de Ara-do. Ni en “Lugares maravillosos de Corea” ni en “Vamos adonde sea, guía de viaje”. El mapa de ‘la región sureña’ que estaba casi al final de mi libreta de apuntes, era el único que indicaba dónde se tomaba el tren y el autobús. Una línea roja arqueada de la ruta marítima unía la isla Chong-do con aquélla.

Después de mucho tiempo, llegué a comprender que mi viaje de ese verano había servido para confirmar que la gente llegaba a ser libre en la soledad. Pero en ese momento, ¿cómo podía saberlo? ¿Cómo podía saber que la isla, por estar rodeada de mar, y alejada y solitaria, tenía la libertad fundamental?

Partí. Metí dos libros en mi maletín: uno sobre el barco y el otro sobre la navegación. Para mí el barco, el mar y la isla eran novedades. Los leí sin comprender como si leyera el libro sagrado del budismo escrito en sánscrito. Luego subí al tren nocturno. Recostado en el primer piso del camarote del coche-dormitorio, subí el visillo de la ventana un palmo y miré afuera. Vi lo brillantes carriles fríos, postes en los andenes

y las montañas bajo la luna casi llena. Una extraña sensación de felicidad venía rodando hacia mí como una bolita blanca de billar, me golpeaba y pasaba.

Me alegré de que las estaciones y los pueblos que se veían no fueran mis destinos finales. Murmuré: en la noche preferible ir más lejos. Me quedé dormido esperando que el tren me dejara en una ciudad de noche. Sin embargo, cuando me desperté, ya era de día. Llovía.

Bajé del tren y en la misma estación tenía que tomar el autobús. Allí, recién solté el nombre de Ara-do preguntando a un empleado de la estación con el rostro húmedo como el clima. Me contestó con otra pregunta:

– ¡Ajá! ¿Habla Ud. de la isla donde utilizan el excremento de vaca como combustible?

– A lo mejor

– Vaya a Chong-do. Allí dicen que hay barco para la isla. A Chong-do no llega el tren.

Yo también sabía que no había tren a Chong-do.

No se veía Chong-do ya por la densa neblina y la lluvia. Encendí un cigarrillo y entré para escaparme de la lluvia. En la cubierta chorreaba la lluvia.

– ¿Me da fuego?

No me di cuenta de que había un hombre allí hasta que volteé la cabeza. Tenía la barba muy tupida, parecía de mucho más de cuarenta años, daba la impresión de que era una persona que andaba sin encendedor o sin fósforos. Era más alto que yo. Devolviéndome el cigarrillo, me preguntó.

– ¿Va a la isla Ara-do?

– Sí.

Arrojé con los dedos el cigarro al mar, muy lejos.

– Ud. también va a Ara-do?

Dijo sí con la cabeza. De repente, pensé que quizás para él también era éste el primer viaje. El barco navegaba entre Chong-do y Ara-do sin pasar por otro puerto. Pregunté:

– ¿Llegará?

– Por supuesto.

- Dicen que hay tifón por allí.
- Ya habrá pasado. Por algo el barco partió.

Los dos viajábamos por primera vez a Ara-do. Uno muy preocupón el otro despreocupado. Recordé el aviso de la pancarta que había desaparecido entre la neblina: temporada peligrosa para la navegación por la densa neblina. Dije en voz baja:

- Cuanto más avanzamos, tanto más se pone densa la neblina.

No comentó nada. Me dirigí a la cabina. Antes de entrar le pregunté:

- Quizás, ¿sabrá Ud...?
- ¿Qué cosa?
- El nombre Chong-do. Chong-do no es isla, ¿verdad? Pero termina con -do que significa isla. ¿Por qué?
- Acaso antes habría sido una isla
- Antes...
- O quizás Chong-do vagaría por el mar y un día se pegaría a la tierra. ¿Quién sabe?

Iba a réfrme en su cara, pero no lo hice porque su rostro estaba tan serio como el de los candidatos a Delegado Nacional que salen en las fotos de autopropaganda. Parecía creer de verdad que Chong-do vagaba por el mar y que un día se había pegado a la tierra. Di la espalda al mar y fui al restaurante. Almorcé tarde.

2

La pared del pasillo entre las cabinas era blanca. Saqué el boleto para buscar mi cabina. Cabina de segunda clase, N° A-3. El vendedor del boleto del terminal me había dicho que la cabina era para siete personas.

Bajé por la escalera y me dirigí a las cabinas. Vi un grupo de personas en el otro extremo del pasillo. El pasillo era angosto y por aquel lado nadie podía pasar. Discutían en voz alta. El empleado estaba de uniforme blanco y a su lado un hombre bajo y gordo que le hablaba fuerte.

- Pues, eso es lo que digo, señor. Aunque sea así, ¿no se puede? Oiga, pues, joven, póngase a pensar.

- Por eso, señor, le dije que esperara un momento.
– Pues, esperar no es difícil. El problema está en que hasta cuándo, pues.
– Dígame, señor, ¿Ud. creyó que su boleto era de la clase especial? Ud. ya habría sabido que su cabina era para siete personas.
– Eso sí, pero pues ni siquiera se puede estirar las piernas. Pues, mire a mi mujer. ¿No la ve Ud.?

El empleado ni la miró. Pero yo sí la busqué y la hallé. Estaba de pie, apoyada en la pared, un poco alejada de los dos hombres. Se le notaba que estaba embarazada, con ese vientre abultado difícilmente podía pasar por el pasillo.

Llegué a A-3. Comprendí entonces porqué se quejaba el hombre. Me paré delante de la cabina A-3, y el del uniforme blanco me preguntó.:

- ¿Puedo ver su boleto?
Saqué el boleto de mi bolsillo y se lo mostré.
– A-3. Es aquí. Pase.

Iba a entrar, pero me detuve. Adentro ya estaban sentados otros pasajeros. Apestanaban. Había olor a pezuña. Un hombre estaba echado de largo. Otros, que estaban sentados, me miraron. Todos eran hombres. Entré y puse mi maletín en el estante. Me seguían mirando con indiferencia. El empleado le preguntó al hombre bajo y gordo:

- Es Ud. el Sr. Chonduk Kim?
– Sí. Es mi boleto y no creo que haya otro Chonduk Kim.
– Bueno, entonces, quédese Ud. aquí, y Ud., señora, sígame.
– Pero, ¿qué va a hacer? - alzó más el tono.
– La llevaré a la cabina donde hay mujeres no más.
– Oiga, pues...

El Sr. Kim lo agarró del uniforme.

- Eso quiere decir que yo debo dormir aquí y mi mujer en otro lugar, ¿no?
– Sí, señor. No hay otra forma.
– ¡Qué servicio de este barco! O sea, pues, en el mismo barco, debemos viajar separados. ¡Qué caray! Hay de todo en los barcos, hasta a la fuerza separan al esposo y a la esposa.
– Oye, basta. Está bien. Quédate aquí. Pues yo iré adonde están las mujeres.
– Ya, ya.

El Sr. Kim había pedido el favor al empleado porque no podía tenerla a su esposa en cinta entre los hombres. Además, como el espacio era reducido, ella no habría podido echarse. La mujer siguió al empleado. Se dirigieron a la última cabina.

– ¡Dios mío! -comentó solo el Sr. Kim. -Aunque tomó la medicina contra mareo, seguro que se marea. ¿Qué hacer? Qué mal se ponen, pues, las cosas.

El Sr. Kim seguía mirando a su esposa que caminaba pesadamente, y le gritó:

– Oye, mamá de Sundok, toma esto.

Le mostró una toalla vieja con una letras casi despintadas: “turismo en la montaña Songni-san”

– Ya tomé la medicina. No te preocupes.

– Pero es mejor prevenir todo. ¿No sabes que no hay desastres para los precavidos?

Le alcanzó la toalla y la siguió con la mirada hasta su cabina. Después entró a la cabina A-3 y cerró la puerta medio abierta.

– Señores, pues, debemos soportarnos, ¿verdad? También soy como Uds., pasajero de esta cabina.

Lo miraron un momento pero nadie dijo nada. Entró a la cabina haciendo bulla: sin embargo, no sabía dónde sentarse. Se quedó parado un rato. Luego colocó el maletín, amarrado por el centro, encima de la repisa y, mirando el mar tras la ventana, comentó:

– El mar es inmenso y este barco también lo es. Pues, dicen que éste es de hierro. ¡Qué cosa!

Se sentó a un lado, sacó el cigarro y empezó a fumar. En la primera bocanada de humo preguntó el Sr. Kim sin dirigirse a alguien en especial:

– Pues, yo soy Kim, y Uds. ¿Adónde van?

El joven que estaba sentado le saludó con los ojos, pero el resto se quedó silencioso, hasta que el hombre que estaba echado hacia la pared dijo:

– Voy a Chong-do.

– ¿Qué? ¿Chong-do?. Si acabamos de salir de Chong-do, pues, ¿qué quiere decir? –Voy y vuelvo a Chong-do. Por eso digo que voy a Chong-do. En este barco nadie va a otro lugar. Todos vamos a la isla Ara-do.

Sacudió la cabeza el Sr. Kim mientras botaba el humo como un hilo fino.

– Es que quiero preguntarles. -seguía el Sr. Kim. Pero esta vez se acercó más a ellos:

– Pues, dicen que en esa isla hay una obra grande. ¿Saben algo de eso?
– ¿Busca un trabajo de jornalero allí? -el joven con corbata intervino. Pero ese modo de hablar no le agradó al Sr. Kim que se puso a la defensiva.

– Bueno, pues, no exactamente un trabajo de jornalero; pero bueno, pues, como no tengo otro oficio, digamos que sí.

Y, ¿cómo se llama Ud?

– Tejo Song.

– Yo, Chonduk Kim. Y, Ud., señor..., ¿cómo se llama?

– preguntó al hombre que miraba afuera por la ventana. Miraba la cubierta llena de lluvia y neblina. Volteó la cabeza con lentitud. Era ese mismo barbudo que me había pedido fuego para su cigarro en la cubierta. No miraba al Sr. Kim, ni tampoco la pared. Su mirada carecía de foco. Sus ojos brillantes eran amarillos. Señaló a sí mismo con su mano. Parecía que su brazo estaba roto y le bailaba.

– ¿A mí me pregunta?

Kim se sonrióoplejo tocándose el mentón.

– Soy Chang.

– ¡Ah! Presidente Chang.

Kim, sin que nadie se lo pidiera, le puso el título de ‘presidente’. El otro lo miró fijamente con esos ojos amarillos. Tejo, que estaba a su lado, buscó apresurado su billetera en el bolsillo interior. Le entregó a Chang su tarjeta.

– Mucho gusto. Me llamo Tejo Song.

El Sr. Chang poseía algo especial que le daba cierto aire de autoridad; por eso, el Sr. Kim lo llamó ‘presidente’ y Tejo le entregó la tarjeta.

El Sr. Chang recibió la tarjeta.

– Si tiene tarjetas, me gustaría tenerla también. – le pidió con humildad Tejo.

– No tengo. - respondió Chang.

De reojo vi la tarjeta de Tejo en la mano del Sr. Chang. Estaba llena de letras diminutas y algunas estaban borradas con un lapicero negro.

– ¿Pertenece al club de Fútbol de la Mañana?

– Sí, señor. Es que me gusta el deporte.

– Y Ud. es el presidente del club.

– Así es.

Allí terminó la conversación. El Sr. Chang volteó la cabeza de nuevo hacia la ventana.

Kim olió algo, acercó su nariz al cuerpo del hombre echado hacia la pared. Se acarició el rostro, hizo un ruido con la boca como si estuviera ante una comida deliciosa. Sus manos eran grandes y fuertes, lo que indicaba que había trabajado mucho tiempo como obrero.

– Ud. tomó el licor en tierra firme, pero se mareó en el mar. ¡Qué fragancia!

El hombre echado se levantó lentamente, esforzándose en abrir sus ojos enrojecidos, miró al final con sus ojos rasgados al Sr. Kim.

– Aquí no se puede dormir.

– ¿Por qué, pues, se despierta?

– Por Ud. no puedo estar echado. ¿Sabe?

– No hice nada malo. Como viajamos en la misma cabina, quería saber siquiera los nombres de los compañeros de viaje. Eso era todo. Echese, nomás. Duerma más, pues, soy Chonduk Kim.

– Ya lo escuché. Soy Choe, trabajo de maestro.

– ¿De maestro?

– Sí, maestro de escuela.

– ¡Ah! Entonces Ud. es el maestro Choe. A ver, pues, veamos. El es el presidente Chang, él es el Sr. Song, Ud. es el maestro Choe, y yo Kim... pues, todos de diferentes apellidos. ¡Que casualidad!

– ¿Quiere tomar un poco de licor? – preguntó el maestro Choe. El Sr. Kim apagó la mitad del cigarro y movió los hombros mientras jugueteaba con el pucho entre los dedos.

– Pues, hablando de licor, si lo invitan a uno una vez, la siguiente debe corresponder la invitación. Por eso dirán que el licor es bueno. Aceptar la invitación no es un problema para mí; pero invitarle yo la siguiente vez, eso si es un problema serio. Un hombre que sale a trabajar acompañado de la esposa embarazada, ¿de dónde saca el dinero?

– ¡Caramba! Ud. dijo que había trabajado de obrero, pero me parece que hubiera trabajado con la boca y no con la mano. Habla mucho y bonito. Bueno, lo invito.

El maestro Choe se levanta y sacudió su pantalón. El Sr. Kim paseaba varias veces la mirada del presidente Chang a Tejo.

– Pues, dicen que el licor sirve contra el mareo. – comentó el Sr. Kim después de un rato.

– ¿Van a seguir sentados aquí? El licor también es una especie de comida, pues, a mí no sé que me da ir a tomar solo.

Bueno, ya voy. ¡Caramba! Esta lluvia maldita sigue todavía.

Tengo miedo de que caiga la lluvia dentro del barco. Pues, vámonos.

Estaban por salir y el maestro Choe ya se había puesto los zapatos cuando la puerta desde fuera comenzó a abrirse lentamente como si volara un trapo que se venteaba, y apareció el rostro de una mujer. Masti-caba chicle abriendo la boca, tenía en un mano el bolso de papel de una modistería y sus ojos parecían más grandes por el maquillaje de color azul de sus contornos.

– ¿Todos Uds. son pasajeros de esta cabina?

– Sí, y ¿quién es Ud.?

– Otra pasajera que viaja en esta cabina. Disculpen.

Entró la mujer. Antes que el olor de su cuerpo les llegó la fragancia del perfume. El Sr. Kim se levantó con la boca abierta y el maestro Choe se tocó la punta de la nariz con la mano izquierda. El presidente Chang le echó una mirada y después siguió mirando más allá de la cubierta. A medida que Tae-Jo examinaba a la mujer de arriba abajo, desde el rostro hasta el tobillo, se le iba abriendo la boca poco a poco. La mujer entró con el bolso y dijo:

– ¡Qué caray! Ya me lo imaginaba.

Bastaba echarle un mirada para saber su profesión. Tejo, levantándose a medias la invitó:

– Venga, siéntese aquí.

– Gracias.

Dejó su bolso junto a la pared y se sentó cubriéndose la rodilla con la falda. Parecía que los pasajeros de la cabina bajaban una escalera, mientras ella subía otra.

– Me llamo Tejo Song. ¿Va a Ara-do?

– Sí.

– Disculpe, ¿de dónde es?

– ¡Dios mío! Este señor, siendo aún un desconocido, quiere saber primero mi currículum.

– Es que como todos somos hombres, Ud. estará incómoda aquí.

– De ninguna manera.

– ¿No se incomoda?

– ¡Qué va! Los hombres no me incomodan.

– ¿Vive en Seúl?

– Sí. – le contesto lacónica y sacudió la cabeza.

– En Mugyo-dong, ¿verdad?

– No exactamente, pero cerca, ... se nos cruza la hora de trabajo.

– ¿Se nos cruza? ¿Qué quiere decir eso?

– ¿No entiende? Creí que sabía bastante. Cuando un hombre como Ud. sale del trabajo, yo salgo a trabajar. A veces usamos el mismo taxi. ¿Eso no es cruzarnos?

El maestro Choe, que estaba parado junto a la puerta, intervino.

– Señorita, ¿no quiere brindar con nosotros?

La mujer empezó a masticar el chicle más rápido.

– Vayamos juntos. Si no desea ir, podemos traer el licor acá.

La mujer aceleró más la masticación haciendo ruido con el chicle.

– Oiga, señor, ¿hace cuánto tiempo que está en el mar?

– ¿Qué? ¿No estamos ahora sobre el mar?

– Es que sus ojos dicen muchas cosas. Ya el mar se lo debería haber devorado varias veces.

Tejo se rió gozando. El Sr. Kim empujó al maestro, como si dijera ‘vamos no más’ y salieron juntos.

– Este parece un hombre que vive macerado en aguardiente – murmuró la mujer y se apoyó en la pared.

– Señorita, tomemos cerveza los dos. – le propuso Tejo.

En ese momento se abrió la puerta y apareció el empleado.

– Srta. Yuncha Kang, ¿se queda aquí? El jefe me dijo que Ud. le solicitó el cambio.

– Si, me quedo aquí. Allí apesta a viejas, a mujer embarazada.

– Está bien.

Cuando se fue el empleado, dijo Tejo:

– ¡Ajá! Su apellido es Kang.

En ese momento, al verme medio parado sin encontrar ningún lugar adecuado, dijo Tejo:

– Siéntese. Somos compañeros, pues... ¡caramba, qué joven tan hurraño!

El presidente Chang, que había salido hacía rato, volvió con las medias lavadas. También yo quería lavarme los pies y me levanté. Al ver al presidente Chang, que colgaba las medias en el colgador de ropa al lado de la repisa, comentó Yuncha:

– Aquí hay de todo.

El maestro Choe, volviendo del baño, entró al restaurante al lado de la tienda, eructó. Se sentó frente al Sr. Kim y dijo que el baño estaba sucio con los vómitos de la gente. No había ni un espacio limpio. Llenó su copa medio vacía con el aguardiente y luego llenó la mía.

– ¡A tomar!

Alcé la copa y tomé el aguardiente de color azul. El maestro había echado al aguardiente una medicina verde para el estómago y su color se tornó azulado. Pensé que mi estómago también se azularía.

– Si Ud. va allí en busca de un trabajo, ha pensado mal.

– ¿Por qué? Me dijeron que la obra era grande.

– ¿Qué construyen?

– Dicen que construyen un hotel. Allí está trabajando un amigo a quien conocí cuando vivía en Songnanm. Ese amigo me mandó la carta. A ver... – rebuscó sus bolsillos. – ¿Dónde dejé la carta de ese Cho? A ver, ¿a lo mejor no la traje?

– Está bien. No es necesaria la carta.

– No, no, no. ¿Cómo que no se necesita verla? A ver,... pues, ¿dónde estará? – Sacaba los papeles de sus bolsillos y los ponía sobre la mesa. Seguía rebuscando afanado. – Dicen que pronto se convertirá en un centro turístico. Por eso, pues, construyen un hotel. Actualmente, ¿quién no hace turismo? En el campo también se hacen excursiones. Van con amigos o con conocidos. Como es una isla, todo es caro: los materiales, el jornal, etc. Además, dicen que el trabajo no es muy pesado. Aunque se gasta por el viaje hasta allí, me parecieron buenas las condiciones. Por eso estoy aquí.

– Trabajo de obrero... – dijo el maestro Choe alzando su copa.

– Habría andado por muchos lugares.

– Ni hablar. Abandoné mi pueblo natal a los veintisiete años y desde esa edad hasta ahora, estoy de andariego.

– ¿Tiene alguna técnica especial?

– ¿Técnica especial? ¿No ve que tengo hijos? Suficiente prueba. Además, ¿no ve que por lo menos no sufrimos por el hambre? Ja, ja, ja. Bueno, técnica, pues, sí tengo una. La técnica de colocar las mayólicas.

– Con que Ud. es el técnico en el exterior.

– ¿Qué dice?

Vació la copa el maestro Choe.

– ¿No es así? El técnico que trabaja no en el interior de tierra firme.

Claro que sí. Trabajar en el exterior no significa solamente trabajar en algún país extranjero como el Medio Oriente.

– No diga eso. Cuando oigo la palabra Medio Oriente, me brota sudor frío. – dejó de rebuscar. – Verdad, está en el maletín que llevé mi mujer. Pues, mi memoria siempre me juega malas pasadas. Yo soy un olvidadizo.

– ¿Su esposa también está aquí?

– Sí, pues. La mandé a la cabina de las mujeres. Pronto le toca dar a luz.

Se sonrió el Sr. Kim recogiendo y metiendo al bolsillo las cosas de la mesa. Abrió su billetera y se inclinó hacia el maestro Choe.

– ¿Quiere verla?

– ¿Qué es?

– Foto de mi hijo.

Sacó de su billetera una foto y se la entregó al maestro. Era una foto en colores. En ella un niño estaba asustado, con una cosa parecida a un diploma en la mano. La alzó hasta su mentón. El maestro la recibió.

– Es buen estudiante, pues. Está en el cuarto año de primaria. ¿Sabe qué tiene en sus manos? Es el segundo premio del Concurso de Discursos.

– ¿Sí?

– Sí, señor. Este no es como yo. Estudia bien, y sabe ganar el segundo puesto en el concurso. Yo vivo por él. Vivirá trabajando con lapicero en alguna oficina y andará en terno. Por supuesto, señor. ¿No debiera ser así? No debe vivir miserablemente como yo. Sí, su futuro debe ser brillante como la mayólica.

El maestro le devolvió la foto.

– ¿Dónde está el niño? – le preguntó.

– Está con mi hermano mayor. ¿Cómo puedo traerlo conmigo? No se puede... los estudios. Además no estoy seguro si habrá de veras buen trabajo en la isla. Lo encargué a mi hermano y apenas cuando vea algo positivo, pues, debo traerlo. Oiga, Ud., maestro, ¿conoce la isla Ara-do?

– ¿Para qué conocer antes ese maldito lugar? Haber sido nombrado para allí significa la renuncia. No la conozco. Para mí también es el primer viaje.

– Conque es así. Pero, como dice que es maestro, pues, le haré una pregunta. ¿Es cierto que el aire de mar es bueno para la salud?

– ¿Qué? ¿El aire de mar acaso es una buena medicina para el cuerpo?

– No... no se trata de eso. Pues, Ud. sabe la enfermedad de tos, que creo que se llama asma. Dicen que es bueno para esa enfermedad. He oído algo así.

- Pues, no sé. Ni tengo idea. Y, ¿para qué me lo pregunta? ¿Tiene asma?
- No, yo no la tengo, pero... es que mi mujer tiene algo malo en el pulmón.

El maestro Choe alzó la voz pidiendo:

- Oiga, dénos un aguardiente. Si tienen huevo, también dénos.
- No tenemos huevo. En la tienda sí. ¿Le compro uno?
- Mejor iré a comprarlo. ¡Carajo!

Se levantó y caminó entre las mesas del restaurante. En la botella consumida todavía quedaba un poco de aguardiente azul. Volvió el maestro Choe con el huevo. Pidió una taza. No entendí para qué era. Echó el aguardiente hasta más de la mitad de la taza. Después rompió el huevo en la esquina de la mesa. Con la cáscara partida separó la yema de la clara y echó la yema a la taza. La clara se la tomó cruda. Nosotros nos quedamos mudos, observamos todo el proceso como si presenciáramos el malabarismo de naipes interminables. Era un experto en esa operación. Cogió los palillos de madera y con ellos mezcló el aguardiente con el huevo. Pronto los dos ingredientes se convirtieron en un líquido, amarillo parecido a un jugo.

- Tomemos. - alzó su taza.
- Y, ¿qué tal el sabor?
- Muy bueno. ¿Quiere probar?
- No, gracias.

El maestro Choe conocía varias recetas del cóctel: mezclar el aguardiente con algo. Se tomó el licor amarillo como si fuera jugo.

- Yo no podré salir de esa isla. El día que yo salga será el día de mi muerte. - dijo en voz baja el maestro Choe juntando la taza del licor amarillo y la copa del licor azul. -Sí, señor. Yo no podré salir de allí vivo.
- ¿Tiene alguna historia...
- ¿Historia? ¿Qué historia? ¡Carajo! - movió su cabeza negando fuerte.
- Si no dejo de tomar, esos me dejarán abandonado en la isla. Para siempre.
- ¿Quiénes son esos?
- ¿Quiénes? Los de la Sección del Personal de la Oficina de Educación. Que hagan lo que quieran. No puedo vivir sin licor. Sin tomar, ¿cómo puedo vivir?
- Claro, el licor... es... bueno, pues. - tartamudeó el Sr. Kim.

– ¿Verdad, Sr. Kim? El licor es fabuloso. Y no me dejan tomar esa cosa fabulosa. ¿Con qué derecho? ¿Quiénes son ellos?
¿Por qué me restringen la libertad de tomar licor? – gritó de repente el maestro. Estaba borracho.

Bajé la cabeza y miré la mesa, el mantel era de vinílico y tenía un dibujo de girasol grande. Sin cesar se oía el motor del barco. Parecía que el agua hervía desde el interior de la tierra. El ruido mecánico parecía confirmar continuamente que este lugar no era la tierra y que el barco estaba avanzando. Alcé la copa del aguardiente azul y tomé un sorbito.

– Por el licor, sólo por licor, fui expulsado, y no por otra cosa. Está bien, pues. Si me mandan, voy sin decir ni pío. Subí al barco con una decisión: miren, yo les demostraré quién soy. Dejaré de tomar el licor, punto final, se acabó el asunto. Con esa decisión subí al barco. ¿Comprenden? Si el licor es el causante de mi destierro a la escuela de la isla, bueno, yo también sé dejar el licor. Cuando llegue a la isla, debo cumplir mi decisión. Eso sí, es verdad. Por tanto, ya que todavía no llegamos, se puede seguir tomando. Ja, ja, ja. Vamos a tomar.

Al decir la última parte, sus labios se torcieron. Murmuró algo y mojó sus labios, sospechaba que le preparábamos alguna trampa maliciosa. Justo en ese momento, el Sr. Kim se reincorporó y cambió su postura.

– Oiga, ¿cómo puede tomar tanto siendo un maestro?

– ¿Por qué no? ¿Qué de malo hay? Tomo, pero ¿acaso no enseño a los niños? ¿Acaso no trabajo?

– Aún así, un maestro es un líder de su comunidad, además, pues, siendo una persona que debe dar ejemplo a otros, ¿cómo puede tomar tanto licor? Y, ¿qué es esto? Mezclar el huevo con el aguardiente. El huevo es para comerlo frito y no para mezclarlo con el licor.

– Este señor está dándome la clase de arte culinario. ¿Qué es lo que quiere, eh?

– Oiga, vamos a hablar con mente fría. Conque por tomar mucho licor lo botan a la isla. ¿no? Eso se llama, cómo se dice, sí, sí, es una relegación, ¿no es así? ¿Es Ud. alcohólico?

– ¿Que uno no puede ser alcohólico? ¿Qué de malo hay en eso?

– Le tiemblan las manos, ¿no? Así dicen.

– Si es así, ¿me cura Ud.?

– ¡Caramba! Pues, ¿qué le pasa a este señor? Oiga, le digo como padre de familia. ¿Qué es esto? Un maestro debe ser maestro, y no un alcohólico.

– ¿Qué cosa, hijo de...? – alzó la voz y agarró la taza. El licor amarillo se derramó sobre la mesa.

– Pues, Ud., maestro, tiene una mala costumbre.

– ¿Quiere lo rico?

Me paré para separarlos. En ese momento, vi una sombra en la entrada del restaurante. Era la esposa embarazada del Sr. Kim.

– Oiga, señor, allí está su señora.

El Sr. Kim se levantó a medias de la silla.

– ¿Qué pasó?

– Ven, por favor.

La señora salió del restaurante. Caminaba con la mitad del cuerpo hacia atrás. No se podía saber si era la postura de su vientre abultado o se debía a su hábito de siempre. El Sr. Kim, la siguió. Ni volteó la cabeza para vernos. El maestro Choe, sentándose en la silla, dijo:

– Un tipo ridículo. Siendo obrero... iba a arrojarlo al mar.

... ¿Es su mujer?

– Creo que sí.

Las sillas del restaurante estaban sujetas con cadenas de hierro al piso. Seguramente para asegurarlas contra las olas gigantescas, porque si no las sillas bailarían. Las cadenas de sus patas me hicieron recordar las de los esclavos. El maestro echó a mi copa el licor azul.

– Así es que es su primer viaje a Ara-do, ¿no? –le pregunté.

– Sí, pero siempre he oído hablar de esa isla.

– Dicen que es bonita.

– Oiga, joven, me golpeó el hombro. –¿Qué es lo bonito?

¿Qué sería lo bonito? La armonía perfecta, el sol de la tarde que cae entre las nubes, lo limpio, nubes colgadas de las montañas de la mañana, la mano blanca y pequeña de la mujer de quien me enamoré por primera vez en mi vida...

Saqué el cigarro despacio.

– Lo bonito debe ser lo agradable para los ojos.

– Lo agradable para los ojos... correcto. Lo agradable es lo bonito. Entonces, si hay licor allí, la isla será bonita.

– ¿No dijo hace poco que iba a dejar de tomar?

De repente agachó la cabeza como si esta le pesara. Dijo: – Claro, claro que sí. Debo dejar ese maldito licor. Si no, no podré salir de allí nunca. En vez de vivir para siempre en la isla, preferible es dejar el licor, ¿verdad? ¿Qué dice Ud.?

4

No esperé gran cosa. Aunque alguien dijera que Ara-do no era una isla, sino un conjunto de islas, no cambiaría nada. Todo seguiría igual. Estaba sentado, reclinado en la pared. Sentía por todo el cuerpo el vaivén del barco que se bamboleaba de izquierda a derecha y el ruido del motor que seguía incesante. Quería observar allí la puesta del sol. Los vuelos de los pájaros, la fragancia de las orquídeas y el baile del sol en el bosque y escuchar la palabra ‘mosal’ en vez de ‘more’ que significaba arena en dialecto de la región. Mi único objetivo era verlo y sentirlos.

Miré afuera. Ya estaba oscuro. Las luce de la cubierta reflejaban la lluvia que al caer parecían líneas transparentes.

– Menos mal que llueve. – comentó fumando el presidente Chang que ya había dado la espalda a la ventana. Recordando los tres días aburridos cuando el barco no podía hacer el viaje por la lluvia, no pude comprender lo que dijo.

– ¿Por qué?

– Nunca ha subido al barco, ¿no?

– No, señor.

– En la noche hay muchos que se matan, ji, ji, ji...

– ¿Se suicidan?

– Dicen que muchos, sobre todo, se arrojan al mar desde el barco cuando la noche es de luna llena, el mar está muy tranquilo, y el barco avanza silenciosamente. Dicen que esos, en general, no dejan testamento.

– ¿Sería por el ambiente estimulante? – le pregunté en voz baja.

– ¡Quién sabe! Dicen que anualmente hay suicidios en la ruta entre Chong-do y Ara-do. Eso indica que la gente no siempre premedita su muerte.

Podría imaginarme. El mar platinado estaría tranquilo como la muerte. La luna caería encima de él como plomo y el barco estaría flo-

tando en el mar como una isla. No vería nada. Estaría en alguna parte de la proa del barco, sentiría la sed encantadora, que habría sentido alguien, la sed por la muerte y el murmullo de la luna. En todo su cuerpo sentiría la seducción, como esa seducción carnal de ciertos hombres hacia las mujeres ajenas. Un momento me quedé desilusionado porque esa noche no era una noche como aquella escena narrada, era un viaje después de postergar tres días su salida a causa de la tormenta.

El maestro Choe estaría tomando licor con el Sr. Kim.

Puso el cenicero delante y me preguntó:

– ¿Tiene algo que hacer en la isla?

– No. Es que... simplemente quería partir.

Me dio vergüenza la palabra 'partir'. Pero como 'partir' significaba más que todo dejar un lugar, quería hacer hincapié en que tenía un destino. La vergüenza me hizo agregar un comentario. – Es que estamos de vacaciones.

– Partir, buena palabra. Buena edad. Lo envidio.

– No es para tanto.

– Bueno, para mí también es un partir. Pero no es igual al suyo.

En este momento, el Sr. Tejo Song, que estaba echado de cara a la pared, se levantó

– ¿Por qué negocio va a la isla, Sr. Presidente? – le preguntó.

– Pues... – le echó la mirada, y después se rió haciendo al mirarme una mueca con la boca. – Bueno, comprar un barco y hacerlo trabajar, o como hay ganadería de chivos negros, podría ser eso también.

– Y su negocio, ¿qué va a hacer con su negocio actual?

– ¿Qué negocio?

– Si es presidente, debe tener negocio.

– ¿Quién dijo que yo era presidente?

– Es que...

El presidente Chang acarició su mentón barbudo. Agarró el cigarro y lo golpeteó en la palma. Luego se lo llevó a la boca. En ese instante, Tejo corrió como un relámpago con el encendedor en la mano. Le encendió el cigarro. Observó Tejo al presidente Chang que botaba el humo y le dijo:

– Oiga, señor, no se moleste si le pregunto lo siguiente.

Quizás Ud. remitió el cheque sin fondos y está huyendo, ¿no?

- Este hombre, ¿qué no pensará!
- No crea. Es que tuve una experiencia muy mala... además no es una cosa poco común que...
- Bueno, está bien. No se avergüence tanto. Si me juzgó así, es su punto de vista. Y Ud., ¿para qué va allí?
- Mire, vea...

Pareció que esperaba ese momento. Contorsionaba tanto su cuerpo que la camiseta se movía como si soplara viento. Luego nos miró uno a uno:

- Es que tenía un bar. Gané muchísimo. Por eso sé cómo es la vida de los marineros. Esos están en alta mar una o dos semanas y cuando vuelven a tierra, gastan todos el dinero. Los que trabajan en Sam-do, Ulmi-do y Gaje-do van a Yongsan-do, la isla más grande. Un día pensé por qué iban allí y tomaban licor. Fíjese, no porque no había licores en otras islas, sino porque faltaban mujeres. En la isla Yongsan-do sí hay mujeres. Los marineros trabajan en alta mar y necesitan distraerse. Me fijé en eso y pienso ganar dinero con un negocio semejante dentro de las islas. No necesitarán salir de ellas.

- ¿Conque, va a tener licorerías?

- No exactamente licorerías... Bares. Y de Seúl...

Dejó de hablar y le echó una mirada a la chica Kang.

Ella estaba echada mirando la pared en el lugar opuesto a Tejo. Así que le daba la espalda a él.

- Como se supone, traería las lindas chica de Seúl. El dicho es bien claro: se toma licor gracias a los bocadillos acompañantes. Y como bocadillo acompañante, nada igual que las chicas. Sí, sí, no faltarán clientes. ¿Para qué ir a la isla Yongsan-do habiendo chicas hermosas allí mismo? Pero, fíjese, no debo tenerlas por mucho tiempo en el mismo lugar porque como la isla no es grande pronto se aburrirían de las mismas de siempre. Por eso hay que tener bares en varias islas e intercambiarlas. Mandarlas de aquí para allá y de allá para acá. Cada dos meses hay que rotarlas. Lo mismo que con los partidos de fútbol, cada cierto tiempo se cambia de escenario. Como los clientes son los mismos, hay que cambiarlas.

- ¡Qué negocio tan grande!

Apagó el cigarro en el cenicero. Tejo tomó apresuradamente la mano del presidente Chang que se había posado en el cenicero.

- ¡Dios mío! si ya no quería fumar, ¿por qué no me lo pasó? ¿Cómo puede apagarlo después de unas pitadas?

Tomó el cigarro arrojado por el presidente Chang y lo devolvió al cenicero.

– ¿No tiene cigarro? Aquí lo tiene.

– ¡Qué generoso!

Tejo sacó un cigarro de la cajetilla que le ofreció el presidente Chang.

– Bueno, cogeré uno.

Encendió el cigarro. En la pared detrás de Tejo estaba colgada su camisa. En el bolsillo de la camisa se veía la cajetilla de cigarros.

– Fíjese, si rotamos cada dos meses, si hay tres bares, en seis meses se acaba todo el chiste. Cierto, ¿no? Entonces después de seis meses hay que darles de baja. Hay que traer nuevas.

– Y, ¿eso?

– Es que se agotan.

– ¿Las chicas? ¿Quiénes?

– Claro, las chicas. Sus cuerpos se arruinan totalmente. Si día y noche toman licor durante seis meses, esas chicas quedan moribundas. Si no tienen problemas en el estómago, tendrán problemas en su sexo. Y no faltarán chicas que convivan con los marineros.

Tejo hablaba como si ya fuera el dueño de tres bares en sendas islas. El presidente Chang se quedó silencioso, pestañeando. Pensé en el maestro Choe y en Tejo. Medí sus proyectos opuestos.

¿El maestro podría dejar de tomar? En vez de dejar se quedaría para siempre en la isla. En el bar de Tejo, junto a las chicas, toma que toma. Así se olvidaría de salir a tierra firme y viviría olvidándose de que si no dejaba el licor, no podía salir de la isla. Sería como esa ilusión del arco iris nocturno que aparecía en el mar: existiría el arco iris por estar en el mar y desaparecería en el momento de pisar tierra llegando al muelle.

– ¿Quiere ganar dinero? – La voz del presidente Chang hizo que ya no prestara atención a los dos señores.

– ¿Dinero? ¿Hay gente que no quiere ganar? – Volvió a preguntar Tejo.

– Si gana, ¿qué quiere hacer con el dinero? ¿Para qué quiere ganar?

– Oiga, Sr. Presidente, el dinero, cuanto más se tiene, tanto más fuerza da y se puede mandar a todo el mundo. ¿Para qué ganar? ¿Acaso no se debe ganar por no sabe en qué gastar?

Tejo, al terminar de hablar, fumó. En ese momento se levantó la

chica Yuncha Kang. Se dirigió a Tejo levantándose el pelo con los dedos.

– Mira, contrátame primero.

Todos, como si hubiéramos estado de acuerdo, la miramos. Hasta ese momento nos olvidamos de que estaba allí. Pronto Tejo, como si ya la contratara en el acto, le preguntó:

– ¿Tú? ¿Me lo dices de verdad?

– Sí. ¿Para qué mentir sin necesidad?

– A ver, vamos a pensar.

Tejo la miraba de arriba abajo. Parecía considerar seriamente la petición de Yuncha.

– A ver, quiero ganar también. Así aunque vine en tren y en barco, podría volver en avión a Seúl.

– Como tu misma me buscaste por tu propia voluntad, no me dirás que vale tanto tu cuerpo y que te lo pague ya, ¿no?

– ¡Qué bonito que habla!

– Perdóname.

– ¡Caramba! ¿Por qué me tuteas sin pedirme permiso?

– Ya, ya, basta. No más. Una consiguió el trabajo y el otro consiguió la empleada. Entonces la cosa va bien. Ese negocio prosperará. – intervino el presidente Chang.

Su intervención nos hizo reír a todos. Tejo la miraba a Yuncha con descontento y ella murmuró riéndose:

– ¡Dios mío! Ya perdí las palabras.

El presidente Chang cogió la tarjeta de Tejo que estaba encima de la almohada.

– Bueno, esta tarjeta ya no sirve, porque ya tiene un nuevo negocio.

Con esas palabras, la rompió en cuatro y la echó al cenicero. Yuncha extendió la mano hacia Tejo.

– Regáleme un cigarrillo.

– Si no tienes dinero para comprarlo, deja de fumar.

– Ah, ¿sí? Bueno, entonces dame un adelanto. Podrás descontar de mi salario el costo de ese cigarrillo. ¿Tampoco se puede?

Saqué mi cajetilla del bolsillo y le ofrecí. Me miró y sacó uno. Tenía las uñas pintadas de rojo. Y recibiendo el fósforo, añadió Yuncha:

– Gracias.

Encendió el cigarro. Después me devolvió el fósforo y me echo el humo largo hacia mí.

– ¿Qué es Ud.? ¿Universitario? ¿Verdad que sí? Ya me lo imaginaba. Su mano dice todo.

Vi mis manos encima de mis rodillas y las empuñe. Tejo habló descontento:

– Conque nosotros, que terminamos sólo la secundaria no valemos nada para ti. ¿Es eso?

5

– Oiga, señorita, no crea que le digo por haber tomado licor.

¿Sabe cuantos hombres hay en esta cabina?

– No soy ciega.

– Lo veo, pues, pero aún así, ¿se atreve a dormir aquí?

El Sr. Kim le preguntó preocupado. Su camisa estaba desabotonada. Yuncha lo miró fijamente.

– Pagué por el boleto y quiero dormir según mi voluntad. Y Ud. ¿Por qué interviene en mis asuntos?

– Oiga, pues, yo me preocupo por Ud.

– Por preocuparse por otros se meten en líos. ¿Acaso le pedí que se preocupara por mí?

– Bueno, pues, suceda lo que suceda, no es mi asunto.

El Sr. Kim se quitó la ropa de arriba. Notamos que su camiseta tenía un hueco grande, del tamaño de una mano, en la espalda. Agarró dos almohadas, y puso una sobre otra en el piso de la cabina.

– ¡Caramba! Ni se puede dormir quitándose el pantalón. Ya no pensaré más.

Se echó apoyando la cabeza en las almohadas.

– Ahora veo que el barco es una cosa que daña la moral. ¡Qué cosa! Una mujer y cinco hombres duermen juntos.

Tejo habló despacio:

– Duerma, señor. Aunque diga eso, ella no es una mujer que se va a ir a otra cabina.

Tomé el periódico y empecé a leer la página de avisos. Era el que había comprado al subir al barco. Las otras páginas ya las había leído hacía tiempo. Tongil, Tongsu, Tongguk, difunto Minjo Li: era el aviso de defunción. Estaba enmarcado con rayas negras un poco gruesas.

– Ese señor, pues, que dice que era maestro ¿no vendrá a dormir? ¿Va a tomar toda la noche? Cada uno debe ubicarse ya para preparar su cama.

– No hay problema. Cada uno que se eche no más según su conveniencia. Por no dormir una noche, ¿acaso tendrá problemas serios? – dijo Tejo. Luego se acercó a Yuncha poco a poco y estiró los pies. Pareció que ya había decidido dormir al lado de ella.

El Sr. Kim respiró profundamente y dijo:

– Pues, ¿cómo puede decir ‘una noche cualquiera’? Para una persona como yo el sueño es la mejor vitamina. Pero, como se mueve tanto el barco, no se puede dormir por el mareo. Se mueve de acá para allá. Es como si uno estuviera en el árbol y éste se moviera constantemente.

El Sr. Kim se echó encogiéndose. El barco se movía más y más. Recogí el periódico y lo dejé a un lado. El presidente Chang estaba apoyado en la pared con los ojos cerrados.

– Alguien toca – dijo Tejo mirando la puerta. Sonaron de nuevo los golpecitos.

– Está cerrada – dije y me levanté. Yendo a la puerta, comentó el Sr. Kim con los ojos cerrados.

- Recién viene ese alcohólico.

Abrí la puerta. Entro el viento fuerte. La persona que estaba en la puerta no era el maestro Choe, sino la esposa del Sr. Kim. Tenía apoyada la espalda a un lado del pasillo y sus manos apoyadas en el otro lado. Alzó la cabeza.

– Por favor, mi esposo...

Llamé al Sr. Kim que estaba echado en el piso de la cabina.

– Sr. Kim, su señora.

El Sr. Kim alzó la cabeza.

– Ven, por favor – le suplicó la mujer.

Se levantó el Sr. Kim. Su esposa metió la cara arrinconándose al lado extremo de la puerta. Su rostro estaba pálido.

– Ven un momento, papá de Sundok.

– ¿Qué pasó?

El Sr. Kim se levantó metiéndose la camisa en el pantalón. La esposa frunció el ceño.

– Siempre te he dicho que te cambiaras la ropa interior y nunca me haces caso. ¡Qué bonita que está tu camiseta!

– ¿Qué cosa? ¿Viniste a examinar mi ropa interior?

Salió pronto casi ocultándola para que no la viéramos y localizó sus zapatos.

- Agárrame. Sola no puedo.
- Pues, vomitaste casi todo y hasta el líquido color de caca.
- ¿Todavía te queda algo en el estómago?
- A ver, golpetéame en la espalda. Quizás eso me alivie.
- ¡Caramba! Después de comer algo rico y caro y ahora lo vomitas todo. Pues, ¡qué incomprensible juego!
- ¿Acaso te pedí que me invitaras a comer? Tú me exigiste, que así no me marearía.

Cerró la puerta y salió. De súbito pensó: todos los de esta cabina somos solitarios menos el Sr. Kim que está con su esposa. Y apreció la actitud de la esposa del Sr. Kim que se avergonzó por la camiseta rota de su esposo. Como el visillo no cubría toda la ventana, se veía la lluvia por las luces de la cubierta. La lluvia, cayendo diagonalmente hacía sentir la velocidad del viento. La lluvia nocturna, que se precipitaba en el mar, entraba helada a mi corazón. Pensé que todos los pasajeros de este barco éramos iguales; en la tierra todos éramos diferentes, y cuando pisáramos tierra en la isla, otra vez nos diferenciaríamos. Recordé el campo que había visto por la ventanilla del tren apenas salido de Seúl. En ese tren, los que usábamos coche-cama éramos extraños. Dormimos sin decir 'buenas noches' y cada uno de nosotros se bajó en diferente estación.

Observé un rato el rostro del presidente Chang. Estaba con los ojos cerrados. Su rostro como una ruina se parecía a un lugar vacío y abandonado por mucho tiempo. Sus ojos se veían más hundidos a causa de la sombra formada por la luz del techo. Su rostro me era muy familiar como si fuera una persona conocida desde hace tiempo.

El Sr. Kim volvió después de un buen rato. Entró tiritando y chorreando desde la cabeza. Por su ropa interior, empapada y pegada al cuerpo, se le notaba el músculo robusto del pecho. No parecía de edad. Mirando de reojo a Yuncha, que estaba sentada en el rincón, se cambió de ropa dando cara a la puerta. Salió para exprimir su camiseta y entrando a la cabina se limpió la cara con la mano.

- ¿Llueve mucho? - preguntó Tejo.
- Ni hablar, pues el viento también está bravo.
- ¿El tifón que pasó estaría volviendo de nuevo? - murmuró Tejo.

El Sr. Kim se echó y miró distraído el techo. Tejo le preguntó:

- Su señora pronto dará a luz, ¿verdad?
- Sí, pues. Sería excelente la semilla o la tierra porque tenemos varios hijos.
- Oiga, ¿por qué no se compra un televisor?
- ¿Un televisor?
- Sí, como no tienen ninguna distracción, éste puede distraerlos en las noches.
- Ahora sí le capto la idea. Ese hombre, ¿cuándo no? Oiga, ya que el tema es sobre eso, le cuento que me operaron el sexo, pero...

El Sr. Kim dejó de hablar y volteó la cabeza hacia Yuncha.

- Señorita, Ud. duerma tranquila. Es una conversación entre hombres. Pero en estos días las jóvenes saben más que nosotros.

Yuncha lo miró con enojo y se echó. Con el cuerpo encogido contra la pared, su espalda parecía un camaroncito, y yo permanecí sentado con las manos en las rodillas.

- Pues, no sé cómo se llama la operación de sexo; en fin, me la hicieron para no tener más hijos. Pero, pues, nada. Salió embarazada. Fue cuando me estafaron. Estaba en casa esperando ir a Irán o Ventrán y no tenía trabajo. Mucho me sorprendí cuando salió embarazada. Pues, mi mujer tampoco era capaz de atraer otros hombres o aloarse por ellos, es que la conozco bien. Entonces averigüé. El médico dijo que algunas veces sucedía eso. ¿Qué hacer? Esperar. Ahora pensamos que quizás fue la bendición de Dios.

- ¿Por qué no pudo ir a Irán?
- Ese Irán, ni quiero recordarlo. Lo único que me dejó fue la deuda. Estuvo como un perro: el perro persigue a la gallina hasta el muro y ésta se pasa volando al otro lado del muro. Entonces el perro se queda mirando el muro no más. Como la famosa compañía era una junta de estafadores, andar reclamando ya me daba vergüenza. Además, los estafadores son más vivos que yo. En total, dos veces fui estafado en la vida y... Ahora voy a la isla en busca de un trabajo.

El Sr. Kim se levantó y se dirigió a mi:

- ¿Tiene fósforos?
- Saqué el encendedor del bolsillo.
- Aquí lo tiene.
- No, lo que deseo es un palito de fósforo, pues, tengo escozor en el oído. Creo que he visto en algún lugar una caja de fósforos.

Cogí la cajita que el presidente Chang había dejado junto al cigarro y se la pasé. Murmuró:

– Como dicen que ver es querer, a ver, regáleme un cigarrillo también.

Encendió el cigarro y se llevo el palito al oído.

– Yo tenía un pedazo de terreno pero como precisamente allí se instalaba esa vaina del complejo industrial, tenía que venderlo. Debería haber aprovechado bien ese capitalito. Lo invertí en la fábrica de guantes y mi socio Pak me estafó bonito y se largó. ¿Saben qué guantes eran? Esos de algodón, no de nylon que usan los novios en la boda, sino de puro algodón. Fabricábamos esos guantes, y al principio ganaba algo. Pero después de la estafa ya no tanto. Tenía la casa pero tuve que venderla y luego vivir en una de alquiler, en una habitación con cocina y finalmente en la planta baja donde guardaban yontanes o adoquines de carbón. Todo iba de mal en peor. ¡Caray! A ver, pásame el cenicero.

Le pasé el cenicero.

– Como la cosa no andaba bien, seguí el ejemplo de otros: fui a vivir a una barriada construyendo una casita. Era un barrio donde todos eran jornaleros y nadie se sentía superior ni inferior. Después de unos años ya vivíamos con luz eléctrica y agua potable de cañería. Pero, ¡qué va! Un día, de repente, llegaron y destruyeron todo porque allí habían decidido construir departamentos. Ninguna explicación previa. Nos dieron el derecho de comprar a un precio especial un departamento. Pero, ¿de dónde sacaríamos el dinero para pagar aunque el precio fuera barato? Los dirigentes de la barriada nos relacionaron con unas mujeres ricas que venían en carro y nos persuadieron a vender ese derecho. Lo vendimos. ¿Acaso no nos dimos cuenta de la jugada entre ellos y ellas? En fin, lo teníamos que vender burlándonos al pensar que esas mujeres criarían chanchos en los departamentos.

Un zancudo pasó zumbando. Alguien vomitaba en la cubierta.

– Pues he trabajado sólo con mis manos. Fíjense, cuando terminaba la obra, siempre me parecía que no era un lugar para mí. Trabajé en la construcción del metro, hotel, escuela, hospital, oficinas, etc. Pues, he trabajado en todo, pero ¡qué curioso!, cuando lo hacía, entraba y salía del edificio con toda tranquilidad. El edificio era mi casa. Pero cuando la obra ya estaba acabada, me sentía tan extraño que nunca más me daba ganas de volver allí. Bueno, ¿qué tengo que ver con esos edificios? Aunque trabajé en la construcción del hotel, del metro y otras obras más, ¿acaso eran más? Cuando había ceremonia de inauguración de la obra,

cortaban las cintas y salían en el noticiero, nosotros los jornaleros ya no existíamos allí. Claro, tratándose de los jefes era diferente, asumían la responsabilidad de las obras. Eran los responsables. Nosotros, no. Trabajamos de acuerdo como nos pagan. El jornal y el trabajo van parejos, pues. Esa es la diferencia entre la agricultura y la construcción. La tierra es honesta y sabe valorar el trabajo del agricultor. Y cuando hay cosecha, el labrador llega a tener cariño hacia la tierra. Pero la construcción no. En ella el cariño es sólo momentáneo. Por algo dirán que la tierra ajena es más fría que la tierra natal.

El Sr. Kim estiró los pies.

– Pues, en la isla..., no sé cuánto tiempo me quedaré allí, pero creo que ya será imposible regresar a mi pueblo natal.

– ¿Dónde está el suyo?

Ahora tampoco entiendo porqué le preguntaría eso, creo que quería consolarlo. Relación con el sentimiento de los obreros de la ciudad que habían abandonado su campo de cultivo. La procesión de visita a las tumbas en el día de Chusok (día de acción de gracias) y el gentío que llena los trenes para visita a sus familiares en el Año Nuevo del calendario lunar significaba que ellos todavía se agarraban firmemente al hilo que los unía con su pueblo natal. Su lugar de descanso, su ropa, sus secretos y su refugio final tenían que ver con su tierra natal. Como el caracol que abandona su concha y vaga desnudo por el mundo. La caparazón abandonada era justamente su tierra natal. Así lo entendía.

– ¿Está lejos su tierra?

Vi que el humo que el arrojaba subía al vacío.

– Joven, si uno no puede ir, significa que está lejos. – Le temblaron las arrugas alrededor de los ojos. – Aunque esté cerca, ¿para qué sirve? Si uno no puede ir, es el lugar más lejano del mundo. ¿Comprende?

Moví la cabeza mirando el piso de la cabina.

6

El Sr. Kim se quedó dormido pero movía la boca como si comiera algo y también hablara algo. Nadie estaba sentado. Al lado de Yuncha, estaba echado Tejo y el presidente Chang boca abajo hacia la pared que daba a la cubierta. Si hubiera estado despierto, se habría molestado mu-

chísimo por el ruido del Sr. Kim, que parecía que estaba ante una mesa llena de comida succulenta. La cabina estaba a oscuras. Se oía constantemente el motor del barco. Apenas se filtraba la luz de la cubierta a través de la pequeña abertura por no haberse cerrado bien el visillo de la ventana. Eso me hizo recordar en seguida un camino cuyo fin no se veía, la soledad, una sala donde se esperaba el tren de las dos y media, un recuerdo que me parecía olvidado, una escena de un amor pasajero. Vi la hora. Mi luminoso reloj pulsera indicaba más de las doce. Oí los pasos que iban y venían por el pasillo.

No tardé mucho en saber de quién eran esos pasos. El maestro Choe andaba buscando la cabina. De repente, se abrió la puerta y entró trayendo consigo la luz de fuera. Como si las luces le hubieran golpeado la cabeza, se cayó al piso. El Sr. Kim lanzó un alarido al sentir el golpe pesado del maestro.

– ¿Quién es?

– ¡La, la... ladrón!

– Enciendan la luz.

En seguida, los pasajeros se quedaron sin aliento, se daban golpes de pecho y se encendió la luz. La luz mostró la escena violenta y el desorden de la cabina: Yuncha, encogida en un rincón de la pared, Tejo se cogía la nariz, el Sr. Kim, agarrado del cabellos del maestro. El único que permanecía echado era el presidente Chang.

– ¿Qué le pasa a Ud.? - preguntó el Sr. Kim.

– Pobre mi nariz. – se quejó Tejo.

– ¿Qué es Ud.? – comenzó la bronca el maestro Choe.

Yuncha hizo la mueca.

– ¡Qué vaina!

El maestro Choe quería levantarse. Apenas sacudía el cuerpo.

– Suélteme. – protestó.

– ¡Qué tal tipo! Pisotea a un hombre tranquilo y ni siquiera sabe pedir disculpas.

– Oiga,...

El maestro alzó la mano pero esta sólo golpeo el vacío. Estaba totalmente borracho.

– Es que si son seres humanos, deben haber dejado encendida la luz. ¿Qué hacen con la luz apagada en esta oscuridad?

– Este señor está mamado. Chupó más de la cuenta. – comentó Yuncha y se echó dándoles la espalda.

– ¿Qué son Uds.? ¿Cuáles son sus profesiones? ¿Qué hacen? Eso es lo que quiero saber. ¿Qué hacen?

– ¿Está ensayando sus discursos para la campaña electoral?

– Es que, ¿cómo pueden estar dormidos tranquilamente? ¿No saben que todos debemos estar despiertos pensando en el futuro del país y juzgando la economía? Tenemos mucho que hacer. Como buen ciudadano, siempre pienso en eso. ¿Comprenden?

– Pues, este tío despierta a la gente a altas horas de la noche y quiere tener la reunión del barrio. ¡Qué carajo!

El Sr. Kim se echó y después bostezó.

– ¿Qué? ¿Qué dijo Ud.? Si quiere hablar, póngase de pie y hable.

– ¡Oiga! – dijo Tejo al maestro. Aún tenía la mano en la nariz. – Ud. está fastidiando mucho.

– ¿Qué? ¿Que me porto mal? ¿Cómo se atreve a decirme eso?

– Oiga, déjenos dormir.

– ¿Va a dormir? ¿Quiere dormir?

– Sí, necesito que mi mente descanse.

– Duérmase, pues. Los que quieren dormir, duerman; los que quieren irse, váyanse; los que quieren hacer algo háganlo – dijo el maestro Choe. Hablaba moviendo el brazo y la mano todavía quedaba en el aire. – ¿Qué es eso? – Se fijó en la espalda encogida de Yuncha, luego se dirigió a Tejo. – Oiga, Ud., que anda con corbata, ¿dijo que quería dormir? Muy bien. Venga para acá. Aquí. Allí en su lugar voy a dormir yo.

– Basta, carajo. – La voz de Tejo sonaba agudamente. Noté que sus ojos pequeños echaban chispas. – ¿Con qué derecho me manda Ud.?

– Ese tipejo no es bien educado. Está muy de criticón sin pensar en la solidaridad del pueblo y la protección a la naturaleza.

El maestro pasó por encima del Sr. Kim para quedarse al lado de Yuncha. Tejo estaba listo para darle un puñetazo apenas se le acercara, pero se cayó de espaldas al recibir un cabezazo del maestro en el pecho, quien pasó por encima de él.

– ¡Dios mío! ¿Qué hacen? – gritó Yuncha y se levantó en seguida.

Fue entonces cuando el presidente Chang cogió del cuello al maestro y lo alzó. Las venas resaltadas de su brazo se movían.

– ¡Ud. vaya a dormir allá!

El presidente Chang señaló a mi lado con la mirada. Cuando sus ojos se encontraron con los del presidente, el maestro le contestó en una forma totalmente inesperada.

– Sí, señor. Disculpe. Ya no tomaré más. Perdone.

- ¡Le dije que fuera allá!
- Sí, señor. Ya voy. Disculpe.

Saltó sobre los pies del Sr. Kim y vino a mi lado. Miró al presidente Chang y dijo:

- Perdone, señor. - y a Tejo:
- Hasta mañana.

Volteó la cabeza y me tocó el brazo.

- Oiga, mañana tomaremos. Mañana, pues.

El maestro se sonrió y se echó casi de bruces. Le coloqué una almohada. De repente sentí que nuestra cabina se hundía unos diez metros hacia abajo. Un silencio extraño la invadió. Dije:

- Es que toma demasiado.

El Sr. Kim comentó:

- Sí, pues... Toma licor mezclándolo con la medicina, con la yema del huevo, y luego toma cerveza para volver en sí después de haberse emborrachado.

El presidente Chang miraba fijamente la puerta de la cabina como si se fijara en alguien.

- El licor es el culpable. Por licor lo destinaron a la isla. Lo dije como si el maestro fuera mi compañero de viaje.

El presidente Chang cesó de mirar y se echó. El Sr. Kim se sentó y encendió el cigarro. Tejo y yo también sacamos el cigarro. Y Yuncha:

- ¿Me regala uno?

Fumamos sin hablar. Tejo, mirando al maestro Choe, dijo con menosprecio:

- Por mi negocio del bar he conocido a mucha gente y uno como él es el más problemático. Aunque consume y consume, no es agradecido. El toma bien pero ahuyenta a todos.

- Si hubiera tenido licorería, habría ganado un dineral.

- Claro que sí. Mucho dinero llegó a mis manos en esa época, y no debería haberlo soltado.

- ¿Por qué? ¿Fracasó?

- Bueno, podríamos llamarlo fracaso. En ese tiempo inclusive pensé que ganar dinero era un asunto muy sencillo. Todas las noches dormía junto a un saco de dinero al lado de mi almohada.

- La época de oro para Ud.

– Fue cuando los japonesitos venían en grandes cantidades para hacer turismo. De verdad, llegaban muchos. Hubo quien hizo fortuna en ese tiempo. Yo tenía una licorería de doble función.

– ¿Cómo? ¿Doble fun...?

– Doble función. Durante el día era un café y en la noche licorería. En combinación con las chicas que se dedicaban a atender a los turistas, los saqueábamos hasta el último centavo. ¡Qué negocio tan redondo! Entre los turistas, los de la primera época de oro no fueron buenos. Los que si nos dieron ganancia fueron los de la segunda época de oro. A los jóvenes los llamábamos por la primera época de oro y a los de edad, la segunda época de oro. Las chicas de turismo nos abastecían de clientes. Al terminar la primera reunión con los japonesitos, tenían una o dos horas libres para ir al hotel. Esas horitas eran para nosotros. Eran ignorantes, fíjese, inclusive había algunos brutos que tomaban el sake en pocillo grande. Eran novatos en el viaje al exterior. Como habían trabajado duro en su tierra, venían a Corea decididos a divertirse. Entonces gastaban el dinero sin reparos. Aún así, el viaje a Corea les salía más barato que el viaje por el interior de su país. Además, las chicas coreanas, Uds. saben, en cuanto a la belleza, son incomparables.

– Dicen que entre ellos había muchos obreros, ¿no? Mientras nosotros...

– Había de todo: miembros de la Asociación de Carniceros Arroceros, y ¿qué sé yo más? En fin, sus manos decían todo: manos endurecidas y maltratadas. Lo chistoso es que cuando se iban, regalaban a sus chicas licores extranjeros o cosméticos. Entonces, ellas nos traían licores y nosotros los comprábamos. Naturalmente, eran baratos. Y cuando llegaban otros, les vendíamos a buen precio los mismos licores. En esa época, ellos sí gastaban como ricos. Ahora ya no. También se avivaron y ya no gastan. Ya conocen Corea. En ese tiempo, yo debí haber acumulado dinero. Pero, jamás pensé en eso.

– Ja, ja, ja. Pues, quiere decir que ya pasó la época de oro, ¿verdad?

– Hay que empezar de nuevo. – dijo Tejo. Luego se quedó pensativo mirando el aire mientras el Sr. Kim bostezó. – La licorería tampoco da dinero si uno vende solamente licores.

– Pero, si no se vende licor allí, ¿entonces...?

– Si hay un local excelente, hay que alquilarlo y arreglarlo bien. Hay que invertir a ojos cerrados en el decorado interior. Después hay que traer a las chicas bonitas para jalar a los clientes. Durante un buen tiempo el negocio irá bien, entonces hay que vender el negocio cobrando el derecho por el decorado y por la clientela. En realidad, no hay que pensar en ganar en la venta de licores, sino en ese derecho.

– Sr. gerente, ¿toda la noche vas a vender con la boca sin dormir? –Fue Yuncha. Estaba echada boca arriba. Teja simuló darle una bofetada abriendo la mano.

– Esta chiquita, ¡caramba!

El Sr. Kim, al echarse, miró al maestro Choe.

– Ahora sí está en otro mundo. Antes de que ronque, debo dormir. No puedo dormir al lado de la gente que ronca.

– Apagaré la luz. – Me levanté y fui a la puerta. Quería dormir yo también antes de que el Sr. Kim pusiera la mesa con abundante comida, pero sabía que no se podía dormir allí.

Apagué la luz. Salí de la cabina. Me liberé del aire caliente y absorbí el viento húmedo y frío que llegaba de la cubierta. Caminé por el pasillo y me bajé por la escalera que llevaba a las cabinas de tercera clase. La tienda estaba cerrada. En la puerta de la cubierta había un letrero ‘Prohibido entrar’. Me acerqué a ella y desde allí observé el mar. Sólo podía ver la oscuridad. El olor era lo único que indicaba el lugar donde estaba. Estaba en el mar.

Alguien me gritó desde atrás.

– No debe salir afuera.

Volteé. Era un marinero con uniforme de color pardo. Me aparté de la puerta.

– Regrese a la cabina. Es peligroso.

Le dije que sí con la cabeza. Apoyando la espalda en el borde hecho con tubos de fierro, encendí el cigarro. No había gente. Sólo el viento que entraba por entre los ladrillos blancos. Alguien ha vomitado en las graderías de las cabinas de tercera clase. Prohibido entrar. Zona restringida. No jalar. Prohibido entrar excepto el personal autorizado. Las letras rojas de aquí y de allá parecían salir de su sitio y correr haciendo sonar sus pasos.

No se veía nada en el mar. Las luces iluminaban el estribor del barco. El mar estaba allí, lo percibía con el olfato y por el movimiento del barco. El mar mirado durante tres días en Chong-do. El mar contemplado durante un tiempo inseguro. El mar era un útero. Una matriz donde desaparecían todas las cosas del mundo y nacía enteramente nuevo. El mar a veces era una tumba. Estaba en él la muerte y la derrota de

todo lo vivo. Eso era el mar. No era ese mar que lucía con los rayos solares, donde las aves de alas largas volaban desde su superficie, donde un barco se deslizaba dejando estelas sobre las olas, donde brillaban las olas azules lamiendo las orillas.

En ese momento, pensé, la densidad de sal que existe en la sangre humana es igual a la del mar. El cuerpo humano, exprimido, es casi toda agua. Entonces, ¿por qué nosotros vemos la felicidad y la muerte, o sea, la claridad y la oscuridad en el mismo mar?. ¿Sería porque todas las obras humanas son pasajeras? Nosotros, exprimidos, nos convertimos en agua. Pero el mar se queda allí. El que corre únicamente es el río. El mar no se mueve. El mar siempre sigue allí.

– Oiga, joven.

Alguien me llamó. Era el mismo marinero. Me volteé.

– ¿Por qué no me hace caso? Ya le dije que entrara. Lo digo porque es peligroso.

Estaba enfadado. Pero no era conmigo, sino con alguna otra cosa. Pensé que a lo mejor con el mar y no con el clima desapacible. Apagué el cigarro en el piso y subí las escaleras.

7

– Oye, carajo, ¿no quitas tus manos?

La cabina estaba oscura. Todás estábamos dormidos. La voz agudísima de Yuncha rasgó como un cuchillo el espacio de arriba a abajo, la oscuridad y el silencio de la cabina.

– ¿Qué estás tocando ahora? Oye, levántate.

Yuncha encendió la luz. Con los ojos cerrados, escuché a Yuncha que despertaba a Tejo.

– Jajai, éste me hace reír. Ajá , ¿estabas dormido tan profundamente?

– Señorita, ¿ qué pasa? ¿Por qué encendió la luz?

– ¿Preguntas todavía? No sabes nada y eres un inocentón.

Tejo se levantó con pereza.

– Oye, en voz baja, ¿sí? En voz baja, por favor.

– ¡Qué tipejo tan ridículo! ¿Crees que no me di cuenta? Cuando tocaste mi cadera, te dejé, no, más bien, te perdoné porque dormido cualquiera se equivoca. Pero te atreviste a más. ¿Cómo te atreves a meter la mano allí?

– ¿Yo? ¿Qué yo la toqué? ¿Qué estás diciendo? Estaba dormido, tranquilo.

– Señor, ¿Ud. estuvo dormido tranquilo? Ajá, fue así. ¡Qué sinvergüenza! Oye, ¿crees que soy idiota? Estuviste jadeando y manoseando. Y ahora, ¿dices que estabas dormido? Si tienes pantalones, pórtate como hombre.

– Bueno, carajo, no dormí. Y, ¿qué?

– Eres un pobre diablo.

– ¿Cómo? Habla bonito, ¿eh? Y ¿qué? ¿No puedo tocarlo? ¿Acaso se gasta? Cualquier animal sube al mismo barco y molesta y molesta. Si eres mujer, debes saber avergonzarte.

Sonó un manotazo. La mano de Yuncha pegaría contra alguna parte de Tejo.

– ¿Qué cosa? ¿Esta no entiende qué es qué?

En seguida sonaron dos bofetadas. Esta vez Tejo la pegaría a Yuncha.

– ¿Con qué derecho me pegas? A ver, pégame, pégame más.

El Sr. Kim se levantó antes que yo. Jaló del hombro a Tejo hacia atrás y dijo:

– Oigan, ni siquiera son esposos y se pelean en la cama.

– Esa usó primero el matamoscas.

– Este bruto, caray.

Yuncha cortó la distancia acercándose tanto como se había retirado el otro. Luego alzó los dedos.

– Oye, ¿qué clase de hombre eres tú? ¿Por dónde habría andado este tipejo?

Su voz trasuntaba lágrimas.

– ¡Dios mío! A ésta, caramba ...

– A ver, pégame otra vez. ¿Hay zonzas que se quedan tranquilas después de ser golpeadas? Si tienes mucho dinero para mi hospitalización, usa tu fuerza bruta.

El maestro Choe seguía durmiendo silbando por la nariz. Salí afuera. En el baño no había un solo espacio limpio. Aunque habían baldeado, todavía se hallaban restos de vómito. En la cañería del lavabo colgaba un fideo. Fui a la cubierta y oriné al lado de la puerta.

Entré, el presidente Chang estaba fumando reclinado a la entrada

de la cabina. El viento hacía volar las chispas del cigarro encendido. Cuando me acerqué, volteó el cuerpo y habló a mi espalda.

– Joven, ¿quiere tomar?

Vi el reloj. Ya eran más de las dos, ya no podía dormir.

– La tienda y el restaurante están cerrados.

– Tengo licor.

–Entonces, con mucho gusto.

– Espéreme.

Salió de la cabina con una bolsa de papel amarillo. Me jaló de la mano.

– Venga para acá.

Caminamos por el pasillo largo entre las cabinas de ambos lados. Nos dirigimos a la proa. El presidente Chang empujó la puerta. El viento chocó contra su pecho. Había un espacio amplio. Era la cubierta de proa que estaba techada. Había dos bancas de fierro juntas. Sus patas estaban fijadas en el suelo. Qué tal sería observar el mar, un día de sol, sentado allí. El presidente Chang rompió la bolsa. Había una botella de licor y un calamar seco. Me los pasó. La banca estaba húmeda por la lluvia. Tendimos el papel encima de ella, nos sentamos y empezamos a tomar.

Como el barco se movía, cuando uno tenía la copa, el otro debía quedarse con la botella de licor en la mano.

– ¿No habrá problema en la cabina?

– Esa chica no creo que se deje ante ese Song.

Le pasé la copa.

– No tiene mareo, ¿verdad?

– Para no tenerlo tomo. Me duele el occipital y no me siento bien.

Habríamos tomado tres o cuatro copas cuando el presidente Chang me tocó el codo.

– ¿Vio? – me preguntó.

– ¿Qué cosa?

– Alguien bajó por allí.

– No, no vi nada.

Miré donde me señaló. Era la parte delantera del barco que el foco del mástil iluminaba. La entrada del pasillo parecía boca de lobo.

– ¿Quién fue por allí?

– Me pareció esa chica Kang de nuestra cabina. Es una mujer ciento por ciento.

- ¿Qué hay allí?
- Abajo hay una bodega para la carga. A ver, agarre eso. Voy a ver.
- Tenga cuidado.

Vi al presidente Chang que se dirigía a la entrada del piso de carga. Tenía la copa y el licor en mis manos. La luz del mástil lo iluminaba vagamente, miraba hacia abajo, parado en la entrada oscura. Cuando su cuerpo penetró en esa oscuridad, dijo alguien:

- ¿Quién está allá?

El presidente Chang salió corriendo.

- ¿Qué pasó? - le pregunté. No necesitaba contestarme.

Yuncha salió de esa oscuridad y poniendo sus codos al pecho tembló y dijo:

- Ay, ¿cómo puede asustarme de esa forma?
- No sabía tampoco que era Ud. Disculpe.
- Por poco me caí abajo. ¡Qué susto!
- Pero, habiendo un baño, ¿por qué hace sus necesidades en ese lugar oscuro?
- Este señor, de verdad, está fuera de sí.

Yuncha se nos acercó. Como todas las puertas que dan a la cubierta estaban cerradas y el baño estaba hediondo, habría buscado otro lugar. Y hasta allí la había seguido el presidente Chang.

- ¿Qué hacen Uds. aquí? ¿Qué? ¿Son tan tacaños? ¿Cómo pueden tomar los dos no más?
- Si quiere, siéntese. ¿Ya terminó la pelea con ese Sr. gerente? - la invitó el presidente Chang. Le cedí mi asiento y le dije:
- Allí está mojado. No es mío el licor pero, a ver, tome.

Le ofrecí la copa de papel que había vaciado el presidente Chang y se la llené. Yuncha recibió la copa agradeciendo en voz baja. Sentados juntos en fila tomanos mirando la oscuridad, el viento y la neblina. A veces nos caían desde el techo gotas de lluvia en la nuca. Sentíamos frío.

- ¿Para qué va a la isla?
- Para casarme.
- ¿Para casarse? ¡Que va! En general salen de la isla para casarse en tierra firme, pero Ud. va a la isla a casarse.
- Sí, sucedió así. Ni yo lo entiendo bien.

El viento jugó con el cabello de Yuncha. La luz opaca la iluminaba.

- Conocí a un hombre. Y él dice que me quiere. Me parece sincero.
- Y ese hombre vive en Ara-do.
- Sí, como lo dice Ud.

Yuncha me pasó la copa de licor.

- Les contaré esta historietta: él tuvo un accidente de tránsito, tenía heridas en los pies y estuvo unos meses en el hospital. Mi lugar de trabajo estaba al lado de ese hospital.

- ¿Cómo? ¿El enfermo iba a tomar también?

- No, pues. Estaba casi sano y podían darle de alta. Pero como no se solucionaba rápido el problema de la indemnización seguía hospitalizado. Era un hombre muy ingenuo. Es técnico. Tenía una tienda donde reparaba artefactos eléctricos y electrónicos. Había arreglado mi tocadiscos y el sonido era mucho mejor que cuando lo había comprado. A veces compraba pollos y los cocinaba. Lo hacía sin motivo. Pero ese hombre, después de salir del hospital, me escribió proponiéndome matrimonio. Antes no me decía nada. Decía que si yo no iba, él vendría a tierra firme. Decía que me seguiría hasta el fin del mundo. Yo me reía. Pero en su última carta, ¿saben qué me dice? Que en Ara-do hay muchas despedidas. Los que viven allí permanentemente son los mismos de siempre; pero los que llegan recién son los que se van tarde o temprano. ¡La isla de las despedidas! Esas palabras me sedujeron. Pensé que en la isla adonde llegan y salen podría yo vivir sin salir, diferente de los demás. Precisamente, por esa idea, de repente tenía ganas de venir y preparé mi maletín.

- Si van bien, entonces podremos vernos a veces en la isla. ¿Desea más?

Esta vez, el presidente Chang le ofreció una copa a Yuncha, que lo recibió y siguió:

- Pero, ese hombre cojea un poco. Por ese accidente.
- ¿Eso qué importa? Hay gente que cojea de corazón.
- Ud. parece un filósofo.

Me reí. El presidente Chang alzó la voz:

- Ara-do, la isla de las despedidas. No sólo allí. En cualquier isla siempre hay despedidas. Dicen que es bonita la isla Ara-do. En primera las colzas cubren toda la isla como si se incendiara por un fuego amarillo. El color del fuego varía según la estación. En otoño las cañas blancas llenan la isla y toda ella se ve vieja.

- Dicen que hay plantas singulares.

Recordé la orquídea de mi calendario.

- No sólo plantas. En verano llegan miles de mariposas. En junio cuan-

do queman las pajas de cebada en todos los campos, el humo llena la isla y los viajeros del barco se asustan creyendo que la nube cubre el mar.

- Dicen que estando allí uno siente que la isla está sumergida.
- En invierno llegan muchos cuervos y la cubren toda. La gente se acerca a una roca y resulta que es la bandada de cuervos.
- Allí los que están erguidos representan lo masculino y los que están entallados o con hueco lo femenino. Y donde haya esos objetos, los veneran haciendo el rito. El rito no termina allí. Veneran el mar todo el año. Como alrededor de la isla siempre hay densa neblina y muchas rocas, los barcos no pueden atracar con facilidad.
- Verdad, dicen que allí llama a los carniceros por 'picheng-i'. Han puesto el calificativo cheng-i (experto) junto a pi (sangre) tal como decimos para el pintor 'juan (pintar) cheng-i' y para el alfarero 'ongui (olla) chng-i'.

Se terminó el licor, la neblina se hacía más densa. El presidente Chang comentó:

- Ya habrá empezado la famosa neblina de Ara-do.

Yuncha, que iba adelante, preguntó:

- ¿Va a vivir allí?
- Sí, cómo no.

Los zapatos de altos tacones de Yuncha resonaban mucho tal como si golpeteara el piso.

- ¿No se cae con esos zapatos de tacones altos?
- Trabajé siete años en el cabaret pero nunca me sucedió esa desgracia.

8

Cuando me desperté, ya estaba claro, la luz opaca entraba por la ventana con visillos semicerrados. Un lugar estaba vacío. El presidente Chang no se encontraba. No había su cigarro ni el fósforo que dejaba en la ventana. El Sr. Kim estaba curándose los hongos de sus pies, el maestro Choë y Tejo estaban dormidos todavía. Salí de la cabina. La neblina se había colado hasta el pasillo.

Pensaba salir a la cubierta pero me detuve allí. La exclamación ¡ah! sonó en mi corazón como en un tambor gigante. Era la neblina marina. Una neblina muy densa rodeaba el barco. Apenas a unos metros de

distancia los fierros del borde de la cubierta se veían vagamente. Eran como los trazos del lápiz ya borrosos.

La neblina caía sobre todo el barco como si fuera algodón. No se veía el mar, ni más allá del mar ni la proa del barco. Más allá de la puerta también era sólo neblina. Sentí temor. De repente, pensé que quizás esta neblina también era una figuración de cierto temor que se me había pegado desde el momento que preparé el viaje. Era eso. Me obsesionaba el temor, el temor de que yo iba hacia lo desconocido, el temor de los días en tierra firme que me empujó a la isla, el temor que me daría cuando de nuevo regresara allá, isla o tierra firme. Estaba con esos temores. Observé un buen rato el bosque de neblina movediza.

Sentí miedo de estar solo. Quería estar con el Sr. Kim o el presidente Chang, con quien fuera, juntos. Estaba por regresar a la cabina, cuando apareció una persona dentro de la neblina. Se irguió como algo que emerge del agua. Como estaba vestido de blanco, demoré en identificarlo. Era el marinero. La neblina se le había pegado en la cara. Iba adentro. Le pregunté:

– ¿Cuánto falta hasta Ara-do?

Me miró un momento. En el pecho, estaba colgada la placa con su nombre y su cargo; 'Jefe de Administración: Kim, Jo-Ik'.

– ¿Aún no lo sabe?

– Es que es mi primer viaje...

– Hace poco lo anunciamos también por mi radio. Estamos volviendo a Chong-do.

– ¿Cómo?

Lo miré sorprendido. Perdí las palabras.

– Por la neblina es imposible anclar. Tampoco hay otro lugar para esperar hasta que desaparezca la neblina. Algunas veces ocurre esto en verano.

– Conque,... quiere decir que no podemos ir a Ara-do.

Se rió.

– Cuando mejore el tiempo, volveremos. Descanse tranquilo en su cabina. Tenga paciencia.

Dirigiéndome a la cabina, rumié sus palabras. Volver a Chong-do, esperar a que desapareciera la neblina y regresar de nuevo a Ara-do, sí lo podía comprender. Mejor dicho, tenía que comprenderlo. Pero descan-

sar tranquilo, no. Volví a la cabina, no estaba el presidente Chang. Yuncha estaba peinándose. Salí de nuevo y encontré al Sr. Kim que llevaba a su esposa abrazado a su cabina.

Vino hacia mí:

– Pues, este maldito barco no va a la isla y vuelve a Chong-do, ¿no?

– Pero dicen que va a volver. Dicen que descansemos tranquilos.

– Pues, me está matando la paciencia. Me está matando el barco. Por el tifón no salió y ahora por la neblina vuelve. Así ya no me necesitarán y se terminará la obra antes de que llegue. Además mi mujer dará a luz en la cubierta del barco. ¿Acaso podrá dar a luz? La madre es la que se está muriendo. Este clima ni piensa en el gasto que ocasiona a los pobres. ¡Qué clima tan maldito!

Brillaron sus ojos y se humedecieron.

– Habrá alguna solución.

– No. Desea ver a uno morir. Así no podré vivir.

Un joven se lavaba el pelo en el lavabo al lado de las graderías que conducen a las cabinas de tercera clase. ¡Qué ridículo!, lavarse el pelo en un barco de alta mar que por la neblina ni podía llegar a su destino y tenía que volver. En las cabinas de tercera clase, la gente se movía como gusanos de seda que se despiertan del sueño. Se veía a la gente que compraba panes en la tienda. Allí tampoco estaba el presidente Chang. Quería hablar con alguien sobre la isla que perdimos esta mañana y la neblina que nos privó de ella.

Lo encontré en el restaurante. Sentado al lado de la ventana, hacia la proa del barco, estaba desayunando. Jalé una silla y me senté frente a él. Más allá de la ventana no se veía nada por la neblina. Parecía como si estuviera tapada por el papel blanco. Vi los fideos y una botellita de aguardiente en su mesa. El poco aguardiente que había en la botellita se movía según el movimiento del barco.

– ¿Oyó Ud.? El barco vuelve a Chong-do.

Movió la cabeza sin decir nada. No sabía qué otra cosa contarle. Contemplé largo tiempo la mesa.

– ¿Qué pasó? Desde la mañana toma licor.

– Para limpiar el organismo interior – alzó la copa y se lo tomó de un solo trago.

– Tendrá que desayunar. Sólo tienen fideos.

Pedí fideos al cocinero. Encendiendo el cigarro, murmuró:

– No aguanto más.

Recién noté la agonía en su rostro. El bigote y la barba parecían heridas.

– Ud. no va a entenderlo. Anoche el Sr. Kim dijo que trabajaba de acuerdo con la paga. Que trabajaba según el monto del jornal, ni más ni menos y trabajaba sin responsabilidad. ¿Se acuerda? Pero la gente como yo es diferente. Cuando uno se siente libre de toda responsabilidad, ya no se siente libre. Siente más bien el miedo y la desesperación.

Vació todo el licor en su copa.

– Ud. también me llama presidente. ¿Cómo que presidente? Claro no es el único que se equivoca así. En los bares, en los bancos también me llaman presidente porque tengo dinero. Pero yo no poseo compañía. No tengo ninguna responsabilidad porque no tengo empresa. ¿Cómo? He vivido casi diez años sólo con los intereses que me paga el banco. Sólo con los intereses del banco, sin trabajar en algo lucrativo. Cuando llamo por teléfono al banco, el gerente me invita a almorzar, a tomar, a jugar golf. ¿Sabe qué significa eso? Ya no sirvo. No sirvo para nada excepto para los bares y bancos. Diez años he vivido así. ¿Podrá comprender que recién a esta edad llegué a pensar en ser algo útil? En la isla pensaba criar chivos negros para ser útil. Eso si era verdad. Hablando con más exactitud, no era un sentimentalismo de mi edad.

El empleado del restaurante trajo los fideos y un plato de nabos encurtidos y cortados. Contemplé la neblina. El sentido común siempre era insignificante, y comprender a alguien con ese sentido común también era insignificante. Al fin y al cabo, era un sentido de irresponsabilidad. Habló mi irresponsabilidad:

– ¿Por qué no invierte en otra cosa?

– Diez años. Si vivía sin hacer nada... En mi caso, ¿Ud., qué haría? Hasta cuando mi hijo mayor entró a la primaria, era una persona más o menos útil. Un asalariado, un ciudadano común y corriente. Iba a trabajar todos los días, a sentarme delante de una mesa grande y sabía cuál era la responsabilidad. Una vez mi hijo mayor se hospitalizó y después se salió del hospital; ¿sabe qué me dijo? Papá, quiero accidentarme del brazo otra vez y estar en el hospital de nuevo. ¿La razón? Cuando estaba hospitalizado, sus amigos lo habían visitado llevándole leche, manzanas, etc. Mi hijo quería comer otra vez manzanas y tomar leche. ¿Comprende dónde estaba el problema? En mi pobreza. Después de unos años... vendí el campo de cultivo de col en la orilla del río, luego el de maní, los

corrales de gallinas y de cerdos... Eran los terrenos que mi papá había cultivado. Había boom de desarrollo, boom de inversión en la tierra, y boom, boom, boom... Ya éramos ricos. Con sólo vender un pedazo de la tierra donde tenía el corral de cerdos podíamos vivir un año sin trabajar. Entonces, ¿para qué ir a trabajar a una oficina que ni me daba para alimentar con leche a mi hijo? Así pensé. Eso no era para justificarme, en ese momento cualquiera habría pensado como yo. Con una libreta de ahorros en la mano construía un edificio y vivía tranquilamente del alquiler mensual que me pagaban los inquilinos. Me acostumbré a ese tipo de vida. Un hombre sin ambiciones... de poseer y de querer ser alguien. Al principio me encantaba no trabajar en nada, luego cuando quería trabajar no encontraba algo que me agradara y, finalmente, me convertí en un hombre inútil. Viviendo así sin trabajar, un día de repente tuve un deseo. ¿Sabe cuál fue? Deseaba enfermarme, quería tener siquiera una enfermedad para romper mi rutina.

Dejó de hablar. Aplastó sus ojos con los dedos. No me atreví a presenciar la escena. No lo miré.

– Pero esto también debe saberlo: mi papá era diferente. Siguió con su oficio. Compró el terreno en un pueblo y se trasladó allí para seguir siendo labrador. Sembraba coles como siempre, criaba cerdos y cultivaba la verdura en el invernadero. Lo criticamos y lo calificamos de ignorante. Pero nos equivocamos. En aquel momento no lo comprendía. ¿Cómo podía adivinar...? ¿Cómo podía comprender en ese momento por qué él no abandonaba su oficio?

Volteó la cabeza. Hasta aquel momento hablaba mirando la neblina que bailaba más allá de la ventana de la proa. Miró los fideos.

– Oiga, sírvase, los fideos crecen mucho.

Mis labios y mi lengua estaban resecos. Los labios resecos no me parecían míos. No era por el licor de anoche.

– A ver, ¿quiere tomar?

Moví la cabeza afirmativamente.

– Bien. Tomemos y entremos a dormir. Como estamos volviendo a Chong-do, ¿por qué no dormir?.

Pidió otra botella de aguardiente. Los fideos estaban engrosando. Cuando acabamos de servirnos el licor en ambas copas, vino corriendo el Sr. Kim y habló respirando con dificultad.

– No es el momento de estar ocioso acá. Venga pronto.

El Sr. Kim agarró del brazo al presidente Chang.

– Pues, le robó. Ese tipejo Song. ¿Se acuerda?, ese tipejo, cuando entré a la cabina, estaba rebuscando su maletín. Al verme, asustado, salió corriendo. Lo seguí, pues, gritando. Entonces botó al mar algo que llevaba en la mano. Me pareció una billetera. Aunque quiera escaparse, ¿adónde, pues? En un barco en alta mar está como un ratón dentro de una olla. ¡Que malo es ese hombre! Vamos, pues.

Los del restaurante nos miraron. El presidente Chang liberó su mano y en voz baja lo tranquilizó:

– Déjelo. Parece que le falta dinero. Algunas veces lo he visto en Chong-do.

– ¿En Chong-do? – pregunté.

– Quiere ir al extranjero. Como no puede ir legalmente, anda buscando un barco que vaya al Japón. Le habría faltado dinero.

– Pero, ¿no le dijo que había arrojado su billetera al mar?

– ¿Billetera...? Entonces, mi cédula de ciudadanía se cayó al mar. Mi documento se suicidó en vez de mí.

De repente empezó a reírse. Su risa sonaba como el piano cuando lo prueba un afinador, recorría la escala.

– ¿Sabe Ud.? Si anoche no hubiera llovido, el mar habría estado tranquilo y habría habido luna en el cielo, seguro que yo ya me habría muerto. He estado observando todo el trayecto, minuciosamente. ¿Sabe, por qué? Porque pensé que sería la última vez para ver todas las cosas del mundo. Pensaba en el suicidio. Todo lo que le conté anoche sobre Ara-do era de mi invención.

Encontré al maestro Choe en el baño. Se sonrió mientras se peinaba el cabello mojado. Sus ojos estaban hinchados.

– Dicen que el barco vuelve, ¿no?

Moví la cabeza.

– Ahora está bien, ¿no? Anoche estaba muy borracho.

– No me comprendo... por qué habría tomado de nuevo. Ayer tomé por última vez.

– No necesita dejar de tomar. Por lo menos, hoy no puede ir a la isla, ¿verdad?

El maestro se sobó la cara con las manos, la neblina avanzaba poco a poco al interior del barco. El maestro de ese momento era totalmente diferente al de la noche anterior.

Miraba el mar.

– ¿No dije, por si acaso, que presentía que no saldría de la isla una vez llegado allá?

– Creo que sí.

– Que el barco vuelve a Chong-do... Parece raro. Quizás esas cosas sucedan porque yo sigo tomando.

El maestro tomaba a Ara-do como algo muy cercano, concreto y real.

– Sea lo que sea, tomar es una cosa buena, ¿no? ¿Hay mucha gente en el restaurante? Debo tomarme una copita. El barco va a Chong-do, en fin, no va a la isla todavía.

Al volver a la cabina, no había ningún hombre, sólo se encontraba Yuncha, mirándose en un espejito de mano, se maquillaba. Me miró de reojo.

– En la isla, la estará esperando su novio. Este barco, cómo daña el viaje...

– Que espere, pues.

Yuncha se pintó los párpados de azul. Cuanto más se oscurecía el color, tanto más agrandaban sus ojos. Mirándome en su espejo, dijo:

– ¿Qué mira? ¿Nunca ha visto a una mujer que por una mala operación de cirugía plástica tenga la nariz morada? Bueno, al final de cuentas, mi vida está llena de puntos cardenales.

– Empezó a pintar sus labios. – todo... dejaré todo, ¿Qué haría yo en la isla? La despedida se encuentra por todos los lugares. Pero, fíjese, esta vez me sorprendí de mí misma. ¡Qué criatura tan graciosa! Por lo menos, venir hasta aquí es un milagro para una chica como yo. Casi, casi... de verdad, llegué a Ara-do.

Con el lápiz labial en la mano, me miró frunciendo los labios. Desarrugándolos lentamente se sonrió. Sin sonido, como un papel movidizo, muy alegre.

– ¿A dónde se fueron los otros? Dígales que vengan. ¿Regresamos así no más? Debemos jugar siquiera a las cartas, ¿no? ¡Qué caray!

9

Estuve sentado contemplando la neblina. Las bancas en donde habíamos tomado anoche estaban mojadas por la neblina. Flotando en el mar, rodeado de neblina, fumé.

Isla... dije en voz baja. Cuando salí de viaje no había luz. Seúl es-

taba de noche. Y ahora..., tampoco había claridad. El mar dentro de la neblina. ¿Por qué se requiere el tiempo de oscuridad para llegar a algún lugar? Para escondernos en ese espacio ajeno, la isla que nos espera quedándose siempre como un espacio de poca luz, ay, es difícil llegar allí. Murmuré. La libertad de estar encerrado, esa es la isla.

En ese momento vi que la isla había entrado en mi corazón. Estaba ligado por un hilo a una tierra, sentía que una enredadera de raíces menudas como pelo de algodón entre alguien y yo, abría una ruta marítima llena de neblina entre la isla y la tierra,... la isla flotaba encima del mar de la amistad y solidaridad. Esta isla ya estaba dentro de mí. La isla que se hizo a base del silencio, sueño, fracaso, cobardía de los que pasaron juntos la noche. La noche que se movía constantemente en la oscuridad, lluvia y neblina..., la noche en la cabina, eso era Ara-do.

La isla que entró a mi corazón se había convertido en mi amor, o en un vecino.

TIERRA AMADA DE OECHONDONG

PAK, TAE-SUN

Oechondong es un barrio que emergió sorpresivamente en la primavera pasada. El gobierno metropolitano de Seúl, que destruyó las casas construidas al margen de la planificación de la ciudad, trasladó al nuevo barrio a los habitantes de esas casas. El gobierno encargó la construcción provisional a la "Compañía de construcción Chegon" y esa compañía acabó la obra sin cariño y sin cuidado. Cada bloque se parecía a una sala larga dividida con ladrillos en varias piezas. También se parecía a una serpiente grande muerta y tendida en el suelo. Si la juzgamos como serpiente, deberíamos decir que había tres serpientes de diferentes colores al lado del riachuelo. En cada bloque, la gente instaló oficinas y tiendas tales como Oficinas de Bienes Raíces, licorerías, etc. En cada vivienda había tres habitaciones rústicas. El baño era común construido a cada cierta distancia en forma de una habitación. Cada pieza estaba numerada y su último número era 217. En total eran 217 familias y por el número de cada vivienda la gente de ese barrio estaba acostumbrada a mencionar a sus vecinos como "Oficina de Bienes Raíces del N° 74", "Taberna de la viuda del N° 193", o "Tienda del N° 55", etc. Todos eran pobres, muy pobres y como compartían baños y pozos, aparentemente se llevaban bien. No, no aparentemente, sino casi es seguro que se llevaban bien. El pozo se encontraba situado cada treinta metros y el baño público cada cuarenta y cinco metros. Los baños parecían quioscos de vigilantes.

Si Ud. llega a este barrio como forastero, es necesario dirigirse primero a uno de esos baños públicos y estar unos diez minutos allí en el

baño, hecho de pedazos de madera podrida así podrá oír gritos de alegría y emoción jamás experimentados.

LA COSITA DE CHINYONG ES DE MALBANG'UL¹

Podrá ver Ud. un dibujo grande que ningún pintor famoso podría realizarlo tan bien, y junto al dibujo esa explicación en letras de los que recién aprenden a escribir. Entonces, sus ojos verán el sexo del niño Chinyong, parecido al cascabel del caballo de la carreta y sus oídos escucharán la música alegre de ese cascabel. Después le llegará la música propia de la vida del barrio. Esos sonidos bullangueros y naturales.

LA COSITA DE KONGMUK ES DE SOBANG'UL²

Esta vez le llegará la música del cascabel de la vaca que hala la carreta. Y con ese sonido en sus oídos, saldrá Ud. del baño y encontrará un pequeño cultivo de ají al lado de este. Aunque Ud. sea funcionario de alguna oficina metropolitana y haya ido allí a inspeccionar la infraestructura del barrio, no tendrá por qué acusar de ilegal al agricultor, amante de la tierra. Luego encontrará a unos señores pobres conversando al lado del pozo con rostros de apariencia algo estúpida. Tendrá que comprender que, en el caso de los hombres, por lo menos pueden reunirse para jugar ajedrez o tomar aguardiente; mientras las mujeres no tienen dónde reunirse. El único lugar de reunión es el pozo y su distracción es la plática.

1 Malbang'ul: es el cascabel de caballo. En la década del '60 en Corea todavía se veían carretas haladas por caballos o vacas. Los dueños ponían cascabeles a esos animales para anunciar a la gente su presencia. Los niños pobres, que andaban sin pantalón, se fijaban en el sexo de sus amigos y lo comparaban con los cascabeles creyendo también que, al correr, los testículos sonarían como un cascabel.

2 Sobang'ul: cascabel de vaca que tira de la carreta.

La mujer flaca, cuyo dialecto es de Kyongsangdo³, es la mamá de Yonggon. Se gana la vida comprando cabellos cortados y vendiéndolos a los que hacen pelucas. Está preocupada por su hijo Yonggon que tiene dieciseis años y trabaja en la fábrica de tapas de botella que está a cuarenta minutos a pie. Ya toma licor y fuma. Y estos días anda con una chica con la que sus relaciones están muy avanzadas. La mujer que está al lado de la mamá de Yonggon y que tiene en su mano el recogedor de agua tiene veintisiete años. Hace tres meses que está embarazada y su esposo, el Sr. Choe, está sin trabajo. No, mejor dicho, él no puede trabajar porque está en la última etapa de la tuberculosis. Allí estaba también una señora robusta cuyo dialecto es de Cholado⁴. Parece líder del grupo y su apodo es 'la viuda del N° 193'. Tiene una taberna. Hasta hace seis meses, gracias a su hija Misun de veintidos años iba bien su negocio; pero el otoño pasado, había huido del barrio, enamorada de un guitarrista, miembro de un grupo de vendedores ambulantes de medicinas.

Ese grupo de vendedores estuvo allí cuatro días y en ese lapso todo el barrio experimentó alegría y emoción por primera vez. Levantaron una carpa grande y adentro construyeron un escenario. Trajeron un pequeño motor eléctrico y un micrófono. Era un grupo muy especial. Pertenecían a la Sección de ventas de la Compañía Farmacéutica Taepyong, en el centro de la ciudad. Eran diferentes de otros ambulantes que engañaban a la gente. Una vez, un grupo prometió demostrarles cómo una serpiente comía otra serpiente y jamás cumplieron esa promesa. Pero este grupo era excepcional. Estaba conformado por dos vocalistas mujeres y un vocalista hombre y un cuarteto (pues también cantaban). Durante los cuatro días cambiaban su repertorio diariamente. Interpretaban canciones melancólicas, populares de hoy y populares extranjeras como las de Elvis Presley. Además, bailaban twist y gogo. El cómico gordo remedaba a los actores y lo hacía tan bien que los hacía confundir. Además sabía muchas cosas: les explicaba sobre el cohete espacial Geminis N° 6 que EE.UU. acababa de lanzar al espacio y les enseñaba cómo evitar el embarazo. Sus medicinas tampoco eran cosas raras como las de otros ambulantes. Vendieron unos excelentes tónicos a buen

3 Kyongsangdo: una provincia al sureste de Corea.

4 Cholado: provincia al suroeste de Corea.

precio, medicinas para la neuralgia y píldoras anticonceptivas. Todos les compraron algo.

El que más les encantaba y gozaba de popularidad era el joven guitarrista, guapo y un poco melancólico. Las melodías cobraban una belleza especial en su guitarra. Para la gente del barrio era un místico. Misun desapareció en la tarde cuando esos artistas y vendedores ambulantes se marcharon de un momento a otro. Misun también les dejó una anécdota legendaria y eso se debió a la actitud triste y violenta de Chongyol Na, que era el amante declarado de Misun.

Chongyol Na tenía veintiseis años y apenas terminó el servicio militar, a su familia le tocó trasladarse a ese barrio. Se decía que había estudiado dos años en la universidad y sabía efectivamente muchas cosas. Redactaba la solicitud del barrio dirigida a las autoridades de la ciudad y trataba de conseguir una línea de ómnibus para el barrio. Además, era el organizador del serenazgo. (Sobre esa organización no todos los del barrio estaban plenamente de acuerdo, porque a cada familia le tocaba pagar un cuota.) Justamente el ingreso de cuatro mil wones mensuales de Chongyol Na servía para mantener a su familia. Y gracias a ese trabajo pudo llamar la atención de Misun. Como en el barrio no había comisaría, los serenos también prestaban servicios policiales. La taberna de la mamá de Misun no tenía licencia y, además, si había clientes, no le importaba el toque de queda y seguía vendiendo licor. Como su negocio era ilegal, la mamá de Misun no podía maltratar a Chongyol Na, quien al terminar su trabajo, iba a su taberna para remojarse la garganta gratuitamente. En cierto sentido, lo trataban con mucha amabilidad.

Así pudo nacer el amor entre Misun y Chongyol. Los vecinos habían escuchado algunas veces las canciones de los dos amantes alrededor de las tres de la mañana. Misun tenía una voz muy clara y Chongyol sabía entonar.

*Mis padres y mi hermanita Hyeryon
están en el norte...*

Cuando el muchacho empezaba a cantar su canción favorita, la gente no se quejaba. Más bien todos, recordando su pueblo natal, cantaban en silencio junto al muchacho. En realidad, no había ningún vecino

oriundo de aquí. Todos eran errantes y venidos de diferentes lugares del país.

En el barrio había un curandero. Hablaba bien y tenía buena apariencia y la gente comentaba que mejor le iría en la política. Misun fue a pedirle el aborto (naturalmente acompañada de Chongyol), y en la operación casi la mandó al otro mundo, le pagó una miseria pero después tuvo que pagarle de otra forma y en cinco ocasiones.

El amor de los dos jóvenes no pudo tener fruto porque Misun desapareció con los ambulantes. Pero, hablando con toda franqueza, la causante del fracaso de su amor fue la mamá de Misun que no los dejó contraer matrimonio. Misun, por el respeto a su madre, no podía desobedecerla, además, su mamá la necesitaba para vender más licor. Chongyol Na tenía que olvidarse de Misun. Quizás la felicitaba porque sabía muy bien que era imposible casarse con ella.

La familia de Chongyol la componían cinco miembros: su papá el Sr. Japton Na que cojeaba de la pierna derecha a causa de una neuralgia, su hermana Chongae Na de veintidós años que tenía las huellas de la viruela en la cara, su regañona madrastra y los hermanastros Chongman y Chongsu. Su hermana Chongae no era una belleza; pero su fragilidad física le daba cierto aire atractivo. Las huellas de la viruela más bien colaboraban con su figura grácil, delgada, de caminar suave, de mirada triste y fija. De haber nacido en una familia rica, quizás habría participado en un concurso de belleza. Desgraciadamente, su familia era pobre, y la maltrataba porque no ganaba dinero. Después de que desapareciera Misun, su mamá fue a visitarla un día. Era una tarde muy bonita.

– Chongae, – la llamó la mamá de Misun y, sin preocuparse de la presencia de toda la familia, le propuso, – oye, en vez de estar desocupada, ¿qué tal si trabajas en mi taberna?

En una palabra, le ofreció el trabajo de Misun, casi similar al oficio de prostituta. Desde que se había marchado Misun, su taberna ya no tenía clientes. Los hombres no querían tomar atendidos por una vieja gorda y ruda.

– Fíjate, el trabajo es interesante y no es pesado.

La viuda del N° 193 siguió. Los papás de Chongae guardaron silencio. No dijeron nada ni comentaron nada. Chongyol tampoco dijo nada.

– Qué tal si ya vas conmigo ahora mismo a mi taberna.

– No, no quiero. – gritó de repente Chongae. Todos se sorprendieron ante una respuesta inesperada. Chongae empezó a llorar. Sin embargo, nadie la miró con compasión.

Después el maltrato se intensificó más. Como si ella fuera la culpable de la pobreza, cuando no había comida o no podía pagar la deuda, la madrastra le gritaba:

– Oye, dicen que un tal Chong es el salvador del mundo. Quizás ese Chong es tu esperado señorito. ¿Por qué no averiguas y te vas con él?

El tal señorito Chong era el enamorado de Chongae. Se llamaba Uido Chong y ella estaba muy enamorada de él. Lo amaba no porque fuera guapo o atractivo como decían las canciones populares, sino porque se esforzaba por salir del barrio, y, efectivamente, al marcharse le había jurado a Chongae que él volvería a llevársela consigo. Chongae tenía fe en la promesa.

– No hable así del señor. – Chongae, colérica, contestaba así cuando hablaban mal de él.

– ¡Dios mío! “Señor”, dices “señor”. Chunjyang⁵ tendría que arrodillarse ante ti.

– ¿Para qué Chunjyang se arrodillaría ante mí?

Si el tema de la conversación era sobre Uido Chong, ella se enfrentaba y respondía sin miedo. Cuando ya se calmaba la discusión, Chongae, como si de verdad fuera Chunjyang, añoraba a su señor Uido Chong.

Estando así apareció un Jakdo Pyon⁶. No, no exactamente el Jakdo Pyon, sino el papá de Jakdo Pyon. Y por casualidad su apellido era Pyon y tenía mucho dinero. El viejo era prestamista. Hacía poco que había llegado al barrio y en un abrir y cerrar de ojos se había convertido en el personaje más notable. Como todos los del barrio vivían en necesidad cuando les urgía el dinero, acudían al viejo Pyon para pedirle prestado. El viejo nunca se negaba pero pedía altos intereses. En otros barrios, el

5 Chunjyang: heroína de la novela *Chun Jyang Chon*. Famosa por su fidelidad al esposo.

6 Pyon, Jak Do: personaje de *Chun Jyang Chong*. Pretende y acosa a Chunjyang que lo rechaza y sigue fiel a su esposo.

máximo interés era uno por ciento diario y aún así la gente se quejaba. Pero el viejo Pyon pedía tres por ciento diario. Al mes, los intereses se igualaban al monto recibido en préstamo.

El viejo vivía solo, tenía setenta y tres años y sabía muchas cosas. Tenía una costumbre rara: se ponía la ropa interior roja y encima su ropa coreana. Según la superstición, la ropa interior roja daba longevidad. El viejo tenía buen apetito. Tenía una sirvienta de unos treinta y dos años y por ella la gente se enteró de muchas cosas. El viejo, a pesar de que estaba en sus setenta, tenía tan buena dentadura que masticaba hasta los nervios de la carne. Nunca pensaba en el dinero cuando se trataba de comida o ropa. Sin ser budista, una vez al mes invitaba al monje budista y escuchaba sus sermones. Era confucianista y decía que se preocupaba del futuro del país y de la sociedad. El viejo era amigo de los ancianos letrados. En las reuniones componían versos en caracteres chinos y hablaban de política. El viejo alababa al Dr. Rhee, ex-presidente del país y al Dr. Chang, ex premier.

El Sr. Japton Na, papá de Chongae, era uno de los amigos del viejo Pyon, porque de joven había estudiado caracteres chinos y leído libros. Al viejo Na le gustaba visitar al viejo Pyon porque escuchando al otro y comentando “Claro que sí” y “Cómo no”, podía ganarse unos vasos de licor. El viejo Pyon, en este aspecto, era generoso, sabía invitar.

*Después de gobernarse a sí mismo
y después de gobernar su hogar
habrá que esperar lo que disponga Dios,
mas no se puede ignorar la suerte.
De diez sucesos, nueve son simplemente para reír
Y aunque digan que la primavera es linda
de tres, dos ya pasaron en vano.*

Sus poemas expresaban resignación, lamento por la pobreza y autoconsuelo. Como el círculo estaba conformado por los que estaban en el crepúsculo de la vida había comprensión. Algunas veces jugaban naipes, apostando una suma mínima, ajedrez chino y otros juegos; y cuando el licor se les subía contaban chistes verdes. Estos eran muchas veces demasiado verdes.

Después de cierto tiempo, la gente se enteró de un aspecto muy raro del viejo Pyon. Cambiaba de empleada cada dos meses. Al principio, no lo sabían pero por una de las despedidas se supo todo: era impotente y obligaba a la muchacha a una cosa chistosa. Eso era perdonable porque al viejo, por su edad, ya le fallaba su virilidad. También supieron que el viejo tenía mucho dinero gracias al hijo que trabajaba de minero en Europa y que le mandaba una suma mensualmente. Cuando se enteraron de eso, la gente lo miró con más respeto.

El viejo Pyon era el hombre más notable del barrio y casi una autoridad. Eso se hizo más notable durante la campaña electoral porque el partido del gobierno enfatizaba mucho el bienestar de los ancianos, ayudándoles a organizar la Asociación de Ancianos en cada barrio. Oechondong no fue la excepción. Allí también organizaron rápidamente la asociación y eligieron a Pyon como Presidente y Japton Na Secretario. La Asociación de Ancianos de Oechondong decidió dedicar su programa a educar a los jóvenes y disciplinarlos. No querían tener simples reuniones, sino hacer algo para la comunidad.

Todos acordaron presentar la solicitud a la Municipalidad pidiendo la construcción de un centro de ancianos. Para su redacción pidieron ayuda a Chongyol. La Municipalidad les dio una respuesta negativa en términos muy corteses: “vamos a considerar el caso detenidamente.” Sin embargo, la Asociación no cedía en sus propósitos. Cada uno pagaba la cuota mensual y el viejo Pyon donaba una cantidad considerable cada mes y con ese fondo celebraban la reunión con el infaltable agasajo: licor fabricado en casa, caldo de carne y animación musical con tambor a cargo de la viuda del N° 193, la mamá de Misun que cantaba, recitaba, tomaba licor y brindaba la música.

Llegó la primavera y las reuniones ya no se limitaban al barrio, se realizaban en alguna montaña, valle o río y la viuda del N° 193 era un miembro infaltable. Por eso, cuando se propagó la noticia de que el viejo Pyon y la viuda convivían, la gente del barrio no se sorprendió mucho. Circularon los chismes de que el viejo era el que perdía porque era adinerado, intelectual y no le faltaba nada; mientras la viuda del N° 193 era una mujer de la clase social baja. No se sabe si la viuda llegaría a enterarse de esos chismes. En fin, ella estaba feliz de la vida. Luego nació una Asociación de Señoras, cuyos miembros tenían más de cuarenta

años y en sus reuniones cantaban, bailaban y tomaban licor. La Sra. Ku, la esposa del viejo Na, o sea, la madrastra de Chongyol, también pertenecía a ese grupo. En esa asociación de mujeres, diferente de la de ancianos, no había presidenta ni secretaria. La gente ya no chismorreaba sobre la convivencia del viejo Pyon y la viuda del N° 193. Consideraban muy natural que los dos ancianos trataran de olvidarse de la soledad. Mientras tanto, el negocio de préstamos del viejo Pyon prosperaba. El viejo sabía poner las cosas en su sitio: no confundía la vida privada con el negocio. Por su lado, la viuda del N° 193 seguía con su taberna y era la jefa del pandero. Para los dos, el barrio Oechondong era un paraíso.

Oechondong creció bastante, ya llegaba una línea de bus, en la luna delantera estaba escrito el nombre de Oechondong, lo que indicaba que éste ya figuraba como un barrio de la metrópoli. Además, ya se había inaugurado el puente, elemento primordial para el desarrollo del barrio. Con la llegada de la electricidad en las humildes habitaciones resplandecían los focos eléctricos; instalaron altoparlantes; pagando por la instalación domiciliar y con la cuota mensual se podía sintonizar doce emisoras de radio. Ya funcionaban tres farmacias, dos carnicerías, una sastrería, dos peluquerías y tres salones de belleza. Los habitantes también aumentaron. La ciudad permitió vivir en la parte alta de la montaña a los que habían perdido sus casas por el incendio del barrio Pydong. Los nuevos vecinos levantaron sus toldos allí. Las montañas, erguidas a espaldas del barrio, estaban en fila de este a oeste y tenían en el medio la montaña Tebongsan. Las montañas, aunque sembradas de toldos, no perdían su identidad, seguían siendo montañas. Allí cantaban los cuclillos y crecían los pinos y álamos llenando el barrio con sus fragancias naturales. En el arroyo que descendía desde la cumbre de la montaña siempre se escuchaba el chapaleo de las mujeres que lavaban la ropa. Según los ancianos, Oechondong era un lugar ideal para vivir por sus condiciones naturales. Además, como estaba dentro de la ciudad de Seúl, las casas se convertirían en villas. (Decían que había un multimillonario que quería construir allí su mansión.) Y no podía faltar la presencia de dos iglesias protestantes. Aunque algunos volvieron de ellas muy desilusionados porque no les dieron ningún regalo; los niños y los estudiantes andaban cantando himnos religiosos y el joven predicador de lentes visitaba casa por casa hablando de su Jesús y nunca se olvidaba de visitar a los enfermos para rezar. Por último, (lo más importante para el desarrollo del barrio) Oechondong pudo contar con una comisaría. Es que siempre había robos

y una vez fue asesinada una persona y eso fue publicado en todos los periódicos importantes. Por tanto, la comisaría era muy necesaria y valiosa.

Un día el policia Chong llegó al barrio con un cuaderno de pasta gruesa. Había recibido la denuncia de un robo esa madrugada. El policia Chong llegó a la casa del viejo Pyon y examinó su casa y sus alrededores. Allí estaban presentes el viejo Pyon, la viuda del No 193, el viejo Na, su esposa la Sra. Ku, y Chongae: todos asustados.

– Dígame qué le robaron. – dijo en tono seco el policia después de haber echado un vistazo a las habitaciones.

– Es que, es que, el dinero... – dejó de hablar el viejo y miró a la gente. No quería soltar la cifra y su actitud misteriosa les causó más curiosidad a todos los presentes. – Es que son 37,000 wones... y ...

Los espectadores quedaron boquiabiertos casi al mismo tiempo. No podían imaginarse esa cantidad. Todos, aunque no era su dinero, querían tocar y contar esa cantidad siquiera una vez.

– 37,000 wones. A ver espere.

El policia Chong apuntó en su cuaderno. En ese momento, la viuda del No 193 rompió a llorar sentándose en el suelo y dando golpes en el piso. La mirada de la gente osciló entre ella y el policia. No sabían en quién fijar la vista y ni entendían qué pasaba allí. Como nadie le hacía caso, su llanto crecía cada vez más. Sin embargo, el rostro del viejo Pyon seguía frío. La miraba con tanta frialdad que la gente no podía creer que él fuera su conviviente.

– ¿Está seguro de que los ladrones eran Chongyol y Misun O, verdad? – le preguntó el policia. Su desinterés era notable.

– Sí, si, así es. – le contestó con tono fuerte el viejo Pyon.

– Bien. ¿Dónde está la casa de Chongyol Na?

Entonces el viejo Na se presentó ante el policia con pasos inseguros. Luego la viuda del N° 193 se presentó también, ambos fueron citados a la comisaría.

Más tarde, el policia Chong pudo reconstruir toda la historia. Chongyol Na de 28 años era el sereno, y Misun O la hija de la viuda del N° 193 había vuelto hacía una semana después de su fuga misteriosa con los vendedores ambulantes de medicinas el otoño pasado. El amor entre los dos renació a pesar de la traición de la joven. En la noche habían entrado a la habitación del viejo Pyon, robado el dinero y luego se

habían ido del barrio. Eso era el resumen de la supuesta historia. Al policía Chong le molestaba ese robo porque sabía por experiencia que ese tipo de delito no tenía solución. En sucesos reconstruidos por el policía había algo falso: (aunque eso no afectaba al hecho) la que robó era Misun y no Chongyol.

Misun, enamorada fatalmente del guitarrista, anduvo con ellos como cantante. Como tenía bonita voz y se había ganado la simpatía de la gente, recorrió todo el país, pero al retornar a Seúl, sintió el hastío de la vida errante. Quería casarse y establecerse en algún lugar. Además, su estado físico se había deteriorado. Necesitó mucha valentía para decidir regresar a casa. Pero, en fin, volvió al barrio Oechondong y comprobó que su mamá convivía con el viejo Pyon. La madre la maltrató, le gritó que desapareciera de su presencia y que ya no la consideraba como hija. Misun se sentía decepcionada. Buscó a Chongyol, quería amistar y conversar toda la noche tomando y cantando como antes. Pero Chongyol también estaba muy cambiado. Le dio de bofetadas y le gritó que con qué cara había vuelto de nuevo esa malvada y perdida que se había marchado tras los vendedores ambulantes. Ya no era como antes. Parecía un vago.

Misun decidió abandonar Oechondong para siempre, pero no quería irse con las manos vacías. Decidió robar el dinero del viejo Pyon. Toda la noche había temblado de miedo pero logró robar el dinero y un anillo de oro. Al terminar de hacerlo, le había cogido más miedo.

Esa madrugada, Chongae, que había velado toda la noche, salió a eso de las 5 a.m. y vio a su hermano y a Misun caminar por aquí y por allá y luego cruzar el puente apresuradamente. Chongae no contó nada a nadie. En el fondo, rezaba por la felicidad de ellos, porque eso era lo que también ansiaba. Todavía seguía firme su amor hacia Uido Chong y esperaba el cumplimiento de su promesa. Había recibido tres cartas diciéndole que en el pueblito Odongni, a unos doce Km. desde Choram de Kangwondo, dedicaba su juventud al trabajo del reclamo de la tierra. Ese cuento le sonaba algo falso. Su amiga Okhyon le contó que una vez lo había visto en Chungmuro, calle céntrica de Seúl. Ultimamente ya no le escribía Uido Chong. Chongae estaba casi loca. Todavía no pensaba en la traición de su enamorado, pero le nacía una cierta duda sobre su promesa. Después de que su hermano Chongyol y Misun se escaparon del barrio, Chongae empezó a escribir la carta sin sobre. Tenía que hacer

algo y dirigirse a él para vivir con esperanzas, aunque no enviara la carta.

“Dicen que hoy es Pascua. Como estaba muy aburrida, fui en la noche a la iglesia. Todos rezaban y yo también recé. Pedí a Dios que te cuidara y que te ayudara en lo que haces ahora. Quizás habrías escuchado mi rezo. Mi madrastra sigue molestándome. Se burla de mí comparándome con Chunjyang. Yo simplemente me callo y aguanto. Pero en este momento estoy llorando, y ...”

Era verdad que Chongae aguantaba todo. El viejo Pyon había perdido un dineral por el robo, de repente se convirtió en un ogro y botó a la viuda de N° 193 como si fuera una basura que ya no le servía. La viuda del N° 193, desesperada por su futuro incierto, insultaba al papá de Chongae.

– Oye, viejo, tu maldito hijo sedujo a mi única hija. El fue el que robó dinero a mi esposo. Devuélveme a mi hija, al esposo y el dinero, viejo malvado.

Así fastidiaba al viejo Na atreviéndose a llamar esposo al viejo Pyon. Entonces el viejo Na, que ya tampoco se llevaba bien con el viejo Pyon, regañaba a su hija. El viejo Pyon ya no lo invitaba a beber. Entonces, la madrastra con gusto se unía a su esposo en el regañamiento a Chongae. A ella no le quedaba otra cosa que soportar toda la humillación porque sabía muy bien que no ingresaba ningún dinero en su familia al no estar su hermano.

Vivían de mal en peor y Chongae a veces pensaba hasta en el suicidio. En esos momentos de crisis, el único escape era dirigirse a su enamorado.

“El cielo está claro. Tan claro que me hace entristecer y por eso es que he llorado. Pero gracias a esas lágrimas ahora estoy más aliviada. Quizás mi corazón es como esa claridad del cielo. Desde ahora, cuando veo el cielo claro pensaré que éste es el regalo que me haces para que yo viva con más ánimo. Pero, fíjate, de repente este cielo claro se puso gris y en este momento está lloviendo. Eso, ¿qué significa?...”

Al día siguiente, todo lo que había escrito lo tenía su madrastra. Chongae lo había escondido bien; sin embargo, durante su ausencia, aquella lo había encontrado. La madrastra le echó una mirada terrible como si fuera un policía secreto y después de reírse como loca empezó a golpearla sin razón delante de su hermanastro Chongsu.

– Oye, malagradecida, ¿qué cosa escribiste?

Su madrastra no la pegaba por el contenido de la carta. No, aunque hubiera querido hacerlo, no habría podido, porque era analfabeta. La golpeaba sólo por la suposición de que era un infamia contra ella.

En fin, todo el cuerpo de Chongae se llenó de cardenales. Cuando las vecinas intervinieron diciendo que le pegaba demasiado, le pegó más. Además, como la intervención no era para defenderla realmente, sino un simple comentario, la golpeo aún más. Esos golpes eran por su enamorado Uido Chong, por la fuga de su hermano Chongyol y por la intervención de otras mujeres. Chongae quedó insensibilizada. Creyó haber muerto; y, así, se sintió más tranquila. E imaginándose con vida en otro mundo se reía, lloraba, gritaba y hasta experimentaba éxtasis. Pero cuando abrió los ojos, encontró la luz solar del pleno día y de este mundo. Vio a su papá, a la madrastra y al viejo Pyon. Chongae cerró los ojos de nuevo. Le penetró la tristeza al darse cuenta de que no se había muerto. Los ojos se le llenaron de lágrimas, cuando sintió que alguien le tocaba la frente.

– Está bien. No se enfermó. Después de comer algo, mejorará. – comentó el viejo Pyon.

El viejo Pyon le tocaba la frente y con pretexto de examinar su estado de salud no apartó la mano, quizás estaba feliz tocando la frente de una joven. Chongae se puso más triste.

¿Como? ¿Ninguna enfermedad? ¿Cómo puede comentar así ese viejo taño? ¿Cómo puede decir que no estoy mal? Yo estuve en el infierno de otro mundo.

Chongae decidió no llorar más. Mostrar sus lágrimas a un viejo sin corazón era mostrar su cuerpo desnudo. Enjugó sus lágrimas, apartó la mano del viejo Pyon y se sentó. Era verdad, no estaba enferma; un milagro, porque se sentía más aliviada. En ese momento, recordó que casi había estado muerta pero que había resucitado muy sana. Toda esa situación interminable había cambiado en un instante. No podía creer que todo eso sucedió en tan corto tiempo. Sin embargo, era verdad. Sintió que las tinieblas de su mente desaparecían totalmente. Sintió que había renacido. Observó los rostros atontados en su contorno. Uno de ellos era su papá que ahora se reía:

– Chongae, – la llamó su papá cariñosamente.

– Sí, papá, – le contestó como si nada hubiera ocurrido, lo cual le sorprendió a ella misma.

Ante su respuesta, su papá, la madrastra y el viejo Pyon perdieron el habla. Chongae los miró fijamente y entendió en el acto que algo habían tramado.

– Es que... – su papá tartamudeó.

– Di, papá.

– No debes exigir a un mayor que hable rápido – intervino el viejo Pyon.

– Oye, ¿vas a hablar de eso o de la carta? – arrinconó a su papá la madrastra.

– ¿Carta? ¿Me mandó la carta el Sr. Uido Chong? ¿Eso es? ¿Llegó la carta?

– Mira, no es esto. No se trata de eso – le contestó rápido la madrastra.

– No mienta. Déme la carta. A ver, por favor. – Chongae se la pidió sin recelo. El viejo Na, resignado, le entregó un sobre amarillo. Era verdad, Chongae, con los ojos llenos de lágrimas, vio el sobre en que estaba escrito su nombre “Chongae Na”.

Chongae, ¿cómo estás? ¿Están bien tus papás? Yo, como un buen joven coreano, hago de todo. Fíjate, ayer me encontré con tu hermano Chongyol y Misun, la hija de la viuda del N° 193. Tu hermano me trató con mucha amabilidad y me habló de ti. Sé que estás sufriendo pero, como sabes, la vida está llena de espinas. Resiste un poco más. Esta vez necesitan empleados en el cine Seúl y pienso presentar mi solicitud. Creo que hay mucha posibilidad, y si consigo el trabajo, podré ir a sacarte de allí. Por tanto, no pienses en otra cosa y espérame. Hay mucho más que contarte pero hoy me despediré aquí. Mi vida y mi alma, mi Chongae, Adiós.

– Papá, mamá, iré a verlo. Iré – dijo Chongae al terminar de leerla y dejó la carta en el suelo.

– ¿Qué? Oye, ¿no sabes qué significa esta carta? Ese mal hombre ya te abandonó. Tú todavía eres una niña, ¿no? No sabes nada de la vida – dijo enfurecida la madrastra.

– No diga eso. Yo lo amo.

– ¿Qué dices? ¿Dices que lo amas? – dijo alzando la voz la madrastra. Sus labios estaban torcidos.

– ¡Qué dicha que tienes una hija muy inteligente!. Te felicito – se burló la madrastra mirando a su esposo.

– Ud., déme mi carta no más. Devuélvame la carta. Es mía – le gritó Chongae.

Otra vez el ambiente de la habitación se enfrió. Esta vez Chongae era diferente: ya no era una sumisa. Estaba más segura y no temía a sus papás. El viejo Na no sabía qué hacer.

– Oye, Chongae, – la llamó el viejo Pyon.

– Sí, señor.

– No debes desobedecer a los mayores. Mira, vine aquí para consultarte algo – dijo el viejo con aire autoritario.

Entonces, todos se callaron. El viejo Pyon sacó cigarros del bolsillo del pantalón y le ofreció uno al viejo Na. Los dos fumaron sin hablar. La Sra. Ku guardaba silencio. Ya no tenía esa valentía de gritarle a su hijastra. Chongae, de nuevo, leyó la carta de Uido Chong, luego se quedó pensativa. El pleito de hace poco ya no le significaba nada. Las moscas daban vueltas en el aire, una perseguía a la otra y esta se escapaba, sus rondas seguían en el pequeño espacio de la habitación. El problema sería cómo localizar a Uido Chong. Pero aunque lo localizara, no estaba segura si la aceptaría con gusto o no. Pero tampoco podía quedarse en casa esperándolo. Miró a sus padres envejecidos. Se compadeció ante esa vejez. Suspiró.

– Chongae, – la llamó el viejo Pyon al notar que ella suspiraba.

– Sí, señor,

– Eres buena. De verdad no tienes la culpa de la pobreza.

Además, no tienes por qué sufrir tanto. – dijo el viejo Pyon echando un vistazo al viejo Na.

– No diga eso, señor. Son cosas de la vida.

– Claro, claro, dices bien. Es que, por eso, te digo...

– ¿Qué? – alzó la cabeza porque por su mente le pasó como relámpago una duda.

– Oye, oye, no voy a proponerte algo malo. No me mires así.

Ja, ja, ja, ... – se rió el viejo Pyon. El viejo Na aprobó ese argumento.

– ¡Qué chica tan cerrada! ¿Por qué estás tan a la defensiva? – se enojó la Sra. Ku.

Chongae cambió de postura. Pero todavía en su interior estaba a la defensiva.

– Sabes que mi hijo trabaja de minero en Europa, ¿verdad? – al mencionar a su hijo, el viejo tomó cierto aire. Y sin esperar un “sí señor” de respuesta, empezó a hablar mil maravillas de su hijo.

Habían vivido muy pobres y su hijo creció desnutrido. Sin embar-

go, ahora, ya mayor, nunca se olvidaba de su pobre padre. Y ese hijo juicioso le había enviado dinero ayer y junto al dinero una carta. La razón de la visita del viejo tenía que ver con el contenido de la carta. El viejo leyó la carta como si recitara un poema. La carta empezó con “Mi respetado y querido papá:”. Decía: Su vida de minero sigue igual, ya tiene algo ahorrado, y supo que había una forma de obtener más dinero. Es que a los casados les pagaban el subsidio familiar que era de un monto bastante considerable. Y él también quería gozar de ese monto.

– ¿Entiendes? Como lo sabes, mi hijo es soltero. No te exijo que te cases con él de verdad. Seguro que querrás casarte con ese señorito Chong.

– la miró un momento y siguió. – El asunto es muy sencillo. Ir a la Oficina zonal e inscribir el matrimonio con mi hijo. Eso es todo.

– ¿Qué dice Ud.?

– ¿No comprendes? Es que a los casados les pagan más por el subsidio familiar. Por eso si te casas con mi hijo nominalmente...

– Entonces, yo, ¿cómo quedo? – Chongae le interrumpió.

– ¿Cómo quedas? Como ahora, igual. Nada te sucede. Nada cambia. Más bien, por agradecimiento, te pasamos cada mes la mitad de ese subsidio familiar.

– Sí, pues, la mitad no más es 4,000 wones. – intervino la madrastra y, cuando mencionó la cifra, sus ojos le brillaron y una exclamación se le salió de los labios.

– Luego, ¿qué me sucede? – le preguntó Chongae. En realidad ella no podía comprender. No, mejor dicho, sí comprendía, pero no sabía qué desventajas o daños le traería.

– No pasa nada. Como es un matrimonio realizado sólo formalmente tú, en realidad, seguirás siendo soltera.

– ¿Y, eso qué quiere decir, señor?

– ¡Qué niña tan atrevida! – se puso rojo el viejo Pyon.

En ese momento, Chongae sintió que los nubarrones negros opacaban el cielo claro y venían hacia ella. Tembló.

– No, no quiero. – le contestó recordando a su Uido Chong. Se imaginó casándose con él.

– ¿Por qué no?

– Déjala. Aunque diga que no, tendrá que aceptar su oferta. ‘Cada loco con su tema’, así dice el refrán, y esta loca está con su tema de Chunjyang; como la comparaban con Chunjyang, de verdad cree que es una Chunjyang. – dijo en tono burlesco la Sra. Ku.

Chongae no dijo nada. Pero en su interior seguía pensando: presentar el documento de inscripción matrimonial indicaba un matrimonio con el hijo del viejo Pyon aunque no se hubiera casado en realidad. Y eso significaba que no se podía casar con su Uido Chong, por tanto, era imposible aceptar la propuesta. Ella sabía qué era el adulterio y cuándo se aplicaba esa palabra en la sociedad coreana. Pensó en la forma de negarse rotundamente. No, no había ninguna. Se desesperó. Era muy raro que no le salieron las lágrimas.

– ¿Quieres ver la foto de mi hijo? – le preguntó el viejo Pyon, que ni prestaba atención a su rechazo.

– ¿Cómo se llama su hijo? –le preguntó el viejo Na.

– Verdad, qué loco soy, ni les dije su nombre. – se rió el viejo Pyon.

Chongae ya no pudo aguantar. Salió corriendo de la casa. No porque no quería ver la foto o saber el nombre, sino porque se le vino una idea: cortarse el pelo, venderlo y con ese dinero persuadir a sus papás.

Afuera se hallaban una señoras. Conversaban algo al lado del pozo. Estaban la viuda del N° 193, la esposa del tuberculoso, y la mamá de Yonggon. Conversaban enérgicamente. A lo mejor, estarían hablando de la harina de trigo que la Oficina del Barrio les repartía gratis a los pobres. Como el día anterior un alto funcionario había visitado el barrio y, antes de su llegada la gente había hecho la limpieza de la calle, la Oficina del Barrio había prometido darles un saco de harina a cada uno de los que habían prestado ese servicio. Quizás estarían discutiendo qué hacer con la harina y acordarían hacer fideos. Sólo se preocupaban por la comida. Chongae avanzó hacia la mamá de Yonggon.

– ¿Decidiste cortarte el pelo? – le preguntó la mamá de Yonggon.

– Si, señora. Y, ¿cómo está su hijo? – le preguntó por Yonggon.

Las dos mujeres se dirigieron a la casa de la mamá de Yonggon.

– No me preguntes por ese chico. No te imaginas cuántos dolores de cabeza me causa ese malcriado. Pero, oye, ¿qué pasó? ¿Por qué decidiste cortarte el pelo? Cuéntame.

– Nada. ¿Acaso cortándose el pelo, una se muere? Es que necesito dinero. Además, a mí no me importa tener el pelo largo o corto. – suspiró Chongae, pensando en su Uido Chong y al mismo tiempo en el hijo menor del viejo Pyon.

– Bien pensado. Desde ahora ya eres mayor. Antes podías ser mayor haciéndote el moño con el pelo largo; pero ahora, con el pelo corto, serás adulta.

– Tiene razón, señora.

Chongae se rió. Le pareció una tontería su actitud de antes de no querer cortarse el pelo. La mamá de Yonggon trajo las tijeras y una bandeja. Cuando vio las tijeras, Chongae tembló. De repente, ya no quería cortarse el pelo. Pero por temor a la burla, no se atrevió a decirle que no. Suspiró. La mamá de Yonggon dejó a un lado las tijeras y fumó un cigarro. A Chongae las tijeras le parecían armas que, dentro de un momento, abrirlán la boca para cortarle su cuerpo quizás en forma de X. Tembló de nuevo.

En ese momento se le acercaron las armas y Chongae cerró los ojos. Parecía que estaba sobre una cama de operación. Las tijeras no le hicieron nada malo a la cabeza tal como se había imaginado ella. No le lastimaron nada. Pero después de un rato sintió que algo muy importante se le había ido. No podía precisar qué era lo perdido. Sintió que alguien le quitaba sus ropas una a una. Estaba triste y melancólica. En ese momento vio en la bandeja el pelo negro y brillante como perla negra que hacía un momento era parte de su cuerpo. La mamá de Yonggon se rió y le entregó el dinero. Chongae salió corriendo avergonzada, fue al baño. Después de unos momentos, recién pudo concentrarse. En la pared de madera podrida del baño estaba escrito:

LA COSITA DE CHINYONG ES DE MALBANG'UL

Le dio risa. Lo que decía allí le pareció muy ingenuo y le causó gracia; luego se sintió avergonzada al imaginarse el contenido. Miró afuera por el hueco entre una madera y otra. Se quedó buen rato en el baño. Recordó que su pelo se le había escapado y no tenía la valentía de salir con ese pelo corto. Le pareció que el mundo de afuera estaba a favor del hombre que trabajaba en Europa. En ese momento, un grupo de gente que bajó del bus venía hacia el barrio. Alguien dijo:

– ¿No te parece que Nechondong es mejor que este barrio?

– Sí, tienes razón. Parece mucho mejor. – contestó la mujer.

Andaban buscando una casa, desaparecieron; y entonces apareció Uido Chong.

EN EL ATARDECER

CHONGSON YUN

- Hace buen sol, ¿verdad?
- Sí, y está abrigado.
- Mira esos pájaros. Canta que te canta felices.
- Cantan la felicidad de este anciano y esta anciana.
- ¿Crees que piensan en nosotros? Absortos en sus cantos, ni nos verán.
- ¿Como nuestros hijos?
- ... Cada uno lleva su propia vida.
- Quizás,...
- Mi última nuera está embarazada por primera vez.
- Te felicito. ¿Cuándo le toca?
- En otoño.
- Entonces en otoño estarás muy ocupada.
- ... No es la primera vez. Ya tengo dos nietos.
- Pero siempre vives sola.
- Mi hijo decidió casarse con la condición de que viviera conmigo. Pero le dije que no.
- ¿Por qué?
- No quería ser una carga.
- Pero sufrirás por la soledad.
- Es lo mismo. Yo ya estoy vieja, ni puedo ser útil a mis hijos. Sentirme sola al lado de ellos me pareció peor. Además, tengo trabajo. Estoy contenta de mi situación.
- Aun así, a veces tendrás miedo, ¿no?
- Claro... algunas veces ... pienso que yo..., no, mi cuerpo necesitará una mano ajena..., es terrible. Eso... es un temor insoportable.

- ...
- Tú también vives solo, ¿no?
- Una época viví con mi hijo mayor, pero es difícil para un viudo vivir con la familia del hijo. Además... extrañaba mi pueblo.
- Creía que ya no volverías al terruño.
- Como quien dice, se me despertaron las ganas de ser enterrada en mi tierra. La muerte es un regreso al lugar de origen.
- Como esos peces que regresan al agua donde nacieron.
- Así es.
- Echarás de menos a los nietos.
- Ni hablar. Ellos son muy cariñosos. El hijo de mi hijo mayor es un muchacho muy prudente y de mucho talento para todo. Me dibujó y el dibujo era idéntico. Dicen que es un líder en su escuela. Mi segundo hijo tiene una hija. Es muy viva. Cuando encienden el televisor, ya sabe qué propagandas salen y repite todo. "Abelito" por aquí y "abelito" por allá, y me sigue por todas partes. Es muy linda. Me mandaron la foto hace poco. La niña ya ha crecido mucho. ...Mi cuento es muy aburrido, ¿verdad?
- No te preocupes, antes el tema de mis amigas era las nueras y nietos, y se jactaban de ellos. Pero ahora ya viejas, cuentan de los maltratos de sus hijos y algunas veces se lamentan de que en vano sacrificaron sus vidas por ellos.
- Claro, uno se siente traicionado a veces. Pero la culpa la tiene uno mismo. Es que se hace siempre algo esperando recompensa. Es egoísmo y algo también de terquedad.
- Si uno se liberara de esos sentimientos, ya no sería un ser humano.
- Tienes razón.
- No quiero obstaculizar la vida de mis hijos; y como sé que puedo darles pena si les expresara mi soledad, sufro más todavía.
- Los hijos, según como habla, desean que sus padres vivan tranquilos sin crearles problemas y desaparezcan silenciosos. Un amigo mío, que es viudo, les dijo a sus hijos que quería casarse de nuevo y ¡qué escándalo! Se arrepintió de haberlo dicho.
- ¿Por qué?
- Sus hijos lo calificaron de sinvergüenza.
- Hace unos días salió en el periódico la noticia de que un anciano de setenta años había acuchillado a otro de sesenta y ocho años.
- La leí también. Decía que le había quitado a su amiga de quien estaba enamorado.

- El periodista comentaba que era un melodrama ridículo de los viejos ... y ... ¿qué más decía? ... ¡Ajá! Que estaban locos.
- Sí, el tono era totalmente burlesco.
- Sí, como si se tratara de monos.
- Travesuras de monos enjaulados.
- Hace mucho tiempo que sucedió en Suecia o Noruega, en fin, en un país escandinavo. No me acuerdo bien. Hicieron una propaganda con una escena de amor de una pareja de setenta años. Creo que era la propaganda de algún seguro o sistema de seguridad social, y su objetivo era demostrar que a esa edad también se puede vivir gozando del amor carnal, algo así... Pero, ¡qué escándalo!
- ¿Por qué?
- Decían que era horrible. Que la pornografía sólo se podía hacer con cuerpos juveniles.
- ¡Caramba!
- En aquel entonces yo era joven; sin embargo, no me gustó la manera de pensar de esa gente. Hasta me dolió el corazón pensando en el sufrimiento del pobre matrimonio por la crítica que calificaba la escena negativamente como un ejemplo de fealdad. Pero ellos habrían estado felices y orgullosos de demostrar de que a esa edad no sólo podían amarse platónicamente sino también hacer el amor.
- Sí, pues...
- Es que la gente... ¿Tan cruel será la vida?
- ¿Por qué todo lo que está cerca de la muerte se ve feo? ¿No te parece raro?
- ¿No será porque el inmenso universo lleno de vida quiere instintivamente permanecer activo para siempre?
- Quizás. Para un gavilán que se alimenta de carne podrida el cadáver es el alimento más apreciado.
- Para una semilla, las hojas podridas son su mejor abrigo.
- Sin embargo, el ser humano es el único que suspira y se desilusiona al ver marchitarse las flores, caer las hojas, llegar el invierno,...
- El hombre habría vivido más feliz si no hubiera tenido el poder de la analogía.
- No se sentiría triste antes de que ocurriera algo trágico.
- Tampoco tendría el sentimiento sádico.
- Pero tú no estás tan marchito.
- Más bien, yo me sorprendo de ti. Como siempre eras enfermiza, pensaba que la muerte estaba detrás de ti.

- También lo creí así. Algunas veces, no tenía fuerzas ni para levantarme. Pensaba que le llegaría, de un momento a otro, el heraldo de la Muerte.
- Sin embargo, estamos otra vez en la nueva primavera.
- Ya en la vejez...
- Pero para un viejo, no lo estás.
- Mi rostro está lleno de arrugas como las del E.T.
- ¿E.T.?
- Sí, extraterrestre...
- ¡Ajá! ¡Dios mío! ¡Cómo te comparas con E.T. delante de mí! Falta de respeto ante una oruga.
- Fíjate, esa palabra oruga. A veces pienso que soy una oruga.
- Entonces, algún día volarás.
- Quisiera volar.
- ...
- ¿Por qué me miras así?
- Tú...eres bella como esta primavera.
- ¿Como la primavera? ¿No será como el otoño?
- No, ni como el otoño ni como el invierno. Eres como la primavera.
- ¿Primavera? ¿Cuando todas las flores se enamoran alocadamente?
- Exacto.
- No tienes buena vista.
- Bueno, me falla la vista. Pero eres bonita para mí. Eso es suficiente.
- Es que tú tienes un corazón bello.
- Da lo mismo.
- No necesitas consolarme.
- ¿No te acuerdas de que Sartre dijo a Beauvoir que había sido bonita y seguía siendo bonita?
- Dicen que en los últimos días de Sartre, Beauvoir acariciaba el rostro, endurecido como piel de lagartija, de su enamorado y cuyos ojos estaban saltones como los ojos de un sapo. Ahora los dos se pudren juntos en la tumba.
- ¿Has oído la voz de Sartre?
- ¿Cómo puedo oírla si está muerto?
- Hay un disco. Hace tiempo la escuché una vez en la casa de un amigo que había vuelto de París. ¡Qué voz! Era muy aguda y fría...
- ¿Sí?
- Sí, la voz gris de un charlatán.
- Interesante. El hombre está muerto... pero cada vez que entra la electricidad la voz revive con su tono característico...

– Parece que ese hombre no era jovial, pero vivió gracias a la fuerza del amor tal como lo había declarado. Lo leí en una revista hace tiempo, y en aquel entonces, como era joven, lo juzgué como inmaduro, pero no. Dijo la verdad.

– Sea verdad o para consolarme, me gusta oírte eso mucho más que las galanterías que me dirijiste en nuestra juventud. ... Eso significa que estoy muy débil ahora, y necesito tener confianza en mí misma.

– Creo que el amor existe entre los débiles. Para los imperfectos o los mortales el amor es algo primordial. ... Un ser vivo frente a la muerte, ¿qué más puede desear fuera del amor? –Es el único medio para prolongarse a sí mismo.

– Por esta razón, los que están cerca de la muerte son los que saben amarse verdaderamente. En este sentido la vejez es una gracia.

– Sin embargo, la vejez es un pecado. La gente se vuelve más fea, más débil, más... Yo creo que nadie ni nada debe ser condenado así. Y todos nosotros nos volvemos viejos, feos, débiles, enfermos,... Los viejos somos delincuentes alicaídos,... pobres basuras... de la vida.

– No seas sarcástica. Hay un poema que dice que la vejez del cuerpo es una sabiduría. Lo bello y lo feo no se refieren sólo al aspecto externo. No está bien ser sarcástico ni burlón. La desesperación es un delito.

– Pero, ¿sabes una cosa? Detrás del amor verdadero a veces está escondida la desesperación. ¿Entiendes?

– Sí, sé. De joven quizás no lo habría entendido.

– Una vez por pura casualidad conocí a un homosexual. Es que tenía una amiga que estudiaba Psicología. Ese, no, más bien ésa, porque ya se había sometido a la operación de cambio de sexo, dijo que su amor era verdadero. Porque era un amor en cuya espalda hay un precipicio llamado desesperación. Por esta razón, él o ella amaba con todo el corazón y todo el alma. Que sentía la satisfacción mental y que, viendo al amado, se satisfacía, sentía el orgasmo mental.

– Como viven aislados de otros seres normales y corrientes, su amor quizás sea más profundo.

– Su profundidad provoca la burla de la gente.

– En este sentido, los enamorados viejos son como los amantes homosexuales.

– Como espacios vacíos... vasijas vacías...

– Pero, cuando te veo, me siento lleno.

– Tu apariencia vieja es el espejo de mi apariencia. Pero... ¡qué misterio!... siempre eres joven para mí. Es que tus recuerdos que viven en mi mente hechizaron mi reloj...

- ¿Qué tal si rejuveneces como yo de tus recuerdos?
- ¿Como esos chicos?
- ¿Cuáles?
- Esos que están bien abrazados y conversa que te conversa...
- Quizás más jóvenes que ellos.
- Para ellos, nosotros...
- Ni se fijarán en nosotros. Para ellos no valemos ni como las piedrecitas o la pradera.
- Seguro. Como son jóvenes, no ven nada. Ni a ellos mismos.
- Voltaire dijo: "si la juventud supiera... si la vejez pudiera..."
- Pasar los días de la juventud sin saber y llegar a la vejez sin poder hacer algo... ¿Cómo puedo aceptar todo eso tranquilamente? Alguien dijo que la vejez era un naufragio. Ese hombre de verdad estaba como un naufrago.
- ¡Naufragio!
- Sí.
- Entonces, ¿esto podrá ser el salvavidas?
- ¿Qué?
- Mira esto. Al venir aquí un hombre me lo dio en el camino.
- "Alégrese los que creen porque ha llegado la hora..."
- Tienes buena vista.
- Las letras son muy grandes. "Recuerden el arca de Noé"...
- Sea lo que sea, los que creen son felices.
- Pero, ¿habrá alguien que lo lea y crea en el acto?
- La muerte es un hecho en que jamás podemos creer. Los hombres que creen en la muerte son los seres que creen en 'una cosa imposible de creer'. Por tanto, ¿qué no podrán creer?
- Tienes razón. El deseo de querer creer en la otra vida existe en todos, en cualquier cultura. Sin embargo, todo lo que vemos en este mundo nos enseña que todos debemos perecer. Problema serio que a todos nos causa alguna enfermedad mental.
- ¿Cómo podemos aceptar nuestra desaparición? ¿Cómo podemos creer que vamos a desaparecer de un momento a otro y para siempre, siendo seres a quienes un pinchazo de aguja nos produce dolor; que pensamos, nos entristecemos, nos alegramos? ¿Cómo podemos creer que no somos un ente concreto sino un ente falso?
- Fíjate, por esta razón, los museos del mundo están llenos de objetos. Piensa en los objetos que dejaron los egipcios. Ellos consideraron esta vida como una morada preparatoria para la otra vida. Vivieron en este mundo preparándose para el otro mundo.

- Los hindúes y los tibetanos viven así hasta ahora.
- Quisiera creer en la reencarnación... Pero, ¿adónde no llegará la mirada de la muerte?
- Los hombres morimos demasiado pronto.
- Sin embargo, hay mosquitos que viven un día. Comparándonos con ellos, vivimos bastante.
- Mas, pensando en la inteligencia de los seres humanos, nuestro ciclo es muy corto. ¿Sabes que el hombre sólo gasta una pequeña parte de las células cerebrales hasta su muerte? Einstein gastó apenas 15%.
- Pero por haber servido al desarrollo científico, su cerebro ni siquiera se pudre en paz. La gente lo saca para pesar, corta una partecita del cerebro para hincar, para pintar,... ¿qué sé yo?
- Si el alma está encerrada en el cerebro, su alma sería un eterno prisionero del laboratorio.
- Tema de alguna novela de ciencia ficción. Enterrado nuestro cuerpo, éste se convierte poco a poco en polvo. ¿Cómo será?
- Nosotros, los seres humanos podemos experimentar una sola posibilidad entre tantas.
- ¿Por qué sólo una posibilidad?
- Es que, ...yo podría ser compositora, pintora, científica, médica, diplomática, monja... o prostituta...
- El último ejemplo no me suena bonito.
- Una prostituta es tan sana como los hombres que frecuentan los burdeles.
- Bueno, como día a día la sociedad moderna pide cada vez más la especialización en sus trabajos, los de hoy, en cierto sentido, vivimos una vida dividida y no una vida entera como vivieron nuestros antepasados. Nuestra vida también se especializa o se parcializa... Lao Tse tenía toda la razón.
- He pensado desde la adolescencia que los hombres por lo menos debemos vivir trescientos años aunque no seamos seres divinos.
- ¡Qué deseo! Ni siquiera un siglo.
- Sé que mi deseo es exagerado. Algunas veces, cuando veo en la mesa un plato de huevera de pescado, pienso que soy una asesina de tantas vidas.
- La muerte, ahora o más tarde, es igual. Si uno muere pronto, se disminuyen las oportunidades de experimentar más sufrimientos.
- Mira, la tortuga marina grande para poner huevos va al arrenal con gran esfuerzo. Cuando se descascaran es cuando las pequeñas tortuguitas

se enfrentan a la muerte. Esas tortuguitas caminan hacia el mar, hacia la vida, y es en esa caminata donde la muerte las espera. Las aves marinas esperan ese día con ansiedad, las atacan a picotazos. El cielo se oscurece por la presencia de tantos pájaros.

– La desesperación de las tortuguitas es fiesta y carnaval para las aves marinas. Esa terrible escena de la televisión la vi cuando era niña.

– Y, ¿cómo pudiste sobrevivir hasta ahora con ese horror?

– ¡Eso! Es un milagro.

– Fíjate, somos privilegiados de la naturaleza.

– ¿Cómo? ¿Acaso la vejez es también un privilegio?

– Alguien, cuando dije que por qué los hombres envejecemos al acercarnos a la muerte, me respondió que si no envejeciéramos no podríamos morir de cólera. Nuestra vida es una mesa de la suerte. Comemos lo que nos dispone el destino. No nos queda otra alternativa.

– La mesa que ofrece el destino...

– ¿Te acuerdas qué comimos el primer día de nuestro encuentro?

– Fideo tsachang.

– Correcto.

– En ese restaurantucho... ni siquiera me consultaste...

– Tampoco había variedad de platos. Había sólo fideos de mala muerte. Sin embargo, ése fue el mejor plato.

– Tú sí comiste con ganas; yo, para no ensuciarme la boca, ni pude comer bien. Me cuidé para no tener vergüenza.

– ¿Ya estabas enamorada de mí?

– ¿Qué dices?

– Entonces, ¿por qué te cuidabas tanto ante un hombre que ni sabía llevar a una dama a un restaurante elegante y preguntar qué deseaba comer?

– Es que estaba enojada.

– ¿Por qué? ¿Acaso no te invité algo rico?

– ... ¡Dios mío!...

– ¡Caramba! ¿Estás enfadada de verdad?

– Conque a ti no te importé, ¿no?

– ¿Cómo? En ese momento no sabía cómo tratar a una dama. Verdad, no sabía cómo acercarme a ti y conversar. Estaba casi enfermo y ese día me acerqué a ti pensando: 'vida o muerte'. Y en el mismo momento me di cuenta de que no tenía dinero en el bolsillo.

– ¿Verdad?

– Sí, ésta, caramba, sabiendo todo...

- Pero me gusta oírlo de nuevo.
- Luego fuimos al café Zaratustra.
- Verdad, dicen que se murió ese profesor.
- ¿Cuál?
- Ese que nos dictó el curso de Filosofía y que hablando de Nietzsche se enfadó y lo maldijo: "ese Nietzsche que profanó a Dios, hijo de Satanás, ese malvado se murió de sífilis".
- ¡Ah! Ese profesor de Filosofía.
- No era buen filósofo.
- ¿No se habría muerto de sífilis?
- ¡Qué malo que eres!
- Si no, del sida. El profesor de filosofía y el sida. Hacen buen juego.
- Lo curioso es que los intelectuales más eminentes de todas las épocas se mueren de la enfermedad más terrible de cada época. ¿Será porque son demasiado orgullosos ante Dios?
- Pero tampoco sirve ser muy humilde. Mira el caso de Job. Enfermó de lepra.
- Pero se curó.
- Después de la lepra, la peste... Hubo una época en que todos los intelectuales se morían de tuberculosis.
- La sífilis era la verdadera 'Flor del Mal' de Baudelaire.
- Ahora el sida la reemplazó. Ya no se mueren de sífilis.
- ¿Michel Foucault no tendrá el sida?
- ¿Quién? ... ¡Dios mío! Es un ataque a su honor.
- ... Es que le cuadra la combinación. Dicen que Rilke se murió por un pinchazo con la espina de una rosa, pero en realidad lo mató el tétanos. El mal escogió al hombre, no el hombre al mal.
- Lepra, sífilis, sida... son las maldiciones sagradas que se destinan a la humanidad. Estos males ya son partes de la existencia humana.
- ¿Has oído de una mujer que se inyectó la sangre sidosa de su enamorado para acabar la vida juntos?
- Suicidio de los enamorados.
- Suicidio acompañado.
- Y, ¿qué sabes de ellos?
- Se supone que se habrían muerto ya. Pero su muerte no habría sido rápida, sino en un lapso largo. ¿Qué habría pasado en ese tiempo?
- ... Yo creía que después de la alborada del siglo XX ya no habría gente que muriera de amor.
- ¡Qué va! ¿Sabes qué dijo Schopenhauer, el apologista del suicidio, al morir?

- No sé.
- “No, no debo morir. Todavía tengo mucho que hacer”.
- Muy contradictorio.
- Muy irónico.
- ¿Qué piensas de las religiones que generalmente consideran el suicidio como un pecado?
- Las religiones detestan a los hombres que no agachan la cabeza. Por su óptica, es natural que juzguen a los que se suicidan como seres soberbios y malévolos. Es como un actor que antes de terminar su papel trágico, se sale en plena actuación porque no le gusta el papel. Es el último baluarte del orgullo que los seres humanos escogen ante el sino.
- Pero es muy cruel calificarlos de petulantes o soberbios sin considerar que es la última negación que los pobres hombres, perseguidos por la jauría, ejercen contra los sufrimientos. Aunque eso signifique la derrota fatal del dios de la salvación espiritual.
- Entonces, ¿qué opinas sobre la eutanasia? ¿Estás de acuerdo?
- Si es segura la muerte, y si el enfermo de verdad la desea... entonces, sí. ¿No te parece que el hombre, por lo menos, debe tener derecho de rechazar los sufrimientos y preferir la dignidad?
- En fin, no es un asunto sencillo. ... Oye, ¿de qué estamos hablando en un día tan claro de primavera? ¿Por qué nos ocupamos de este tema del suicidio?
- A ver... creo que empezamos con Zaratustra.
- Ya no existe esa cafetería.
- ¡Cuánto extraño ese lugar!
- Para nosotros, ya no hay mucho que siga igual.
- Sobre todo, esta tierra. Todo está revuelto, excavado, aplanado, cortado...
- En nuestro tiempo, por lo menos...
- Anduvimos mucho. Por todas partes.
- Ni nos cansamos.
- Cuando subo al metro, observo los zapatos de la gente y me imagino sus pies. Hay pies cansados, zapatillas alegres, zapatos lustrados pero molestos... Aunque no miro sus rostros, puedo saber qué vida llevan viendo sólo sus zapatos.
- ¿Qué tal mis zapatos?
- Parecen topos.
- ¿Topos?
- Claro, están llenos de tierra.

- Es un buen signo. Es que en la mañana subí a la montaña.
- ¿Sabes? Ahora me acuerdo de ese día que me llevaste cargada a la espalda.
- Cuando viajamos juntos...
- En el sendero del bosque.
- Estabas tan liviana como una pluma de pájaro.
- Me gustó tu espalda ancha.
- ¿Por qué no me lo dijiste en ese momento?
- Para no alegrarte mucho.
- ... ¿Dejaste pasar tantos años para contarme recién la verdad?
- ... Para mí... parece ayer...
- Para mí también... esa escena del campo...
- El humo salía por la chimenea y sobre la choza había tantos porongos...
- En la noche de aquel verano... en ese campo... caían los meteoritos como lluvia. ... ¿No recuerdas?
- ¿Cómo olvidarlo?
- Era bella.
- De niña creía en lo que decían que al caer una estrella se acababa una vida. Y ahora creo que... todos los objetos del universo... se reflejan unos a otros.
- Quizás.
- ¿Cómo será nuestra alma?
- No sé cómo será.
- ¿No será el rostro en el lecho de la muerte?
- ¿Crees que las almas se aman y se odian también?
- Bastaría con el amor. Ya no más el odio.
- Si uno se fuera al otro mundo borrando todo el odio de éste y llevando sólo el amor; entonces no habría odio en el otro mundo.
- Seguro...
- ...
- Y, ahora, ¿qué estamos haciendo?
- Estamos amando.
- ¿El amor? ¿El sentimiento más precioso del mundo?
- Claro que sí. Todavía más, es un amor de todo corazón.
- ¡El amor candente!
- Me gusta cuando te ríes.
- ¿Antes también te gustaba?
- Por supuesto.

- Entonces, ¿por qué te fuiste?
- Yo no me fui. Tú te fuiste.
- Lo mismo diré yo. No me gustaban esas mujeres... que andaban detrás de ti.
- Pero en mis ojos sólo estabas tú.
- Como no me declaraste tu amor, creí que no me amabas suficientemente para...
- ¡Dios mío!
- Es que otros sí me confesaban que se morían por mí.
- Tú me hiciste sentir una nimiedad. Parecía que me decías: "Tú no puedes hacerme feliz; por tanto, retírate de mi camino".
- ¡Qué cobarde!
- En aquellos días también me hacías reproches como ahora.
- No sabía nada en aquel entonces. No sabía cómo amar. A lo mejor, hasta ahora no habría aprendido...
- Quédate delante de mí tal como estás ahora. No me rechaces. Eso es todo.
- ... Tan tarde...
- ¿Tarde?
- Hemos pasado tantos días y recién...
- ¡Tontería! ¿Con este argumento vas a hacer pasar nuestro 'ahora' otra vez?
- Suerte que todavía estamos vivos.
- ¡Qué bonito! Estamos otra vez en primavera.
- ¿Cuántas primaveras tan bonitas habríamos tenido en toda la vida?
- Más bien, deberías preguntar: ¿cuántas primaveras nos quedan?
- No vayamos a desear más. Ya somos afortunados. Mira esas luces del sol que se filtran por las ramas de los árboles.
- ¿Cuántas veces habríamos sentido la felicidad? ¿Cuántas veces?
- Y la primavera siempre llegaba a la hora exacta.
- Y estaba allí en el campo.
- Y estaba mirándonos por la ventana.
- Pero los edificios altos, los ruidos y el polvo tapaban con frecuencia nuestra primavera.
- Las cosas vanas nos quitaron nuestras primaveras.
- Los deseos inútiles las enterraron.
- La clara primavera llegaba con sus flores...
- Verdad, en esa época a veces me mandabas poemas.
- Creo que sí.

- No eran poemas, sino prosas seudofilosóficas.
- Yo nunca he sido poeta profesional. Monologaba a veces en los ratos de ocio. De joven me portaba como uno que lo sabía todo. Si de nuevo escribiera ahora, podría escribir algún verso del alma.
- Todas las vidas son poemas.
- Quizás, tú eres una poeta. Nuestra vida es un arte. Nosotros mismos hacemos una obra.
- ¿Estás contento con tu propia obra?
- ...Pregunta difícil que jamás la contestaría bien...
- ¿Sabes que te menosprecié?
- ¿Por qué?
- Porque te escapaste de mí.
- No me escapé.
- ¿Cómo puede escribir versos un hombre que se acostumbró y se adaptó a la vida cotidiana?
- Tienes toda la razón.
- Te odié a muerte. Me costó trabajo y mucho tiempo calmarme. Esperaba que algún día te arruinaras, pero no totalmente para no sufrir yo, que me echaras de menos, que un día nos encontráramos en una cafetería..., allí... te viera pero, como si nada, yo saliera de la cafetería despreciándote y tú me siguieras llamándome con una voz apagada... entonces, yo...
- ¿Voltearías?
- Esa era la parte que quedaba inconclusa: voltear o no voltear. Y varias noches sufrí pensando en la alternativa.
- ¿Me amaste?
- ... Desde el momento en que te conocí.
- Estaba muy celoso de ese hombre a quien escogiste.
- No lo escogí, más bien traté de ser escogida...claro que me da vergüenza el no haber sido franca conmigo misma... ¡Qué capricho! Esa palabra 'celos' me hace sentirme feliz.
- A veces imaginaba llevarte a una isla lejana deshabitada y vivir allí...
- Un crimen.
- Sí, pero, ¿hay gente que no se imagine algún crimen o delito? Ya de edad, también seguía imaginando esas cosas. Como si no fuera nada raro, fabricando hijos... y, ... esperando que mis amoríos te abrieran llagas... Al mismo tiempo, algunas veces, pensaba que yo llevaba una vida muy superficial. Tal como me despreciaste, yo mismo me desprecié. Un hondo arrepentimiento... La vida desde el inicio hasta el fin está llena de culpas y vergüenzas.

- ...Dios nos hace arrepentir y sentirnos culpables...
- La historia vergonzosa, la sociedad vergonzosa, yo, avergonzado... Toda la vida he luchado contra la vergüenza y era difícil esa lucha. Y los versos de un poeta me sonaban en los oídos: espero no tener ninguna vergüenza hasta la muerte. ¿Te acuerdas de “Tres alegrías de un caballero” de Mencio? Cosa totalmente imposible... ¿Cómo un hombre, un ser humano, no tiene nada de qué avergonzarse ante Dios? Ese sería un hombre sin conciencia limpia, ¿no? ¿Qué es la vida? Todos los días comemos la carne ajena en la mesa..., por alimentarnos quitamos la felicidad ajena... sin pensar en los esfuerzos ajenos...
- ¿Otra vez te enfadas por la época y la sociedad como en tu juventud?
- No... no quería decir eso. ¿Sabes una cosa? Cuando estabas a mi lado, me daba vergüenza imaginarme que te poseía y cuando te echaba de menos, me avergonzaba de mi cobardía.
- ... Al oírte ... siento algo extraño ... me siento turbada e incómoda. Me siento culpable de tus sufrimientos y ...
- ... ¿Cómo así?
- Es que tengo una tía abuela que justo a los tres años de su matrimonio estalló la Guerra Coreana y cuyo esposo fue llevado, a la fuerza, al norte por los comunistas. Ella, en ese momento, estaba en cinta. Nació el hijo, huérfano de padre; pero ella lo crió, lo educó, sin casarse con otro, esperando el día del reencuentro con su esposo. Su hijo fue a los EE.UU. y como ciudadano estadounidense visitó Corea del Norte para ver a su papá. Su papá se había casado con otra mujer, tenía hijos, trabajaba de obrero y estaba viejo. El hijo estuvo feliz con su padre, y al despedirse le preguntó qué quería decirle a su mamá. Su respuesta era: siendo traidor él, qué le podía decir y sólo le pedía disculpas. Eso era todo. Su papá se sentía culpable, bien, pero fíjate el caso de mi tía abuela, con más de setenta años, y más de cincuenta años la pobre vivió esperando alguna noticia de su esposo. Mi tía abuela se enfermó de resentimiento. ¡Pobrecita! Ella sólo comentó: todo está muy bien, pero si siquiera le hubiera mandado una carta con su hijo, aunque no estuviera manchada de lágrimas, no se sentiría tan decepcionada y no habrían sido vanos sus días de esperanza.
- ¿Por qué cuentas esas cosas?
- ... Tenía una amiga muy íntima, mi compañera de colegio. Antes de que se muriera su mamá de cáncer al ovario, su papá ya se había casado con la enfermera que la cuidaba. Su mamá que era muy ahorrativa, trataba de no gastar ni en un huevo; mientras la madrastra

preparaba comidas de gala. Mi amiga devoraba esas comidas exquisitas de la madrastra, luego sufría y casi vomitaba.

— ...

— ¿Por qué la vida es una cadena interminable de amor, odio y traición?

— ... Estás hincándome ahora, ¿verdad?

— Podría ser.

— Entonces, ahora yo te cuento. Un amigo a quien se le rompió el t́mpa-
no por pelearse con su esposa, otro que fue echado por su esposa por ha-
ber gastado toda la propiedad con una joven concubina, otro que tuvo
derrame cerebral junto a su esposa, el ex director de la escuela que fue a
la reuni3n de la promoci3n de la escuela sin pantalones, ...el predicador
que maldecía a toda la familia muriéndose en la operaci3n...

— ...

— ¿Ves? No te gusta oír más, ¿verdad?

— Sí, está bien, Yo ya sabía que todos nosotros corremos, lloramos, ca-
minamos, reímos creyendo que eso es vivir, pero no vivimos la vida
realmente. Como dijiste, no nos queda otra alternativa sino comer lo que
hay en la mesa del destino. Como los niños que hacen la tarea, estamos
haciendo la tarea de la vida. La alternativa es la vida. Cuando más se au-
menta la capacidad de la comprensi3n, tanto más difícil se torna la tarea.

— En la vida, ¿cuál es la verdad y cuál la falsedad?

— No sé, no sé nada. Cada día me confundo más... que... yo... quisiera
liberarme de las sogas que han atado mi vida hasta ahora. ¡Ah! ¡Quisiera
ser libre! ¿No será posible? Después de sufrir tanto... ahora creo que te-
nemos derecho de liberarnos. Nada es importante. Sólo importa la vida.
La existencia misma.

— Entonces, ... ¿el encuentro conmigo?

— Estás dentro de mi existencia.

— Pero, el amor ata a uno, ¿no?

— No importa. En fin, ahora soy un hombre sencillo. Vivo con sencillez.
Ahora sí quiero vivir. No sé cuántas horas me queden todavía.

— Aun así, ¿deseas algo nuevo?

— Aunque me quede una hora, desearía. Es el principio más natural de la
vida.

— Y estás a mi lado. Viviendo...

— Aquí... y ahora...

— ...

— ¡Ah!

— ¿Qué pasa?

- Mírala.
- ¿Qué?
- ¡Esa flor! ¡Qué bonita!
- Es violeta. ¿La quieres?
- No, no la cortes. Déjala. Ya la tengo por recibida. ¡Qué bella!
- Verdad, muy bonita. Es que yo...
- ...
- ¿Qué estás mirando ahora cerrando casi los ojos?
- El sol. ¡Qué lindo!
- Igual como siempre.
- ¿Qué es igual cómo siempre?
- Tú. Antes también te ponías romántica mirando la puesta del sol.
- Brilla todavía y muy suave.
- Un poco triste.
- Siempre asocio el crepúsculo con las lágrimas. No sé por qué. Cada vez que lo observo siento que mi corazón se llena de tristeza.
- Es que el crepúsculo son las luces que están acercándose a la oscuridad después del viaje rutinario del día.
- Parece que se recuesta cansado... Siempre el atardecer me ponía melancólica.
- En él todo está fusionado. Pero, ponerse melancólico... es propio de los niños, ¿no?
- ¿No crees que el ser humano es un eterno niño?
- Quizás.
- Hasta de vieja, pienso todavía que el hombre jamás podrá tener el juicio correcto hasta la muerte.
- Estás muy joven.
- ¿Te burlas de mi niñería?
- No, mujer. Cuando el ser humano ya no tiene emoción, ya no es un ser vivo.
- ...
- Tú siempre me despertaste la emoción. Ahora también. Eres el único ser que me emociona. A tu lado siempre me siento joven. Es muy natural que yo esté enamorado de ti tal como no puedo vivir sin respirar.
- Quisiera darte un beso en la mejilla.
- A ver, dámelo.
- No, ante otros no quiero.
- ... ¿Tienes vergüenza?
- ... ¡Coj, coj, coj!

- ¿Toces?
- No, estoy bien.
- ¿Tienes frío? ¿Te abrigo con mi saco?
- No, gracias. No tengo frío.
- Levántate, antes de que oscurezca. ¿No te sientes cansada?
- No.
- ¿De verdad que estás bien?
- Claro.
- A ver, ¿ir a algún restaurante?
- Bueno. Vamos a un restaurante donde se alumbren con velas..., aunque mi organismo interior no está en óptimas condiciones para tal comida..., pero quisiera verte a través de la luz de vela. Quizás otra vez nazcan nuestros días de la juventud gracias a la magia de las suaves luces...
- Prefiero este momento a esos días de juventud que sufrí después de haberte perdido.
- ¿Verdad?
- Verdad.
- ...
- Es bella la puesta del sol.
- ...
- ¿Lloras?
- ...
- ¿Qué pasa? ¿me porté mal? Dime.
- No, nada.
- ¡Cómo que nada! Estás llorando.
- Nada. Sin razón.
- ¿Sin razón?
- La vida ... es hermosa ..., hermosa porque llega al corazón y ... eso me entristece.
- ¿Por eso?... Pareces una tontita.
- ...
- ¿Cómo? ¿Vas a llorar más todavía?
- Sí, ¿está mal acaso?
- ... ¡Ju, ju, ju!
- ¿Te ríes?
- Pareces una niña graciosa. A ver, aquí está mi pañuelo Sécate con esto. Pero..., ¿dónde está?... mi pañuelo... ¿qué?... tenía... aquí... ¡qué memoria tan pobre, tan olvidadizo!
- ¿Olvidadizo?

- En términos científicos, una amnesia.
- ¡Qué término tan feo!
- Ah, aquí lo tengo. A ver, señora, verá Ud. un pañuelo de mago. ¿Qué desea señora? ¿Una paloma? ¿Un conejo? ¿Un ganso? O si no, ¿un joven?... Ya estás riéndote.
- ¿Está limpio?
- Ni hablar. Mis nietos me pusieron el apodo 'abelito limpio'. Sé lavar bien.
- ¿Verdad?
- Claro que sí.
- ¿Eso también lo lavaste tú mismo?
- Sí, es que de estudiante me acostumbré a lavar. También sé planchar.
- Siempre has sido trabajador. ... Mira, tu libreta.
- ¿Dónde?
- Allí, allí.
- Gracias. Ya no funcionan los nervios del reflejo.
- ¿Sigues haciendo apuntes en tu libreta hasta ahora?
- Es mi costumbre. ¿Quieres leer lo que escribí ayer?
- ¿Qué es?
- Mejor no lo leas.
- Pero ya me provocaste la curiosidad.
- No es nada especial.
- Si no me lo lees, no me levanto de aquí.
- ¡Qué terquita! Entonces léelo tú.
- También uso lentes para leer.
- ¡...ju, ju, ju!
- ¿Qué te da risa?
- Ver a una niña con lentes de anciana...
- No te burles de mí. A ver, muéstramelo.
- Esto de aquí... pero, verdad, no es nada especial.
- "Gime el viento.

Los flecos de la cortina tiemblan, las ventanas lloran y se entrechocan. Ruidos de objetos movidos por el viento, del aire que choca contra las cosas, las cosas contra el aire... Da lo mismo. Pero, ¿por qué diferenciar el uno del otro? Sin darme cuenta hallo la similitud entre el viento y el tiempo. Sin embargo, el tiempo no es un ser. Si juzgamos el cambio como un fluir, somos nosotros los que fluimos y no el tiempo. Aún así, mirando el reloj nos ponemos nerviosos, como si el tiempo estuviera dentro del reloj.

Se oye el fluir del viento. Como las olas..., se oye el fluir del hombre. Como el amor... se oye el fluir del universo. Como el tiempo..., como si tuviera adonde llegar..., como si..."

Dejaste de escribir, ¿verdad?

- Tampoco nuestra vida concluye. ¿Cuánta gente sería capaz de poner el punto final a su vida?

- ¿Quién puede saber si tenemos adónde llegar o no?

- Nadie lo sabe.

- A propósito, ¿no quieres que entrelacemos nuestros brazos?

- ¿Brazo a brazo?

- Sí, para que nuestra sombra se junte...

- Aunque sea la última sombra.

LA PELOTITA QUE TIRÓ EL ENANO AL CIELO

CHO, SE-HI

1

La gente llamaba enano a mi papá. Tenía razón. Era enano. Desgraciadamente, sólo en eso tenían razón. En el resto, nunca. Lo digo con toda seguridad y puedo jurar en nombre de toda mi familia: papá, mamá, Yongjo, Yongji y yo. Jurar en nombre de "toda mi familia" significa arriesgar el honor de nosotros cinco. Los que viven en el paraíso no tienen por qué pensar en los que viven en el infierno. Pero nosotros cinco, viviendo en el infierno, soñamos siempre con el paraíso. No hay ni un día en que no pensemos en el paraíso. El hecho de vivir significa un sufrimiento. Nuestra vida es como una guerra. En esa guerra siempre perdemos. Aun así, mi mamá sabía aguantar todo. Pero esa mañana ya no pudo aguantar más.

– El jefe del barrio trajo esto. –se lo alcancé.

 Mi mamá estaba desayunando en el borde del poyo.

– ¿Qué es?

– Comunicado de la Destrucción Voluntaria.

– Al fin llegó. –dijo ella. –Quieren que destruyamos la casa.

El primer documento que nos debería llegar, ya llegó.

Dejé de comer. Observé la mesita: arroz mezclado con cebada, frijol negro fermentado, dos ajíes nada frescos, papas cocidas.

 Le leí despacio el Comunicado de la Destrucción Voluntaria.

ZONA DE NAKWON

No. de vivienda: 4444, 1-

10-IX-197x

Destinatario: Kim, Puli

(1839-46 Hengbok-dong, Nakwon-gu, Seúl)

Asunto: • Anuncio de la Zona de Redesarrollo

- Destrucción de Construcciones de Vivienda de la Parte Alta.

La construcción abajo mencionada, propiedad suya, se encuentra dentro de la Zona 3 de Redesarrollo de Jengbok de acuerdo con los Artículos Provisionales Relacionados con la Mejora de Vivienda. Por tanto, debe ser destruida por Ud. mismo hasta el 30 de septiembre de 197x de acuerdo con el Art. 15 de Redesarrollo para la Mejora de Vivienda de Seúl y el Art. 5 y 42 de la Ley de Construcción. Si Ud. mismo no la destruye hasta la fecha límite, será destruida por las autoridades y el gasto correrá a su cargo de acuerdo con las Leyes de Administración.

Su propiedad se encuentra en:

1839-46 Jengbok-dong, Nakwon-gu, Seúl.

Dimensión de área:

Tipo de construcción: Área de edificio:

Director

Oficina zonal de Nakwon-gu

Mi mamá permaneció callada y sentada en el poyo. La sombra de la chimenea alta de la fábrica de ladrillos se dibujó en el muro de cemento y el pequeño patio. Los vecinos en la callejuela gritaban. El jefe del barrio pasó por entre ellos y se dirigió al dique. Mi mamá llevó la mesa portátil a la cocina. No había terminado de comer. Se sentó en el piso con las rodillas contra el pecho, alzó la mano y golpeó el piso de la cocina y después el pecho. Fui a la Oficina del Barrio. Los vecinos de Jengbok-dong llenaban la Oficina y protestaban en voz alta. Los oyentes, máximo dos o tres; y los hablantes, decenas y todos hablaban gritando al mismo tiempo. Era inútil. No era un asunto que se solucionaría con gritos.

Leí el comunicado oficial en la vitrina fuera de la Oficina. Allí estaba especificado todo: cómo tener derecho a los departamentos que iban a dar a los propietarios de las viviendas destinadas a la destrucción, cuánto reconocía el gobierno si alguien rechazaba el derecho de adquirir los departamentos, etc. El contorno de la Oficina se parecía a un mercado. Los vecinos y los intermediarios de compra y venta de departamentos estaban reunidos en varios grupos. Allí encontré a mi papá y a mis dos hermanos. Mi papá estaba sentado frente al puesto de sellos donde la gente se mandaba hacer su sello. Yongjo caminaba hacia la vitrina donde acababa de estar yo. Yongji estaba al lado de un carro negro en la entrada de la callejuela. Habían salido temprano esa mañana para conseguir algún trabajo pero al enterarse del comunicado habían vuelto pronto. ¿Quién puede trabajar en un día como hoy? me acerqué a mi papá y cargué en mi espalda el saco de sus herramientas. Yongjo se me acercó y me quitó la carga. Yo no protesté. Vi a Yongji que volvía hacia nosotros, su cara estaba enrojecida. Unos intermediarios nos rodearon y ofrecieron la compra del derecho del departamento. Mi papá se puso a leer un libro. Era la primera vez que lo veía leyendo un libro. No pude saber qué leía porque el libro estaba forrado. Yongji agachó el cuerpo y tiró de la mano de mi papá. Mi papá nos miró sin prestarnos atención y se levantó. “Va un enano”, dijeron los que lo vieron por primera vez.

Mi mamá estaba sacando los clavos de la lámina de aluminio con el cuchillo de la cocina. En esa lámina clavada en la viga lateral de la puerta estaba la dirección y el nombre del propietario. Le pedí el cuchillo y saqué el resto de los clavos. Yongjo nos miró con descontento. Pero no podíamos esperar que sucediera algo que le alegrara. Mi mamá sabía que si no sacábamos pronto la lámina de la dirección y la guardábamos bien, podía suceder algo peor.

Miró la lámina que estaba en su mano. Esta vez Yongji tiró a mi mamá de la mano.

— No me preocuparía tanto si estuvieran trabajando. —dijo mi mamá. — ¿Acaso puede producirse un milagro en este corto lapso de veinte días? Debemos solucionar los problemas uno por uno.

— ¿Vas a vender el derecho? —preguntó Yongji.

— ¿Vender? ¿Para qué? —le contestó irritado Yongjo.

— Es que necesitamos dinero para completar el precio del departamento.

— No viviremos en él.

- Entonces, ¿Dónde viviremos?
- Aquí seguiremos viviendo. Esta es nuestra casa.
- Yongjo subió las graderías de piedra y colocó la talega de herramientas debajo del poyo.
- Hace un mes había gente que decía como tú. -dijo mi papá, que acababa de leer el comunicado que le había entregado mi mamá.
- Como la ciudad ya construyó los departamentos para nosotros, el chiste se acabó ya.
- Esos no son para nosotros. -dijo Yongjo.
- Necesitamos mucho dinero para completar el precio - intervino Yongji que estaba frente a la violeta del patio.
- No podemos ir. No tenemos adónde ir, ¿verdad, hermano?
- No voy a dejar a ninguno que destruya la casa. -dijo Yongjo.
- Deja de hablar disparates. -dije. -La justicia está con ellos.

Tal como había dicho mi papá, todo estaba consumado. Yongji, que seguía delante de la violeta, volteó la cabeza. Estaba llorando. Desde niña era llorona. Una vez le había dicho:

- No llores, Yongji.
- Es que se me salen lágrimas.
- Entonces llora callada.
- Ya.

Pero Yongji lloró en voz alta en la pradera. Le tapé la boca con la mano. Su cuerpo olía a hierbas. Del otro lado del arroyo llegaba olor a carne asada. Sabiendo que era carne asada, yo le pregunté a mi mamá.

- Mamá, ¿a qué huele eso?
-
- * Mi mamá caminaba sin responderme. Le pregunté otra vez.
- Mamá, ¿a qué huele?

- Mi mamá me agarró de la mano y apresuró los pasos:
- Olor a carne asada. Algún día prepararé ese plato.
- ¿Cuándo será ese algún día?
- Apúrate, vámonos. -dijo ella. -Si estudias mucho, puedes vivir en una casa elegante y comer carne todos los días.
- Mentira. -dije sacando mi mano de la suya. -Papá es malo.

- Mi mamá se detuvo.
- ¿Qué dijiste?
- Mi papá es malo.

- Te castigaré. Tu papá es bueno.
- También quiero ponerme una ropa con bolsillos.
- Vamos rápido
- ¿Por qué no pones bolsillos a nuestra ropa? Porque no puedes darnos dinero y algún dulce para guardar allí, ¿verdad?
- Si criticas a tu padre, te castigaré.
- Mi papá ni siquiera puede ser un mal hombre. Un malo puede tener mucho dinero.
- Tu papá es bueno.
- Sí, sí. –le dije. –Centenares de veces lo he oído. Pero ya no me pueden engañar.
- Mamá, mi hermano mayor no es obediente. –Yongji comentó en la puerta de la cocina.
- A escondidas fue a oler la carne, te engañó. Yo no fui.

 Mi mamá no dijo nada. Le eché una mirada terrible a Yongji. Siguí:

- Mamá, como te lo avisé, está por pegarme.

 Yongji no podía dejar de llorar. Retiré mi mano de su boca. No debí haberla llevado a la pradera. Le pegué pero después me arrepentí. El bonito rostro de Yongji estaba empapado con lágrimas. En aquel momento llevábamos puesta la ropa sin bolsillos.

 Mi papá dejó el Comunicado de la Destrucción Voluntaria en un rincón de la sala y leía el libro. De él no esperamos nada. Había trabajado mucho. Había sufrido mucho. No sólo sufrió él. Su papá, su abuelo, su bisabuelo y su tatarabuelo –más y más–, sus antepasados lejanos también habían sufrido. Quizás ellos habrían sufrido más que mi papá. Una vez en la imprenta compuse los moldes de letras de imprenta para un documento de una rara compra y venta de personas. Para componer eso trabajé duro y su contenido decía lo siguiente: hijo de la esclava Kim, Idok: Kumdong nacido en el año Kyongin. Hijos del esclavo Kumdong: Kumi nacido en el año Chongyu, Toksu nacido en el año Kisa, Chonse nacido en el año Shinmi, Yongsok nacido en el año Kyeyu. Hijos del esclavo Kumi: Cholsu nacido en el año Pyongsul, Kumsan, nacido en el año Mucha. Hasta entonces, no entendía de qué trataba el documento. Terminando una página, pasé a la segunda, recién lo comprendí: era una parte del documento de compra y venta de esclavos. Durante diez días trabajé componiendo los caracteres de imprenta. Durante esos días, no conversé con mi papá ni con mi mamá. Sabía qué vida había llevado la

mamá de mi mamá, su abuela, su bisabuela y sus tatarabuelas. Ella tampoco era diferente de mi papá en cuanto a sus antepasados. No habían tenido ni un día tranquilo y habían trabajado como animales. Nuestros antecesores, de generación en generación, habían vivido de trabajos corporales. Eran objetos de herencia, compra y venta, regalos e impuesto. Un día mi mamá me dijo:

– Uds. sufren por mí. Su papá no tiene nada que ver con nuestra situación.

Mi mamá me lo dijo sólo a mí, porque era su hijo mayor. Igual se lo había dicho su mamá. Durante mil años, nuestros antepasados habían transmitido el mismo mensaje a sus hijos. Pero yo lo sabía todo y muy bien. Mi papá también era hijo de esclavos.

En los días de mi bisabuelo, el sistema de esclavitud desapareció. Pero mis bisabuelos no estaban enterados de eso. Más tarde supieron que eran libres; sin embargo, dijeron a sus dueños “No nos boten”. Mi abuelo fue diferente. El quiso liberarse de la antigua costumbre. El viejo amo de mi abuelo le dio casa y tierra. Pero era tan ignorante como mi bisabuelo. En los días de éste las experiencias de la vida de sus antecesores todavía le servían, pero en la época de mi abuelo esas ya no servían. Mi abuelo no tenía educación ni experiencia. Finalmente, se quedó sin casa y sin tierra.

– ¿Era enano mi abuelo también?

Una vez me preguntó Yongjo. Le di un cocacho en la cabeza.

Más tarde, ya crecido, me repreguntó:

– ¿Por qué quieren ocultar el pasado? No hay ninguna diferencia entre el ayer y el hoy. ¿No es algo ridículo tratar de ocultar?

Estuve callado.

Yongji sacó el pañuelo y se cubrió los ojos. Mi papá seguía leyendo el libro. Mi mamá conversaba con la mamá de Myongji, dueña de la casa vecina.

– ¿A cuánto lo vendió?

– Ciento setenta mil wones.

– Entonces, ¿cuánto más cobró de lo que nos ofrece el gobierno?

– 20,000 wones. Uds. tampoco irán al departamento, ¿no?

– ¡Con qué dinero!

– Para vivir allí se necesita 580, 000 wones y para el departamento de alquiler se necesita 300,000 wones. Además, en cualquier departamento,

hay que pagar 15,000 wones mensuales por el mantenimiento

– ¿Lo están vendiendo todos?

– Sí, apúrese también.

Mi mamá estaba sufriendo. La mamá de Myongji la arrinconó más:

– Nosotros sí estamos listos para salir mañana mismo, si Uds. nos devuelven el dinero. La casa será destruida a barretazos.

Los ojos de Yongji se llenaron de lágrimas otra vez. Las mujeres son lloronas. Ella siempre era así. De niña, de mayor, lloraba igual. Cuando me acerqué a Yongji, me señaló el piso del estante de jarras. En el piso encementado estaba escrito: “Myongji está enamorada de mi hermano mayor”. Ella lo había escrito cuando construíamos la casa. Se rió Yongji. En aquel entonces éramos muy felices. Mi papá y mi mamá traían piedras de la orilla del río. Con ellas hicimos graderías y levantamos la pared. Como todavía éramos tiernos, no podíamos hacer trabajos fuertes. Pero, aun así, había mucho que hacer. Unos días no fuimos a la escuela. Cada día era de júbilo. Luego cierta gente extraña empezó a andar en grupo por el barrio. En un solo día hacían la procesión varias veces. Cuando pasaban ellos, los niños en harapos dejaban de llorar. Los perros dejaban de ladrar a los extraños por la regañina de sus dueños, y se retiraban quietos. Todo el barrio quedaba en silencio. Como era una paz repentina, todo parecía irreal. Me daba vergüenza la pestilencia del barrio. Se agachaban ante mi papá y lo saludaban. Cuando le estrechaban la mano, mi papá se empinaba. No importaba qué postura adoptara mi papá, enano, nos parecía un gigante.

– ¿Viste tú también? –le pregunté a mi hermano. Yongjo movió la cabeza.

– Yo también lo vi. –dijo Yongji.

Uno que le saludó haciendo la venia prometió que instalaría un puente en el riachuelo, pavimentaría las calles y legalizaría las casas de nuestro barrio. Nosotros los niños, tal como hacían los mayores, aplaudimos fuerte. Vino otro y dijo que como el que acababa de saludarlos les había jurado instalar el puente y pavimentar las calles, a ese había que nombrarlo Jefe de la Oficina Zonal, mientras a él se le encargaría el oficio más importante porque haría esto y aquello para el país. Los mayores aplaudieron otra vez. Ya mayor, a veces recordaba esa escena. Los dos hombres dejaron fuertes impresiones en mi memoria. Los odié para siempre. Eran mentirosos. Hablaban de planes que jamás podían cum-

plir. Y no necesitábamos esos planes. Muchos habían presentado planes inútiles. Nada cambió, todo siguió igual. Aunque los llevaran a cabo, seguramente no tenían que ver con nosotros. Lo que necesitábamos era la comprensión de ellos: comprender nuestras penas y compartirlas.

– ¿Dónde habrá una persona igual? –dijo mi mamá.

– ¿A quién te refieres? –preguntó Yongjo.

– La mamá de Myongji. ¡Qué generosa! Nos prestó 150,000 wones y así pudimos devolver la hipoteca de nuestros inquilinos.

– Oiga,... –la llamó la mamá de Myongji desde el otro lado del muro que separaba su cada de la nuestra.

– No lo tome a mal.

– Claro que no. –dijo mi mamá. –No se preocupe. Se lo devolveré sin falta.

– Es que sabe Ud. cuánto dinero es eso.

– Desde luego. Cuando me pongo a pensar en Myongji, se me sube algo caliente al corazón.

En eso éramos iguales.

– Myongji, –la llamó en voz alta Yongji. –ven, ven a mi casa.

– Te gusta la casa por ser nueva, ¿verdad?

– Sí, me gusta mucho.

– Si no borras lo que escribiste en el piso del estante de jarras, no iré a tu casa.

– No se puede.

– ¿Por qué?

– Se endureció el cemento. Es imposible borrarlo.

– Entonces no voy.

Se desilusionó Yongji. Pero Myongji y yo sí nos veíamos. En esa época, a la derecha del dique había un bosque. Sentados allí mirábamos las luces de la imprenta. En ella los obreros trabajaban también de noche.

– Si me prometes una cosa, te permitiré... –dijo Myongji.

– ¿Qué cosa? –le pregunté.

– No trabajar en esa fábrica.

– Ni que fuera un loco. No trabajaré en una fábrica como aquella.

– ¿Verdad? ¿Me prometes?

– Sí, te prometo.

– Entonces, tócalo.

Myongji me mostró su pecho. Era pequeño.

– Eres la primera persona... –dijo ella. –Nadie me ha tocado el pecho.

Con la mano izquierda abracé su hombro y con la mano derecha le toqué el pecho. Su pecho redondo estaba caliente.

– No debes comentar a nadie sobre esto. –murmuró Myongji.

Sentí su aliento en mi oído.

– No, no se lo contaré a nadie.

– Ni a tus hermanos.

– Ni a ellos.

– Si guardas el secreto y cumples con tu promesa, te permitiré hacer lo que quieras.

– ¿De veras?

– De veras.

– ¿Ahora mismo no puedo tocar otra parte?

Myongji, cada vez que la veía, se ponía más débil. Algunas veces estaba sentada muy distraída.

– ¿Qué tienes?

Yo, de verdad, estaba preocupado.

– ¿Te duele algo?

– No.

– Entonces, ¿qué pasa?

– Es que no me gusta la comida de mi casa.

– ¿Por qué?

– Estoy harta de comer la misma de siempre.

– Si no comes, te mueres.

– Quiero morirme.

– Myongji, no voy a trabajar en esa fábrica. Estudiaré y trabajaré en una empresa grande. Te prometo.

– Tengo hambre. –dijo riéndose mi chiquita Myongji.

– ¿Qué quieres comer? –le pregunté.

Cogió mi mano. Señalando cada dedo dijo:

– Gaseosa, uvas, ramyon (fideo instantáneo), pan, manzana, huevo, carne, arroz, alga.

Faltó todavía un dedo. En aquel momento no habría necesitado más. Myongji, más tarde, trabajó en una cafetería, fue cobradora del bus de autopista y mensajera del campo de golf. Un día volvió a su casa con el rostro pálido. Fue la última visita. Más tarde mi mamá recordó que en cada visita Myongji se encontraba embarazada. Myongji finalizó su vida en el Centro de Prevención de Suicidios. Tomó veneno y gritaba: “No,

no quiero, mamá...” En el último momento de su vida, habría recorrido los días de su niñez. En su libreta de ahorro del banco había 190,000 wones.

– Son 150,000 wones. –dijo la mamá de Myongji. –Primero devuelva la hipoteca de los inquilinos.

 Mi mamá recibió el dinero. No pudo decir nada.

– No creo que haya gente que venga a alquilar una casa que está por destruirse.

– Claro que no.

– Por esta razón se lo digo. Ante todo devuelva el dinero de la hipoteca a los inquilinos antes de que les falten el respeto.

– Pero ese dinero... Ese dinero no es cualquier dinero.

– Myongji te quería. –dijo Yongji. –También lo sabías, ¿verdad?

– No me la menciones.

Yongji tocó la guitarra. Vi que la luna estaba sobre la chimenea de la fábrica de ladrillos. Mi radio se había descompuesto hacía unos días. En esos días no podía escuchar las lecciones de Radio del Colegio por Correspondencia.

No podía cumplir con Myongji. A principios del tercer año de secundaria, dejé de estudiar. No pude seguir más. Mis papás deseaban que estudiara, pero no podían ayudarme. Mi papá parecía más viejo que otros de su edad. Sólo la familia lo notaba. Su altura era 117 cm y su peso 32 kg. La gente, juzgándolo por su tamaño físico, no notaba que él envejecía. Mi papá estaba melancólico y resignado. Tenía la obsesión de que estaba en la etapa crepuscular. Efectivamente, su dentadura estaba mal y no podía dormir bien por el dolor. Su vista fallaba y poco quedaba de su cabello. Ya no tenía tanto ánimo ni cuidado como antes y perdía el juicio. En toda su vida, se había dedicado a cinco oficios: comprar y vender acciones, afilar cuchillos, limpiar los cristales de los edificios altos, instalar la bomba para sacar agua de los pozos y arreglar las tuberías de agua potable. Pero un día, de repente, nos dijo que trabajaría en un circo. Trajo a un jorobado y conversaron sobre esto y aquello. Dijo que primero trabajaría durante cierto tiempo como el asistente del jorobado. Los dos hablaron de los números que presentarían en el circo. Mi mamá protestó. Nosotros también lo criticamos. Mi papá se quedó sin habla, se resignó sin ninguna protesta. El jorobado nos miró con la vista perdida, se le llenaron los ojos de lágrimas y se fue. Era muy triste su figura des-

de atrás. La ilusión de mi papá se evaporó. Con su talega pesada salió a buscar trabajo. Ya era de noche.

– ¡Niños! –mi mamá nos llamó asustada. –La voz de su papá está rara.

– ¿Qué le pasa? –le pregunté.

 Mi papá no me respondió.

– Iré a la farmacia.

 Mi mamá bajó al patio.

– Cóprame el alumbre –dijo mi papá.

 No parecía su voz. Parecía que una lengua corta se enrollaba adentro. Mi mamá compró una medicina llamada “Hibitan Throats”.

– No hay alumbre. Pero dicen que ésta es mucho más efectiva. Tómala chupando.

 Mi papá, sin comentarios, la recibió y se la llevó a la boca. Desde esa noche hablaba muy poco. Decía que la lengua se le enrollaba adentro. Cuando dormía, se mordía la lengua con los dientes.

– Su papá está demasiado cansado. –dijo mi mamá. –¿Ya ven? No vayan a depender de él. Uds. deben trabajar en vez de él.

 Lloró mi mamá. Ella fue a trabajar en la imprenta. Doblaba papeles. Se ponía un dedal de caucho y doblaba papeles impresos. Yo tenía miedo. Empecé a trabajar allí también. Me inicié como ayudante de la sección técnica de la imprenta. Más tarde, me di cuenta de que no se podía conseguir nada sin sudor. Myongji ya no quería verme. Estaba fría conmigo. Yongjo y Yongji también dejaron la escuela sucesivamente. Era preferible estar así. Nadie nos fastidiaba. Estábamos protegidos invisiblemente. Tal como vivía protegida una tribu nativa en Sudáfrica en una zona restringida, nosotros también vivíamos protegidos como un grupo diferente. Supe que nosotros jamás podíamos salir de esa zona. Trabajé en la sección técnica, de regleta, de signos de puntuación, de distribución de tipografía y, finalmente, en offset. Yongjo lo hizo en la impresión. Al principio, no me gustaba trabajar en la misma fábrica. A Yongjo tampoco le gustó. Por esta razón, Yongjo primero trabajó en la ferretería. Allí era mensajero. Después en la mueblería. Fui un día allí y vi cuál era su trabajo: mi hermano pequeño trabajaba en un espacio lleno de polvo de aserrín y de ruido. Le dije que dejara esa ocupación. El ruido de la imprenta era terrible, pero, por lo menos, allí no había polvo de aserrín. Trabajamos a morir. Nuestros brazos se endurecieron en la fábrica. Yongji laboraba en la panadería que estaba en el rincón del supermercado de la calle principal. Nos alegramos de que su lugar de trabajo estuviera limpio. Yongji vestía un uniforme azul de la panadería. Yongjo

y yo la observábamos desde la ventana. Era bonita. La gente no creía que fuera la hija del enano. Nosotros pensábamos en estudiar costara lo que costara. Pensábamos que sin estudios no podíamos salir del barrio. El mundo estaba dividido rigurosamente entre los que habían estudiado y los que no habían estudiado. La sociedad era terriblemente bárbara. Todo era al revés de lo que aprendíamos en la escuela. Leía cualquier cosa que llegaba a mis manos. Después de que pasé de la sección de offset a la composición de textos, leía el manuscrito en la hora de trabajo. Cuando encontraba algo que podía ser útil a mis hermanos, llevaba el molde y sacaba las copias de pruebas todavía no corregidas. Yongjo y Yongji leían las pruebas que les llevaba. En realidad, no habíamos perdido los estudios gracias a esos esfuerzos. Pasé por el examen de revalidación para la preparatoria e ingresé a la Preparatoria de Correspondencia por Radio.

Ese año, una noche de otoño tardío, mi papá me hizo subir al pequeño bote de madera y avanzamos por el riachuelo. Mi papá remaba silencioso.

– Vuelvan –gritó Yongji desde el patio. –Ese bote no es seguro.

Pero mi papá seguía remando hacia el centro. Se veía muy pequeña la figura de Yongji que nos llamaba con sus manos. Vi que el agua del riachuelo brillaba con la luz de las estrellas. El agua comenzó a penetrar en el bote. Habíamos robado las maderas de la construcción de una iglesia sobre la loma. Yongjo y yo nos despertábamos en las altas horas de la noche para ir a robarlas; mientras Yongji, antes de dormir, se metía por debajo de las rejas y las robaba. Sin embargo, la iglesia quedó impecable; mientras las maderas de nuestro bote sí tenían problemas. Filtraba el agua. Yongji estaba preocupada por mi papá. Yo sí sabía nadar. Mi papá dejó de remar, y dejó el bote en el centro del lago. El agua ya nos llegaba hasta el tobillo. Me quité un zapato y con eso empecé a achicar el agua. Mi papá me lo impidió. Me lo quitó. Y se río.

– ¡Yongsu! –me llamó, –¿Te acuerdas del jorobado que vino ayer?

– ¿Cuándo?

– Ayer.

Me quité el otro zapato y con eso saqué el agua; de nuevo me lo impidió.

– No me acuerdo –le dije.

– No te hagas el zonzó, yo lo sé todo.

– ¿Qué es ese todo?

No era exactamente ayer, hacía tres años y medio. Nunca lo habíamos visto antes.

– Trabajé con él antes. Montábamos una rueda grande.

– Papá, ¿de qué hablas? ¿Cuándo sucedió eso?

– Eres el hijo mayor. Como el hijo mayor no cree, tus dos hermanos menores tampoco creen.

– Mamá tampoco lo sabe.

– Oye, –continuó. –al menos tú debes saberlo. Tu mamá está enferma. El jorobado de ayer volverá. No me impidan. No puedo hacer otro trabajo. ¿Hasta cuándo crees que podré arreglar las tuberías de agua potable e instalar la bomba de agua alzando cosas pesadas? Ya tampoco puedo bajarme por la soga desde un edificio alto. Ahora ya no puedo.

– No necesitas trabajar. Nosotros estamos trabajando ya.

– ¿Quién les pidió que lo hicieran? Uds. tienen que ir a la escuela. Eso es lo único que deben hacer.

– Bueno, papá. –le contesté. –Ahora dame los zapatos.

Me miró y luego me los entregó. Empecé a achicar el agua otra vez.

– Ayer ese jorobado vino a ayudarme. Mañana vendrá de nuevo. Es imposible que no lo hayan conocido antes. Hemos trabajado juntos. ¿No te acuerdas? Seguramente no, mi hijito. No vayas a arrinconarme a la fuerza.

– ¿Cuándo vino él?

– Ayer.

– Pásame los remos, papá.

Me pasó los remos que tenía inmóviles en sus manos. No podía decirle nada. Aunque le hubiera dicho que no lo había visto antes, tampoco me lo creería. Remé con cuidado. Antes de que llegáramos a la orilla, se hundió el bote. Abracé a mi papá y salimos por entre las plantas acuáticas. Le entregamos a mi mamá al papá que tiritaba mojado. Nadie podía curarlo mejor que mi mamá.

– Papá está enfermo. –le dije.

– Cállate. –dijo mi mamá. –¿Cuándo entenderás? Tu papá está cansado no más.

Ese invierno, mi papá lo pasó en casa. Saqué el bote y lo amarré a un palo plantado en el río. Cuando bajó mas la temperatura, lo hice entrar al patio de la casa. Esa noche se congeló el lago.

En la noche nos visitó otra vez la mamá de Myongji.

– Oiga, señora, espere un poco más. Está subiendo el precio del derecho. En la mañana estaba a 170,000 wones y ahora está a 185,000 wones. Hemos perdido por venderlo antes.

– ¡Qué va!

– Fíjese, subió quince mil wones en un solo día.

Mi mamá envolvió en papel la placa de aluminio que había sacado en la tarde de la puerta. Lo guardó en el mueble junto al comunicado de la Destrucción Voluntaria.

– ¡Yongji! –llamó mi mamá. –¿Dónde está tu papá?

– No sé.

– ¡Yongjo!

– Mamá, salió hace un rato sin decir nada.

– Yongji, ¿dónde está tu hermano mayor?

– Está en la habitación.

– ¿Adónde habrá ido?

La voz de mi mamá demostraba miedo.

– Hijos, vayan pronto a buscarlo.

Yo estaba leyendo el libro que había dejado mi papá. *El mundo después de 10,000 años*. Yongji tocó la guitarra todo el día sentada junto a la violeta. La había comprado en el Mercado Final al ir a comprar la radio para las clases de Preparatoria por Correspondencia de Radio. Yongji me había acompañado. Me había gustado una radio muy buena; y Yongji había encontrado una guitarra empolvada y, agachada, la tocó. Su perfil semitapado por su cabello largo era muy lindo, la música de la guitarra la fascinaba. No pude comprar la radio que había escogido. La cambié por una más barata y señalé la guitarra. Esa radio se descompuso pronto y a la guitarra se le rompió una cuerda. Aun así, Yongji seguía tocándola. No comprendí qué era lo que pensaba mi papá. Se había prestado este libro *El mundo después de 10,000 años* del joven Chisup que vivía al otro lado del río, en el barrio residencial, en una casa de tres pisos. A su barrio limpio siempre le llegaba el sol. Trabajaba allí como maestro particular. El y mi papá se comprendían. Una vez lo oí hablar, dijo que en esta tierra no podíamos esperar nada.

– ¿Por qué? –le preguntó mi papá.

Le contestó Chisup:

– La gente sólo tiene deseos sin amor. Nadie llora por otros. La tierra donde mora ese tipo de gente es tierra muerta.

- Quizás.
- ¿No ha trabajado en nada hasta ahora?
- ¡Qué va! Siempre he trabajado, como toda mi familia.
- ¿Ha hecho algo malo? ¿No ha violado la ley alguna vez?
- Nunca.
- Entonces, Ud. no ha rezado de todo corazón.
- También recé.
- Entonces, ¿qué es esto? Algo anda mal, ¿verdad? Es lo injusto, debemos salir de esta tierra muerta.
- ¿Salir? ¿Adónde?
- A la Luna.

- ¡Oigan!

La voz miedosa de mi mamá subió. Cerré el libro y salí corriendo afuera. Yongjo y Yongji andaban de un lado a otro en vano. Fui al riachuelo y miré el cielo. Me acerqué a la alta chimenea de la fábrica de ladrillos. En la cúspide estaba mi papá de pie. La luna estaba a un paso. Mi papá cogió el pararrayos y dio un paso hacia el vacío, allí mismo, lanzó el avión de papel hacia la Luna.

2

Estaba tendido sobre las hierbas del dique, todo el cuerpo mojado por el rocío, apenas me movía un poco, el rocío de las hojas caía sobre mi cuerpo. Había pasado toda la noche echado boca abajo entre las hierbas, no podía ver nada, la oscuridad se alejaba poco a poco, sufría por no haber pasado la última noche en 'Nuestra casa'. Una tristeza inexplicable me envolvía y mi voz se ahogaba. El barrio todavía estaba sumido en profundo sueño. Ya no tenía por qué esperar más. Era mentira que los extraterrestres llegados en un platillo volador se habían llevado a Yongji. Desde el momento que lo oí, no lo creí.

- Oigan, -dijo mi mamá. -¿Van a continuar así?
- ¿Qué podemos hacer si no la hallamos aunque la busquemos con afán?
- le contesté.

En el antiguo local de la peluquería, ya destruida, me encontré con un borracho.

- Es inútil buscarla.
- ¿La vio Ud.?

– Claro que sí.

El borracho balbuceaba e hipaba a cada rato.

– Ud. es el único que dice que la vio. Dígame en detalle cómo fue.

– Tu papá lo sabe.

– El no lo sabe.

– No puede ser. Tu papá hizo una señal, por eso vino el platillo volador.

No valía la pena oírle más; sin embargo, seguí allí.

– Era un plato enorme. Los diablos ...hip... que salieron de allí alzarón...hip... a Yongji. Todo en un abrir y cerrar de ojos. Al principio, no sabía... hip...qué era. Averigué y era un platillo volador. –El borracho seguía hipando. Lo interrumpí.

– Bueno, basta.

– Entonces, a ver, ...hip... búscala si puedes. A ver, búscala pues. No la...hip...encontrarás. Tenía sed...hip... y me desperté. No hay...hip... nadie que pueda...hip...despertarse a esa hora...hip...excepto yo. Apenas cuando la subieron...hip...el platillo voló. Tenía...hip...cabeza grande y piernas...hip...delgadas.

– Adiós –me despedí.

– Todavía no me voy. –dijo el borracho. –después de acabar todo esto me iré. Señaló dos puertas y seis ventanas amontonadas sobre las piedras del piso de la habitación. El día anterior había vendido piezas de techo, la bomba de agua y dos jarras, con eso compró licor y se lo tomó. Más de dos tercios de los vecinos ya se habían ido después de destruir sus casas. Me levanté de la pradera, las estrellas sobre el río estaban opacas, empezaba a clarear el día, se oían llantos de niños. Ajusté los pasadores de las zapatillas y salté unas cuantas veces. Mi hermano, que había abierto la puerta de la casa, venía hacia el dique, tenía los hombros caídos.

– Animo, hermano. –le dije.

– No es un problema que se soluciona con ánimo. –dijo él.

– Entonces, ¿Con qué? ¿Con valentía?

Mi hermano había venido a buscarme por ser ya la hora de almuerzo, él tampoco había almorzado. Sentados detrás de la sección de las maquinarias conversamos.

– Es que no sabemos expresar bien lo que pensamos. Esto ya es una lucha. –dijo mi hermano. El sabía hablar bonito.

–Debemos luchar para recibir el trato justo que merecemos. La lucha siempre es un enfrentamiento entre la justicia y la injusticia. Piensa en qué lado estamos.

– Lo sé, hermano.

Mi hermano no pudo almorzar. Para almorzar sólo nos daban treinta minutos. Trabajábamos en la misma imprenta pero nuestras secciones estaban separadas. Todos los obreros trabajábamos muy aislados. Los empleados inspeccionaban la cantidad de nuestro trabajo y la tendencia de cada uno; lo apuntaban en su archivo. Media hora para el almuerzo: diez minutos para comer y veinte minutos para pelotear. Nosotros peloteábamos a morir en el pequeño campo de la imprenta. No nos teníamos mutua confianza ni amistad, sólo sudábamos pateando la pelota. Trabajábamos hasta la noche bajo el polvo y el ruido. Cierto que no nos estábamos muriendo; sin embargo, por las pésimas condiciones de nuestro trabajo y el salario bajo que no correspondía a nuestro sudor, siempre estábamos tensos. En plena edad de crecer y engordar, estábamos mal nutridos y ni crecíamos. Los intereses de los de arriba y los nuestros eran opuestos. El presidente y sus asesores usaban la palabra 'depresión' para disfrazar la opresión contra nosotros. Cuando no hablaban de eso, hablaban de la prosperidad que gozaríamos ellos y nosotros después de mucho trabajo. Pero esa esperanza de la que hablaban, no nos llegaba al corazón. En vez de esa esperanza deseábamos de todo corazón siquiera saborear algún plato de nabo bien sazonado en nuestro comedor de la fábrica. No hubo cambios. Todo empeoraba día a día. El ascenso que se realizaba dos veces al año se redujo a uno, bajó el pago extra por la labor nocturna, disminuyeron los obreros y la cantidad de trabajo y las horas de labor aumentaron. El día de pago debíamos cuidarnos mucho, no podíamos confiar en los compañeros de la misma sección. Los que criticaban las injusticias eran expulsados sin previo aviso. La fábrica, en cambio, crecía más. Compraron una máquina rotativa de impresión, una máquina que doblaba papeles y una máquina rotativa de offset. El presidente habló de la crisis que sufría la fábrica. Dijo que si perdía la batalla en la competencia con otras imprentas se vería obligado a cerrarla. Y nosotros temíamos eso. El presidente y sus asesores sabían muy bien esta situación.

El sólo imaginarlo nos causaba miedo. Si una fábrica grande se cierra, muchos obreros no tienen adonde ir. Las pequeñas tenían un límite para contratar a esos obreros. Quizás ya no podré conseguir trabajo y me quedaré con las manos cruzadas. Aunque encontrara otro trabajo, me iniciaría como un novato. Además, la infraestructura podría ser peor y el salario podría ser menor. Sólo pensarlo no más me daba terror. La mayoría de los obreros había entrado a trabajar en esta fábrica desde la ni-

ñez y había pasado allí tres o cuatro años tan importantes para el desarrollo corporal. Excepto un poco de técnica que adquiríamos, no sabíamos nada. Nosotros los obreros medíamos las cosas del mundo con nuestra pobre vara. Mas no sabíamos cómo medir. Nadie quería perder lo conseguido a precio de tanto sudor. A los de arriba no les convenía que pensáramos ni lo querían; por eso, sólo debíamos trabajar. La mayoría de nosotros reconocía que era imposible cambiar nuestra situación. No había un hombre que nos ayudara a reflexionar. Los mayores tampoco tenían experiencias que contar. Decían que lo que les parecía correcto siempre resultaba al revés en la vida real. Ignorábamos tantas cosas. Al presidente de la fábrica eso lo favorecía. Su familia cortaba el césped de su jardín con una máquina. En su jardín había árboles bien cuidados que crecían gracias a los rayos solares. Los “médicos de árboles” del Hospital General de Arboles los cuidaban. Una vez pasé frente a ese hospital. Había un letrado que decía: “¿Están saludables los árboles de su casa?” Y más abajo: “Examen médico de enfermedades y daños por animales dañinos, examen médico de daños fisiológicos, operación quirúrgica, consejos para mantener la salud”. Mi pequeño asistente, que iba conmigo, comentó: “En mi casa no hay ni un árbol. Pero yo estoy mal de salud”. Nos matamos de risa. No sabíamos qué nos causaba tanta risa. El asistente, que era un niño, en esos días tenía hemorragia nasal.

Mi hermano se quitó la ropa y me tapó la espalda. Su pantalón estaba mojado por el rocío del campo.

– El único que dice que la vio es el borracho. –le dije como si le pidiera disculpas. –Aquí es donde bajó el platillo volador, según él.

– Y, ¿qué viste toda la noche?

– ¿Crees que confío en lo que me dice el borracho?

– No.

– Es que no sé adónde ir a buscarla.

– Vamos ya.

– ¿Por qué crees que Yongji salió de casa?

– Es por Uds. –dijo mi mamá. –Como Uds. no trabajan, ella salió. No tenemos dinero ni casa. Toda la culpa la tienen Uds. Otros siguen trabajando allí y Uds., ¿por qué fueron despedidos?

– Siempre avisaba adónde iba, ¿no? No comprendo por qué se fue de casa.

– No pudo aguantar, posiblemente. –dijo mi hermano.

Su rostro expresaba la agonía. El siempre era más pensativo que

yo. También sabía mucho. Cuando dejó de estudiar, se dedicó a leer más libros. Si mi papá no hubiera sido enano, hubiera trabajado en la docencia. En su tiempo, libre leía sin parar. Solía llevarle papeles impresos que salían de la máquina. También leía temas difíciles aunque le costara trabajo captar las ideas. Cuando recibía el salario, iba a la librería y compraba libros de segunda mano. Su placer era la lectura. Algunas veces andaba como un filósofo, apuntaba algunas cosas en su cuaderno, las cuales jamás podía yo comprender. Por ejemplo, estaban escritos así:

“¿Qué es la violencia? La violencia no sólo son las balas, los palos de los policías o los puñetazos. También es violencia abandonar a los niños hambrientos en un rincón de nuestra ciudad. / El país donde no hay gente de diferentes opiniones es un país de desastre. ¿Quién se atreve a establecer el orden a base de la violencia? / Un premier sueco del s. XVII le dijo a su hijo: “Hijo, ¿sabes con cuánta ignorancia se gobierna el mundo?” La situación no ha cambiado casi nada hasta ahora. / Cuando el líder vive en opulencia, se olvida de las penas de los demás. Por tanto, su palabra 'sacrificio' se convierte en una palabra de hipocresía. Creo que la barbarie y la explotación de antes eran por lo menos honestas. / Los que leen Hamlet y lloran al escuchar la música de Mozart, ¿habrían olvidado la desesperación humana de sus vecinos, y sus lágrimas no habrían brotado ante los sufrimientos de ellos? Para nosotros, las generaciones y los siglos pasaron en vano. Por estar aislados, no pudimos dar nada a la humanidad ni pudimos enseñar. Nosotros no pudimos aportar ideas a la humanidad y... de las ideas ajenas sólo asimilamos la cáscara engañosa y el adorno de sus contornos. / Gobernar es dar a la gente algo que hacer, ofrecerles cultura y darles algún trabajo para que no vaguen sin rumbo”.

No lo entendía. Mientras yo leía su cuaderno, mi hermano reflexionaba y sufría. Parecía un hombre adulto y un filósofo. Aguanté la risa a la fuerza; porque si reía, mi hermano se habría burlado de mi ignorancia e inmadurez.

– ¿Qué vas a hacer con esto? –le pregunté.

– Yongjo –llamó mi papá. –Lee libros como tu hermano.

– No he pensado algo especial. –me contestó. –Quisiera conocerme a mí mismo mediante la lectura.

– Ahora sí te comprendo.

Más tarde le dije:

– Eres un idealista.

Después de decírselo, me sentí bien. Quería demostrarle que yo también ya era mayor como él, quería mostrarle que yo también podía usar esos términos difíciles y que era diferente de otros muchachos. Miré el rostro preocupado del idealista. Pero mi propósito no tuvo eco; él se había enojado. En ese momento no comprendí la razón de su enojo. Reconocí mi ingenuidad. Eramos hijos del enano. Mi hermano salió de la pradera con los hombros caídos. Agarré una piedrecita y la tiré al riachuelo. No se produjo sonido, solamente burbujas. Llegando a casa, también seguía tirando piedras desde el jardín.

– Yongjo –llamó mi mamá. –Deja de tirar piedrecitas, anda a la Oficina del Barrio.

– ¿Para qué? Da lo mismo. Hace una hora estaba a 220,000 wones y no creo que haya subido.

– Anda no más. Si está a 250,000 wones, diles que vendo.

De nuevo agarré una piedrecita y la tiré al río. Frente a la Oficina del Barrio había mucha gente y unos carros particulares. Había dos clases de gente: los que querían vender el derecho y los que querían comprarlo. Los primeros recelosos, miraban de reojo a los intermediarios. Todos, sin excepción, unos mal nutridos, olían a lágrimas. Ese olor a lágrimas llegaba a mi corazón, cuando alguien me tomó del brazo. Era Yongji. Movi6 su cabeza en forma negativa. Tenía el rostro rojo por el sol, había vuelto de Chamshil, averiguando el precio en las oficinas de intermediarios de bienes raíces que estaban cerca de los departamentos adonde estábamos destinados a vivir. Allí también eran 220,000 wones. Por qué resistir más.

– Oye, vamos a decirle a mamá que lo venda ya. –me propuso Yongji.

– No sé qué haría mamá si de repente bajara el precio .

– Véndamelo. –se nos acercó una mujer. –No soy intermediaria.

Lo quiero allí. ¿Se puede cambiar el nombre del propietario?

– Por supuesto. –Le contesté. –Nosotros tenemos la placa de dirección.

– ¿Qué es eso?

– Es una lámina de aluminio donde está impresa la numeración de construcción ilegal.

– ¿Y si no tiene esa cosa? ¿Es más barato el derecho sin placa?

– Los que no la tienen no figuran en el registro de construcciones ilegales. Cuando hicieron el censo de éstas en la ciudad hace unos años, las omitieron por error o por ser consideradas construcciones ilegales dentro de alguna propiedad privada.

La mujer sudaba y, enjugándose el sudor con el pañuelo, señalaba

la vitrina. Allí estaba la Solicitud de Cambio de Nombre del Propietario de Construcción Ilegal. Debajo de él había un papel que indicaba los documentos complementarios: Solicitud, documento del sello registrado del vendedor, copia del documento de compra y venta, documento de garantía de un vecino. La mujer leyó detenidamente.

– Sólo se necesita el documento de compra y venta –le dije.

– Pondremos la fecha de compra y venta uno o dos meses antes de la publicación del Comunicado de la Destrucción Voluntaria.

– ¿No habrá ningún problema?

– No. Se cambia el nombre del propietario automáticamente. El dueño del departamento será Ud.

– Pero, eso es ilegal, ¿no?

La mujer, bien erguida, se secaba el sudor con el pañuelo.

– Entre a la Oficina y consulté al empleado de la Sección de Obras –le contesté. –Y pregúntele por qué ellos aceptan lo ilegal.

– Es caro 220,000 wones. ¿No puede rebajar diez mil?

– Oiga, –le dije –para construir una casa como la nuestra por lo menos se necesita un millón trescientos mil wones. La nuestra es el producto del sudor de toda la vida de mi papá. Ahora nos toca cambiarla por 220,000 wones. De allí restando la hipoteca de 150,000 wones del inquilino nos queda sólo 70,000 wones.

– Entonces, ¿no pueden vendérmela en 210,000 wones?

No le respondí. La mujer se volteó. Yongji me golpeó la espalda con su pequeño puño, después de un rato me tocó de nuevo, estaba en pantalón de vaquero. A ella todo le quedaba bien. No le miré la cara, me volteé a caminar.

– Espere. No lo venda todavía –habló un hombre desde dentro de un carro.

– Yo lo compro.

– ¿A cuánto?

– ¿A cuánto quiere vender?

– Doscientos cincuenta mil.

– Bien. Iré al atardecer. Y si hay más vecinos, dígales que no vendan barato y que me esperen.

– Esperen un poco más –dijo mi papá. –Hay gente que dice la verdad y por decir la destierra. Uds. son como ellos.

Estuvimos parados en el puente de cemento construido sobre el riachuelo. Mi papá tomaba licor sentado encima del puente. Sus dos

piernas estaban separadas por una reja del borde del puente. Teníamos que esperar hasta que terminara de tomar. En el otro extremo del puente roncaba un borracho. La cantidad que tomaba mi papá era menos de una cuarta parte de la del borracho. Esa noche, mi papá tomó doble. La noche ya estaba avanzada. Los vecinos habían apagado las luces y dormían. Dos familias todavía no lo hacían: la del borracho y la nuestra. Me parecía que mi papá se moriría de la borrachera. Mi hermano tampoco se atrevió a quitarle la botella. Me imaginé el día que mi papá cerrara los ojos para siempre. La muerte era el fin de todo. El predicador de la iglesia de la loma era diferente. El hablaba de la dignidad, el sufrimiento y la salvación de los seres humanos. Yo no le podía comprender: la gente, después de la muerte, iniciaba otra vida. Para mi papá no existía la palabra 'dignidad' ni 'salvación', sólo existía "sufrimiento". Una vez vi el documento de compra y venta de esclavos, del que mi hermano había arreglado los moldes de imprenta. Mi papá no era el único que había sufrido. Mi papá y mi mamá querían que la vida de sus hijos fuera totalmente diferente de la de ellos. Pero, en la primera lucha ya habíamos perdido. Me imaginé mi último día de vida en este mundo. Quizás podría ser peor que el de mi papá. Mi papá, mi abuelo, mi bisabuelo y mi tatarabuelo y sus antepasados habían vivido según su época. Sentí que mi cuerpo era más pequeño que el de mi papá. Finalizaría mi vida como un pequeño payaso. Nadie quería darnos trabajo. No nos dejaban entrar en la fábrica. El presidente y su gente nos observaban desde la ventana de la Sala de Reunión. Ellos nos habían quitado el trabajo.

– A ver, reflexionemos de nuevo: –dijo mi papá. –sólo Uds. dos no más se quedaron. ¿Eso es? Al principio, los muchachos acordaron dejar el trabajo, ver al presidente y dialogar con él, pero esos mismos los traicionaron y, finalmente, se quedaron los dos. Eso es, ¿verdad?

– Ya no tomes más, papá –le dije.

– Han hecho bien.

De nuevo se llevó la botella a la boca.

– Han hecho bien Uds. y ellos también.

– Papá, nosotros nos vamos a casa primero.

– Bueno, vayan primero, y mándenme a su mamá.

– No es necesario. –Estaba cerca mi mamá, casi se tropezó con el borracho. –¡Qué bien! –dijo mi mamá. –Son dos, pero ni cuidan a su papá.

– Cállate. –Mi papá tiró la botella vacía al riachuelo. –Hoy estos muchachos han hecho algo bueno. Se encontraron con el presidente y le aconsejaron que, por el bien de la compañía, se necesitaba botar a algunos. Y

le dijeron que no exigieran que se les haga a los obreros lo que a él no le agradaría. Oigan, muchachos, ¿su mamá comprenderá qué significa esto?

– Papá, no fue así. –le interrumpí. –No pudimos ver a nadie. Alguien nos delató y fuimos despedidos.

– Es lo mismo. –insistió en voz alta. –Si hubieran visto al presidente, le habrían dicho así, ¿no? A ver, contesten. ¿Sí o no?

– Sí. –le contesté en voz baja.

– ¿Oíste? Oye, mi querida, ¿lo oíste?

– No te preocupes. –dijo mi mamá. –Estos son técnicos de primera clase. Podrán ganar dinero en cualquier fábrica.

– No sueñes lo imposible.

– ¿Cómo que mi sueño es imposible? Es bueno también cambiar el lugar de trabajo.

– Justamente eso es imposible. Ya todas las fábricas están avisadas. Son iguales. Ninguna los aceptaría. Debes saber qué es lo que han hecho hoy.

– Ya no más. Escandalizas demasiado como si hubieran cometido algún crimen.

– ¿Qué cosa?

– Vamos ya.

Mi hermano caminó por el puente de cemento a pasos largos, al final del puente levantó al borracho dormido y lo cargó. Temblaba por el peso pero no se cayó. Mi hermano, por esos días, no tenía apetito ni sueño, estaba con la lengua llagada. En las noches no dormía porque su mente se hallaba más lúcida de noche. Dejó al borracho, en la salita de su casa. La hija menor salió limpiándose los ojos y ayudó a tenderlo bien. Salimos del sendero y aspiramos profundamente el aire fresco de la noche. Mi mamá llevaba cargado a mi papá. Mi hermano se volteó y se masajeó la cabeza con ambas manos.

Los obreros como siempre pateaban la pelota en el pequeño patio. No voltearon la cara hacia nosotros. Pasados los veinte minutos, sudando, entraron al lugar de trabajo.

– ¡Qué cosas! –murmuró mi hermano.

– No vaya a cambiar en la noche. –dijo el hombre del carro.

– Si es 250,000 wones, no diremos nada. –le respondí.

Esa noche, el hombre del carro compró el resto del derecho de nuestro barrio. Compró todo a 250,000 wones y no a 220,000 wones como los otros inversionistas. Como de costumbre, esa noche Yongji

tocó la guitarra sentada delante de la violeta. Sacó dos flores, una la colocó en su guitarra y la otra en su cabello. No hizo otra cosa. Sólo tocó la guitarra. El hombre le ofreció un cigarro a mi papá.

— ¿Seguro a 250,000 wones? —preguntó mi mamá. El hombre de edad que acompañaba al del carro abrió un portafolio negro y le mostró dinero a mi mamá. El hombre del carro, sentado en la salita, redactó el documento de compra y venta. Mi mamá trajo de la habitación el sobre del documento y el sello. Mi papá apuntó su nombre Kim, Puli en la sección del vendedor y selló. El de edad no descifró bien el nombre de mi papá, tampoco comprendía qué significaba ese nombre lleno de dolores y sufrimientos. Mi mamá les pasó una por una las cosas que había guardado: la placa de aluminio con rayas de cuchillo, que indicaba la dirección, el Comunicado de Destrucción de la casa que le había causado tanto dolor al punto de que cada mañana en la mesa golpeaba tres veces su corazón, dos certificados que autentificaban el sello, sacados por primera y última vez para vender la casa a precio regalado, la Solicitud de Cambio de Nombre del Propietario ya firmado, dos constancias de domicilio con los nombres de los miembros de nuestra alicaída familia con los años de nacimiento.

Yongji, que estaba sentada frente a la violeta, bajó la cabeza. El hombre pasó el dinero; mi mamá se negó a recibirlo. Mi papá lo recibió. Lo tuvo en sus dos manos tres segundos exactos y se lo pasó a mi mamá. Ella lo recibió con ambas manos.

Al día siguiente, la mamá de Myongji contrató a unos hombres para que destruyeran la casa. Mi mamá le devolvió los 150,000 wones. Las dos estuvieron buen rato tomadas de las manos sin decir palabra. El camión llegó serpenteando el camino angosto y cargó los muebles y cosas de la familia de Myongji. La mamá de Myongji se enjugó las lágrimas con la punta de la falda.

— ¿Dios mío! ¿Qué es el amor y el cariño? —dijo la mamá de Myongji. — El amor es algo que no se puede olvidar fácilmente.

Sus palabras tuvieron el efecto del ají en nuestros ojos. El camión pasó por la casa, mi papá alzó la derecha y la bajó. En su mano izquierda tenía un libro, el libro de Chisup estaba manchado por la mano de mi papá. Mi papá y él eran de los que volaban fuera de órbita. Los dos hacían viaje de ida y vuelta a la luna varias veces al día.

— La vida es muy difícil. —dijo una vez mi papá. —Por eso, he decidido trabajar en el observatorio astronómico de la luna. Me ocuparé de los

lentes del telescopio. Como en la luna no hay polvo, no necesitaré limpiarlos a cada rato. Aún así se necesita cuidado.

– Papá, ¿crees que eso es posible? –le pregunté.

– ¿Qué aprendiste hasta ahora? –me volvió a preguntar. –Desde cuando Newton descubrió la ley de la gravedad han pasado tres siglos. Seguro que la estudiaste, ¿no? Se enseña en la primaria. Y ahora, hablas como si fueras un ignorante de las leyes básicas del universo.

– ¿Quién te llevará a la luna?

– Chisup escribió al Centro de Universo de Johnson que está en Houston, EE.UU. El administrador, el Sr. Ross, ya le contestará. Seguro que iré el próximo año a la luna junto a los especialistas del plan del universo.

– Devuélvele el libro. –le dije. –Y no le creas. Está loco.

– Mira la foto del libro. Este es Francis Bacon y este Robert Hutchings Goddard. Fueron calificados de locos en su época. ¿Sabes los grandes avances que hicieron esos locos?

– No lo sé.

– Veo que la educación que recibiste en la primaria fue una educación nula.

– Bueno, no importa. Pero, devuélvele el libro.

– Uds. esperan que yo me muera muy flaco después de sufrir toda la vida y hasta el último momento, ¿verdad? Desean que me muera sin poder respirar y exhausto por los trabajos pesados, ¿no?

– Piensa como quieras.

– ¿Por qué no aprenden de Chisup?

– Antes de que llegue la carta, voy a decir a Chisup que lance la bolita de hierro al aire. Necesitan ver ese espectáculo.

– ¿No la encontraste?

– No.

– Si no la encontraste, entonces, ¿por dónde anduviste toda la noche?

Agarré una piedrecita y la tiré al río. Mi mamá, agotada también, no siguió más con su regañina. Mi hermano la llevó abrazada. Entramos a casa. Era una mañana silenciosa. Unas cien casas fueron destruidas. Había muy pocas que quedaban todavía. Si no hubiera desaparecido Yongji, habríamos salido el día anterior de ese barrio. No teníamos por qué violar la fecha del ultimátum de destrucción.

Los últimos días en el barrio Hengbok fueron días de pesadilla para nosotros. Anduvimos por todas partes para localizar a Yongji. Na-

die la había visto. Salió de casa sin ningún maletín. Lo único que se llevó fue la guitarra con una cuerda menos y dos flores de violeta. Agarré una piedra un poco más grande y la tiré al río, esta vez tampoco pude oír su caída. Las pequeñas ondas avanzaban entre las hierbas acuáticas. Chisup venía cruzando el terreno vacío de la antigua peluquería, traía carne de res en la mano. Llegó a la puerta de nuestra casa y cogiendo la mano de mi papá entró. Mi papá le pasó la carne a mi mamá que estaba en la cocina. Pronto la cocina se llenó de humo. Mi hermano encendió el fuego, encogido a ras del suelo delante del fogón. Se levantó enjugándose las lágrimas y metió más leña al fogón. Mi mamá salió afuera para enjugarse las lágrimas. Esos días aprovechamos las maderas de la casa destruida de Myongji. Mi hermano hizo pedazos del marco lateral de la puerta principal y los metió al fogón. Mi papá tosió ligeramente y no conversó con Chisup. Este leía el libro que le había prestado a mi papá. Mi papá nos comentó una vez que Chisup había estado en la cárcel sin haber cometido delito alguno. El leía el libro sentado en la pequeña salita. Mi hermano y yo miramos afuera parados delante del muro de cemento. Como casi todas las casas fueron destruidas, se veía bien la Oficina del Barrio. Detrás de ella, se contemplaba la zona residencial limpia y muy bien arreglada, a su derecha se veía la avenida donde estaba el supermercado. Se veía también la panadería donde Yongji había trabajado. Mi hermanita, de verdad, era muy hermosa. Mi hermano y yo la observábamos desde la ventana de la panadería. Nadie creyó ni quiso creer que Yongji era la hija del enano. No la pudimos localizar hasta ese momento.

Desde la cocina olía a carne hervida y a carne asada. Mi mamá sacó la mesa portátil y la limpió. Frente a la Oficina del Barrio estaban unos hombres parados, tenían combos en sus manos. Todos ellos se dirigieron a mi casa atravesando los escombros. Aseguré la puerta. Mi mamá puso la mesa y mi hermano la llevó a la sala. Mi hermano estaba preocupado por mí, una preocupación inútil. Aunque ellos me golpearan con sus enormes martillos en la cabeza, yo no movería ni un dedo. Primero mi papá cogió la cuchara, Chisup que estaba a su lado también se sirvió. Mi mamá sentada en el borde del poyo tomó la sopa. Golpearon la puerta. Nadie les hizo caso. Seguimos sirviéndonos. No sabíamos dónde y qué comida se servía nuestra Yongji a esa misma hora. Todas las horas transcurridas desde los días de mis antepasados se empozaron en nuestra comida. Si agarraran y acuchillaran esas horas, caerían risas débiles y toses débiles en cada pedazo. Rompieron nuestro muro de ce-

mento. Primero se hizo un hueco y el muro cayó fácilmente. De allí se levantó polvo. Mi mamá se volteó hacia nosotros. Sin una palabra, seguimos comiendo. Mi papá sirvió la carne asada a mi hermano y a mí. Ellos, desde el otro lado del polvo de cemento, nos observaban. No entraron, esperaron que termináramos la comida. Mi mamá fue a la cocina y nos trajo agua de arroz. Mi papá y Chisup tomaron el agua. Cuando terminamos de tomarla, mi mamá llevó la mesa afuera. Mi hermano la siguió llevando en su hombro el bulto de los colchones, cobijas y ropa. Los de los combos nos seguían mirando desde el otro lado del muro destruido. Sacamos uno por uno todos los bultos que mi mamá había preparado. Mi mamá entró a la cocina y sacó los utensilios: cuchillo, madera para cortar las cosas, etc. Finalmente, salió mi papá. Cargó su bulto de herramientas. Delante de los comberos estaba un hombre que en vez del enorme martillo tenía papeles y lapicero. El vio a mi papá. Mi papá alzó la mano derecha, señaló la casa y se volteó. Los obreros empezaron a destruirla. Todos juntos la golpearon. Mi mamá le dio la espalda, y oía sólo el sonido del derrumbe. Al golpear la pared del norte, se cayó el techo. Al caer el techo, se levantó el polvo. Los hombres que estaban unos pasos alejados, esperando la caída total del techo, se juntaron para derribar otras paredes. Todo les era fácil. Dejaron los combos y se secaron el sudor. El hombre apuntó algo en el papel. Chisup, encargando el libro a mi papá, fue hacia ese hombre.

– ¿Qué ha hecho Ud.? –le preguntó.

El hombre después de unos segundos comprendió la pregunta, le contestó:

– La fecha de ultimátum era el 30, ¿verdad? Ya pasó esa fecha. Según la ley de Ejecución Administrativa hemos llevado a cabo la destrucción. No tengo nada más que decir respecto a eso.

El hombre iba a irse pero Chisup le habló rápido:

– ¿Sabe qué dirigió Ud.? Digamos por comodidad quinientos años, aunque pudiera ser más de mil años. Ud. acaba de destruir una casa construida hace más de quinientos años. No son cinco años sino quinientos.

– ¿Qué significa eso de quinientos años? –preguntó el hombre.

– ¿No lo sabe? –le preguntó Chisup.

– Retírese, ya.

– Ud. puso la trampa,. Si no es Ud., los mandamases de Ud. la pusieron. ¿No sabía que aquí más de cien familias habían formado sus nidos? ¿No pusieron Uds. la trampa? Vaya a decirles que yo le golpeé.

El hombre, que estaba medio indeciso, no logró voltear la cabeza.

El puño de Chisup le llegó exactamente a la cara. El hombre se llevó ambas manos al rostro y se encogió. Corría sangre por entre sus manos. Al hombre encogido, Chisup lo atacó aún más. El hombre cayó boca abajo. No hubo tiempo de detener a Chisup. Lo mismo pasó a los hombres de combo. Después de un momento, llegaron adonde Chisup, varios y al mismo tiempo lo golpearon, lo pisotearon y lo apalearon. Ahora nos tocaba a mi hermano y a mí. Pero mi papá nos detuvo.

– Déjenlos. –dijo él.

– Haz hablar al hombre que sabe.

Mi papá nos agarró de los brazos. La pelea terminó pronto, el hombre se levantó y Chisup estaba tendido en el suelo como muerto. La gente lo ayudó a levantarse. Mi mamá, de repente, se puso a temblar y llorar. Chisup tenía el rostro ensangrentado, desde la cabeza le chorreaba la sangre a la cara. Ellos lo llevaron. Tal como habían venido se fueron por los escombros. Pasaron por la Oficina del Barrio y se dirigieron a la avenida. Mi papá se volteó y le dio el libro a mi hermano y fue siguiéndolos. Su pequeña sombra lo siguió. Ya no podía aguantar más, el sueño me llegaba pesadamente. Saqué un pedazo de la puerta rota y me eché encima de él. Sintiendo el sol en mi espalda entré al mundo del sueño. Todo el mundo estaba raro excepto Chisup y mi familia. No. Mi papá y Chisup también estaban raros. Soñé bajo los rayos solares. Yongji echaba dos violetas al desagüe de la fábrica.

El búho del reloj de la sala cantó cuatro veces. Nunca he pasado velando una noche tan larga. Frente a una noche, mis diecisiete años eran muy largos. Pero mis años frente a los años de mis antepasados, de quienes me habló mi hermano mayor, son nada. Sin embargo, esos años de mis abuelos no significan nada. Mi papá dijo que iría a la luna y trabajaría en el observatorio astronómico. Desde la luna se podría ver las “Estrellas de Pelo”. Según el libro de Chisup, esas estrellas están más allá de cinco billones de años-luz. Frente a esos cinco billones de años-luz, mis diecisiete años son polvo. Mil años serían un grano de arena. No entiendo qué es lo eterno. Si la eternidad tiene algo que ver con la muerte, por medio de la muerte podría comprender algo.

Cuando pienso en la muerte, siempre me acuerdo de una escena. Es el horizonte de la tierra en el desierto. Al anochecer, hay viento mezclado con arena. En esa línea del horizonte estoy parada desnuda, con las piernas un poco abiertas, me abrazo, inclino mi cabeza y mis cabe-

llos tapan mi pecho. Cierro los ojos y cuento hasta diez, entonces desaparezo. Sólo queda el horizonte gris. Así es la muerte para mí, y esa muerte seguramente tiene relación con la eternidad. Nuestra vida es gris. Después de salir de mi casa, pude ver mejor mi casa desde fuera. Se veía la casa rodeada del color gris y mi familia más empequeñecida. Mi familia comía con las cabezas juntas y conversaba con las frentes juntas. No podía comprender porque sus voces eran muy bajas. Mi mamá, más pequeña que el tamaño verdadero de mi papá, al entrar a la cocina, alzó un momento la cabeza y miró el cielo. El cielo también estaba gris. No abandoné la casa para independizarme. Abandonarla no significaba mi libertad. Desde fuera observé la casa. Terrible. Como mis dos hermanos mayores, yo también tenía que dejar la escuela. En un libro adicional al texto leí cuando estudiaba: agua, agua, en donde sea agua, pero no se puede tomar ni una gota. El viejo marinero náufrago estaba en el mar. Estando en el agua tenía sed. Viendo desde fuera mi casa reducida y mi familia diminuta, pensé en ese marinero. Eran iguales.

Me levanté de la cama. La cama se movió, pero no me preocupé. El estaba profundamente dormido. Para asegurarme, una vez más abrí el frasco y empapé el pañuelo con su líquido agitándolo bien. Presioné el pañuelo suavemente en su boca y nariz y conté hasta diez. Me acordé del primer encuentro. Cuando el hombre de edad escribía el documento de compra y venta, estuvo parado a mi lado. Cuando mi papá apuntó su nombre y selló, siguió a mi lado. El día que nos llegó el Comunicado de la Destrucción fui a la Oficina del Barrio y allí lo vi por primera vez. Cuando mi mamá le entregó todas las cosas bien guardadas, se apartó de mí. Al voltearse, bajó su mano derecha y tocó ligeramente mi pecho. Mi mamá estaba con el dinero en sus manos. Nadie me vio salir. Aguanté las lágrimas, caminé por la callejuela junto al río y llegué a la Oficina del Barrio. No había nadie en ese momento. Los que habían estado como hormigas en la tarde habían desaparecido completamente. Su carro estaba al lado del tablero de avisos. Parada frente a su carro lo esperé. Rodeado por su gente venía conversando en voz alta. Al verme, se paró. El hombre de edad le pasó el portafolio negro. Se despidió de su gente y vino hacia mí.

— ¿Me esperaste? —me preguntó.

Moví la cabeza.

— ¿Por qué?

— ¿También está el nuestro adentro? —señalé el portafolio.

- Posiblemente.
- Vine siguiéndolo.
- ¿Qué quieres hacer?

No estaba preparada para esa pregunta.

- ¿Qué vas a hacer? Yo debo irme ya.
- Esa es nuestra casa. -Apenas pude decirle eso. Me miró.
- Ya no es de Uds. -dijo él. -La compré con mi dinero.

Sacó la llave y abrió la puerta del carro. Metió su portafolio negro adentro y subió al carro. Toqué la ventana con la palma. Abrió la puerta. Al subir a su carro me di cuenta de que estaba con la guitarra. La recibí y la colocó en el asiento trasero. En frente a la Oficina del Barrio dobló el carro en otra dirección. Me quedé medio echada en el asiento para esconderme.

- Puedes sentarte derecha - me dijo.

El carro dejó atrás el barrio Hengbok y ya estaba por abandonar la zona Nakwon. Mientras manejaba miró mi rostro. Cuando el semáforo estaba rojo, cogió la violeta de mi cabello, la olió y la colocó en el bolsillo superior izquierdo de su saco.

- Mi casa está en Yong-dong. Te dejaré en uno de estos lugares. Vuelve a tu casa.
- No quiero. Ya no tengo mi casa ni adonde ir.
- Entonces, ¿qué piensas hacer? ¿Vas a robar mi portafolio?
- Estoy pensando.
- Bien. -dijo él. -Te daré trabajo. Debes obedecerme. Si no, te boto. Te confieso que desde antes me fijé en ti, porque eres bonita. Pero, acuérdate que nunca debes decir 'no' delante de mí. Sí, sí, estoy dispuesto a pagarte mucho más de lo que estoy pagando a otros. Piénsalo bien y decide.

No tenía por qué pensar. Mi hermano mayor dijo que para construir nuestra casa se habían demorado mil años. Yo no comprendía entonces. Claro, él exageró algo, pero no era mentira. Mi mamá, cuando cumplí los diecisiete años, quería enseñarme los deberes tradicionales de las mujeres hacia el hogar y la familia. La pureza era uno de los valores que siempre destacaba. Mi mamá me recalcaba que no me perdonaría que pensara en los hombres escondidas. Si hubiera sabido qué vida llevaba yo después de salir de la casa, se habría ahorcado. El me trató con amabilidad. Lo primero que hizo fue mandar confeccionar vestidos para mí. Por una vez pidió varios vestidos. Quería arreglarme para él. Su

apartamento estaba en Yong-dong. Su oficina también. En su oficina yo hacía los recortes periodísticos relacionados con la vivienda, después los pegaba en el libro de recortes. Todos los días hacía lo mismo. Cuando no había artículos sobre la vivienda, pasaba horas leyendo otros artículos. Sus propagandas salían todos los días en los periódicos. 'Chamshil nos interesa a todos. Para toda consulta sobre los departamentos en Chamshil, llame ahora mismo. Euna es su consejera fiel de bienes raíces. -Bienes raíces Euna'. También hacía propaganda sobre la venta de casas. 'Zonas de Nuevo Chonhodaegyo, de Chamshil, y de la primera calle de Kangnam, zonas de desarrollo próspero. Casas a buen precio. Aprovechen esta gran oportunidad. -Vivienda Euna'.

Era un hombre que no temía nada, para él no había cosas imposibles, un hombre de veintinueve años. Los derechos de los departamentos que había comprado en nuestro barrio eran pequeñeces. Compró casi todos los derechos de los barrios destinados para el "redesarrollo" Muchos le hipotecaron terrenos de Yong-dong.

Su familia era rica. Me decía que lo que hacía era un simple entrenamiento. Pronto se incorporaría a la compañía de su papá y asumiría un cargo importante. Siempre que llegaba de noche al departamento llamaba a su casa. En el otro lado de la línea estaba su papá. Le informaba de todo y le pedía consejos cuadrado militarmente. Cuando terminaba de hablar, examinaba uno por uno los documentos preparados por sus empleados. Los derechos del departamento de nuestro barrio los vendió a 450,000 wones. Jamás me imaginé esa cifra. Creía que había comprado para vender con ganancia de 10,000 o 20,000 wones. Cuando trabajaba en la sala, la empleada de la casa le preparaba la comida y ponía la mesa. Esperaba que él terminara su trabajo. Su mamá la había enviado. El le pagaba más de la cuenta. Era para que no informara nada sobre mí a su familia. Después que llegué al departamento, ella ya no dormía allí. Tal como le prometí, no le dije nunca 'no'. Nadie se atrevía a decirle un 'no'. Yo convivía con un hombre de otro mundo. Eramos diferentes desde el nacimiento. Mi mamá me había dicho que mi primer llanto había sido un grito agudo. Quizás mi primer respiro fue tan caliente como las llamas del infierno. No había recibido buena nutrición en el vientre de mi madre. En cambio, su nacimiento era cálido. Si mi primer respiro brotaba de un dolor ácido en una llaga, el suyo era dulce y sin dolor. Nuestras vidas eran diferentes. El tenía mucho que escoger. En cambio,

mis hermanos y yo vivíamos contentos con lo que nos daban. Mi mamá nos vestía con la ropa sin bolsillos. El había crecido fuerte, mientras nosotros débiles. El me deseaba, siempre me deseaba. Todas las noches dormía desnuda. Todas las noches soñaba. En el sueño, mis hermanos trabajaban en otras fábricas. Mi papá hacía el viaje a la luna varias veces en un solo día. Semidormida y semidespierta, oía a mi mamá.

– Yongji, ¿qué haces después de abandonar la casa?

Entonces le contestaba:

– En su caja de seguro está nuestro derecho de departamento.

Lo coloqué en el fondo. Todavía no se ha vendido. Antes de que lo venda lo sacaré y volveré. Ya sé su número de seguro.

– ¿Quién te pidió que lo hicieras? Levántate y ponte la ropa.

– No puedo, mamá.

– Decidimos ir a Songnam. Levántate ya.

– No puedo.

– La hermana de tu bisabuela murió desnuda en la represa.

¿Sabes por qué? Se había acostado con el amo. El ama ordenó que la apalearan a muerte y arrojaran en ella.

– Mamá, yo soy diferente.

– Eres igual.

– Diferente.

– Igual.

– Diferente.

– Te arruinas por 'esto'. Siendo una niña todavía, te endulzas por 'esto'.

– Bueno, sí, me gusta.

– Perversa.

Me despertaba retorciendo todo el cuerpo en plena noche. El dormía profundamente y no se despertaba. Oía su esperma en mi cuerpo. El me quería. Me quería porque era niña. Me amaba ciento por ciento. Por esta razón, por lo menos, mi conciencia estaba libre.

Saqué nuestro derecho de departamento de su caja de seguridad. En esa caja había dinero, pistola y cuchillo. Saqué el cuchillo y dinero también. Me imaginé la figura de mi papá sentado, encogido, debajo del observatorio astronómico de la luna. Quizás ya habría visto la nebulosa de la “Estrella de Pelo”, más allá de cinco billones de años-luz. Cinco billones de años-luz eran una eternidad para mí. Sobre la eternidad no tengo nada que opinar. La noche se hizo interminable para mí. Aparté el pañuelo empapado de su rostro y tapé la botella. Medicina por la que me

agradecía infinitamente. La primera noche, cuando sufría mucho, esa medicina me anestesió y me hizo dormir. Por esta razón, no pude ver su rostro en el primer momento. Abrí el maletín de mano y confirmé lo que había dentro. Todo estaba en orden. Me vestí. Sentí el mareo. Abrí la puerta y fui a la sala. No lo miré. No había nada más que llevar. La misma ropa cuando salí de mi casa, los zapatos destaconados, la guitarra sin una cuerda que me había comprado mi hermano mayor ya no existía en esa casa. Respiré profundamente y abrí la puerta. Saliendo ya, la empujé. La puerta al cerrarse se aseguró automáticamente.

Todavía faltaba mucho para que se aclarara el día. Esperé el taxi en frente del bloque de apartamentos. El taxi con los focos delanteros encendidos corrió por la avenida vacía de Yong-dong. De nuevo sentí el mareo. Cerré los ojos. Antes de que cruzara el Tercer Puente del río Hangang le pedí al taxista que se detuviera un momento. Salí. El aire de la mañana refrescó mi mente todavía confusa. Me apoyé en el borde del puente y observé el río que pasaba reflejando las primeras luces del día. El taxista me siguió y se apoyó en el borde también. Mirándome se puso a fumar. Ya llegaba el día. Ese invierno, cuando mi papá estuvo en cama, mi mamá trabajaba de obrera en una construcción. Ahora veía el color del alba que mi mamá en ese invierno había presenciado diariamente al salir de casa. Se oía el agudo ruido metálico del motor del barco que recogía ripios. El taxi pasó por el túnel de la montaña Nam-san y atravesó el centro. Los pescadores todavía estaban dormidos. En las calles de Seúl no existe la benevolencia. Me bajé en Nakwon-gu. Maté el tiempo caminando por las calles y callejuelas de la zona. Luego llegué a una cafetería y pedí un té. Tomando el té, saqué el documento de compra venta donde había sellado mi papá y lo rompí. Cuando éramos niños, ese barrio era un campo de cultivo de verduras. Salí de la cafetería y caminé por la calle pavimentada y recién construida sobre el campo de verduras. Ya no necesitaba vagar más para pasar el tiempo. Me dirigí a la Oficina del Barrio de Hengbok-dong. Estaba lleno de gente aunque todavía eran las primeras horas de labor. Cuando me coloqué al final de la cola, el empleado de la Sección de Construcción me miró. Dejó de trabajar y se fijó en mí un buen rato.

– Hija del enano, ¿verdad?

Los empleados cuchichearon algo. Estuve serena y esperé mi turno. Se oían ruidos: ruido de sillas, ruido de la caída de la placa de aluminio de la dirección, risas. Saqué la placa de aluminio de la dirección,

todavía era visible la huella del cuchillazo de mi mamá, lo acaricié. Al fin llegó mi turno.

– ¿Qué pasó? –me preguntó el empleado de la Sección de Construcción.

–¿Sabes que se mudaron?

– Sí. –le contesté. –Vine para recoger el documento de Confirmación de Destrucción.

– ¿Para qué necesita ese documento? –Me miró atontado. –¿No vendieron el derecho? Después de vender, ¿para qué necesitan reclamar el documento?

– Lo compró ese hombre del carro. –Comentó su compañero. Estuve llamada unos segundos.

– ¿A qué lado pertenece? –pregunté. –Los que debemos vivir en el departamento somos nosotros.

– En eso sí tiene toda la razón. –El empleado miró a su compañero. Se encogieron de hombros.

– ¿Tiene documentos?

– ¿Para qué pides documentos si ellos son los dueños? Si tiene el Comunicado de la Destrucción Voluntaria y la placa de dirección, basta. Si los tiene, no hay problema.

– Aquí los tiene.

Le entregué el documento y la placa de dirección. Los dos los compararon con su lista. El compañero del hombre de la Sección de Construcción tiró la placa a una caja grande, donde había muchas. La nuestra cayó con un sonido metálico ligero. El empleado de la Construcción me dio el formulario de Confirmación de Destrucción. Llené el formulario.

El nombre de mi papá, su número de ciudadanía, su fecha de nacimiento, el año de la construcción de la casa, etc. Me temblaron las manos, no podía escribir bien. Pensé un momento que estaba débil. Como decía mi hermano mayor, era llorona desde niña. Las lágrimas me impidieron escribir, después de un rato pude terminar. Presenté el documento al empleado de la Sección de Construcción.

No.	458	Confirmación de Destrucción de la Construcción Ilegal		Período de trámite	
				Inmediato	
Solicitante	Nombre	No. de ciudadanía	Fecha de nacimiento		
	Kim, Puli	123459-123456	11-3-1929		
	Dirección	1839-46 Hengbok-dong Nakwon-gu Seúl			
	Dirección Permanente	276 Hengbok-ri Hengbok-myon Nakwon-gun Kyonggi-do			
	Dirección de la construcción destruida	1839-46 Henbok-dong Nakwon-gu Seúl			
	Calidad del solicitante	Propietario (x) Inquilino ()			
	Fecha de destrucciónde 1979	Fecha de construcción ilegal	8-5-196x	
	Uso	Para la solicitud de ingreso al apartamento			
Se suplica la confirmación de lo escrito arriba 7 de octubre del año 197x.					
Solicitante: Kim, Puli					
Se confirma lo arriba escrito el 7 de octubre del año 197x.					
Jefe Oficina del Barrio Hengbok					

- No sé cuándo destruyeron la casa. -le dije.

El empleado me preguntó mirándome fijamente:

– ¿Dónde ha estado?

No le contesté nada. Apuntó: 1ro. de octubre de 197x.

– ¿No sabes adónde se mudaron?

– No.

– ¿Nadie te avisó?

Sentí que perdía toda la fuerza de mis piernas. Puse la mano en el rincón del escritorio para apoyarme. El colega le codeó al empleado de la Sección de Construcción. El selló al lado de 'Se confirma lo escrito arriba' y lo pasó al Jefe Administrativo ubicado en la parte interior. Salí de la cola. Me toqué la frente. Tenía un poco de fiebre en todo el cuerpo. El Jefe de la Administración se paró y me llamó con la mano. Estampó el sello del 'Jefe de la Oficina del Barrio Hengbok-dong'. Antes de devolverme el documento me llevó a la ventana. Señaló el barrio que estaba debajo de la viña en otro lado de la avenida.

– La tercera desde arriba. –dijo él. –Busca a la señora. Se llama Sra. Yun, Shine. Ella desde antes conocía bien a tu papá. Venía acá varias veces en un solo día para saber algo de ti.

– La conozco. –le comenté. –Pasaré por la Oficina Zonal y luego a la Oficina de la Corporación de la Vivienda. Después iré a visitarla.

– Ella te dirá todo. Es muy buena.

– Gracias por la información.

Me despedí y salí. Mientras conversaba con el jefe, los empleados me miraban. Querían decirme algo. No podía quedarme más allí.

Salí a la avenida y tomé el taxi. Al pasar por el supermercado vi la panadería. Otras chicas hacían el trabajo que antes yo hacía. Si allí volteaba la cabeza, podía ver nuestro barrio. Pero resistí. No me atreví a mirarlo. El trámite en la Oficina Zonal había terminado relativamente rápido. Me acerqué a la Sección de Vivienda, presenté el documento de Confirmación de Destrucción de la casa y solicité el ingreso al departamento. Al bajar la gradería de la Oficina Zonal, sentí un fuerte mareo. Parecía que había vivido años fuera de mi casa.

Por él me debilité más. Desde que salí de mi casa no pude dormir bien. Pero yo ya era una desnutrida desde el vientre de mi madre y después de mi nacimiento continuó esta situación. La comida durante los días que me hallaba con él era suculenta; sin embargo, estaba lejos de nutrirme. No por la presión mental que sufría, él me alimentaba bien aunque después me quitó las calorías del alimento. La velada de la no-

che también me afectó. Quería echarme donde fuera: terminaré todo esto pronto e iré a la casa de la Sra. Shine, ella me dará la dirección de mi familia.

Recorrí de nuevo la ruta de la mañana. Esta vez, al revés: pasé por el túnel debajo de Namsan y luego crucé por el Tercer Puente del río Hangang. Su departamento se veía en el desierto. Abrí el maletín y toqué el cuchillo que estaba adentro. El mango era de marfil y tenía incrustada una pequeña bolita de fierro. Si la presionaba se abría el cuchillo. Me bajé frente a la entrada del edificio de la Oficina de Vivienda. Mucha gente caminaba hacia la puerta principal, formé parte de la multitud, no caminaba, avanzaba empujada por la gente. Llegué así al patio del edificio. El edificio blanco brillaba por la luz solar. Como si hubiera una fiesta, había toldos en el patio. Me coloqué en la fila de los solicitantes. Llegó mi turno y el empleado me pidió la aceptación de la ciudad. Luego me dio el formulario de la solicitud. Saliendo de la fila eché un vistazo a esa hoja. Una de las condiciones de alquiler: "El solicitante y el ocupante deben ser la misma persona, no se puede alquilar ni podrá ser usado como garantía". No había ningún problema. Llené la solicitud: el nombre de mi papá, la dirección, el número de cédula. Me temblaron las manos y las piernas, apenas pude terminar. Luego fui a la otra fila. Yo era la única vecina verdadera de la zona. Aun así, el empleado preguntaba a todos:

– ¿Lo compró? –preguntaba por preguntar pues sabía todo. Sin embargo, la gente no le contestaba rápidamente.

– ¿Lo compró? –me preguntó también.

Si no hubiera estado mal, le habría contestado que "sí". Era un hombre desagradable y antipático. Me sentí muy mal. No le contesté. El empleado engrapó la solicitud, la aceptación de la ciudad y la constancia de domicilio. Luego selló todos los papeles. Lo recibí. Al voltear, me escondí: estaba él delante de su carro. Fui a otro lado de la fila y observé. Estaba de pie, muy saludable. Esperé hasta que se marchara. Si me hubiera encontrado con él, lo hubiera matado. El nunca habría pensado en la muerte. Tampoco entendería cómo eran los sufrimientos humanos y qué era la desesperación. Nunca habría oído el ruido de los pocillos vacíos, ni el castañeteo de las manos, pies, rodillas y dientes a causa del frío. Tampoco habría escuchado los gemidos que lancé al aceptarlo desnuda. El estaba junto a esos que sellaban a la gente con hierro candente. Abrí el maletín y toqué el cuchillo. El alzó la mano. Salió un hombre del edificio,

le saludó, se estrecharon las manos y lo invitó a su carro, que se movió empujando a la gente a ambos lados y desapareció del patio del edificio. Me asomaron las lágrimas. Era demasiado poderoso.

Seguí a la gente y entré a la Sección de Administración. También había cola. Esperé tocándome la frente.

– ¿Le duele? –me preguntó el empleado.

– No es gran cosa.

Le entregué los documentos. Los tomó y me entregó el recibo apuntando el número. Me dijo que fuera a pagar a la contaduría. Una señora me dio un vaso de agua que me la tomé. Los de la contaduría no me preguntaron nada. Contaron el dinero y sellaron el recibo.

– ¡Por fin! –exclamé.

La gente me miró. ¿Me habrían reconocido?

Salí de la oficina. Llegué a la casa de la Sra. Shine, por milagro no me caí al suelo. Tocando el timbre de su casa, miré nuestro barrio. Ya no había casas, ni la nuestra, ni las de los vecinos. No había dique, ni la chimenea de la fábrica de ladrillos, ni el caminito de la cuesta. No había rastros de la familia del enano: el enano, su esposa, sus dos hijos y la hija. Todo era un desierto. La señora Shine salió y llamó inmediatamente a su hija. Me abrazaron. Ni pude decirles “¿Cómo les va?”. Una vez ella había abrazado a mi papá como ahora a mí. Me llevaron a la habitación y me tendieron en la cama. La hija trajo una toalla mojada y la señora me aflojó el vestido. Me trató como a una hija. Me limpió la cara con la toalla, lavó mis manos y pies y me tapó con la cobija gruesa.

– Gracias, señora. –le dije, apenas abriendo los ojos.

– No hay de qué. –dijo ella. –Iré por el médico. Hoy no hables nada.

– Estoy bien. –le dije. Los párpados se me caían. –Es que no dormí anoche. Tengo sueño. Eso es todo.

– Entonces, duerme, duerme bastante.

– Recuperé lo que nos quitaron.

– Bien hecho.

– Ya hice todo el papeleo.

– Has hecho bien.

– ¿Sabe dónde viven?

– Claro que sí.

– Me encontré con el Director de Administración de la Oficina Zonal. – le comenté entre el sueño y la realidad. –Me dijo que Ud. me informaría todo.

- ¿No dijo más?
- ¿Por qué? ¿Había algo?
- Duérmete primero, después conversaremos
- Antes de saberlo todo, no podré dormirme

Abrió de nuevo los ojos. La hija de la señora salió afuera, iba por el médico. Comentó la señora:

- Desde que desapareciste, tus familiares te buscaron como locos. Mira allí desde la ventana. Allí donde estaba tu casa, tu mamá estaba de pie. Después de ti desapareció tu papá. Tenían que trasladarse a Songnam pero no hallaban a tu papá. ¿Para qué contarte todo en detalle? En fin, tu papá se murió. Encontraron el cuerpo de tu papá en la profundidad de la chimenea cuando los obreros destruían la fábrica.

Pero -yo no podía levantarme. Cerrados los ojos estaba echada como un gusano herido. No podía respirar. Golpeé mi pecho. Estaba mi papá enfrente de la casa. Mi papá era bajito. Mi mamá lo cargó en su espalda y llegó a casa por el recoveco, caían gotas de sangre. Llamé a mis hermanos en voz alta. Salieron corriendo. Miramos el cielo desde nuestro patio. Una pelota negra de hierro voló atravesando el cielo horizontalmente. Mi papá, encima de la chimenea de la fábrica de ladrillos, alzó la mano. Mi mamá puso la mesa en el borde de la salita. Entraba el médico. La señora me tomó de la mano. Un llanto brotó de mi garganta con un profundo alarido ¡aaaaaa.....!

- No llores, Yongji. -decía mi hermano mayor. -Por favor, no llores, te oirán.

Pero no podía dejar de llorar.

- ¿A ti no te da cólera?
- Cállate.
- Mata a todos los malvados que llaman "enano" a papá.
- Sí, los voy a matar.
- ¿Prometido?
- Prometido.
- Sin falta.

CATARSIS

MUHYON LI

1

- ¿Alguna vez ha tenido hongos?
- Claro, hongos en el sexo cuando estaba en el servicio militar.
- ¿Tenía ganas de rascarse?
- Ni hablar. Cuando me rascaba, me sentía fresco. No pensaba en nada.
- Pero, ¿esa sensación no era muy efímera? Después le habría sangrado, dolido y no habría podido caminar.
- Pero, ¿por qué hablamos sobre algo sucio? Ya se me fue el sabor del licor, señorita
- Coña.
- Srta. Coña, Ud. no es una buena comerciante.
- El sabor del licor es igual en cualquier lugar. ¿No sabe que en esta casa se vende el licor no por su sabor, sino por mi modo de expresarme como un bocadillo acompañante del licor?
- Entonces, debo cambiar el bocadillo acompañante del licor.
- Como quiera. ¿Y el licor? ¿Va a seguir con el mismo?
- Quizás.
- El acompañante debe ser adecuado al licor.
- No siempre. El licor debe adecuarse al acompañante.
- ¿No quiere un cóctel? No estaría mal uno.
- Entonces dos, por favor. Uno para mí y otro para Ud. Pero de buen color y sabor.
- ¿Uno claro como el agua cristalina o como el pus?
- ¿Qué tiene? ¿Quiere perder su negocio, señorita...?

- Coña.

- Ah, sí., Coña.

- No tengo ninguna intención. Como el cuerpo tiene un líquido claro y otro no claro, los comparé con el cóctel. Eso es todo. Bueno, el acompañante especial, gratis. Le preparé un cóctel latinoamericano. Una mezcla de café con crema. Su color es muy atractivo. No, más bien, sensual.

Ese día estaba muy cansado. Todo el día en clases, reuniones y llamadas telefónicas. Me sentía agotado de tanto sube y baja del primero al cuarto piso. Cuando ya iba a salir, sonó el teléfono: mi mamá, que estaba de visita en la casa de mi hermana, había sido hospitalizada de nuevo. Estaba de mal humor; quería regresar a casa, descansar y luego escribir el comentario de las obras publicadas este mes para una revista literaria. Pero si esto se lo contaba a mi esposa es seguro que recibiría yo un sermón. Le dije que avisara al hospital que estaba incomunicado y colgué el teléfono con el pretexto de que estaba muy ocupado. Me senté en la silla y escribí el artículo. Sería quizás por el cansancio, me salía la crítica totalmente negativa a pesar de que mis apuntes no decían eso. "Es erróneo juzgar que el simple hecho de violar con disparates la retórica poética establecida pueda justificarse como nuevo estilo. Un lenguaje, aunque esté cargado de la imagen poética, si no llega al lector, no es poema, sino basura." Estaba desfogándome. Pero en cierto sentido tenía razón, porque hoy en día hay jóvenes que escriben una tontería que no vale nada y se justifican con una teoría poética o con el posmodernismo no entendido correctamente. Me dio asco. Sentí náuseas, cansancio y tuve deseo de tomarme un trago. El alcohol que ingeriría en ese momento tendría efecto de 120%. Tenía ganas de ir a alguna licorería desconocida, emborracharme.

Fui a Myongdong. Hacía tiempo que no iba. Paseé por las callejuelas recordando mi época de estudiante universitario en la década del 60. En vano traté de encontrar algún establecimiento conocido. ¡Qué raro! Tampoco vi a alguien conocido entre tanta gente. Sentí cierta frescura. La calle me pareció vacía a pesar del gentío. Llegó a mis ojos un letrero: "Chagung". Parecía un pequeño bar. Recordé la cafetería donde frecuentaba a Young, con sus colecciones de tazas de todo el mundo. Entré. Me senté en un rincón. Pedí un güisqui con cubos de hielo, pero se me subió inmediatamente. Me sentí ebrio. Cuando ya estaba con el segundo vaso, apareció ella. Aunque trataba de no demostrarlo, era una mujer lógica. Me sentí como un viajero en un lugar desconocido y de

nuevo sentí la frescura de la mujer. Estaba ya borracho. Hablaba que hablaba disparates sin poder pronunciar bien 'a', 'o', 'u' ante una mujer desconocida que tampoco me conocía. Pero la mujer comprendía todo lo que hablaba yo, aunque los temas eran variados. De repente, sentí la necesidad de volver a ser yo. Comí los bocadillos y tomé agua para superar la borrachera. Ante una mujer inteligente, no debía proferir más disparates. Reflexioné sobre mi comportamiento y mi verborrea, pero la lengua seguía trabándoseme. En ese momento ella se acercó a preguntarme algo.

Pasaron los días ocupados entre idas y vueltas de la casa a la universidad y además el hospital. Como hoy era un día relativamente desocupado, estaba yendo a la sauna para descansar. Al llegar a la puerta trasera de la universidad, hallé la pestilencia. En un rincón del campo de la universidad había basura amontonada. Daba asco. Recordé en ese instante que los baños y los pasillos de la universidad también estaban sucios. En el muro sobre la basura había un dazibao del sindicato de los trabajadores no docentes. Aunque tuvieran toda la razón, su modo de protestar no me parecía adecuado. Este local era una universidad. Y, ¿cómo pueden hacer este tipo de protestas? Un centro de educación superior adonde diariamente llegan decenas de miles de personas: estudiantes, profesores, empleados y visitantes, convertido en un basural. Esa es la realidad coreana de hoy. Los empleados y la oficina de la patronal en pleno jaleo, las autoridades universitarias con las manos cruzadas, los estudiantes —son expertos en las protestas inútiles— silenciosos, los profesores criticones como yo... Me tapé la nariz y salí corriendo, escapándome de la basura. De repente, recordé la crítica que había escrito con palabras indecentes: basura, trapo sucio,... Pero como la había enviado a última hora a la imprenta, ya la habrían colocado en la columna fija y a lo mejor hoy ya estaría publicado el libro. No debí haber escrito estando cansado. Fue una metida de pata. Pero, ¿cuándo no estoy cansado? Otra vez, me sentí cansado y preocupado, me había sumido en la depresión.

— ¿Cómo está profesor?

— ¡Ah! Bien; pero es que...

— ¿No me reconoce? Soy Conchita Li, egresada del Departamento de Inglés. De estudiante era su admiradora y andaba matriculándome en su curso. ¡Qué desilusionada que estoy porque el profesor que era nuestro ídolo no me reconoce!

- Me haces avergonzar. ¿Como pudiste admirar a un casado?
- Y, ¿eso qué? De haber sido soltero, me hubiera propuesto matrimonio, entonces sí habría sido un problema.
- Verdad. Pero no eras sólo tú sino todas ustedes, ¿sí? ¡Qué interesante! Yo también te recuerdo como una ex alumna y no como la Srta. Conchita Li. Y, ahora, ¿qué haces?
- Que lo admiraba ya es pasado. Ahora, como estoy en apuros, ni puedo pensar en el verbo admirar. Este es el último año. Ya no tengo tiempo.
- Todavía eres joven. Casarse tarde no es nada malo. ¿Acaso hay un límite para el matrimonio?
- Profesor, ¿de qué habla Ud.? No hablo del matrimonio, sino de la tesis.
- ¿La tesis doctoral?
- ¿Por qué se sorprende tanto? ¿Hay algo malo?
- No, no es esto.
- ¿Está ocupado? Si tiene tiempo, invíteme un té.
- ¿Té? Más bien, ¿qué tal el licor?
- Ud. siempre es galante. En realidad quería decirle licor, pero por respeto a un profesor de edad, no me atreví.
- ¿De edad? Entonces, no. Si me consideras viejo, no te invito.
- Mejor todavía. Yo le invito a Ud. ¿De acuerdo? Profesor, nunca me olvidó de ese día cuando Ud. me invitó té con güisqui en una cafetería en Myongdong. Allí lo probé por primera vez. Ese día Ud. estaba muy romántico. ¿No se acuerda? Fue un día de otoño.

Fuimos a un restaurante cercano de comida occidental. Estaba limpio. Como a los universitarios de hoy no les gusta un restaurante tranquilo y limpio, casi nunca había gente. Algunos decían que no tenían clientela por el precio elevado, pero a mí me pareció que cualquier restaurante coreano menos elegante que éste siempre era más caro: por una tortilla de cebolla larga, una cacerola, un poco de aguardiente y un pocillo de arroz se pagaba casi igual a un plato de carne de res con cervezas en un restaurante occidental. Es que como muchos oriundos de Choldo y Kyongsangdo tenían restaurantes en Seúl, habían impuesto su sazón picante, y la gente, poco a poco, había llegado a acostumbrarse a la comida fuerte y ya no le gustaba una sosa como la occidental. Además, en nuestra época casi todos éramos de Seúl y no teníamos porqué ir a un restaurante a comer los mismos platos, por esta razón preferíamos un restaurante occidental. Mientras ahora, casi la mitad de Seúl es de otras provincias. Y lo chistoso es que los universitarios ya no comen en

casa, para ellos la comida de casa es algo especial ahora. En el caso de los profesores, sucedía lo mismo. Estos aumentaron masivamente, aunque hayan estudiado en Seúl o en el exterior, si son del campo, con gusto comen la comida coreana. Habría que esperar por lo menos tres generaciones para cambiar el gusto culinario.

– Le gusta la comida occidental, ¿no? A mí también.

– No por la comida, sino que este tipo de restaurantes es más elegante y limpio. Además, no apesta y no hay bulla. Actualmente nadie se muere de hambre. Si uno va al restaurante, no es para llenar su estómago. ¿No vez que ahora tenemos el producto nacional bruto muy alto?

– Fue mejor esa época cuando lo perseguíamos por sus clases, aunque no habíamos aún alcanzado el desarrollo económico. Estábamos menos dañados.

– Ante un viejo hablas como una vieja. Falta de respeto a las canas.

– Le gusta la cerveza, ¿verdad?

– Sabes de todo. ¿Trabajas en la Agencia de Información Nacional?

– Ya no se llama así, es Agencia de Seguridad Nacional. ¿Sabe por qué hasta los perros detestan el excremento de un profesor?

– No sé. Además ahora hasta los perros tienen el paladar más fino y ya no comen excrementos.

– Basta ya. ¿Por qué hablamos de excrementos esperando la comida?

– Como es acompañante del licor, no nos afectará. Oiga, tráiganos cervezas.

De repente, recordé el bar de esa noche. La mujer había dicho que sus palabras eran el plato acompañante más rico de su casa. Tenía razón: sus palabras (su manera de responder) eran muy interesantes. Y el cóctel sensual tenía un sabor muy especial. ¿Qué tipo de mujer sería ella? No le cuadraba bien su oficio: dueña de un bar. No tenía mucha clientela. Tenía ganas de volver allí y averiguarlo todo. Ese día hablé mucho creyendo que no iba a volver. No debí hablar tanto. La imagen del bar y de su dueña se había grabado como una foto en mi mente.

– Sigo leyendo sus artículos con ahínco.

– ¿Qué artículos?

– Sus comentarios en la revista literaria. ¿No es Ud. el autor? Esa crítica mensual...

– ¡Ah! Te refieres a esa. ¿A esa la llamas artículo?

Yo me sorprendí. Me puse rojo en un instante como si ella hubiera descubierto mi enfermedad secreta.

– Después de graduarme fui a EE.UU. donde terminé la maestría en cua-

tro años, pero me cansé de vivir allí. Echaba de menos nuestro queridísimo alfabeto de Sechong. Podía haberme olvidado de nuestras letras pero como estaba suscrita a dos revistas literarias, no era posible... Por sus artículos en esas revistas siempre lo sentía a Ud. muy cerca. Ya no podía aguantar más y preferí regresar inmediatamente.

– No te comprendo bien. A ver, explícate mejor.

– Es que quería escribir novelas. Pero el retorno no me sirvió de nada. De haber tenido esa vocación ya hubiera comenzado desde cuando llevaba los cursos de Literatura Coreana. Otra vez pasó el tiempo en vano e ingresé al doctorado.

De nuevo me sorprendí. Sentí que se abría esa vieja llaga. Ya he vivido más de la mitad de un siglo, ahora me tratan como a un viejo profesor, sin embargo todavía soy un principiante de la literatura. Siempre me siento huraño y emocionado ante la literatura. Nadie sabe que mi amor eterno es la literatura.

– Ya se acabó mi amor unilateral hacia la novela. Sólo me queda finalizar la tesis. No debo pensar en otras cosas y sólo preocuparme por escribirla bien.

– ¡Qué raro! ¿Por qué no te habría visto ni una vez estando en el mismo campus?

– Quizás yo evitaría el encuentro.

– ¿Por qué?

– Porque Ud. es casado.

– ¿No dijiste que me querías por ser casado?

– En ese entonces yo era una estrella como Jane March.

– ¿Qué, qué macha?

– ¡Ay, profesor! La heroína de *El amante* de Duras. Una muchachita de dieciocho años. También tenía esa juventud, pero ahora soy una soltera de edad, por no decir solterona, ¿qué hago si de verdad me enamoro de Ud.? Claro que a mí no me afecta.

– Eres elocuente. De veras me alegro de verte de nuevo. Y, ¿cuál es el tema de tu tesis?

– Se trata de la traducción. Al principio creía que era algo sencillo, pero, ¡qué va! Debo leer muchas obras de todos los géneros, y también libros de teoría literaria, lingüística diacrónica, psicología, sociología, antropología, etc. Gracias al tema, estudié mucho pero gasté tanto tiempo. Además, como hay una fecha límite para la presentación de la tesis, siempre me siento perseguida por el tiempo.

– Pero, como dices, gracias a eso has podido estudiar bastante. Eso tiene

más valor en comparación con esos estudios de los especialistas en un autor o, en el peor de los casos, especialistas en una obra de un autor.

– Pero, también hay desventajas. Mi conocimiento es bastante superficial. Abarco mucho cuantitativamente pero no ahondo cualitativamente.

– ¡Qué profundidad! Mira, hay doctores que trabajan sobre una obra insignificante de un autor. En vez de estudiar así, valen más tus estudios. ¿Habrías hecho también la traducción?

– Sí, bastante. Para estudiar y ganar dinero al mismo tiempo. Unas horitas de clase de inglés no alcanza ni para el arroz.

– ¿Las mujeres también se preocupan por el arroz?

– ¡Cómo que no! ¿Acaso las mujeres no comemos?

– Si eres aficionada a las novelas, no debes tratar de comer algo rico o sustancioso.

– En el mundo actual, nadie vive alimentándose sólo de hierbas, ni los doctores pueden sobrevivir. Si sólo el traducir quita las energías, crear una novela requerirá más todavía.

– Traducir obras ajenas es difícil, pero escribir lo propio no es tan difícil. Pero creo que no he visto tu nombre impreso en las novelas traducidas. Quizás no las leo tanto como las novelas coreanas.

– Es que es algo irónico. Los comerciantes, preocupados de no poder vender con mi nombre de traductora, ponen otros nombres de fama. Para mí, mejor, porque estudio, gano y no me responsabilizo.

– Alguien dijo que por muy corrupto que sea, un funcionario público es mucho más gente que cualquier comerciante con aspecto de caballero. Claro que ese alguien era un funcionario público y yo diría que por muy inmoral que sea, un profesor es más moral que cualquier funcionario público. ¿Tengo razón o no? Entonces, escribe la novela para que tu nombre salga en letras de imprenta. Te la elogiaré.

– ¿Cuándo Ud. elogió alguna obra? Siempre su crítica es negativa. Claro, dicen que en eso está lo bueno de la crítica. ¿Qué tal si me dedico a la crítica para basurear todas las obras, para desfogarme?

– Ya, ya, ya basta. Tomemos no más. A ver, ¡salud! ¡Por nuestro desfogue!

Mientras saboreábamos la carne de res y de chanco, tomamos una botella de cerveza cada uno. Yo no sabía que las mujeres tuvieran las mismas preocupaciones que los hombres. Pero, como yo sí soy hombre, debo llevar el peso de la familia. En esa época de profesor de tiempo parcial andaba agotado: trabajaba en varias universidades y preparaba la tesis doctoral. Pero, ella, ¿por qué vive así si es una mujer? Terminamos

nuestro reencuentro con un café. Podía adivinar más o menos a qué promoción pertenecía pero no podía adivinar su edad. Adivinar la edad de las mujeres es sumamente difícil. En general, las chicas estudiosas no se pintaban y por tanto se veían más jóvenes que las chicas pintarrajeadas. Pero no siempre este método da resultados. No comprendo a las chicas que se untan cremas sobre cremas teniendo un cutis fino. En las de edad avanzada, es comprensible; pero la juventud siempre es bella por el mero hecho de ser joven.

Eran las ocho. Llegó un bus y subí a él sin fijarme en su itinerario. Ya adentro, vi que su destino era Kepodong vía el centro. En la parada del centro bajé en Midopa y me dirigí a Myongdong después de una pequeña vacilación. Myongdong me era familiar. Tenía decidida la meta final y eso hizo ligeros mis pasos. Todavía me sentía bien entre la multitud de jóvenes. Aunque alguien fuera conocido, ¡qué importaba! A mi edad de más de cincuenta, muchos me pueden conocer. He vivido bastante tiempo, pero, qué raro, no me aburro de tanto tiempo. De universitario, ansiaba llegar a mis treinta, pero ahora ya con veinte años más de esa edad ansiada, ¿qué cambios tengo? Nada. Lo único diferente es que el tiempo que me queda es menos que el tiempo recorrido, y eso afecta mi ánimo. Después de errar por las callejuelas, encontré ese bar. Chagung. ¡Qué chistoso su nombre! Es un juego de palabras. Alargando la primera sílaba Chagung significa el palacio violeta, un lugar elegante, bello, cómodo y floreado. Y pronunciándolo sin alargamiento de la primera sílaba, Chagung significa el lugar más escondido del cuerpo femenino, un lugar bello y secreto. Y a esa dueña de dos caras le va muy bien el doble significado del letrero: noble pero grosera, que sabe mucho pero que no sabe nada, no bonita pero atractiva. Abrí la puerta con deseo de descubrir algo. Tampoco había mucha gente. Todos bebían licor en un ambiente tranquilo y cómodo. Conversaban en voz baja. La sala era clara y abierta como una cafetería. Observé bien todo porque la vez pasada no había podido hacerlo. Fui al mismo lugar. El mozo me saludó y preguntó:

– ¿Desea lo mismo?

– Sí, por favor.

¡Qué buena memoria tiene ese chico! Es su oficio, cierto, sin embargo... Tomando la segunda copa miré a mi alrededor, entonces me dijo:

– No viene hoy.

Otra sorpresa. ¿Cómo adivinó que la buscaba?

- ¿No trabaja todos los días?
- Cómo no, si ella es la dueña. Sólo descansa tres días desde fines del mes hasta el primer día de cada mes.
- ¿Por qué?
- No sé. No le pregunté ni me explicó el porqué.
- ¿Hace mucho tiempo que funciona este bar? Es que ése era el primer día de mi salida a Myongdong desde hace tiempo. Claro, cuando era universitario frecuentaba este barrio. Me parecía que así podía disfrutar de algo romántico y sentirme feliz.
- Cambió mucho, verdad? Ya no hay ese romanticismo. Como soy más joven que Ud. no conozco esos días de Myongdong, pero hay algunos que llegan a este barrio con nostalgia. Como nuestro bar es del gusto de los mayores, ellos vienen acá con añoranza. Hay muchos que llegan por pura casualidad como Ud., y luego se convierten en clientes. Parece que ese es el objetivo de la dueña. Le gusta el ambiente humano lejos de la vida mundanal llena de problemas.
- Entonces, el negocio ¿anda bien?
- A ella no le importa el negocio. Si la ganancia es suficiente para mantener el bar, le basta. Aún así, fuera del primer mes, no tenemos déficit. Este es el séptimo mes.

El mozo tendría por lo menos cuarenta años. Yo ya no estaba embriagado. Quería saber más de ella, de la señorita Coña. No creo que de verdad se llame Coña; en fin, no parecía una mujer casada. Salí del bar con la mente fresca. Me acordé de mi mamá. Iba a salir del hospital el sábado. Y justamente mañana es ese sábado.

2

Las mujeres siempre son complicadas. Si atiendo un poco más a mamá, la esposa anda con ojos rapaces y se queja constantemente. Si no la atiendo bien a mamá, las hermanas se quejan. ¿Mi mamá sabrá en qué situación estoy? Pero como ella también es mujer, también es caprichosa, imposible de adivinar su humor. En la generación de mi papá, los hombres podían reinar en casa con una autoridad absoluta por ser simplemente varones, pero en mi generación los hombres están entre dos muros como un sandwich. ¡Pobrecitos los hombres de hoy! Como me olvidé de subir en ascensor, lo hice caminando por las gradas. Eran las altas horas de la noche pero en el interior del hospital la claridad era

de día y había mucha gente. No se puede distinguir el día de la noche. En el tercer piso estaban las salas de los enfermos graves, el bullicio disminuyó. No me acuerdo cuántas veces fui a visitar a mi mamá. Antes de cumplir los setenta ya se hospitalizaba dos veces al año: una en verano y otra en invierno. Era enfermiza desde joven. Por su carácter muy sensible, cuando algo la afectaba, su cuerpo revelaba el mal inmediatamente. Y ahora como ya es de edad, la enfermedad la llevaba a la otra orilla con mucha facilidad. Aunque no se trata de una enfermedad grave, ir al hospital no es nada agradable. Habiendo enviudado joven, cuando ya los hijos formaron sus hogares, se hizo cliente de ese lugar que apesta a alcohol. Me da pena.

— Dicen que está mal del riñón. ¡Qué enfermedad tan rara! Será por la continua riña. —comentó irónicamente la esposa.

Habrá pocos que no pierden por el seguro médico como yo. De mi salario descuentan automáticamente la cuota del seguro y la que aprovecha es mi mamá, pero cuando, por la avanzada edad, ya no tenga trabajo, ¿quién me respaldará con el seguro médico por enfermedad? A esa edad, de hecho que lo necesitaré mucho más que ahora. ¿Mis hijos podrán terminar los estudios antes de mi jubilación? Como el sagrado servicio militar es obligatorio, al terminar los estudios universitarios, mis queridos compatriotas empiezan a trabajar en sus treinta. Entonces, ¿cuántos años tendrían cuando empiecen a ganar? Como siempre vivía entre mujeres; por no querer añadir una mujer más a mi vida, me casé tarde. Por consecuencia, debo trabajar duro hasta el último momento. De repente, me quedé sin fuerza. Nunca lo había pensado antes. Claro, ahora ya soy viejo.

Delante de la puerta de la sala titubeé. Era demasiado tarde para hacer la visita. Además la sala era para dos personas. ¿Quién era la otra enferma? No me acuerdo. Llamé a la puerta. Nadie. De repente, mi respiración se hizo irregular. ¿Qué le habría pasado a mamá? Respiré hondamente y abrí la puerta. Silencio mortal. Mi mamá parecía dormida. Su cuerpo era tan diminuto que parecía caber en una mano. La otra cama estaba vacía. La enfermera particular de esa paciente escribía algo al lado de la ventana. No habría oído la llamada a la puerta.

— ¿Cómo le va?

Al levantarse para saludarme, se le cayeron unos papeles. Más que ella, me quedé sorprendido. Sentí un ligero escalofrío debido a una emoción inexplicable. ¿Después de cuánto tiempo lo volví a sentir?

— ¿Escribe Ud.?

– Es que...

 Mi mamá se movió. Se había despertado por el diálogo.

– ¿Eres tú? Ya es de noche, hijo. ¿Para qué viniste? Si mañana me dan de alta.

– ¿De verdad que te dan de alta?

 Mi mamá, aunque insistía en que fuera a casa, se sentía feliz a mi lado. La enfermera particular salió al pasillo.

– Oye, hijito, ¿no puedes ayudarla a ella? Es que tiene dos hijas colegialas, los suegros y el esposo, en total, seis vidas dependen de ella. Trabaja de enfermera para ganarse la vida, pero, más que por el dinero, para tener su tiempo exclusivo. Trabaja cinco días a la semana y veinticuatro horas diarias. Fíjate, dice que si no le toca algún enfermo grave, en la noche sí puede leer y escribir. En su pequeña casa no tiene tiempo ni espacio. Desde la primaria le ha gustado la literatura; pero después de casarse no tuvo tiempo para leer ni siquiera un libro. Pero ahora, como sus hijas son grandes, quiere aprovechar las horas para ella, por eso buscó este trabajo y desde hace un año vive así. Los suegros, como tienen que ocuparse de los quehaceres de la casa, están contentísimos y hasta su esposo ya no se queja. Por ganar dinero, tiempo y experiencia, pasa el día sin sentir cansancio.

 Al principio no entendí a quién se refería. Con razón, al ver los papeles sentí cierta emoción. Es que está enamorada de la literatura como yo. Siempre que veo los papeles blancos, siento cierto escalofrío. Aunque, por unos segundos, siento que una energía me recorre de cabeza a pies. Luego siento una profunda melancolía y todo parece vacío. Es como el recuerdo del primer amor jamás revelado. La muchachita del primer amor queda para siempre como una muchachita que jamás envejece y vive dentro del corazón de uno. Por esta razón, cuando se encuentra a una chica semejante a ella en la escuela, la iglesia o la montaña, hasta un viejo regresa a su adolescencia y siente el escalofrío. Yo, que siempre escribo, sigo sintiéndolo cuando veo los papeles blancos. ¡Qué ridículo! Por esta razón, tenía que acostumbrarme a la máquina de escribir, y desde hace unos años utilizo la computadora. Lo que no necesito escribir con corazón lo escribo a máquina en vez de con tinta.

 Enfermera y papeles. Buena idea. No, esa no es idea sino una realidad. Me sentí avergonzado, y mi mamá, ¿qué le habría dicho de mí y qué ilusiones le habría dado? –Es profesor universitario. Es doctor en literatura coreana. Hace crítica sobre las obras de los escritores. Pediré que lea su escrito y también haga un comentario. Y que lo corrija y lo

publique en el libro. —Su voz parecía resonar en mi oído. Más allá de la ventana se veía el cielo. Sobre las luces multicolores de algunos letreros lucían las estrellas. ¿Después de cuánto tiempo las veo? Existen ahora también las estrellas. ¡Qué cosa tan rara! ¿Desde cuándo habría vivido olvidándome de las estrellas? ¿Desde cuándo dejé de escribir con tinta? No, no me olvidé de ellas. Ellas habían desaparecido del cielo de Seúl. Si no, ¿cómo no las habría encontrado antes si siempre ando de noche? Mamá se levantó y me pasó un paquete de papeles. Leí la primera página.

MADRUGADA

Conchita Pak

Ese lugar,
parada en ese lugar
miro allá
pobres calavera, calavera, calavera,
se ven tumbas, lugar de incineración.

Ese lugar,
parada en ese lugar
miro de nuevo
felices bebé, bebé, bebé,
no se ven mar, playa
ahora es un nido caliente.

.....

Era un poema. Habría escrito mirando a los enfermos luchando desesperados por vivir más. Visión positiva sobre la vida. La calavera que murió en la noche se reencarna en un feliz bebé en la mañana. Las luces azules del alba eran el mar y las luces solares de la mañana, la imagen del sol. Hojeé más. Esta vez era prosa.

EL MUNDO INCREÍBLE

Mi día tiene treinta y seis horas: veinticuatro para mí, ocho para el enfermo y el resto para los familiares del enfermo. Juzgando así vivo más que los demás. Como trabajo con esta idea, aunque me toca vaciar el bacín y cambiarle el pañal al enfermo, en vez de suspiros me salen canciones. El único deseo es que no haya visita muy de noche y que el en-

fermo duerma tranquilo. Con ansiedad deseo hacer mío el tiempo. Paso mis treinta y seis horas observando al mundo y a la gente, muy interesantes mediante el prisma. ¡Qué divertido! Como es tan chistoso quisiera mostrarles a otros, pero no saben manipular mi prisma. El mundo cambiado una vez en mi prisma sigue igual unos diez días, pero algunas veces dura hasta un mes. Aún así no me aburro. Los personajes del teatro de mi prisma no son iguales y aunque sean los mismos, en el escenario del hospital, ya su acción es diferente...

– ¿Qué tal? ¿Escribió bien?

Casi me asustó mi mamá. Por poco se me cayó el paquete. En ese instante me había olvidado de que me hallaba en una sala del hospital y estaba mi mamá en cama.

– Sí, bien, en esta situación escribir así...

– Ayúdala. ¿No te parece muy digna? Hay tantas mujeres que se quejan teniéndolo todo. Mira, sin ir más lejos, tu mujer, graduada en Literatura Coreana no escribe nada.

– Mamá, si todos los graduados en Literatura Coreana escribieran, el mundo se llenaría de escritores. Para escribir, se necesita tener talento heredado. Un talento o un don muy especial.

– Y, ¿qué tal el caso de ella?

– ¡Quién sabe! Escribirá para olvidar su penuria aunque sea momentáneamente.

No me sentí cómodo después de haber comentado así. Estaba justificándome. Me despedí rápido para no comprometerme con el único deseo de una mujer para quien un día era de treinta y seis horas. Estaba molesto sin razón. Don, talento, escribir por escapar, escribir por realizar su sueño dorado... todo es inútil, todo es una excusa. Siempre buscaba un pretexto o una justificación, y si no lo hallaba, inventaba. “Preferible escribir cuando esté maduro”, “Primero tener la base sólida de la teoría literaria”, pretextos en la época de posgrado. Cuando era profesor de lenguaje, por justificar el salario, tenía que dedicarme a la enseñanza. Y en el curso de doctorado, me quejaba de que no había tiempo para nada. Pero, esa mujer, viviendo treinta y seis horas diarias, escribe. La figura de paquete de papeles aplastaba mis hombros muy pesadamente.

Hacía fresco afuera. El aire me daba una sensación refrescante. Pasó el verano. Ahora estamos en el inicio del otoño. Vi el cielo. Oscu-

ro. No se ve nada en él. Otra vez se habían ocultado las estrellas. Ya no vale el dicho: el otoño es una estación de cielo alto y en la que los caballos engordan. Por lo menos, el cielo ya no está alto.

3

Llegué tarde a la oficina. Un recado me esperaba en el escritorio: reunión y cena de los profesores del Dpto. de Literatura Coreana a las siete. El asistente Kim lo había escrito antes de salir para asistir a sus clases de posgrado. Me fijé en el almanaque del escritorio para ver si no tenía algún compromiso. Es que como empleo horas de mi trabajo para atender a los alumnos y ex alumnos, siempre tengo compromisos. No tenía ninguno para esa hora. En la mesita de la sala encontré el nuevo número de la revista. Recordé la crítica negativa que había escrito el otro día. Ni quiero recordarlo, sin embargo....

“Escojan uno de los dos caminos: el camino llano de la aventura tal como escogió Narciso para encontrar la fuente o el camino llano sin peligros. Ya no valen los poemas que cantan lo carnal so pretexto de describir la vida común y corriente. Si sólo saben describir un objeto, sin un esfuerzo de convertirlo en una imagen poética, sin ahondar la cuestión sobre la existencia, esos ya no son poemas sino yuxtaposición de palabras insignificantes. ¿Quién los lee y recita? Las obras no leídas son obras inexistentes tal como dice Jauss en su concepción literaria del lector-centro. Es decir, las obras adquieren vida a través de los lectores”.

¡Qué palabritas! ¿Qué dije? ¿Quién se atreve a criticar los poemas ajenos? ¿Con qué derecho? ¿Qué es la crítica? Obtuve el doctorado por la tesis “Texto poético a través de la lectura: en torno a los poemas coreanos de resistencia durante la colonia japonesa”, pero hasta ahora no sé, ni entiendo qué es la crítica. ¿Quién puede comprender los gritos del poeta al no encontrar los medios para expresar su sentimiento o su estado mental? Al no poder explicarlo en la prosa, recurrió a la forma poética. Si el objeto y el sujeto de la crítica no se corresponden no puede haber una verdadera crítica. Yo me estoy engañando. Estoy confundiendo a los lectores. Y al poeta, dejándolo herido.

No me sentí bien. Me acordé de ese día: mal humor, paseo por Myongdong, y el encuentro con la Srta. Coña. ¡Qué cerebro tenemos! En un segundo tantas cosas pasan volando. ¿El cerebro también aumentará según la edad? Nuestra memoria, que crece a cada instante, se almacena

en el cerebro y, en un momento dado, una parte de ella pasa como película. Si la convierto en letras, esas escenas caben en un libro, y otras veces más de diez libros. ¿Cómo explicar ese misterio con unas simples teorías biológicas? En un fenómeno como este fácilmente podemos afirmar: el ser humano no es un producto de la evolución de la ameba. Yo, por lo menos, no puedo ser un ateo. Creo en el Creador del Mundo. Pero todavía no sé quién es ese Creador. —Hay que rezar a Buda, hijito, para que guíe a los antepasados al Nirvana y a los hijos por el buen camino. —Mi mamá iba al templo budista, no creía en Buda, pero iba al templo. Para ella debería haber un objeto a quien suplicar la buena suerte. Para este caso no cabía la noción de idolatría. Necesitaba algo concreto para rezar. Su rezo era sencillo, pedía sólo para ella y la familia. En vez de un árbol o una montaña, Buda era más seguro y además era más fácil ir al templo budista que buscar algún árbol sagrado. Falleció el esposo, los hijos se casaron y la visita al templo ya no la contentaba. Echaba de menos la tumba del esposo. Se arrepintió de haber incinerado a su esposo siguiendo la tradición budista. —Hijito, quiero ir a la iglesia cristiana. Allí puedo asistir a la escuela de ancianos. —Iba a la iglesia protestante. Varias veces cambió de iglesia por buscar una buena escuela para ancianos. Después iba a la iglesia católica. No sé desde cuándo. Creo que después de la operación de apendicitis en el Hospital Santa María. —Las monjas católicas son verdaderos ángeles. Si no, ¿cómo pueden ser tan cariñosas con todos? Hijito, a lo mejor, por creer en Santa María, son bonitas, ¿no? — Al salir del hospital comentó así mi mamá. Mi esposa, atea ciento por ciento, se burlaba de esos cambios de religión. Ella, por mi mamá, no podía creer en ningún dios. —¿Qué suerte nos llegará? Buda, Jesús, Santa María se pelearán por llegar primero. ¡Qué deseos y qué caprichos! Es que no quiere ser incinerada como budista, por eso cree en Jesús. Pero, ¿qué Jesús? No cree en el fondo. —No le hice caso cuando me comentó así, pero ahora de nuevo pienso en eso. ¿Mi mamá ya le habría puesto nombre a su dios?

Sonó el teléfono cuando observaba los árboles tras las ventanas. Los árboles ya estaban en otoño: empezaban a cambiar sus colores.

— ¡Aló!

(Soy Conchita Li. ¿Hoy sí recuerda mi nombre? ¿Está ocupado? Quisiera que me invite una taza de café).

— ¡Lástima! No puedo. Es que tenemos una cena.

(¡Qué caray! Es que hoy quería verlo, no otro día).

- ¿Es un día de mucha suerte? ¿Así te dijo el mago?
(Tendré que cambiar de persona o tendré que cambiar la fecha).
- ¿Por qué? ¿Cambio de fecha no es bueno para tu horóscopo?

Entró el asistente Kim. Me apresuré a colgar el teléfono. Pronto empezamos la siguiente clase porque el muchacho había terminado su clase. Conchita Li dijo que pasaría por la oficina a las seis, cuando le avisé que la reunión era a las siete.

- Ayúdeme -dijo en tono de súplica al llegar a la oficina.
- ¿Qué pasa? ¿Alguien te persigue? ¿Alguien te quiere pegar?
- No estoy bromeando. Es urgente, de veras.
- Tampoco estoy bromeando. ¿De qué se trata?
- Le conté que quería hacer el trabajo sobre la traducción, ¿verdad? Pero, pensaba hasta hace unos momentos sólo del inglés al coreano. ¡Qué cabeza! Debo tratar también del coreano al inglés.
- Naturalmente. Es que inconscientemente estamos atados al servilismo hasta en la literatura. Hay muchos que estudiaron literaturas extranjeras: inglesa, francesa, alemana, española. Y hay unos cuantos que se dedican a la traducción del coreano a esos idiomas. Hay muy pocas obras coreanas traducidas a idioma extranjero.
- Como yo no puedo traducir en este momento, ni soy capaz, profesor, déme, si los tiene, unos cuentos de los más representativos. Los tomaré de modelo
- Mucha tarea, profesora Li. A ver, pensemos con frialdad. En este momento ni me acuerdo de... ¿Traducción hecha por un extranjero o coreano?
- Pensé en eso, y me gustaría que sea del extranjero, porque la traducción es un trabajo para los extranjeros; por tanto, las oraciones deben ser correctas en primer lugar. Claro que es importante la interpretación de una obra, pero más importante es que se entienda o no.
- Pero tampoco podemos despreciar este aspecto.
- Profesor, por favor, así ni lo terminaré antes de cumplir los sesenta años. Esta vez sólo de extranjeros, después ampliaré más hasta las obras traducidas por los coreanos. Me urge el título ya que no pude casarme, ni pude ser profesora regular, ni escritora. El mundo para mí es muy angosto y tengo mucho que hacer.

La reunión era para seleccionar un profesor regular que cubriese la vacante que dejaría un profesor que se iba a jubilar a fines del año. La opinión general era: primero, buscar ellos mismos a los buenos can-

didatos para impedir que algún desconocido fuera a concursar. En la reunión recordé lo que me había dicho mi esposa y me sonreí sin decir ni sí ni no. —Si no puedes ser adúlón, estate callado. —Era el consejo que mi mujer me había dado hace años cuando encabecé a los colegas para impedir el ingreso de un ex funcionario público. El no tenía relación con mi departamento, ni personalmente tenía algo contra él, pero me opuse sólo por preocuparme por el prestigio de la institución, futuro de los estudiantes, y defender el academismo de la sucia política. Pero, al final, ¿en qué quedé? Estaba de payaso en una escena cómica. El ex funcionario, con el apoyo de los de arriba, ya estaba asumiendo el máximo cargo de la universidad; y los colegas que me habían incitado estaban gateando delante del ex funcionario corrupto. Como cada día se pone más difícil llegar a ser profesor de tiempo completo en la universidad, en algunas universidades particulares las oficinas de la patronal abusan de su poder considerando al profesorado como una mina de oro o como puestos para los generales. Dicen que la situación de las universidades nacionales no está muy distante, porque allí los políticos son los que ejercen sus influencias. No sólo las universidades están corruptas. En las emisoras, para ser animadores de algún programa también se necesitan las recomendaciones de los de arriba. Todas las jerarquías, en todos los niveles de trabajo, se asemejan cada día más al sistema militar. El problema está en que, algunas veces, estas jerarquías rígidas se derrumban con el leve soplo de la máxima autoridad ignorante. ¿Desde cuándo había empezado la corrupción? ¿Desde cuándo hasta los centros académicos están manchados? ¿Sería desde cuando se mejoró considerablemente el nivel de vida de los coreanos? En fin, no podemos tacharlo como malo de que esté oficio todavía mantenga mucha popularidad, y que haya muchos doctores. Sin embargo, observando un poco más su mundo interno, no todos buscan este oficio para dedicarse a los estudios toda su vida. Hay profesores y doctores pero no hay maestros ni estudiosos.

La comida me gustó. Quizás porque la había acompañado con cerveza. El viento ya indicaba que estábamos en pleno otoño. El aire fresco no me dejó emborracharme. Reflexioné sobre mí mismo. ¿Soy maestro y estudioso? Llegando a casa recordé a Conchita Li y busqué libros en el estante. Libros de obras literarias coreanas traducidas al inglés.

*The falling leaves
dripped by the window*

...

De repente la melodía y las letras brotaron de mi corazón. Yo no recuerdo canciones. Soy casi desentonado, y ni puedo recordar bien las letras teniendo buena memoria. Pero, esta canción sí era la mía. No. Era de Young. ¿La que había recordado era la canción o Young? —Fíjate, había un Don Juan a quien le preguntaron por qué la multitud de chicas que habían pasado por sus manos no podían olvidarlo. ¿Sabes cuál fue su respuesta? Que a cada mujer le dedicaba una canción apropiada según el carácter de esta, y siempre que la veía la cantaba. Entonces, la mujer, después de la separación o hasta la muerte, cuando escuchaba esa canción automáticamente lo extrañaba, extrañaba los momentos felices y recordaba sus días de juventud con cariño. Yo también pienso aplicar esa táctica con esta canción. *The falling leaves*... ¿Qué tal? ¿Te aburrirás? ¿Qué te parece esta canción que te seguirá después de mi muerte? —Me traerá la mala suerte.— ¿Cómo? ¿Que mi canción inmortal te traerá la mala suerte aunque yo esté muerta?— ¿Cómo que te mueres siendo una jovencita llena de vida? Caramba, con tu teoría yo no puedo tener enamoradas porque no canto bien. Además, si no adivino qué canción corresponde a un carácter dado, ¿qué canto?—

El otoño llegaba a su plenitud en el campus universitario. Cada árbol tiene su propio color otoñal: marrón, amarillo... Todavía se les nota el color verde. Es muy interesante observar diferentes matices de cada hoja, aun en el mismo árbol, que en primavera sí era de un color. En la primavera, el color de las hojas es verde, y en un árbol el matiz verde es igual. O sea, en primavera cada árbol tiene su único color verde, mientras en otoño las hojas de un mismo árbol son de colores distintos. Me encanta el verde misterioso de la primavera. Quizás sea lo único que me guste de esa estación. ¿Qué mano docta puede pintar el mismo verde, qué escritor puede describirlo y qué máquina puede revelarlo en la foto? Los que han estado en los bosques y montañas donde las plantas silvestres están enlazadas jamás tendrán ganas de invertir dinero para su jardín. Sin embargo, como estación me gusta mucho más el otoño que la primavera. Aquí no hay razón. Es como el amor que no se explica por la razón. No, quizás debe haber otra razón más. ¿Por añorar a mi Young

que cantaba *La hojarasca*? No, no sólo por eso. Sobre todo a mi me gusta más el otoño que se despide, que lo llamaríamos como el temprano invierno. —Oye ¿la literatura coreana no es tu especialidad? ¿Por qué no escribes? ¿Qué puedes escribir, poesía o novela?— Casi oigo regaños de Young junto a las hojas que caen al suelo. —¿Poesía? ¿Novela? ¿No escribes nada? ¿Nada? ¿No escribes?...— Se oye su voz resonante.

Suena el teléfono. Se escucha la voz del asistente Kim:

— Profesor, la periodista Conchita Kang llamó. Me preguntó si podía ir Ud. allí. Y si es posible quiere que la llame por la tarde. Le dije que no estaba seguro de localizarlo a Ud. y darle su recado, para que Ud. tuviera la libertad de decisión.

Pude salir del abismo. El muchacho me salvó de un sentimiento de autoodio que me mortificaba. La periodista Kang estaba en la oficina. En realidad no la quería ver porque había decidido no escribir más comentarios de obras por el momento después del último comentario. Pero, ahora ella era mi salvadora. Quedamos en verno en Kwangjwamun que estaba en el camino a casa. Pensé invitarla a cenar si me pagaba por el comentario. Así quizás podría aliviar mi conciencia después de esa dura crítica contra el poeta. No es necesario que sea el mismo poeta. ¿Acaso no dijo Jesús que dar un vaso de agua a un caminante sediento era como dárselo a él?. Mi mamá me criticaría por interpretar a mi manera las palabras sagradas. Aún así creo que se deberían interpretar con más libertad las palabras sagradas, de Jesús o de Buda. Eso es más humano. No comprendo a los religiosos que dedican toda su vida a la oración separados de la vida mundanal: los monjes budistas ermitaños en las profundidades de las montañas y los monjes católicos de clausura encerrados en su comunidad. No comprendo por qué hicieron tanto escándalo los monjes budistas cuando el monje Yongun Jan habló de “la participación de los budistas en la realidad”. Es mucho egoísmo si una religión se preocupa sólo por la otra vida invisible. Quizás habrá algunos que digan que mi pensamiento estúpido es el fruto de no creer en la inmortalidad del espíritu. Sin embargo, ya sea para salvar el mundo, salvar la patria o salvar los espíritus ajenos, una religión debe estar al servicio de todos los demás.

— Profesor, aquí. ¿Cómo se encuentra?

— Bien. ¿Llegué tarde?

- No, es que llegué temprano.
- ¿Verdad? Sin embargo, no es cortés hacer esperar a una dama.
- ¿Piensa así Ud.?
- Claro. Y, tú, ¿joven Kang, cómo estás?
- Otra vez me llama 'joven Kang'. ¿No le dije que eso no me gustaba?
- No me olvidé. Pero, entonces, ¿qué calificativo prefieres?
- A ver, señorita Kang... eso no suena bien.
- ¿No le parezco mujer?
- ¿No me dijiste que en aras de la igualdad entre el hombre y la mujer, no era justo que te llamara "la periodista"?
- Ahora quisiera ser una bella Con-chi-ta Kang, delante de un señor que está en la segunda primavera.
- Yo no tengo que ver con la bella dama sino con "una periodista"
- ¿Qué? ¿Ud. me trae alguna noticia bomba que asegure mi ascenso?
- ¡Qué noticia bomba! ¿En la sección cultural también existen noticias bombas? Y, ¿sólo por estas se asegura el ascenso?
- Ay, ¡qué desilusión! Si lo dice nada menos que Ud., ¿qué será el futuro del país? La cultura es la base del país; sin embargo, como los aculturados son los que mangonean la política, economía, educación y cultura, la patria va de mal en peor.
- Perdón, perdón, Su Majestad.
- Oiga, profesor, cambiando el tema, ¿cuál le gusta más, la parte alta de la balanza o la baja?
- Hasta el momento, naturalmente la parte alta. Pero, ahora ya no. En vez de estar colgado en la parte alta prefiero estar en la parte baja sin preocuparme de la caída vertical. Así también podría juzgar mejor.
- Eso, eso. De acuerdo. Yo también ya soy vieja porque pienso como Ud., ¿verdad?
- Chica atrevida. Eso no tiene que ver con la edad. Cada uno, de acuerdo a su nivel cultural, piensa así o así.

La periodista Kang me entregó el dinero y me pidió el comentario para el siguiente mes. La invité a cenar y negué la petición. -Unos meses descansaré, debo leer con cariño y con óptica positiva las obras.- la periodista dijo que no. -Ud. no sabe cuántos quieren ser criticados por los críticos famosos.- Sé, también, que, en vez de ser ignorados, prefieren ser reconocidos aunque maltratados. Además, saben que a pesar de tanta crítica si toman de nuevo la pluma cometen los mismos errores. Llenan los papeles para equivocarse otra vez. La periodista Kang rogó. Que si no escribía el comentario mensual, eso sí sería una noticia bomba

que la perjudicaría totalmente. Que si los críticos alaban a los escritores con el fin de aumentar la venta de sus obras, y elogian a los famosos para que ganen premios, entonces no habría futuro en la literatura coreana, y me echó flores. Estaba confuso. De verdad, la gente vive de vanaglorias. La periodista, para convencerme, usaba todos los medios; y yo, como si fuera un excelente crítico, me sentía orgulloso de mí. Tonto, creído, inmaduro.

¿Será por la edad? ya pasé los cincuenta y debo tener momentos de reflexión. Por un lado siento autocompasión. Ellos habrían escrito tonterías en un estado de embriaguez, y yo las divido, atomizo, junto, muerdo y gasto mi energía sin tener necesidad. A lo mejor, nosotros los críticos interpretamos un sueño ligero de la madrugada con términos científicos importados y con esa interpretación ganamos fama y dinero. Y los escritores, ya despiertos de su borrachera, leyendo esas interpretaciones, se matarán de risa gozando de los resultados de su borrachera. Tenía ganas de esconderme.

Nuestra generación tenía que luchar mucho más que cualquier generación. Sobre todo, los que estudiamos en el país la mayor parte del tiempo. En nuestra época del colegio, existía la tendencia de preferir el alfabeto coreano y por ello conocemos menos caracteres chinos que la generación anterior. Además, como estudiamos después de la Independencia, no sabemos el japonés; mientras que la anterior, sí sabe. Para los estudiosos es primordial saber idiomas extranjeros y si se puede aprenderlos sin mayor esfuerzo es mucho mejor. El aprendizaje de un idioma extranjero en la niñez, aunque parezca mentira, es lo mejor porque ese idioma queda archivado en el cerebro y cuando se necesita emplearlo aparece todo por sí solo como en una pantalla. Mientras que el aprendizaje escolar del idioma extranjero da más importancia a la gramática y la memorización de vocabulario, cuando uno quiere expresarse en ese idioma, piensa primero en coreano y luego lo traduce. Naturalmente, allí carece de espontaneidad. ¿Cuánto tiempo y energía gastamos para dominar un idioma? me sentía acomplejado por el inglés y japonés. Además como las humanidades son fuertes en Europa, me dediqué al alemán. Fui a Alemania para finalizar la tesis doctoral y matar el complejo que tenía sobre la teoría literaria. Estuve dos años allí y era una pesadilla. Pero ahora veo que en esa época por lo menos tenía amor y cariño por los estudios y además era joven. Me gustaba estudiar y me dediqué a los estudios porque quería ser superior a los demás. Para sobrevivir en la lucha contra las generaciones posteriores tenía que correr constantemente.

¿Cuándo, cuándo será? ¿Cuándo podré escribir los cantos de mi alma con una plumafuente? Sé que no puedo escribir con una pluma mojada en tinta tal como dibujaban letra por letra los poetas de la época romántica; pero, por lo menos, mis cantos deben visualizarse con una plumafuente. Ahora ya no se venden buenos papeles lisos que no se manchan con tinta. Seguramente porque no hay estudiantes que usan plumafuente. Se ven lisos, pero si no se escribe con tinta seca, se manchan. Con mi primer salario mandé imprimir mi nombre en la parte baja de los papeles con ganas de escribir algo. Pero, con el paso del tiempo, era trágico ver amarillentos esos papeles blancos con mi nombre grabado. Por esta razón, un día los envolví bien para que no se decoloraran más. Cuando nos tocaba mudarnos de casa, los llevaba yo mismo como si fueran tesoros y para que otros no se enteraran. Las generaciones cambian cada vez más rápido. En nuestra época os aconsejaban publicar alguna obra literaria después de muchos ejercicios hasta lograr la calidad. Pero ahora, ese tipo de consejo es anticuado. Si compilo todo lo que he escrito hasta ahora —trabajos de investigación, comentarios, ensayos sobre temas diversos—, alcanzarían mi altura. Escribía cuartilla tras cuartilla pero ni una hoja con el canto de mi alma.

— Profesor, por favor. ¿Sí?—

Interrumpió mi pensamiento la periodista Kang. Estaba pensativo con la taza entre los dedos.

— Entonces, sólo este mes. Este mes no más descansaré.

— ¡Qué queda! Bueno...profesor. Y ahora quiero pedirle un favor.

— ¿...?

— Ayúdeme. Quiero estudiar en el posgrado pero temo el examen de ingreso. ¿No puede orientarme para prepararme mejor?

— ¿Me pides una clase particular siendo que está prohibido? ¿Para qué quieres estudiar más? ¿No estás contenta con tu trabajo?

— Es que me siento vacía. No me satisface el trabajo. Cuando trabajaba en la sección del diario, por estar muy ocupada, ni tenía tiempo para reflexionar. Pero ahora, como en la sección de revistas hay tiempo de sobra, recién me doy cuenta de lo insignificante de mi vida. Paso semanas enteras pidiendo a la gente los artículos; pero cuando ya sale un número, me siento vacía como una actriz en el escenario de un teatro de estreno sin público. Y la cosa no termina allí. Como todo es negocio, después debo preocuparme de la venta de la revista. Así pasan días, semanas y meses. Ya son diez años desde que me gradué en la Torre de Marfil.

— ¡Qué clásica eres! ¡Torre de Marfil! Esa denominación pertenece a si-

glos pasados. Ahora se la encuentra como nombre de alguna academia. ¡Pobrecita la periodista Kang! Los hombres modernos se echan al bolsillo el arrepentimiento y siguen adelante como si nada. ¿Acaso tu trabajo no es bueno: publicar revistas para aplacar la sed de los intelectuales?

– Podré aplacar la sed de otros, pero no la mía. Estoy pensando renunciar: primero, para olvidarme totalmente del trabajo o después de asegurar el ingreso al posgrado. En el segundo caso, tendría que distribuir bien mis horas.

Recordé que había ido a Alemania renunciando al profesorado. Esos dos años parecen vacíos a veces, pero no me arrepiento. Aunque no cumplí con mi objetivo de utilizar ese tiempo para escribir algo de mi alma, y eso quedó como una herida morada en el corazón...

– Mira, en las humanidades es muy común estudiar después de madurar y obtener experiencias en la sociedad. Pero, no sé desde cuándo califican de atrasados a los que piensan así. En este país, todos son maestros, todos son los primeros. El título de 'doctor' les significa que después del momento de obtenerlo ya pueden empezar a investigar con seriedad; es decir, es un autorreconocimiento a su capacidad intelectual. Pero, ¿qué sucede en realidad? Después de obtenerlo y después de conseguir un puesto en la universidad, ponen el punto final, y ya no investigan. Y lo curioso es que ese tipo de gente triunfa en la sociedad. Eso no puedo decirselo directamente porque no quieren oírlo. Y, ¿para qué digo eso también a una que quiere iniciarse? En fin, piénsalo bien.

Quedó callada la periodista Kang.

– La vida, al final de cuentas, es un proceso y no necesitamos vivir pensando en el resultado no más. Aunque el resultado sea un fracaso, su proceso debe ser valorado. ¿Será también el pretexto de un fracasado?

– ¿Que Ud. es un fracasado? ¡Dios mío! Ud. es el modelo de los hombres de éxito.

– Es pura apariencia. ¿Quién me conoce? Si ni yo mismo me conozco.

5

Estamos por terminar el semestre. Pero todavía hay muchas cosas que hacer: disertación de tesis, horario del próximo semestre, exámenes finales, ayuda para conseguir trabajo a los egresantes, artículos para la editorial...Las revistas internacionales seguían amontonándose en el escritorio. Caen las hojas secas. Estamos a finales de otoño, estación en

que el hombre se enamora. Mamá pasa más tiempo echada desde que salió del hospital. A ella sí le afecta el otoño. En la mesa se queja de la comida. Cada vez que ella añora la comida de su época, mi esposa reacciona mal. Quizás sería por su complejo de no tener buena sazón. En realidad, tampoco me gusta su sazón. Es que somos de pueblos diferentes: ella de Chungchongdo y yo de Seúl. Pero hablando con franqueza, la sazón no tiene que ver con el lugar de origen. Cuando nuestros hijos eran pequeños teníamos sirvientas. Cada una tenía su sazón; y mi conclusión es que su lugar de origen no tiene nada que ver con esta. Aunque me critiquen, puedo afirmar que la sazón está en relación con la inteligencia. Si mi mujer leyera esto, se moriría de cólera, pero estoy segura de que su inteligencia no puede igualarse a la de mi mamá, buena cocinera. No he visto ningún lerdo entre los buenos cocineros, gastro-nomos, hombres cuyo pasatiempo es la cocina, los que saben lo rico de la comida occidental. —Como todas las veces se queja de la comida, daña el ambiente y nos provoca indigestión. Quiero servirla en su habitación.— Esta mañana, después del desayuno, mi esposa sacó la ficha escondida. — Bueno, haz como quieras.— No le dije ni sí ni no. ¡Qué tonto! Seguro que ella tiene más fichas escondidas. ¿Por qué no le dije que no? Mi mamá, para que sus nietos estudien, vive recluida en un espacio pequeño y hasta baja el volumen de la televisión. Y, ahora, ¿que coma sola allí para que su reclusión sea perfecta? Pero, si digo que no, mi esposa protestará enérgicamente. ¿Con qué justificación decirle que no? ¿Qué dirán mis hermanas? El papel del jefe de familia es sumamente difícil. La única persona que siempre actúa a mi favor es mi mamá. Excepto ella, nadie.

Desde hace un momento observaba que afuera anocheecía, trazaba algún plan para alegrar a mi mamá. ¡Eso! ¡Llevarla a la iglesia católica todos los domingos! ¡Eso es! Pero, ¿si me pide asistir a la misa? ¿Qué hacer? No quiero asistir, entonces, se desilusionará más. No, eso no, no debo hacerlo. ¿Entonces? ¡Ajá! El encargo de mamá: revisar los escritos de la enfermera particular. A mi mamá le cayó muy bien ella; cuando fue por el examen médico después de salir del hospital, la buscó y saludó. Esa noche me pasó un mamotreto mucho más grueso que el anterior para que lo revisara. Lo traje a la oficina. Eso, sí le gustará. Pero, ¿qué tiene que ver con mamá ese escrito de la enfermera que no es mi hermana ni familiar? Otra vez descarté la idea. Si una mano divina del Destino me ofreciera aceptar un deseo, ¿qué le pediría? No sé qué... Y si ni yo, sé, ¿cómo podría adivinar lo que desea otra persona? No tengo ojos que

puedan mirar el interior de una coreana tradicional que ha vivido setenta años ocultando, aguantando y cubriendo sus sentimientos e ideas. Si un hombre se puede controlar a sí mismo, se dirá que ese es un hombre maduro. Los seres humanos quizás vivimos sin mostrar nuestros verdaderos rostros hasta la muerte. Por esta razón la religión y la literatura existen sin barreras de tiempo y espacio y el amor queda para siempre como una tarea inconclusa. Abrí el cajón y saqué de allí el mamotreto. Para salir de ese callejón sin salida, necesitaba pasar el tiempo con lo que fuera.

<ESTA ORINA NO ES MIA>

El título del cuento me atrajo. Se trataba de las locuras de un enfermo a quien trasplantaron el riñón. Sus locuras causaban risa y al mismo tiempo tristeza. Había narrado algunos episodios más interesantes de lo ocurrido realmente en el hospital. No era una novela, pero se percibía un olor muy fuerte de la autora. En realidad, el escritor no finaliza su obra. Sobre todo, la novela depende de los lectores que la completen de diferentes maneras. Es decir, la crítica se hace a base de los criterios generales y objetivos, pero la influencia de una novela no puede ser igual en todos los lectores. Cuando uno se tropieza por casualidad con una piedra en el camino, ese pequeño incidente puede traer diversas reacciones en los que lo sufren. Algunos, recordando a su mamá, fallecida cuando eran niños, y su profundo amor, llorarán; otros, recordando las caídas que les causaron sus amores juveniles, verán su vejez con amargura; otros recordarán con rencor a sus enemigos mortales; y no faltarán tampoco los que lleguen a obtener el conocimiento y recen como monjes. Una palabra, un diálogo, un tema, un material, un rasgo del carácter del protagonista, un nombre, todo ello se origina en una cosa muy pequeña y variada, se profundiza y se extiende como la tinta en un papel de pintura oriental.

Al enfermo que esperaba la donación de un riñón, purificando semanalmente su sangre se le trasplantó el riñón de una mujer. Pasó sin problemas la época de adaptación y el riñón le funcionaba a las mil maravillas. Pero antes de que le dieran de alta, sucedió una cosa extraña: el paciente se trastornó al saber que el riñón era de una mujer. Decía que debería orinar como las mujeres porque su riñón era de una mujer y que su orina ya no era de él. Los familiares, al principio creyeron que estaba bromeando, pero se dieron cuenta de que el asunto era en serio y deci-

dieron pedir el tratamiento psiquiátrico. Y el enfermo empeora porque creyó que los familiares lo querían matar. Al final, lo tuvieron que encerrar en una habitación como a un verdadero loco. Era un cuento sin mucho valor literario, pero, a mí me impresionó mucho su tema.

Hojeé más. Había poemas. Los poemas eran mejores. En fin, elogiabile el esfuerzo de una persona de buscarse a sí misma mediante la literatura. Y no puedo corregir. ¿Qué puedo corregir? Podría corregir la ortografía o el orden de los párrafos pero sin cambiar ninguna palabra. La inspiración y el sentimiento son muy personales, además el modo de expresarlos es su personalidad. Y, yo, ¿con qué derecho lo cambio? Puedo decir que está bien o no, o que su valor literario es muy alto o no, tal como pueden decir los lectores críticos. Yo no puedo hacer nada, no puedo hacer caso a mi mamá. No, no puedo, ¿con qué derecho yo...? Puse el mamotreto en el cajón. Tendré que devolvérselo en un momento oportuno.

Ya estaba completamente oscuro. Salí y me dirigí hacia donde había dejado el auto. Sentí que algo me tocaba la cabeza y que luego caía al suelo. Me paré para no pisarlo. Era la hoja de un árbol. La cogí. Se me humedecieron los ojos. Era la hoja del árbol que desde mi niñez teníamos en el jardín de la casa. El árbol era alto. Por un momento, los recuerdos infantiles llenaron mi mente. Recuerdos tras recuerdos... Saqué la llave que había insertado en la puerta del auto, la metí al bolsillo y decidí ir a pie. Si de repente tenía ganas de tomar licor, no necesitaría preocuparme por el auto. El viento sopló. Caían hojas. ¿La hojarasca es la hoja ya caída o la hoja que está cayendo? Hojarasca, falling leaves... Young... -Para mí no significa mucho la palabra "graduación". Pero me siento triste. Durante estos cuatro años de estudios nunca lo había sentido. Como es una sentimiento femenino, no comprenderás. Tú tienes ganas de graduarte porque quieres realizarte ya, ¿no? - Era más o menos como esta época. Después de terminar el examen de grado. Yo no pude adivinar cuál era su tristeza ni cuán profundo era su sentimiento. Debía haber averiguado y consolado a mi Young. Ella era un globo inflado lleno de fantasías que se escapó de mi mano y se remontó al aire. Después, con frecuencia la recordaba: en el servicio militar, en Alemania y más tarde, ya casado, las veces que viajaba al exterior. Cada vez que la recordaba, sentía la soledad y el vacío en el corazón. Young era la misma imagen de mi pueblo natal. Los hombres somos más tercos en el olvido. Fácilmente pensarán que las mujeres son más sensibles y más sentimentales que los hombres. Pero no. Las mujeres más prácticas

se olvidan más rápido y se convierten en esposas fieles sin sufrir. Como son las receptoras, cuando se les llena el vacío, el recuerdo no tiene un mínimo espacio para entrar. Mientras que los hombres siempre se sienten melancólicos y solitarios viendo a su esposa y recordando a su enamorada.

Me hallé frente a Chagung. La vivacidad de la Srta. Coña me hizo recordar a Young. El día que la conocí no la relacioné con ella, hasta hace un momento al salir del campus. En el bar había un regular número de gente. Mi lugar ya estaba ocupado. El mozo me saludó y señaló una mesa de un rincón. Un apuesto joven se me acercó. En el pecho llevaba puesto su nombre. Era un universitario que trabajaba acá.

— ¿Desea lo mismo?

Miré al mozo y le dije que sí con la cabeza. En la pared blanca había cuatro grabados morados. Todos eran diferentes. No me acordaba de que hubieran estado antes allí porque nunca me había sentado al lado de la pared. Los cuatro poseían el mismo ambiente, pero, viéndolos bien, tenían diferencias, como las hay entre los gemelos. Eran líneas, cuadrados, pero observándolos más detenidamente había volúmenes que podían abarcar muchas cosas. Su color morado muy fuerte tranquilizaba. Soy ignorante en materia de arte, pero sé que son europeos. Tomé dos copas apreciando los grabados cada instante. No había comido nada, sin embargo...

— ¿Qué le hacen recordar esos cuadros?

Volteé la cabeza. Era ella, muy bien arreglada.

— Hola, señorita...

— Cueva.

Abrí más los ojos. Miré a la mujer que no me había dejado terminar la palabra. No estoy borracho, es ella, seguro y mi oído funciona bien, pero ella me trata como si no me conociera. Ella tampoco está ebria. Es seguro que cambia su apellido según su humor.

— ¿Así será el interior del útero? —pregunté, con malicia, señalando el cuadro.

— ¿No se acuerda? Si Ud. salió de allí.

— Es que creí que la que vive dentro sabe mejor que el que salió de allí.

¿Por qué escogió ese nombre Chagung?

— Chagung, ¿qué de malo tiene esta palabra? Puede ser el palacio suntuoso de Shi Hwang Ti, el palacio inmortal de Fénix o el palacio Kyongbok de Taewongun. Y si uno lo pronuncia Chagung, entonces significa útero, antro materno de la humanidad y lugar de paz deleitosa.

¿No le gusta el nombre?

– Pero el hada del palacio desaparece tres días al mes en busca de un cazador, ¿verdad?

– Seguramente necesita contar sus presas. ¿Quiere más? ¿Igual?

– No. ¿No tiene algún cóctel un poco más fuerte? Algo rojo como la sangre...

– Bien. Hay uno que se hace a base de un licor peruano. Es más bello que el color de la sangre y se parece de verdad a la sangre.

– A ver, tráigame eso y algún bocadillo adecuado a ese cóctel.

Ella seguía impasible. A propósito, yo había utilizado las palabras de nuestra discusión del primer día, y agregué más cosas que el mozo me había informado; pero ella no mostró ninguna alteración. No sabía si intencionalmente me traba como a un desconocido o que, por tratar a mucha gente, su trato era muy mecánico. Mirando el cóctel, de un color fantástico, que me sirvió el muchacho seguía pensando en ella. Quería saber más de ella. ¿Cuál sería su verdadero apellido, Coña o Cueva? Lo interesante es que ambos se refieren al vacío. Uno de ellos debe ser su apellido verdadero o ambos pueden ser falsos.

– Disculpe, es que se nos acabó ese licor. Por eso lo hicimos a base del vino portugués.

– Bien. Para lo que sé del cóctel, aunque lo haga con agua del desagüe lo tomaría paladeándolo con alegría.

– Aquí en nuestro bar aconsejamos el cóctel. Así el licor ya no es para emborracharse sino para disfrutar de su sabor.

– Creí que un buen bebedor toma solamente un tipo de licor. ¿Estaba equivocado?

– El sabor, la fragancia y el color son los que caracterizan a cada cóctel. Si uno aprecia el tacto con la copita o vaso y sabe escuchar hasta el murmullo del licor, entonces ya es un buen bebedor. La cultura del licor se convierte en un arte al sentirlo con los cinco sentidos. Por la cultura del licor también podemos expresar nuestro patriotismo. De verdad es un trabajo que vale la pena, quizás no menos que un trabajo intelectual. Cuando uno llega al estado de embriaguez, muchas palabras que salen de la boca son poemas. ¿Demasiada aventurada mi teoría?

Me quedé con la boca abierta como un tonto al escuchar su teoría de la cultura licorera. La mujer me dejó y fue a otra mesa. Me sentí golpeado. ¿Sabía mi profesión? ¿Por que la comparó con un trabajo intelectual? ¡Qué coincidencia! Es que todos los licores que ella había mencionado eran del mundo iberoamericano: Sudamérica, Perú, Portugal...

¿Una pura casualidad? ¿Alguna relación con esa región? Aumentaba más mi curiosidad. Quería emborracharme. A pesar de que no he cenado, el alcohol no tiene efecto. No quiero regresar a casa para tambalearme en el centro de la pugna entre mamá y esposa. No quiero ser un payaso.

6

Malditos. Hijos de puta. Se me salieron las palabras. No tenía a nadie delante de mí. Dos horas de reunión de profesores, pero ninguna solución. Claro, la misma reunión no era para sacar alguna conclusión sino para escuchar los informes. El Sindicato de Empleados, en huelga casi un mes, pedía múltiples cosas: subir las categorías de la planilla, reformar el sistema burocrático, derecho de seleccionar a los nuevos empleados, prolongar la edad máxima de trabajo, más vacaciones, aumentar la cantidad de empleados para mandar al exterior, participar en la elección del rector, etc. La oficina de la patronal, que monopoliza los asuntos del personal, era el director del teatro de títeres: manejaba los muñecos de acuerdo al papel de cada uno. Los muñecos no tienen voz ni movimiento libre. Al pensar en eso, ya no podía aguantar. —¿Para qué ahora nos informan los pedidos injustos del sindicato? Durante un mes hemos oído por micrófono lo que desea el Sindicato y también hemos leído todo eso en el dazibao. Ustedes deben arreglar con el Sindicato para que la universidad no se convierta en un basural. ¿Los profesores y los estudiantes, qué somos para los empleados? ¿Unos mendigos que buscan algo en el basural? Los estudiantes no vienen a mendigar el conocimiento ni los profesores venimos a mendigar el salario. Tal como el gobierno menosprecia al pueblo, las autoridades universitarias nos menosprecian. Pero, lo que no aguantamos es la basura.

Después de mi intervención improvisada, me sentí aliviado como si defecara después de largo tiempo de estreñimiento. ¡Pobres profesores incapaces! Para ascender de categoría no deben tener ojos, oídos, boca y ni siquiera nariz para no oler la basura y el excremento. Aunque sucediera algún problema serio no deben tener voz. La mitad de ellos pasa el tiempo sin sentir nada como si no tuvieran sentidos y la otra mitad espera que alguien solucione los problemas por ellos. Estos son los verdaderos perritos: andan tras los de arriba para adularlos, y cuando algún valiente cae y gracias al sacrificio de éste se soluciona el problema, salen

adelante como si ellos lo hubieran solucionado y esperan el laurel. ¡Qué bandidos! –Si no puedes adular, cállate no más. ¿Para qué te metes a criticar a los de arriba? Sólo así te ganas el odio de ellos. ¿No ves que cuando se allana el camino, primero pasa la carcocha? ¿A quién le favorece tu crítica? ¡Pobre hombre! ¡Así jamás llegarás a ser alguien!– Así me había criticado mi esposa.

¿Ser alguien? ¿Para un profesor también encaja esta palabra? Claro, en estos días ni los estudiantes valoran a los profesores que se dedican a la investigación y docencia con seriedad. Por un lado se burlan de los profesores gobiernistas y de los que salen a cada momento en la televisión, pero cuando ya se acerca la graduación andan detrás de ellos para conseguir algún trabajillo. Para los estudiantes, los buenos profesores son los que regalan notas. Después de la graduación expresan su famoso aprecio pidiéndonos que seamos el maestro de ceremonias de su matrimonio. Por ese papel también hay dos críticas: si no aceptan, echan pestes por la “sobradera”; y si aceptan todo, creen que no tienen nada que hacer. Luego, todos juntos nos critican; hoy en día hay profesores pero no hay verdaderos maestros. ¡Malditos! Todos iguales. Y la universidad que debería estar menos dañada que otras instituciones también está corrupta: cargos, ingreso de profesores, problemas del personal, horario, examen de ingreso, sustentación de tesis, problema financiero dependiente de la buena voluntad de la oficina de la patronal... Aún así, el grado de corrupción debe ser menor que en otras instituciones.

Fui a mi oficina del tercer piso. De allí pensaba ir a casa.

– ¡Profesor!

Conchita Li me estaba esperando.

– ¿No tienen ahora la reunión de profesores?

– Sí, salí después de decirles que estamos en un basural.

– ¿Ud. les dijo así?

– ¿Qué? ¿No se ha hecho un basural la universidad? ¿Llena de basura y pestilencia de excremento?

– ¡Qué susto! Los criticó a esos adulones que tienen altos cargos.

– Los que entienden las cosas como tú jamás llegarán a algún cargo.

– Me asusté porque creí que lo botaban. Es que Ud. es el único que me puede respaldar.

– Mira, mi departamento no tiene que ver contigo. ¿Qué puedo hacer por tí?

– Por lo menos podrá abogar por mí, pensando en ese tiempo.

– Los que no saben nuestra relación creerán que tuvimos algo.

- No importa. A Ud. lo seguiré buscando.
- Te equivocas. Todavía no es tarde. Busca otro padrino mejor. Y, ¿cómo va tu tesis? ¿Ya la terminaste?
- Más o menos. Cuando se imprima, le daré un ejemplar. Oiga, ¿Y qué más hago? Sea lo que sea, es mi camino y necesito estar detrás de Ud. Si no hay arroz, debe bastarme cebada.
- Tienes razón. Fíjate, yo tampoco puedo cambiar mi rumbo. Es que me gusta estudiar y fuera de este oficio, ¿en qué puedo trabajar? Para mí, la universidad no es un simple lugar para ganarme la vida. Es mi lugar de existencia, de mi vida.

Salimos caminando, callados, cada uno absorto en sus pensamientos. Desde esta mañana pensaba volver temprano a casa.

- Profesor, ¿en la reunión no hablaron de invitar más profesores?
- Sí, sí, llegarán más mediocres y ya no habrá trabajo para los de tiempo parcial que son mucho mejores que algunos de tiempo completo. ¡Pobres de los estudiantes que aprendan de esos zonzos! ¿Qué tal si formaran un sindicato de profesores de tiempo parcial? Ahora está de moda formar sindicatos: sindicato de obreros de lavandería, de restaurantes chinos, de...
- ¡Buena idea! En las empresas grandes dicen que el presidente del sindicato pesa mucho. No trabaja, pero el empresario le pasa dinero por lo bajo y el sindicato por su parte le paga el salario, le provee de un carro, y su cargo, de verdad, es poderoso. A ver, como soy mujer, podré ser presidente del Sindicato de Empleadas del Hogar, ¿no?

Me sentí mejor. Quería cenar tomando cerveza, pero cambié de idea por mi mamá. Desde hace unos días no está bien. ¿Esta vez nos abandonará? Ha superado la crisis varias veces, pero, ¿quién sabe? En cada crisis, la tristeza y la alegría me llegaban con la misma fuerza. Sentía alegría al pensar que me liberaba de una vieja ropa. ¡Qué malo soy! Para vivir en paz considero la muerte de mi propia madre como la ocasión de liberarme de una vieja ropa. En la mañana, mi esposa me aconsejó todavía –Anda, despídete de tu mamá. (Parece que se muere)– Tuve la sensación de oír hasta lo que no dijo ella. Agregó, –¡Qué raro! ¿Por qué esta vez no nos exige hospitalizarla?– Detrás de su rostro, que fingía preocupación, estaba escondida la alegría. Estoy melancólico y apenado.

- Nuestra vida es un sueño largo de un día primaveral. Y, sin saber eso, nos peleamos a muerte.
- Profesor, ¿qué dice Ud.? Aunque vieja, soy una soltera que todavía no

inicia su vida.

– Perdón, es que mi mamá está muy mal.

– Con razón. Entones no se puede. En realidad, quería pedirle que me invitara a tomar un trago. Váyase a casa lo más pronto posible.

– ¿Qué tal va tu novela? Ya terminaste la tesis, entonces ahora...

– Fue un decir.

– Entonces, un día discutiremos más sobre ese decir. Hasta luego.

Conchita Li, buena chica, pero ¿por qué no pudo casarse todavía? Yo me casé después de los treinta años, y nunca pensé que no podría casarme. Y, en su caso, será igual. Si no abandonamos los prejuicios de hombre y mujer, jamás estableceremos una sociedad democrática y moderna. Sin embargo, sí hay diferencia en el papel del hombre y la mujer. Eso es innegable. En un país como Corea, que no está ni adelantado ni atrasado, cuando una mujer quiere realizarse socialmente, debe casarse primero. ¡Qué bien que no tengo hijas! Conozco a algunas mujeres inteligentes y capacitadas no casadas. Según la estadística demográfica de Corea las mujeres son más numerosas que los hombres. Quizás eso también sería un factor para que haya más solteras que solteros. Pero ahora dicen que en las escuelas primarias hay más chicos que chicas. Cuando esos niños lleguen a la edad de casarse, habrá otro problema, quizás más serio, que el problema actual. Cuando la proporción de hombres y mujeres no es equitativa, en general se quedan solteras las que terminaron sus estudios superiores; y en el caso de los hombres, los que no terminaron sus estudios superiores. Habrá más problemas de violencia sexual. Y, ¿mis hijos? Pronto van a estar en el segundo y tercero de High School y, ¿seguirán siendo buenos estudiantes? Si el año entrante mi mamá sigue con sus idas y vueltas del hospital, ¿qué haré con mi mujer? Problema grave. ¿Entonces...? Me asusté de mi propio pensamiento. ¡Qué malvado soy! Ingrato, inhumano. Terrible imaginación. Hijo de... Descarado.

7

Todos los que pueden hablar hablan: por la contaminación ambiental el mundo está destruido, se adelgaza la capa de ozono, la tierra se calienta. ¿Será por eso que en diciembre no hace frío como antes? “Antes” ... cuando empiezo así, mis hijos reaccionan desagradablemente. Me responden de inmediato: no estamos en 'antes', estamos en 'ahora'. Claro,

yo también, cuando los mayores empezaban sus discursos con esa palabra, reaccionaba así. El ser humano tiene el mismo ciclo vital: nace, crece, envejece y muere. Sin embargo, nadie cree que ellos son los únicos diferentes de otras generaciones. Y lo curioso es que la gente siempre cree que es víctima, situada en el centro de dos generaciones. Mi papá habría pensado que era víctima entre mi abuelo y yo, y mi mamá entre mi abuela y mi esposa. Pero siempre vivimos el hoy que era el mañana de ayer, y esperamos el mañana que es el futuro de hoy.

El día que no tengo clase puedo descansar mejor que en las vacaciones. Ese día deseo que no haya nadie en casa, quiero liberarme de todas las normas. La gente, por esta razón, iría de viaje o de pesca, pero como yo soy flojo, no me gustan esas actividades. Preparar, ir, volver, más trabajo para mí. Eso no es liberarse, sino atarse más. Lo que más deseo es que mi mamá vaya a la casa de una hermana que mi esposa tenga su reunión de egresadas del mismo colegio en algún lugar un poco lejos de Seúl, y que los hijos vayan temprano a la biblioteca y regresen muy de noche. Sé que a mi esposa no le gusta que me quede en casa aunque demuestre preocupación aparentemente: levántate, lávate, cámbiate de ropa, come, ayúdame a llevarlo allá. ¿Deseas alguna comida especial? Por otro lado, mi mamá, a cada rato tocando la puerta, —¿Estas ocupado, hijo?—, quiere compartir conmigo algún momento. Algunas veces miro con celos a un viejo solitario sentado en la banca del parque o del campo de juegos de los niños. ¿Las esposas comprenderán este deseo insignificante de los esposos? Pero mi esposa dirá: “¿Qué más deseas? Lo dices porque eres afortunado. Así Dios te castigará por tu ingratitud”. Luego seguirá su lamentación: “Pobres mujeres, ¿por qué nací mujer? Si ellas supieran qué vida llevamos los hombres, agradecerían a Dios estar hechas de una costilla de Adán. La vida del hombre, triste, penosa, solitaria, cansada, humillante... Alguien dijo que el hombre se casaba sólo para ser el rey siquiera delante de una persona. ¡Pobrecitos los esposos! Esposas, límpiele la sangre de la nariz a esos pobres payasos.

Tendido de espaldas sobre el piso de la habitación seguí reflexionando. Primero debo quitarme la peluca de payaso. ¡Qué bien! Ya me liberé de la peluca y puedo pensar mejor. Los escasos cabellos se airean. Me quité los lentes, me limpié la crema blanca que cubría mi cara, ahora siento el aire por todo el rostro. Afuera con los pantalones flojos y la camisa floreada de payaso. Ahora me quedo con la ropa interior blanca. ¿Seré ahora yo? Hoy en día hasta la ropa interior tiene muchos modelos y colores; pero yo insisto en el color blanco. A veces mi esposa la com-

pra de colores, la deja en mi cajón; pero yo ni la toco, después de un mes desaparece la prenda. Seguro que la lleva al cajón de mis hijos. La comprendo. Como ya tiene más de cuarenta y cinco años, época en que empiezan los dolores de espalda, prefiere la ropa de colores en vez de la ropa blanca que requiere más trabajo para lavar, tal como cambiamos el televisor de blanco y negro al de color. Crecí entre dos hermanas mayores y una menor y nunca me acuerdo de haber estado desnudo. No me lo permitieron por respetar mi sexo sino para que ellas no vieran el sexo masculino. En casa también me obligaron a estar bien arreglado. No estuve en el sofá en ropa de dormir, ni a la mesa en ropa interior. A menudo tengo ganas de estar sin ropa, siquiera en mi propia casa; pero este deseo quedó truncado. Sr. Director, ¿no puedo liberarme de este papel? ¿Un papel menos pesado? El deseo significa que todavía tenemos esperanza de realizar algún sueño y que todavía nos queda algo de pureza humana. Cuando logremos todo lo que deseamos, ya no existirá el arte.

Silencio total. Parece que la casa está vacía. Me quito el suéter, pantalón... me siento feliz. Se cae algo. Asustado corro a la habitación de mamá. En el suelo están dispersos cartas, fotos, cuadernos, tarjetas. Mi mamá, parada en un rincón, se ve más chiquita.

— ¿Qué pasó? ¿Estás bien?

— Sí, es que yo tiré del cajón que estaba encima del mueble para arreglarlo.

— ¿Por qué no me llamaste?

— No sabía que estabas en casa.

— ¿Para qué quieres arreglar ahora? Hazlo después. ¿No ves que estás mal?

La nariz se me humedeció. Los rastros de su vida de más de setenta años estaban en el suelo como basura. Los miré con tristeza.

— ¿Después de la muerte? Eso no. Cuando todavía mi mente no falle, quiero hacerlo con mis propias manos. Después de mi muerte, mi nuera echará todo esto al fuego. Los que me los regalaron quedarían tristes.

— ¿Qué dices? Si te sientes tan mal. Iremos al hospital ahora mismo.

— No, gracias. Estoy harta de estar encerrada en el hospital o aquí.

Verdad, ¿te acuerdas de la enfermera particular? Si puedes localizarla, llámala para que te acompañe unos días en el hospital. Que te hagan el examen general y te inyecten algún suero.

— Oye, ¿leíste eso? ¿Escribe bien? ¿Lo corregiste?

— Sí, escribió bien. No corregí nada. No se puede corregir así no más.

Dile que revise ella misma y lo presente a algún concurso. Comunícate con ella, por favor.

Sonó la puerta y entró mi esposa. Estaba volviendo del mercado.

– ¿Qué? ¿Estás loco? ¿Cómo puedes estar así aunque sea delante de tu madre?

– Loca estás tú, no él. ¿Cómo puedes hablarle a tu esposo de esta forma?

No sabía qué hacer. Miraba a una y otra, y luego me vi: estaba en ropa interior. Pero, ¿por qué mamá no me había dicho nada? Quizás, al verme en ropa interior, habría estado feliz porque habría sentido a su hijo como una criatura. ¿Será eso el amor maternal? Ya en nuestra habitación, le expliqué a mi esposa: estaba cambiándome la ropa para salir y en ese momento se cayó algo en la habitación de mamá y corrí allí inmediatamente. Me cambié la ropa, de verdad, y salí, sin tener adonde ir. Prácticamente fui echado de casa por mi esposa. ¿La razón? Estar en ropa interior delante de mamá. ¿Por qué mentí? –Es mi casa, soy el jefe de la familia y ¿acaso no puedo estar en ropa interior en casa?– ¿Por qué no se lo dije así? En la universidad digo todo lo que pienso, protesto, para proteger a los demás; y en casa, delante de mi esposa y mi mamá ¿por qué no puedo decir todo lo que quiero? ¿Para mantener la paz del hogar y no perder la dignidad? No, no me entiendo. Cada día es peor todavía. ¿Amor? Ahora ya no vale sin expresarlo con dinero. ¿Orgullo? Es una cosa de vanagloria. ¿Dignidad? Existe como una forma de no perder la cara.

No tenía adónde ir. Seúl es dos veces más grande que hace treinta años cuando era universitario. Buena red de transportes que llevan a cualquier rincón, edificios altos donde funcionan restaurantes y lugares de diversión, pero yo, ¿adónde? –¿No quieres viajar hasta el último paradero de este bus? ¿Dónde quedará Shilimdong? –propuso Young. Dijo que era un paseo sin mucho gasto. –Vamos al zoo para darles galletas a los monos.– Otra propuesta. – ¿Quieres ir caminando hasta Kwanghwamun?– Otra vez, Young. –¿Cuánto tienes? Si juntamos lo que tenemos podemos ir al cine.– –Vamos a pasear por las tres librerías. Quiero leer la novela de Hemingway.– Cuántos retornos de Young se esfumaron; ahora estoy solo, abandonado en un Seúl grande. –Bueno, hoy te doy libertad de escoger. Pero cuando esté viejo yo, harás todo lo que te pida, ¿sí?– Le hice prometer. –Bien, pero, ¿crees que sólo tú envejeces? Yo también estaré vieja.– ¡Qué zonzos! En ese momento creí que ella no envejecería. Young debería ser young (joven).

¿Viaje gratis? El paradero final de este bus ya no es Shilimdong, ahora está más lejos. Además, ya no soy el joven de esos días románticos con Young. ¿Monos? El zoo se trasladó a otro lugar más lejos. ¿Caminata? En estos días la ciudad está muy contaminada, y no se puede caminar más de diez minutos. ¿Librerías? Tengo suficiente dinero, por tanto no necesito leer gratuitamente. ¿Película? Ahora los cines pasan películas de violencia o de ciencia ficción. Dicen que los obreros jornaleros deben nutrirse de carne cada cierto tiempo. También tendré que nutrirme de buena vista. Entonces, alguna película. Compré el periódico: “Pequeña diabla”, “Máquina bailarina”. “Caminando hasta el cielo”, “Instinto innato” “Familia de Adán”, “Flor de nieve”, “Hamlet”... Por lo menos los títulos no eran violentos. Decidí ir a ver “Instinto innato”.

El instinto innato de un ser vivo se demuestra cuando cuida a su criatura. Los animales son buenos ejemplos de este instinto, pero los seres humanos ya no lo tienen y en algunos casos son peores que cualquier animal. ¿Por qué? ¿Cuál será el instinto innato del ser humano? El niño que acaba de nacer muestra su instinto innato mamando la teta con los ojos cerrados. Sí, eso es. Pero, ¿no habrá otro ejemplo? ¡Curiosidad! Esa es el instinto propio del ser humano. Siempre queremos saber, ver, entender y gracias a esa curiosidad investigamos, exploramos, inventamos y descubrimos. Desde hace miles de años hasta ahora y hasta miles de años después seguiremos haciéndolo. Algunas veces somos víctimas de nuestra invención y aún así no nos arrepentimos. Esclavos de la curiosidad, Quisiera ver el viaje intelectual de la humanidad desde su inicio hasta el futuro. Entonces, debería haber estudiado ingeniería mecánica o electrónica. No, eso no. En ese caso, seguiría fabricando algo nuevo y al final me moriría aplastado por el peso de las máquinas viejas. Mi especialidad, por suerte, no tiene peso ni volumen. Es una especialidad que promete un futuro eterno a la humanidad. Mi curiosidad aumentó por querer saber qué sería el “instinto innato” de la película.

– Al fin se murió. Si hubiera seguido, habría sufrido más. (Malvada. ¿Quién sufrió más, tú o mi mamá?)

Quería gritarle, pero no pude. Ella no debería hablar así delante de un cadáver que todavía estaba caliente. Dicen que el oído es el que se abre primero y se cierra cuatro horas después de la muerte. Por eso es posible educar al bebé. Desde el útero materno, por medio de la música y la poesía. Sabía que mi mamá nos dejaría tarde o temprano y que todos caminamos hacia la muerte, pero el choque era tanto que no me salía ni una lágrima. Mi mujer, al verme así, creyó que había deseado esa

muerte. Aunque comprendí su inmadurez, me desilusioné de ella. Claro, ella no comprendía el caso de mi mamá porque sus papás están con buena salud. Además, estaba ocupada con los hijos. El amor filial se da hacia abajo: uno ama más a sus hijos que a sus papás, pero aún así los papás son los que dan un tranquilo descanso a los hijos. Aunque el hijo esté anciano, cuando se le muere su mamá, se siente huérfano. Sobre todo, los hombres lo sienten más porque sus hijos, que pueden llenar el vacío que deja su mamá, están más cerca de la mamá. Aunque digan que la genealogía paterna es importante, la madre es el ser más cercano a los hijos. Al fin y al cabo, el padre juega un papel complementario.

Terminando el rito del tercer día, volvimos a casa temprano. Todos estaban felices: mis hermanas se sentían aliviadas como si terminaran de casar a una hija de edad. Mi esposa y ellas ya no reñían. Me sentí mal. Las mujeres, al final de cuentas, son hijas y al mismo tiempo nuevas. No puedo comprenderlas: para mí, mi esposa no puede ser mi enamorada y al mismo tiempo mi esposa. Allí está mi desgracia.

En la casa, ausente mi mamá, mi esposa es la única autoridad. Por el contacto de mi cuerpo con el suyo, yo era de ella, y gracias a eso nacieron mis hijos después de permanecer diez meses en su interior. Todos nosotros estuvimos en su cuerpo, todos nosotros somos parte de ella. Cada día que aumentaba su autoridad yo me sentía más solo y diminuto. Cuando se vayan mis hermanas después de la cena, me quedaré solo en la casa de mi mujer. No, no quiero estar en su casa. Debo salir. Debo viajar. Dejé un escrito en la mesa y salí.

El viaje por Europa en la década del '70. Viajar en tren durante un mes con "Tren Europeo" era un sueño romántico. Viajé sólo en la noche para economizar el gasto de hospedaje, pero estaba feliz. El tren tenía pasillo y puerta como si fuera un edificio y la silla se convertía en una cama cuando se tiraba hacia atrás. Los pasajeros, a pesar de tantas diferencias: edad, nacionalidad, profesión, nos llevábamos bien. Al amanecer, íbamos al baño en turno, nos lavábamos y nos arreglábamos la ropa. La mesita al lado de la silla se llenaba de la comida que habíamos traído al subir al tren. Era un desayuno completo con cuchillo, tenedor y servilleta. Cuando llegábamos a destino, encargábamos las maletas en la consigna de cada estación y luego nos despedíamos.

Viajé por París, Bruselas, Amsterdam, Copenhague. Estocolmo, y de allí a Italia, vía Zurich. Pasar las fronteras en tren fue una experiencia nunca imaginada, pues siempre había vivido con la imagen rígida de la

frontera entre el sur y el norte de Corea. Al principio me emocionaban las fronteras, pero después de quince días ya me parecía normal. Por las ventanillas se veían las humildes casas de Italia. Cuando me bajé en Milán, vi mucha gente por primera vez. Recordé Seúl, donde los buses, tranvías, carros y gente andaban chocándose. Estaba dispuesto a cualquier choque como en Seúl. Pero Milán no era Seúl, e Italia no era Corea. Allí el ser humano valía más que cualquier otra cosa. Mi último paradero era España. Allí no quería viajar de noche. Pensaba visitar Toledo, Segovia, Córdoba y la Alhambra después de conocer bien Madrid. Madrid, una ciudad artística e histórica, con su gente amable, romántica y calurosa. Cuando estaba en una calle, admirando las construcciones suntuosas y bellas: escultura de fuentes, correo, biblioteca, tiendas, palacios, me encontré con un amigo coreano.

– Pero..., ¿a quién veo? Eres Ki, ¿verdad? ¿Qué haces por aquí? –me palmoteó.

– Pues conociendo España. Como estudio en Alemania, estoy aprovechando el tiempo visitando Europa. España es el destino final de mis andanzas. Y tú, ¿cómo estás?

Era egresado del Departamento de Francés y había ido a París para estudiar. Y ahora trabajaba en una agencia de viajes en Madrid. Tomamos licor, comimos y charlamos. Encontrar a un conocido residente durante el viaje no era nada ventajoso. Para él, una ocasión para obtener noticias frescas de la patria; pero para mí, pérdida de tiempo. La cosa no terminó allí, pues arruinó hasta el viaje a España y finalmente mató mi juventud.

– ¿Has oído de Young? La chica de mi departamento. Era tu amiga, ¿no?

No le dije ni sí ni no, pero presentí algo malo. Young, no sé si la amaba, pero nos encontrábamos con frecuencia, nos llevábamos bien y nunca nos faltaban temas de conversación. Pero nuestros caminos eran diferentes. O a lo mejor yo lo habría deseado así. Siempre soñé tener una mujer que no hablara de cosas cotidianas como el salario, comida, etc., y, delante de ella, simplemente quería ser “yo” sin nombre y título. Young era mi mujer ideal. Pero no podía retenerla: tenía que cumplir el servicio militar, estudiar seis o siete años más por la maestría y el doctorado. La recordaba siempre como mi primer amor. Cuando fui a Alemania con el escaso capital reunido con mi pobre salario de profesor del colegio, yo ya tenía más de treinta años. En realidad, no me había olvidado de ella y estando en Europa la añoraba más.

Li me contó: Young está en peligro de perder la vida en un centro de convalecencia. Todavía está soltera. Llegó a París mientras su “enamorado” cumplía el servicio militar. Le pregunté quién le había contado todo eso y el nombre del centro de convalecencia. No me pudo dar datos exactos. En el acto, volví a París. Yo sabía que su “enamorado” era yo. Anduve por las callejuelas de París, varias veces por el río Sena, pero no había forma de ver a mi Young. La hojarasca caía al suelo mientras tomaba licor tarareando *The falling leaves...*, y llorando...

Recordando París y Madrid, contemplé las calles de Seúl. Muchos edificios. Muy limpios. Llenos de maquillaje. Sin sutileza. Muy agresivos. Las ciudades europeas guardan su historia, mantienen su tradición y siguen siendo iguales, mientras Seúl, aunque uno viva dentro, sigue siendo una ciudad desconocida. Soy afortunado porque he conocido la época antigua, la ciudad antigua de Seúl. Los jóvenes de hoy viven en una ciudad moderna y cuando vayan al exterior no podrán apreciar la verdadera hermosura de la tradición, arte e historia de esos países. ¿Cómo pueden sentir algo si viajan en grupo con un guía coreano y pasan por las tiendas y lugares de diversión? Vuelven del viaje con fotos alabando de nuevo la comodidad de los barrios de su Seúl.

Fui a Myongdong. Allí estaban el “Teatro Nacional”, la “Cafetería Dolce” y la “Librería Muñe”. Lugares de andanza con Young. Estaban también la “Sastrería Yonghwa Li”, la “Modistería Songok”, el “Hotel Metro” y el “Hotel Savoy”. Me acuerdo del “Salón de Belleza Yuni” donde trabajaba un hombre. A estos últimos, iba con mi esposa que entonces era mi prometida. En el segundo piso del Hotel Savoy había un restaurante japonés que servía fideos muy deliciosos y en el restaurante occidental del último piso del hotel Metro un trío animaba el ambiente. En ese restaurante, sentado en la mesa que daba a la montaña Namsan, sirviéndome la carne, sentía pena por mi esposa porque cuando el chelista tocó “la muerte del cisne” recordaba a Young. Era la pieza favorita de Young que solíamos escuchar con un café y tres vasos de agua. Le encantaba esa música y también la gustaba “Una furtiva lágrima”. Cada vez que mi esposa y yo íbamos allí, comíamos la comida occidental. Más tarde, ella me confesó que no le gustaba esa comida, pero a mí sí me gustaba. Más que el sabor, apreciaba el ambiente ordenado, exótico y elegante de sus juegos de mesa.

No sé si ahora existan todavía esos hoteles. Ahora abundan más las compañías de seguro, tiendas de ropa hecha. Ya no hay lugares que

me hagan saborear lo exótico y rumiar el pasado. Triste. Ya estoy frente a la iglesia católica. Subo la colina. Aquellos días no entrábamos a la iglesia pero me llevaba donde estaba la estatua de la Virgen María. – Confiesa todos tus pecados. –decía Young, y ahora la escucho de nuevo. Salí a la calle.

Hay mucha gente en Chagung. Tres universitarios atienden a la gente. Sin mirar al mozo voy a un rincón. Quiero estar solo. Espero que no haya nadie que me conozca. Quiero ser yo. Quiero encontrarme conmigo mismo. Hay música, a mi alrededor, caras serias. Quizás por la triste melodía del chelo. La “Tristeza de amor”, que estaba de moda en la década de los '60.

Me acuerdo de una pequeña taberna de Zurich. Allí tocaban sólo la música pasada de moda. Los clientes frisaban los sesenta años. Había grupos de dos, tres, cuatro. Al lado de la banda, en el pequeño espacio unas parejas bailaban. Todos hablaban en su idioma: francés, alemán, inglés, italiano y español. Más tarde supe que casi todos llegaban solos. Una mujer de cincuenta años más o menos me invitó a bailar. ¡Qué bobo! Me negué diciendo que no sabía bailar.

En la pared del bar, ya no están los grabados, en su lugar está echada la atractiva maja. Era “La maja vestida” de Goya. El cuadro está en diagonal visto desde mi asiento. Así la maja parece más sensual. Recordé el Museo del Prado de Madrid. De Madrid pensaba ir a Toledo para visitar el Museo de El Greco, pero no pude viajar por Young. Nunca más volví a España. ¡Qué lástima! Seguí tomando el licor. ¡Mi mamá! No puedo recordarla sola, la recuerdo junto a algún hecho relacionado conmigo: cuando fuimos al jardín, a la escuela, a la universidad el día de mi graduación, a la cafetería para encontrarnos con la casamentera y mi esposa actual... En todos esos cuadros yo soy el protagonista y mi mamá siempre en el complementario. Hasta en el duelo está en el segundo plano y mi tristeza está en el primero. ¡Qué egoísta!

– Le traje ese cóctel sensual. Es bonito el color, ¿no? Como yo...

Era ella. Esta vez me trata con más familiaridad. ¿Cómo se llamaba ella? ¿Era Coña o Cueva? Mi mente seguía clara pero el cuerpo no obedecía a la mente. Claro, desde hacía días no comía. Tomé el cóctel rosado sin contestarle nada. Pero, no era licor. Era una bebida sin alcohol. Pedí otro más con el dedo.

– ¿Algo triste? No tome tanto. Si quiere entristecerse, preferible hacerlo sin tomar.

Estaba con la cinta negra en el pecho. ¿Una ofrenda a mi madre, o deseo de demostrar a otros mi tristeza, o una señal para mí mismo a fin de sentirme triste aunque sea a la fuerza?

Me sentí avergonzado. Hablé con la lengua estropajosa:

– Ah, sí, eees que desapareció mi Chagung.

¿Desapareció Chagung? Vea, aquí sí existe en forma de bar.

– Tttiene... ra...zón. De nue...vo en el interior. ¿Puedes darme al...go de comer?

– ¿Cómo? Por la muerte de su esposa, ni pudo comer algo, ¿verdad?

– ¡Qué iiigno...rante! ¡Quién anda con la cinta ne...gra por la muuuer...te de la esposa? Cuando se muere la esposa, el esposo ni se pone de llu...to.

– Verdad, tiene razón. Dicen que se rió de alegría en el baño.

– Esssso decían antes, ahora se esconde en el baño por...que las solte...ro...nas lo persiguen. Oiga, déme algo de comer. Me duele el estómago, Srta. Hueca.

La llamé por Cueva. ¿Hay un apellido semejante?

– No se puede. Aquí no cocinamos.

Se fue la mujer. No le habría gustado el apellido Hueca.

Otra vez solo. Ya no quería estar solo. Tenía miedo de todo, todos los recuerdos: Myongdong, España, París, mi mamá... Quería hablar con alguien sobre lo que sea. Deseo que alguien me acompañe. –¿Dónde estás, Conchita Li? ¿Estás fabricando billetes para sobornar a éstos y llegar a ser profesora titular? ¿O, estás vendiendo tu gracia al rector?–

– Conchita Kang, ¿qué haces? ¿Estás excavando alguna fuente para aplacar tu sed? Excávala, aún así, no podrás aplacar tu sed de corazón.–

Tenía sueño. Recordé el poema de Conchita Pak. Para ella un día tenía treinta y seis horas. “Pobres calavera, calavera, calavera, se ven tumbas, lugar de inci...” –Young, ¿dónde estás? ¿Estás en el cementerio? No, no, todavía eres estudiante. ¿Qué tal van tus estudios en París? Heidelberg está cerca. ¿Por qué no vienes acá? Bueno, nos vemos en esa cafetería de Myongdong. Ese día tomaremos té inglés en una elegante taza. Té, mitad leche y mitad té inglés.

sayuno o defeco, me lavo y desayuno o me lavo, desayuno y defeco? No es un asunto de matemáticas, simplemente decidir el orden de los tres actos. En la madrugada, siempre estoy con este problema. Conflictos insignificantes, pero serios para mí. Escoger una de las tres catarsis: botar la mugre de fuera, llenar el estómago, botar la mugre de adentro. Hoy, como de costumbre, abrí los ojos sin conclusión.

No estoy en un coche del tren. Estoy en una habitación ordenada. ¿Me alojé anoche en un hotel? ¿Hotel Metro? ¿Hotel Savoy? No, no puede ser. Fui a Myongdong para ver si esas cosas seguían en su lugar y fui a Chagung. Tomé bastante licor, estaba echada la maja sensual. Estaba triste, deseaba estar con alguien, me dolía el estómago, y luego... ¿Dónde estoy? ¿En la habitación de una prostituta? ¿Entonces, el Sida? Me quité el calzoncillo, miré y toqué mi sexo. No, no se puede saber de esta forma. ¡Caramba! ¡No, no, no! Estaba caído el mío desde hace unos meses, posiblemente por el cansancio y las preocupaciones. Entonces, no pude hacer nada. Además, si estaba tan borracho sin poder pararme... ¿Dónde estoy? Techo, luz, cortina, ventana, escritorio, libros, libros, libros. Estoy en un laberinto. Esto no es un hotel, ni habitación de la prostituta. Porque hay muchos libros. ¿En qué pensé anoche? Conchita Li, Conchita Kang, Conchita Pak. Pero no recuerdo sus números telefónicos, ni conozco sus casas. Algunas veces pienso que ellas no son seres vivos. Conchita Pak, Conchita Kang, Conchita Li. Borro sus nombres. X, X, X. Mi mamá y Young, las mujeres más queridas, tampoco pueden traerme aquí. ¿Cómo habría sucedido?

Fue ella. Lé pedí, le hablé. Sí. Iré al bar y le pediré que me cuente el resto. Me levanté. ¡Qué dolor de cabeza! Se me rompe. Me eché de nuevo. Srta. Coña, Srta. Cueva, Srta. Hueca, en fin, ella... Escucho algo afuera.

— Aquí tiene la sopa. Muy tarde, ¿verdad?

— ¡Ah! Srta... (Coña) Srta. Coña, no sé es que...

— No se asuste. Está dentro de Chaagung, no Chagung. Está en mi casa, Sr. Coño.

— ¿Soy Coño?

— Si está vacío, sí. El hueco y el coñío son realidades vacías.

— Tiene razón. ¿Se acuerda de que se quejó de su estómago vacío?

— Así fue.

— Suele suceder con los clientes. Menos mal que Ud. no se portó mal.

— ¿No me oriné en la cama?

— Cuando se emborracha, ¿se orina en cualquier lugar?

- Pregunté no más.
- Varias veces repitió que debía salir temprano. ¿No es tarde?
- Claro. Debo ir a la estación.
- ¿La estación de Seúl? No se preocupe, está cerca.
- Esa estación no. La estación del Este de Madrid.
- ¿De España?
- Naturalmente.
- ¿Participa en las olimpiadas? ¿Tan viejo?
- ¿Viejo? Claro, viejo. ¿Cuántos años tengo?
- Disculpe, no tenía mala intención; viejo para ser un deportista. Perdome por la expresión ruda.
- ¿Sabe usar las palabras como “disculpe” y “perdone”? Creí que nunca las usaba. Pero, ¿por qué al decir España la pronunció con énfasis? ¿Qué coincidencia! La vez pasada, hablé de cocteles relacionados con licores hispánicos. ¿Fue un hispanoparlante el cazador que se escapó con el vestido de este ángel?

Salió la señorita Coña. Señal de despedida. Me avergoncé. Arreglé la cama, tomé un poco de sopa y dejé un recado en el escritorio. “Gracias. Hasta luego”. La habitación parecía un estudio, había libros en inglés de lingüística y literatura, poemas, libros de crítica y revistas literarias de Corea. Allí estaba la revista donde escribo el comentario mensual. ¿Quién será esta mujer? Miré afuera, todavía las calles estaban desiertas. Encontré la salida y salí corriendo. Cerré la puerta.

- ¡Putung!

Encontré fácilmente el Hotel metro. Curioso, anoche no lo podía ubicar. Me alojé en una habitación y luego subí al último piso. La ventana estaba bloqueada. Ya no se veía la montaña Namsan. El restaurante no funcionaba. 'Excelente Karaoke. Ultimo modelo, japonés. Agarre el micro, saldrán todas las canciones que quiera. No hay *The falling leaves*. Ya pasó de moda. ¡Qué señor tan atrasado!' Se oía la burla de la sólida pared.

Todo el día me quedé en el hotel en ropa interior. Me bañé y anduve desnudo. Examiné mi cuerpo. Aunque no estaba fuera de Seúl, me sentía como un viajero. Pedí un plato de pescado al estilo francés. ¡Qué fascinante gastar el dinero! Estoy solo. ¡Qué bien! ¿Por qué no lo había intentado antes? ¡Gracias, mamá! ¡Mi mamá! Soy huérfano. Pobrecito de mí.

Llamé por teléfono al bar. No estaba la Srta. Coña. Hoy no trabajaba ella. El mozo, ante mi insistencia, me contestó:

– ¿Llegó bien a su casa anoche? Estaba borracho. Como tenía que atender a otro cliente, le hice subir al carro de la dueña. Ella dijo que descansaría tres días seguidos. ¿Qué le diré cuando...?

Colgué el teléfono. Por suerte, había memorizado el teléfono de su casa.

– Habla Conchita Coña. ¿Quién es? ¿Es Ud. el Sr. Sungpyo Ki? ¿Verdad?

Se asustó. Pero su respuesta me asustó también. Por poco se me cayó el teléfono. Nunca le había dado mi nombre pero ella sabía quién era Sungpyo Ki. ¡Qué caray! No sabía qué contestar. ¿Me conocerá bien? ¿Qué sabrá de mí? En fin, imposible dar marcha atrás.

– Disculpe, ayer, no, esta mañana he estado imprudente. Como no sabía qué decirle, me escapé.

– Está bien. Demasiado caballero con una mujer de bar. ¿No está de viaje?

– No, todavía sigo en Seúl. Aunque quiero ir a París o Madrid.

– Me confunde Ud. ¿Quiere que le acompañe a Madrid?

Nos comprometimos a ir juntos a Madrid. Mañana a las nueve en el bar. A esa hora todavía no empezaba a trabajar.

10

– Es verdad. Me pidieron millonadas para el Fondo de Desarrollo de la Universidad. De cólera, con esa cantidad y un poco más abrí este bar. Fíjese, si lo hubiera sabido antes, no habría presentado más solicitudes para que otros figuraran. Intenté en Pusan, Taejon, Kwangju, y nada. Era una niña, mejor dicho, una tonta. Creía en sus explicaciones: “Como Ud. es mujer, espere para la siguiente vez”. “Esta vez queremos un especialista en literatura del siglo XIX”. “Ceda para un jefe de familia”. Hasta que uno, ganador de la cátedra, me sopló. Primero dudé de mis oídos. Es que había rumores pero nadie hacía declaraciones de la compra de los puestos. Me gusto estudiar, fui a Europa para estudiar más y saqué el doctorado. Pero, esto no significaba que debía trabajar en la universidad. Por suerte no tengo a quien mantener. Y prefiero vivir tranquila. Puedo colaborar con mi universidad como esa anciana que donó todo su capital ganado en la licorería; pero sobornar o comprar el puesto, no.

- Y, ¿este trabajo la deja vivir tranquila?
- Hasta ahora sí, excepto Ud.
- ¿He cometido algún error?
- No lo sé. Es una ficha secreta que puede quitar la vida del Prof. Ki.
- El que tomó anoche fui yo, no el Prof. Ki.

Estuvimos en la mesita del rincón del bar. Ella había convertido esa parte en un ambiente español, me sirvió el vino y el queso de España. Al lado de "La maja vestida" estaba el retrato de El Greco y el "Paisaje de Toledo". Aunque era invierno, este lugar tenía un frío benigno como el de España.

- Me encanta España. Estuve siete años en Europa y coleccioné muchas cosas españolas. Al volver, instalé un pequeño bar español en mi sala como un antecedente de mi negocio actual. Si no hubiera fallecido mi mamá, todo estaría bien. Se murió el año pasado enferma por mi soltería. Soy huérfana, huérfana vieja.

- Aunque sea vieja, huérfana es huérfana. Yo también soy huérfano. Ayer había salido de mi casa huyendo de la tristeza y la soledad, pero se dañó mi brújula en el camino y naufragué.

- Si para Colón fue un error, para mí fue un descubrimiento de América.

- Entonces, debería haber edificado un EE.UU. y no una España.

- ¡Qué error! Para ser vaquero, primero se debe comprender la corrida de toros. Es un arte. Las habrá visto en Madrid.

Habló buen tiempo de la corrida. Me acordé de los pañuelos blancos de los espectadores y los "¡Olés!" Un día de mucho sol, el cielo parecía teñir esos pañuelos blancos en azules. Yo, a pesar de ser hombre, admiraba el cuerpo y el rostro sensuales del torero. Las mujeres, excita-das, le lanzaban sus blusas, sus pañuelos y sus bolsos.

- El cazador era un torero. Recién me doy cuenta.

- Equivocado.

- ¿Tiene un amante secreto?

- Es un secreto. No hablo jamás de mi enamorado eterno.

- Mujer llena de secretos. ¡Qué desilusión!

- Son dos pero puede ser uno.

- ¿Qué? ¿Qué quiere decir eso? Más oscuro que el interior de Chagung.

Mi curiosidad crecía más y más. Si vive sola, no es casada. Cuando descansa tres días, ¿a quién verá? Hoy debe ser uno de esos días, pero no deja ninguna pista.

- ¿Por qué cambió este mes sus días de descanso?

- ¿Cómo puedo descansar en los mismos días todos los meses?

¿No ve que estamos a fines del año?

– ¿Por el Año Nuevo Solar?

– Exacto.

Fue a la cocina y me traje una paella española. Al ver el arroz más amarillo que la flor de colza, se me llenó la boca de agua. Se puso un delantal floreado y empezó a hablar en español. Mi único español “hasta mañana” se avergonzó delante de su perfecto español. Saboreé lentamente la paella. Estaba en Madrid, España, Europa. Qué alegría viajar libre de todo: de tiempo y espacio. Soy un joven de treinta años y como un simple macho, empapado en un ambiente español, vivo amando la poesía y la literatura. Antes de que expire mi canto del alma al aire, Young, quisiera apuntarlo en tu palma.

– Ki siempre quiso escribir poemas. Verdad. Confesión que jamás pudo hacer en toda su vida. Pero, tenía que estudiar, trabajar, vivir y mantener a la familia controlando su deseo. Es un cobarde cruel porque se atreve a criticar las obras de otros. ¿El, acaso escribió siquiera un verso? Nada. Sólo sabe la teoría, lee mucho, es sistemático, conservador, pero todo es nada ante cualquier escrito. ¿No es así Srta. Coña?

– Me llamo Suhyon Chong.

– ¿Y?

– Abriendo este bar me convertí en Conchita Coña. Tenía que adecuar mi nombre y apellido a la dueña de un bar. Coña, eso suena algo vacío. Y cambio a veces este apellido a otros como Cueva, Vacía...

– ¿Cuándo cambia?– Cuando... el cliente se interesa por mi persona o yo me intereso por él. Eso no es importante. Y, Ud., durante dos meses no escribe comentarios, ¿no? La revista parece incompleta. ¿Por qué?

– No sé. Pregúntele al Sr. Ki.

– Suhyon Chong es admiradora del Sr. Sungpyo Ki. Hoy Suhyon Chong está atendiéndolo. Ya no existe ese cliente de Chaagung. Desapareció ayer en la montaña. Sé que le gusta Europa y le encanta España.

Sungpyo Ki estaba desnudo ante ella. Esta mujer lo sabía todo: veía hasta el excremento de su intestino grueso, y el contenido de sus testículos. El tonto de Ki le había revelado quién era su eterna enamorada.

¡Mamá! Estoy desnudo y huérfano. ¿Quién me dará la leche y me pondrá la ropa interior? Quiero volver a su ovario. Quiero empezar de nuevo. Quiero vivir como un ser humano. Pero está muerta. En su tumba cayó la nieve y el año entrante allí crecerá el césped. Su cuerpo pronto volverá a la madre tierra y su espíritu al cielo. Tengo ganas de llorar en voz alta.

– ¿Cuándo falleció su mamá? Reciba mi sentido pésame. Ud. todavía no siente su ausencia. Más tarde lo sentirá mucho.

La mujer estaba triste.

– Ayer fue el tercer día de su entierro. Cuando todavía había bulla en la casa, me escapé. En casa, yo siempre estaba en la situación de sandwich. ¿Sabe qué lo que significa eso?

– El que mantiene el equilibrio entre dos extremos.

– Exacto. Las dos, en cierto sentido, gozaban jugando y del papel de equilibrista. Juego clásico en esta sociedad.

– ¿Clásico? Es interesante su expresión. Si es clásico, todavía está de moda. ¿No ve que leen todavía a Shakespeare, a Shelley y a Goethe? No estudia la literatura inglesa, ¿no?

Pregunta directa.

– Es que mi inglés es pobre. ¿Cómo sabe de mí? Eso no me agrada,

– Leyendo esto y aquello.

– Más confusión.

– Bueno, me explicaré.

Los días de descanso, Suhyon Chong los aprovecha para reunir datos para su trabajo, hacer apuntes de los libros leídos, etc. Ahora prepara un trabajo comparativo de las literaturas de Corea e Inglaterra. Trata de sacar las palabras de su garganta, porque están allí atragantadas y pegadas a la pared y no quieren salir. Y en el tercer día encuentra que no ha podido escribir ni una línea; entonces lee los comentarios mensuales de las revistas literarias para disfrutar de la catarsis. Aunque no todos los comentarios le convencen; cuando lee las duras críticas, siente que ella misma se venga. Le gustaba Sungpyo Ki, el crítico más duro. Sus días de descanso coinciden con los días de la publicación de las revistas.

– La catarsis es un instinto muy importante. Es como defecar, vomitar, botar, hablar, y luego se siente más tranquilidad y alivio.

Me acordé de mi esposa que, apenas de vuelta en casa, abría su pecho, se limpiaba los pezones y lactaba a mi primer hijo. Creía que eso era el amor intelectual. Pero, pudo ser también una catarsis.

– ¿Como cuando uno rasca el hongo?

– Buena memoria. Disculpe por la imprudencia de ese día.

– Hace poco tuve una infección al oído, pero no fui al hospital. ¿Sabe el porqué? Es que cuando sentía escozor, lo tocaba con el hisopo y en ese momento experimentaba una sensación como la del orgasmo. Entonces la infección se agravaba, salía líquido, y ese líquido se quedaba en la pared del oído. De nuevo rascar con el hisopo y sentir la sensación. Final-

mente, tuve que acercarme a la clínica y al fin me curé. El primer día cuando hablamos de hongos, por mi experiencia animé la conversación. A pesar de lo sucio del tema, era interesante. Ese crítico Ki al escribir su comentario mensual experimentaría esa sensación.

– Entonces, después de curarse, ¿ya no escribió más críticas?

– Quizás coincidan.

– ¿Quiere que le prepare un cóctel fantástico?

Mientras Suhyon Chong fue a la cocina, Sungpyo Ki fue a lavarse las manos.

Hasta ahora escribía sin cuidado, citaba a los grandes teóricos de la literatura: Max Weber, Lúkacs, Hauser, Goldmann, Wolfgang Iser, Karl Mannheim, Jauss, etc., y allí no había mi voz. Gracias a esos teóricos pude criticar cruelmente las obras. Esta mujer sabe qué hacía yo, me hinca la herida con su pincel y me propone una nueva teoría de catarsis. Me duele, me siento aliviado y siento el éxtasis. Cierto, todas mis palabras eran el producto de mi catarsis. En el momento de la catarsis gozaba pero todo mi semen no pudo encontrar su contraparte y nadó en el ovario. Ahora ya estará en algún río.

Recordé todo lo que habíamos conversado. El licor no es para pasarlo sino para apreciar su sabor, sentirlo por todo el cuerpo. Tantas formas de saborearlo: puras, cocteles a base de güisqui, ron, vodka, ginebra y qué sé yo más ¿Qué estará preparando ella ahora? Para mí todos son iguales, los únicos diferentes son el cóctel caliente a base de café y el cóctel frío a base de otros licores. –Sea así o sea asá, el cóctel es una especie de licor, ¿no?– Así comenté ese día cuando me dio la clase de coctelería. –Claro que sí. Aunque cambien mujeres; al fin y al cabo, son para hacer el acto sexual–. Fue dura su respuesta. –¿Quiere uno claro como el agua cristalina o como el pus?– me reí al recordar su pregunta del primer día en Chagung. Si me pregunta de nuevo la señorita Coña, le diré: –Tráigame un cóctel sensual y atractivo que me haga olvidar a Sungpyo Ki durante treinta y seis horas.– Para Chagung yo era un extranjero y allí pude sentirme como un hijo inocente. Allí sí podía escribir poemas, poemas sobre el amor a la madre... Casi saqué mi plumafuente y el papel blanco...

AMOR DE MADRE

Instinto innato de las mujeres
Lugar de origen de los hombres
Fuente original de las artes

Quiero abrazarla. Antes de que entren Suhyon Chong y Sungpyo Ki.

EL SR. CHANG

MUN-GU LI

Antes, el Sr. Chang deseaba vivir como aquellos que vivían recordando el pasado con cariño, pero ahora ya no tiene porqué tener celos de ellos. La vida era así. No había nada permanente. Siempre tenía sus altibajos. Era como el clima de estos días: después de muchos días feos, hoy, el día está claro. Sin embargo, el Sr. Chang sabía muy bien que el clima no tenía nada que ver con los altibajos de la vida.

La crema del restaurante, servida casi a ras del plato también casi plano, no le llenaba el estómago. Bebió cerveza para llenarlo. Por su mente pasaron los recuerdos de hace treinta años, que jamás lo habían abandonado y que le hacían confundir el fluir del tiempo. El pasado se mezclaba con el presente y el futuro. Sobre todo estaban muy vivos los recuerdos dolorosos desde cuando empezó el Diálogo de Armisticio hasta el año en que finalizó. Había también otros recuerdos más lejanos o más recientes, pero no eran tan vivos como esos. ¿La razón? Quizás porque habían sucedido cuando era ya niño consciente de que necesitaba alimentarse más, pero por la pobreza había tenido que vivir hambriento.

Sin embargo, la gente de su pueblo no se había enfermado ni se le había hinchado la barriga. No porque el Sr. Presidente les hubiera dado comida a esos pobres, no porque los extranjeros enviaran víveres, sino porque tenían plantas silvestres comestibles. Ajenjo, césped, agavanzo y algunas raíces comestibles y crustáceos del riachuelo los alimentaban.

Entre sus recuerdos infantiles, estaba muy vivo el de la visita a una casa. Iba allí sin tener amigos. Era la única casa del pueblo, las otras eran chozas. Su dueño, el Sr. Song, era buena gente y tenía dinero. Ade-

más sus hijos, juiciosos, no le creaban problemas. En otras casas, aunque había leña faltaban los cereales; mientras en la mesa de esa casa sobraba arroz y alguna comida. Esa cocina sí olía a comida, y a los animales domésticos tampoco les faltaba la comida. La esposa del Sr. Song también era amable y cariñosa. Salían en defensa de la gente aunque no fuera de buena fama. Los vecinos, en lo posible, no se acercaban a esa casa porque el olor a comida les provocaba más hambre.

Sin embargo, el día que colgaron la masa de frijol en la entrada de la sala de visita, la gente ya no pudo aguantar. Desde esa noche los vecinos se acostumbraron a visitar ese hogar y charlas en la sala hasta altas horas de la noche.

– Oye, chiquitín, nosotros los mayores estamos aquí para digerir la cena conversando; y tú, siendo un mocoso, ¿por qué formas parte del grupo? –le preguntaba con tono regañón el finado papá de Chingui Choe. No le caía bien. Lo miraba frunciendo las cejas.

– Es que me gusta oír las anécdotas de la guerra. –Chang le contestaba.

Chang sabía muy bien que nadie creería en su argumento. Era mentira. Hablando de mentiras, los mayores también mentían cuando hablaban de los combates en que jamás habían participado. Eran cuentos chinos, exagerados y llenos de imaginación.

La Sra. Song les servía agua de arroz que se agotaba en un abrir y cerrar de ojos. Pero, en realidad, la mayor atracción eran las bolas de masa de frijol. No eran ricas, pero por lo menos aplacaban el hambre. Para sacar un pedazo, fingían salir afuera con cualquier pretexto. Decían: – Esa agua de arroz me hace orinar a cada rato.

No pensaban en las críticas de los dueños ni en la indigestión que provocaba el frijol fermentado. Chang también quiso hacer lo mismo, pero era bajito. Como las bolas estaban colgadas en lo alto tuvo que pararse de puntillas y así pudo sacar un pedacito. El frijolapestaba todavía, pero el hambre vencía a la pestilencia.

Chang, hasta hace poco, vivía pobre. Otros recordaban su pasado con cariño comentando que después del duro andar vivían felices. Pero Chang no podía hacer el mismo comentario. Apenas tenía un pedazo de arrozal que salvaba del hambre a su familia. Ya estaba en sus cuarenta y esos años estaban llenos de sufrimientos. Por tanto, fue un milagro lo que había sucedido con él hacía poco. Jamás se lo había imaginado ni en el sueño ni en la borrachera.

La suerte de su mujer no era diferente de la suya. Se había casado

con él hacía unos cinco o seis años y su vida de soltera llena de sufrimiento no había cambiado después del matrimonio. No tenía ambiciones ni quejas. Chang la consideraba como su compañera señalada por una mano divina. Por esta razón, su conducta de esta mañana le pareció una rebeldía y, a pesar de que intentaba no tomarla en serio, seguía rumiándola. No, no podía ser.

Se despertó esta mañana por el olor de la sopa de verdura. Pensó que estaría listo el desayuno, pero en ese momento escuchó el sermón de su esposa.

— ¡Pobre diablo! ¿Por qué has escogido un día como hoy? Quizás lo hiciste de propósito. —regañaba a alguien. —Oye, no te quedes allí. Es mejor que vayas a otras casas antes que el frío congele tu cuerpo. No tenemos ni un gramo de sal. Hace poco que lo gastamos todo para hacer el *kimchi*.

Chang miró afuera. Pomsu, el hijo de Tegang, caminaba con un pocillo vacío. En la cabeza llevaba puesto el recogedor de arroz. El niño se había orinado anoche en la cama, y por castigo le habían mandado a su casa para pedir sal. Estaba lloviendo. Los adictos al licor estarían felices porque, so pretexto de la lluvia, no necesitarían salir a trabajar y podrían pasar el día bebiendo. No tenía ganas de reír. El niño ni bien había salido de la puerta cuando su esposa empezó de nuevo:

— ¡Qué mujer tan descarada! Cree que es la única viva. A cada rato manda al niño por sal. Podrá engañarme una vez. Pues basta. La segunda ya no. Si es tan lista, ¿por qué no cambia su táctica anticuada?

La crítica de su esposa le dio asco. No le gustó la maña de la mamá del niño para conseguir gratis la sal; pero le pareció peor la viveza y la actitud de su esposa de no querer perder nada. Chang no hizo ningún comentario porque sabía muy bien que él era causante de ese cambio de personalidad en su mujer. No era el orgullo de querer ganar a la otra en viveza, sino era su personalidad. Por un lado, la misma sociedad pedía ahora ese tipo de personalidad; pero, por otro lado, la verdadera razón de ese cambio era la pobreza, sin duda. Y su pobreza no era poca cosa: tenían que economizar hasta un gramo de sal. Era una pobreza de años, de historia y tradición. Algunas veces se había portado así como esta mañana. Chang, cada vez que observaba esa actitud, sentía que desaparecía una esperanza.

Esta mañana salió de casa sin desayunar. Había perdido el apetito.

Y la escena de la mañana no lo dejaba tranquilo. Es seguro que su esposa se estaba preparando para salir porque desde la madrugada estaba al lado del pozo. Chang, aguantando su cólera, le preguntó suavemente:

– ¿Vas a sacar agua del pozo todo el día? ¿Piensas salir? ¿No te cansas de salir?

– Es que la mamá de Sulgui me pidió acompañarla a las aguas termales de Onyang. Dice que no quiere ir sola. Como me exige tanto... –me contestó con toda naturalidad. Desde hacía cierto tiempo hacía excursiones y ahora ya las tomaba como una cosa rutinaria.

– ¿No puedes quedarte en casa ni un día? Tú eres del campo, no eres una mujer de ciudad. Confórmate con tu situación. ¿Cómo puedes hacer todo lo que hacen las mujeres de la ciudad? ¿Creen Uds. que las aguas termales de Onyang son sus baños particulares o qué?

– Mira, el cuerpo, después de la muerte, se pudre. Mientras estemos vivos, lo debemos tener suave siquiera.

Su mujer estaba decidida a todo. Aunque le insultara, ni le iría ni le vendría. Chang tenía que ceder.

– Oye, mujer, no más pretextos. Sé que estás fascinada de subir al carro de esos inversionistas de bienes raíces. Aunque quieras disimular con este y otro argumento, no puedes engañar a tu esposo. Rezo a Dios que no nos suceda algo trágico y que los policías no te encarcelen.

– ¡Qué esposo que tengo! Eres como esas suegras malas que entran al comedor apenas huelen la comida y también como esas mujeres del bar que, de un vistazo, adivinan si los clientes tienen o no el dinero. No te preocupes. Eso no sucederá. Por lo menos no voy a ese cabaret clandestino al lado de la escuela.

– Eso me alegra. Como dicen, los chamanes del lugar lejano son más efectivos que los del barrio. Con tal de que no tengas relaciones con mis conocidos, no hay problema. Sin pruebas, no te juzgarán como adúltera.

– Mira, lo que pasa es que la hermana del maestro de Sulgui va a contraer matrimonio en la sala de recepción del Hotel de Turistas de Onyang. Y como la mamá de Sulgui quiere que su hijo sea el representante de su salón en el segundo semestre, quiere caerle bien al maestro, y por eso piensa ir a la boda. Me dijo que iría a la ceremonia, daría su colaboración monetaria y aprovecharía para bañarse en las aguas termales.

–...

Chang se calló, ya no quiso comentar nada. Sabía bien que las vecinas se paseaban y las comprendía por un lado. Es que en su pueblo no

había ni un baño público, ni un cine, ni una clínica de ginecología ni una librería para escolares. Era un pueblo muy atrasado culturalmente. Era un lugar de productos de segunda mano, de comidas de baja calidad, que hacía imposible venderlas en otros lugares, y de un basural de cosas que contaminaban el medio ambiente. Era un lugar de productos falsificados y un mercado de cosas fabricadas ilegalmente. Sin embargo, los paseos o las salidas de las mujeres tenían otra causa. De un momento a otro, el precio de los terrenos empezó a oscilar y al son de ese baile, las vecinas empezaron a bailar. Los carros de los inversionistas de terrenos circulaban por el centro del pueblo y llegaban a las poblaciones en los cerros. Los que vendieron sus terrenos de cultivo, de un momento a otro vieron un dineral en su poder. Sus esposas, libres del trabajo del campo, se juntaban y discutían sobre la forma de gastar el dinero. Las ciudades grandes a donde podían ir y volver en un solo día ya no eran lugares ajenos y sus ambientes exóticos las atraían cada día más. La propaganda de televisión seducía día y noche. Los lugares de diversión enseñaban a pasar el tiempo en vez de descansar en casa, los medios de transporte facilitaban los viajes y excursiones. Todos andaban ocupados ambientándose a la nueva forma de vida. Los vecinos ni siquiera tenían tiempo de quedarse en casa tranquilamente.

El Sr. Chang sabía muy bien que en el pueblo no había otra igual a su esposa en cuanto a los viajecitos a esas ciudades grandes. Además, era muy respondona. Sabía que así no más su esposa no se convencía.

– Es que no quiero acabar mi vida así no más. ¿No decías que por lo menos se necesitaba ochenta y ocho manoseos para que una semilla de arroz creciera y diera granos? Hasta ahora las mujeres hemos vivido ayudándoles sin quejarnos; entonces, ¿no te parece que es justo que estas pobres también tengan derecho a vivir como seres humanos? Damos a luz a los hijos; encerradas en casa, los criamos; pasamos día y noche trabajando en la cocina, en la agricultura y ¿qué sé yo que más? No somos mejores que las vacas, ¿cierto? A ver, dime sí o no. Claro que somos un poco diferentes de esos animales: mandamos a los niños, no necesitamos desnudarnos ante el veterinario, y...

Si los extraños escucharan esos argumentos, dirían que ella estaba desafiando, pero los oriundos de aquí, que eran testigos de la vida penosa de las campesinas, moverían cabeza.

Esta mañana, después de dirigir la crítica a la mamá de Pomsu, de repente se las agarró con su marido:

– Tú decías que desde este año todo mejoraría, pero, ¡qué va! Si la nube

es negruzca, rápido debe mojar. Pero si uno no es listo, ni una gota le caerá. Cuando el ave rapaz se muere, cualquier pajarito debe saber aprovechar el momento. Ya que adivinas todo, te diré la verdad. Quiero hacer muchas caminatas cuando todavía mis pies estén sanos.

– Haz como quieras. Ni los espíritus de mis antepasados ni los de tus antepasados pudieron pararte. Y yo, ¿con qué fuerza mágica te podré detener?

Chang, ya molesto, salió de la casa dejando el desayuno servido. Aunque su esposa hubiera estado callada, posiblemente habría salido de casa sin desayunar. Desde hacía días ya no desayunaba en casa. Él también andaba ocupado.

Gracias a las visitas frecuentes de los inversionistas de terreno, en el centro del pueblo había dos restaurantes que servían algunos platos apetecibles. Chang frecuentaba los restaurantes occidental y japonés, y bebía cerveza en vez de agua. Después de veinte años de vida campesina que sólo producía lo necesario para la comida, recién podía probar algo que sí era comida. Había gente que lo criticaba, pero ya no le importaba la opinión ajena. Las críticas más bien le endurecían la cara. Fue hace poco, cuando comía Hamburger Steak en el restaurante Chondongok con Tukchong de la Oficina de Bienes Raíces de Chungang. Allí llegó Ulnam Won, dueño de la fábrica licorera y Delegado Nacional para la Unificación, junto a unos tres o cuatro hombres desconocidos, y al ver a Chang, sentado en el centro del restaurante, lo miró con desdén y se burló:

– Vendiste el cerro y ahora estás por vender el arrozal para que tu boca se acostumbre a un sabor que no es de tu clase.

– Es que no todas las palabras son palabras de un ser humano. A los cuarenta, recién llegué a usar medias. Es que cuando tengo en mis manos estos billetes, debo tocarlos a cada rato y aprender los nombres complicados de los platos exquisitos, siquiera para recordarlos eternamente. –le contestó Chang, como si no le afectara esa burla.

Won, avergonzado de haberse metido en el pleito con uno que no era de su categoría, ya no le dirigió más palabras y entró a una sala especial. Sin embargo, Chang siguió:

– ¿Acaso no tenemos el derecho de venir aquí por el olor de nuestro sudor, si otros peores que nosotros también lo frecuentan? ¡Qué hombre tan metido en los asuntos ajenos! Hablando con toda justicia, los campesinos somos los que de verdad debemos alimentarnos bien. ¿Acaso nues-

tro estómago no puede digerir este plato extranjero aunque andemos sin tarjeta como ciertos señorcitos? Desgraciadamente, el estómago de los campesinos es el que está siempre insatisfecho y, estando así, ¿cómo pueden esperar el desarrollo del campo? Los pobres, que ni podemos poner un plato en la mesa ritual para los antepasados, aunque soñemos algo fantástico en sus cumpleaños, a lo más podemos probar una sopita de alga, no más.

Las mujeres inversionistas de bienes raíces le enseñaron que la comida no era una cosa simple que llenaba el estómago sino que era producto de un arte, el culinario. Desde hace unos cuatro meses se hallaban carros particulares de Seúl en el centro del pueblito. Los autos transportaban a las inversionistas que llegaban en grupos. En realidad, antes, raras veces se veían esos carrazos. Al principio, hasta los más ricos del pueblo creían que eran visitantes y no les prestaban atención. Por tanto, era muy natural la indiferencia de los vecinos de Nolmi, el caserío más ermitaño de Kwangjyang-ri. Sólo después de mucho tiempo llegaron a comprender qué estaba sucediendo en el pueblo, la autoridad de Nolmi, desde hacía cierto tiempo, iba al pueblo en los días de mercado y volvía siempre bien comido y bebido. Estaba de intermediario entre las inversionistas y los pequeños propietarios de terreno.

Las oficinas de bienes raíces en los pequeños pueblos, si no conseguían el apoyo de la autoridad del pueblo o del movimiento de Saemaul, no podían confiar en la prosperidad de su negocio. Al principio, todos creían que la autoridad estaba dando su apoyo a esas oficinas sólo por algún motivo no muy significativo, hasta que aumentó el número considerablemente. Chang tampoco adivinó nada en los primeros días y creyó que la autoridad estaba metida en un asunto ajeno.

La primera oficina de bienes raíces apareció el año en que Chang volvió a su pueblo después de más de diez años de vida errante por Taejon y Kunsan. A pesar de tantos años de ausencia, su regreso fue igual a su salida, con la única diferencia de su estado civil. Volvió casado. Pero su esposa tampoco era una mujer de otro lugar, era la hija de la familia Kwak de Tosong-ri, un pueblo vecino. Aunque volvió con esa única novedad, en realidad ese cambio no era nada novedoso. En fin, hasta ese momento Chang no tenía nada nuevo. Todo era igual.

Cuando Chang bajó del bus con su esposa, a la que ahora llama mamá de Opshik, un pasajero que se bajó detrás de ellos lo reconoció. Era Kukchun Yu, un compañero de estudios del colegio. Como llovía, buscaban un lugar para guarecerse. Yu los condujo a un sitio.

– Oye, ¿no es ésta la tienda de loza de un tal Cho? –preguntó Chang mirando el calendario que estaba en la pared de triplei. El calendario tenía una foto de una actriz en ropa de baño. No recordó su nombre. Era famosa esa chica gorda de cintura para abajo.

– Ahora es la oficina de bienes raíces de mi papá. Dice que quiere ganar siquiera para su cigarro. –Yu le contestó mirándolo de reojo y le ofreció un cigarro.

– ¿No anda bien?

– Aunque ande bien, eso no da gran cosa. Pero como en la única, parece que le da algo siquiera para su licor.

Al salir de la oficina, Chang recién vio el letrero “Oficina de Bienes Raíces” en la puerta de vidrio. Era el único. Hasta el verano del año pasado, la oficina había asumido fielmente su papel sin problemas. Pero ahora, como hay muchas, no se podía localizarla tan fácilmente. Los avisos grandes de otras ocultaban totalmente su existencia. Es que cada tres días nacía una, en total había cuarenta y siete.

Poco a poco, aumentaban una oficina por cada dos casas, de dos cafeterías (que antes le parecían muchas) hasta siete, y de un día a otro aparecieron un restaurante de cocina occidental y otro de cocina japonesa. La gente, que tenía algo de dinero, empezó a frecuentarlos. Antes llegaba al pueblo gente de otros lugares sólo en los días de mercado, pero ahora, ya en los días ordinarios, en el pueblo se veía gente extraña que llenaba las cafeterías y restaurantes y las calles se llenaban de carros que los transportaban. La cola no tenía fin. Como en el centro no había plazas de estacionamiento, las calles angostas eran aceras al mismo tiempo. Para un bus, el tractor y las bicicletas estacionadas eran obstáculos. Cuando pasaba uno, el campesino debía esperar con paciencia y luego pasar con su tractor, y también tenían que quitar las bicicletas. Ahora, como en todas las calles y callejuelas había carros, el centro parecía un día de mercado. Los vendedores ambulantes, que no podían instalar sus negocios en esas calles, invadían la parte de las aceras ofreciendo sus productos desde la salida del sol hasta después del ocaso.

Lo más sorprendente era el precio del terreno que fluctuaba y fluctuaba. Parecía que hasta las piedras del subsuelo fluctuaran. Los vecinos amanecían con la sorpresa de que el precio de ayer era ya un precio superado, sobre todo el de los campos cercanos al centro los dejaba atónitos. Todos andaban con la novedad de la diferencia de precio entre ayer y hoy. Los campos de arroz muy pobres, donde los comerciantes arrojaban la basura después del día de mercado, que ni regalados nadie los acep-

taba, de un momento a otro se cotizaban a más de 100,000 wones por cada pyong. Pero luego, pasando a otras manos, se cotizaban a 400,000 o 500,000 wones. Los vecinos no sabían a quién vender y qué hacer con sus campos.

El bullicio del centro de pueblo crecía cada vez más, pero la ida de los lugareños seguía igual. Esa palabra 'desarrollo' que se oía tan frecuentemente después de las palabras 'licor' y 'cigarro' no les sonaba a algo real a los de Chondong. A lo mejor era una consecuencia muy natural porque los de Chondong, cuando les ofrecían un precio alto por sus terrenitos, los vendían sin vacilación, pero ese precio se duplicaba, se triplicaba en poco tiempo, mas en esas transacciones ellos ya no participaban. A medida que llegaban más inversionistas, aumentaban las preocupaciones de los de Chondong. Es que el dinero obtenido por su terreno ya no era el dineral que les podía servir para algo.

Había dos razones para vender sus terrenos sin pensarlo dos veces: unos querían cambiar su duro oficio de agricultor y otros aumentar su terreno de cultivo vendiendo el suyo, cercano al centro, a buen precio y comprando otro lejos del centro a bajo precio. Es que antes, el terreno cerca del centro se cotizaba más caro que el alejado del centro. Pero cuando fueron a comprarlos con el dinero en la mano, ya el precio había subido tanto que ni su terreno vendido se cotizaba igual al precio en que lo habían vendido. Es que los inversionistas hacían su negocio entre ellos consultando el mapa de Chondong-ri colgado en la oficina de bienes raíces. Además valoraban cada día más terreno seco de cultivo en vez del arrozal, y los cerros más que el terreno seco de cultivo. Era incomprendible por qué los cerros se cotizaban más que los arrozales o los campos. Además, como eran grandes extensiones, costaban más. Como el precio seguía subiendo, los pequeños terrenos de sus faldas, mitad de los cuales desaparecían por la inundación, también subían. Hasta los arrozales entre los cerros, que ni servían bien para el sembrío de arroz, que al menos servían para sembrar trigo, también se cotizaban muy alto.

Por esta situación, los lugareños que quisieron comprar extensos terrenos entre los cerros ya no podían comprar nada y seguir en su oficio. Si deseaban, tenían que vender hasta la casa y mudarse a otro lugar donde todavía no llegaron esas manos malabaristas. Así sí podían seguir trabajando como campesinos. Sabían muy bien que con el capital que les había llegado sorpresivamente podían comprarse una casa en Seúl y alquilar una parte y depositar la garantía en el banco, y que sólo con el interés del banco podían vivir sin necesidad de perder el dinero. Sin em-

bargo, ellos, que habían vivido trabajando día y noche la tierra, creían que debían vivir gracias al sudor de su propia labor. Por esta razón, no se atrevían a arriesgarse adoptando una nueva forma de vida, vacilaban y temían tomar una decisión definitiva.

Mientras tanto, algunos ya habían malgastado todo el capital por la extravagancia de las esposas y de los hijos. Algunos se habían convertido en prestamistas, pero también, al final, perdieron todo el dinero. Otros fueron estafados en Seúl o Taejon, al comprar la casa. Otros compraron un carro y trabajaron de taxista, pero luego por un accidente tenían que dar todo el capital por concepto de indemnización. No faltaron los que se dedicaron a criar chanchos o pollos o a cultivar verduras en el invernadero, pero todos fracasaron porque la Asociación de Agricultores importó la carne y las verduras y las vendían mediante una organización piramidal de vendedores. Así, después de tantos fracasos, estafas y desilusiones, llegaron a la conclusión de que el oficio más honesto era el del agricultor. Y, por esta razón, se negaban a abandonar su tierra.

Chang era uno de los que detestaban el oficio de agricultor. Aunque todavía no expresaba su opinión públicamente, sin embargo, estaba seguro de sus criterios: todos los directores de las cooperativas (agraria, ganadera, de floricultura, tabaquera, maderera) y el jefe de la Oficina de Orientación Agrícola debían ser elegidos por los mismos campesinos para que la política agraria pudiera ser fruto de la propia experiencia y el precio de los productos agrícolas fuera justo. Que la libertad de cultivo debía ser respetada porque la agricultura, a pesar de todo, es oficio de los campesinos. Que el gobierno debe dejar de importar los productos agropecuarios y desestimar los datos no fidedignos. Que debía desaparecer la Oficina de Administración Agrícola, cuya labor sólo resaltaba los grandes éxitos del Presidente y promovía el cultivo al lado de las autopistas con fines exhibicionistas. Que se organice la venta de los productos del agro y que ya no pidan más sacrificios a los campesinos. Pero antes de ver realizados sus sueños, Chang no quería trabajar de nuevo la tierra. Sin embargo, no le comentó nada a su esposa porque ella no sabía guardar secretos y era imprudente.

– Vendiendo el cerro, ¿acaso podrás comprar el mar o el cielo? ¿Qué es lo que esperas? ¿No piensas que quizá podamos quedarnos en el aire? – su esposa le preguntó cuando decidió vender el cerro. Quería saber el plan de él y por eso había empezado con burla para provocarle. En ese instante, Chang no le contestó nada, en el fondo estaba evitando exponer sus ideas porque sabía que era imposible discutir con una ignorante so-

bre un tema de vida o muerte. Pero después le contestó, aunque sin mucho ánimo de dialogar:

– Mira, mujer, en estos días, cada vez que nos ofrecen un buen precio esos intermediarios de la oficina de bienes raíces, nosotros, los campesinos, quedamos perplejos sin saber qué es lo mejor. Yo también tengo las mismas dudas como los otros. ¿Acaso soy diferente de los demás o tengo algún angelito que me guíe? Hacer lo que hacen otros es estar siempre con la mayoría, eso es justamente no sufrir por la soledad, y...

Ni bien había terminado cuando su esposa, irónica, interrumpió:

– Ahí está. Tal para cual. ¿Acaso no soy la Sra. Chang? Siempre te decía que era imposible sufragar la colegiatura con tu oficio. ¿No dicen que a un viajero nunca le falta el pasaje? Yo te lo decía siempre.

Chang, desde mucho antes, ya suponía que su esposa estaría feliz con su decisión. Y siguió su mujer:

– Sólo los zonzonazos son los que festejan sus sesenta años en la misma habitación donde han cumplido el primer año. Si la tierra gira, nosotros los pobres también podemos girar, ¿no? has pensado bien.

Por vez primera, le habría parecido digno esposo. Sus ojos se le llenaron de lágrimas tal como después de hacer el amor. Prosiguió:

– Mira, nunca ha visto a un dueño de restaurante, hambriento; ni a un comerciante de líquido, aguado. Aunque sólo tuviéramos un restaurantucho, viviríamos mucho mejor que ahora. Si Confucio hubiera vivido ahora, habría dicho que el gran hombre no es el que vive mangoneando a los demás merced a sus estudios, sino el que vive gracias a su propio sudor.

Su comentario ya cobraba un valor filosófico. Pero Chang se desilusionó porque su esposa no sentía ni siquiera una pizca de cariño hacia su oficio de toda la vida.

– ¡Dios mío! Lo que no sucedió en cien años sucede en un momento. Hasta estaba dudando de mis oídos y ahora veo que no has cambiado nada y eres igual a esas vanidosas. Ni más ni menos como éstas... –murmuró Chang, entonces su esposa, rápidamente cambió de tema. Habría tenido miedo de que su esposo se arrepintiera de su decisión.

– ¡Qué pretextos tan chistosos! Si estás harto de la agricultura, basta eso como pretexto, y punto final. ¿Acaso crees que esta oferta se repita otra vez? Oye, a propósito, antes de que destines ese dinero para otra cosa, quiero que sepas que apenas recibas el primer monto quiero comprar un vestido nuevo para mí y un traje para ti. Como dicen que cuando un mujeriego decide algo, eso no dura ni tres días; quiero tu promesa antes de cumplir tres días. A ver, hombre...

Chang quedó asombrado sin poder responder, y su esposa continuó:

– Es cierto el dicho: “Dime cómo te vistes y te diré quién eres”. Aunque sea pobre, si anda bien vestido, no lo juzgan pobre. Si quieres comprar una casa en Seúl, tendrás que abandonar primero esa casaca.

–...

Chang prefirió salir porque, de lo contrario, su mujer le exigiría más y más.

– Si hay muchas nubes, no se ve el sol. Antes cuando existían los nobles y plebeyos, el primer consejo al nuevo alcalde era: trate a los campesinos con mano muy suave. Pero, ¿qué pasa ahora? Nos tratan como cualquier cosa o cualquier hueso de algún animal. ¿Para qué mirar el terreno si ya no tengo ganas ni interés? ¿para qué fijarme tanto en la tierra si todavía me falta mucho tiempo para entrar ahí adentro? – comentó en voz baja, pero su mujer ni trató de comprender lo que decía. Para ella el mundo era lo que veía en la televisión y su único objetivo era lograr ese nivel de vida de la fantasía. No le importaban los medios ni los dolores y sufrimientos de su esposo.

La venta del cerro fue muy fácil: apenas cuando propuso la venta, llegaron muchas ofertas. Lo había comprado en 1977 a un millón trescientos mil wones y la vendió a cuarenta y tres millones. Es decir, sin trabajar nada, en dos años ganó cuarenta veces. Pero no todos tuvieron la misma suerte que Chang. Por suerte, adivinó muy pronto que el arrozal no valía como el campo de cultivo y el campo de cultivo no valía como el cerro, y cuando los intermediarios le propusieron la venta, no aceptó la oferta. Mientras otros que vendieron en la primera instancia presenciaron que sus terrenos pasaban de diez dueños o veinte. Y el precio cobrado en ese momento era una bicoca comparado con el de ahora. Unos lo felicitaron; otros lo envidiaron y se morían de cólera por no haber hecho lo mismo. Chang sabía que esto no era un golpe de suerte sino el resultado de una buena táctica, porque cuando llegaron los inversionistas en grupo, no se apresuró, esperó que su plan madurara, y lo vendió cuando creyó que el precio ya no podía subir más. Era listo.

Ese cerro tenía su historia. Su ex dueño Ilwon So le había suplicado que lo comprara porque le urgía el dinero. Al principio, no quiso saber nada, pero al escucharlo se conmovió y, más que todo por compasión, lo adquirió. Así fue cómo el cerro llegó a sus manos.

El Sr. So, mucho mayor que él, había sufrido casi toda la vida.

Desde niño había andado de mercado en mercado vendiendo ollas de barro y así sostuvo a sus padres. Después de veinte años de su vida de vendedor ambulante pudo comprar el cerro pequeño de Nutri. Pero, cuando aparecieron las ollas de cobre y de hierro, su negocio bajó, entonces tuvo que cambiar de oficio. Trabajó como peón en los campos de cultivó verduras. Pero como el terreno era muy inclinado, cuando no lloviera convirtió una parte de su montículo en terreno de cultivo. Allí cultivó verduras. Pero como el terreno era muy inclinado cuando no llovía no se podía cosechar nada. En fin, era un cerro que no servía casi para nada; sin embargo, el Sr. So lo cultivaba con tanto cariño y esfuerzo que su familia no necesitaba comprar verduras.

Un día, ese señor So apareció con los ojos fatigados después de varios días de ausencia y le dijo con voz débil:

– Oye, amigo, necesito plata urgentemente. ¿No conoces a alguien que me pueda prestar? Hablándote con confianza, necesito trescientos mil wones para pasado mañana y he decidido vender mi cerrito. ¿No podrás comprarlo tú a ese precio?

El señor So, que había pasado la mitad de su vida dedicado al comercio, era un comerciante, al fin de cuentas. En último caso, quería hipotecar su única propiedad. Aunque la Cooperativa Agraria prestaba dinero a los campesinos, sin garantes era imposible. Y desgraciadamente, a él nadie lo podía garantizar.

– Pero, ¿a quién le interesa ese erial seco? Serás el único que le tiene tanto cariño a ese terrenito. –Chang le negó con frialdad para que no siguiera insistiendo más. Pero el otro no se resignó:

– ¡Quién se hubiera imaginado que el único hijo que engendré a mi avanzada edad nos creara tantos problemas! Fíjate, mi hijo Pyongsok, desde hace más de un mes nos pedía dinero para su huelga, manifestaciones, petición, y ¿qué sé yo más? En fin, nos dejó sin dinero. Yo esperaba que dejara el trabajo de la fábrica y se dedicara a la agricultura; pero imagínate, hacía días que ya no llegaba a casa. Al principio, creí que se había solucionado todo y que la fábrica ya andaba bien; pero, ¡Dios mío!, nada de eso. Todos, en el pueblo, creían como yo que Pyongsok trabajaba en la fábrica.

– Entonces, ¿salió de la fábrica o qué?

Aunque Chang le preguntó así, supuso que Pyongsok tendría una enamorada y les pedía dinero para conseguir una habitación.

– ¡Qué va! Está allí. –le contestó suspirando.

– ¿En el lugar de la huelga?

– Si fuera así, ¡que bien sería!

El señor So sacó de su bolsillo un sobre arrugado, adentro había un documento que decía que Pyongsok estaba detenido por sospecha de robo.

– No puede ser. El muchacho es... –Chang no pudo seguir más porque lo conocía muy bien a Pyongsok.

– Claro que no, hombre, no es por alabar a mi hijo, pero mi hijo es muy correcto o quizás demasiado correcto. Es honesto y nunca cometería esa falta. Ayer en la mañana fui a verlo y me dijo que era inocente.

El Sr. So le contó que Pyongsok había trabajado en la fábrica de Tejwaksok que producía las maquinarias agrícolas tales como tractores, máquinas de cosecha, etc. Decían que 'producía', pero en realidad sólo renovaban las maquinarias descartadas. Su infraestructura equivalía a una herrería grande, pero como estaba en una avenida, la consideraban como una fábrica en la zona rural. Grabaron el nombre de la 'fábrica Tejwaksok sobre el techo de zinc para que desde la avenida pudieran verla. El techo era un buen cartel de propaganda. Aparentemente, gracias a esa fábrica, el pueblo Shinde-ri se veía como un pueblo ejemplar del Movimiento Saemaul. Las autoridades de Saemaul de ese pueblo destinaron la bodega, donde guardaban cemento y fierro enviados por el gobierno para las obras de Saemaul, como dormitorio de los obreros y bodega de la fábrica.

Pyongsok pulía el hierro en la fábrica. Su jornal diario era menos de 1,800 wones, y al mes llegaba máximo a 54,000 wones. Los obreros en total eran 15. Los mayores, incluyendo al Sr. Yom que era tesorero y administrador, eran cuatro y los demás eran niños que no pudieron continuar sus estudios de secundaria por su pobreza. A ellos les pagaban 700 wones por día. La autoridad de Saemaul obsequió la bodega del pueblo a la fábrica para que la fábrica no gastara mucho dinero y que sirviera para el desarrollo del pueblo. Los obreros se dieron cuenta cuando eligieron al nuevo representante del pueblo. Ese día, el flamante representante, los invitó a su casa y les ofreció un pequeño agasajo. Allí la autoridad de Saemaul pronunció un discurso: El desarrollo del pueblo dependía del aumento de ingresos de los vecinos por medio de la fábrica. Dijo también que tres muchachos del pueblo trabajaban de aprendices en la fábrica y que la Asociación de Mujeres administraba el comedor de la fábrica para conseguir un fondo común para el pueblo. La fábrica daba almuerzo gratuito a todos los obreros. El comedor estaba al lado del supermercado de la Asociación de Mujeres que a su vez estaba dentro del

Centro de los Vecinos. Los obreros siempre estaban descontentos de la calidad de la comida. Claro que con sólo 150 wones no se podía esperar gran cosa; pero ni las verduras, que abundaban en el pueblo estaban bien preparadas. Como la Asociación de Mujeres no era una organización lucrativa, nadie se responsabilizaba de nada. Todas eran dueñas y al mismo tiempo nadie lo era. Por tanto, nadie se preocupaba por mejorar la calidad.

Desde el principio del año, los obreros de la fábrica mostraban cierta inquietud. Es que a fines del año '76 no les habían dado la bonificación correspondiente. El dueño de la fábrica les había dicho que estaban en invierno y no había venta de las máquinas, que había subido el precio de los materiales, que no había suficiente circulación de fondos; por eso tenía que hacer mucho esfuerzo para pagar sus salarios. Si bien comprendían que en invierno nadie trabajaba el campo y por tanto no había ventas, pero entonces, ¿por qué subía el precio de los materiales? Y los famosos materiales no eran más que hierro oxidado y maquinarias usadas. Además, en esa época también los campesinos les pagaban por las maquinarias compradas a crédito y devolvían los préstamos de la Cooperativa, porque después de vender la cosecha todos andaban con dinero. Un argumento muy pobre que estaba lejos de convencerlos sobre la falta de circulación de fondos. Sospecharon de su honradez; era inminente que no habría aumento de salario para el próximo año.

Esa duda y sospecha de los campesinos se cumplió, a fines de enero no se les pagó el salario. El dueño, otra vez, cantó la misma canción. Como los obreros no se convencían, el administrador les gritó después de apagar la radio que era su fiel compañero:

— ¡Ingratos! ¿Es que no entienden nada? Saquen su cuenta, ¿cuántos días han trabajado? Por fin del año y Año Nuevo han descansado tres días y más los domingos, en fin, ¿con qué cara piden el salario? Si quieren descansar divinamente en su casa, díganlo ahora mismo. Estoy dispuesto a pagarles si desean dejar el trabajo, aunque hipotecando el televisor que compré a crédito.

Los muchachos bajaron la cabeza. Tenían la esperanza de que dentro de unos días se solucionaría algo. Pyongsok, que pensó que, como mayor, debería dar el ejemplo, también hizo caso al administrador. Pero en la primera quincena de marzo, Pyongsok se dio cuenta de su error, el problema se agravaba. Como mayor que comprendía la situación de la fábrica, también debería saber reclamar el derecho de los obreros. En vano intentó entrevistarse con el dueño, cada vez el Sr. Yom se lo impi-

dió. Que el dueño seguía en Seúl por una emergencia. Pyongsok encabezó la huelga pidiendo la entrevista con el dueño. Los muchachos le siguieron. El Sr. Yom no pudo persuadirles, luego llegó el agente Mun de la Sección Policial de Delincuencia, quien frecuentaba la fábrica. Mun les preguntó todo, punto por punto, como si fuera el mismo dueño; al final, les dijo que tuvieran paciencia unos dos días porque si continuaban la policía se vería envuelta en problemas. Se ofreció como mediador. Los muchachos aceptaron su oferta sin mayor vacilación porque todos, en el fondo, temían la intervención del poder policial. Sus derechos valían mucho, pero el temor al poder pesaba mucho más. Pyongsok tampoco se opuso.

– No digo que la huelga es mala. Lo que digo es que no es bueno solucionar algo creando un mal ambiente. En otros pueblos no hay problemas y si aquí en nuestro pueblo sucede algo, la policía es la perjudicada ante el Ministerio. A ver, créanme de una vez.

–...

– Sé que no están pidiendo aumento del salario, ni bonificación, sino su salario justo. Esto es un derecho de ustedes. No creo que haya problemas. Si el dueño no les paga, ése ya será un sucio. Dénme unos dos o tres días. Voy a solucionar el asunto. Debe haber formas.

Su argumento le pareció correcto a Pyongsok. Después de un rato dijo:

– No importan dos o tres días. Debería haberse presentado ya hace tiempo para que no se agravara el problema, no tiene por qué huir del diálogo.

– Entonces, ¿cómo se agrandó la cosa? –Mun le preguntó con los ojos rapaces.

– Hay cosas que se solucionan con el diálogo. Como él no dialoga con nosotros porque no nos considera seres humanos, debemos hacer algo para que nos vea como gente. El salario que nos debe no es el problema principal. A ver, piense Ud. también. Esto no es un problema de vida o muerte, sólo queremos ser tratados como gente aunque sea siquiera un día.

– Complicas mucho, hombre. Mira, ¿no ves que ahora estamos dialogando como gente? Y así va a ser también. En fin, el salario de Uds. no es gran cosa.

Los obreros trabajaron un día pero al día siguiente otra vez entraron en huelga. Esta vez, la huelga era de hambre involuntaria porque el comedor también dejó de funcionar. Pero se agravó el asunto cuando el

pan, las galletas y los fideos instantáneos, que estaban amontonados en los estantes del supermercado, desaparecieron. El agente Mun llegó corriendo a la fábrica apenas después de pasar por el puesto policial, y Yom, que siempre salía defendiendo al dueño, andaba por aquí y por allá. Parecía que no estaban al tanto de lo que ocurría. Los muchachos querían ir a protestar a la presidenta de la Asociación de Mujeres, pero Pyongsok se los impidió porque la culpable no era ella, sino el dueño de la fábrica.

Seguro que alguien pasaría la voz a la presidenta de la Asociación de Mujeres, viuda por la Guerra Coreana, porque llegó y les echó un discurso elocuente:

– La fábrica, aunque caiga en este momento, si le llega el dinero, podrá levantarse, pero la Asociación de Mujeres, no. Si el problema es económico, esto significa el fin de la Asociación. Hablando con toda franqueza, el problema de ustedes es muy sencillo: en último de los casos basta con demandar al dueño. Con eso se acaba todo. Pero si pasa algo a la Asociación, el problema es serio porque afecta a todas las socias y luego hasta sus hogares. Durante siete años, todas las vecinas de Shinde-ri han donado diariamente un pocillo de arroz y con eso pudimos realizar nuestras actividades. Es decir, la Asociación es el fruto de siete años de frugalidad. Si en este momento otra vez cocinamos para ustedes, la Asociación hará bancarrota. A ver, piensen bien. Sin la orden del dueño, sin ponernos de acuerdo con él, ¿cómo podemos cocinar? Si la deuda de lo fiado fuera sólo de un mes, no diríamos nada. Pero, imagínense, es de más de dos meses. Y él, siempre nos dice “mañana” o “pasado mañana”. Si no cumple con su palabra, ¿cómo podemos seguir creyéndole? Uds. nos acusan de que sin previo aviso los hacemos ayunar, pero pónganse a pensar. ¿Para qué dar una noticia no grata con anticipación? Si no nos pagan desde hace dos meses, (el mes pasado y este mes) aunque nos maten, no podemos cocinar más. Por una fábrica no podemos sacrificar nuestra economía del hogar.

Mun y Yom se quedaron callados, ella tenía razón. Sólo murmuraron:

– Si hay sesenta y cuatro dueñas del comedor, eso quiere decir que no hay ni una dueña verdadera.

– Es muy cierto el dicho, donde hay muchos dueños nadie se preocupa por poner la mesa para el visitante.

Los que no tenían problemas de comida eran los tres chicos de Shinde-ri y dos niños que vivían detrás del cerro. Yom, otros ocho chi-

cos y Pyongsok sí tenían problemas porque dormían en la bodega y comían en el comedor de fiado. Los muchacho, llenando sus estómagos con agua, aseguraron la puerta de la bodega y empezaron a hacer la huelga: una huelga espontánea que nadie había incitado ni liderado. Al atardecer, los tres chicos de Shinde-ri les llevaron comida y al día siguiente les llevaron pan y gaseosas. No se sabía quién les había dado dinero. Uno o dos días aguantaron así, pero como eran varios no podían seguir en esa forma.

En la segunda noche, el agente Mun les sopló que el dueño había huido tras la bancarrota debida a la compra de una fábrica de piezas eléctricas cerca de Osan y a la inversión excesiva en la infraestructura. Nadie había sabido nada de eso hasta ese momento. Mun lo había averiguado todo, que de nada serviría la huelga y que en vez de pedir la presencia del dueño era preferible que otro comprara la fábrica y activara el negocio. Yom se quedó callado. Parecía que Mun hablaba por el dueño y que entre los dos tenían un negocio sucio. Lo que había dicho Mun debía ser cierto porque Yom, después de persuadirles en vano que aguantaran unos días, salió de la fábrica para averiguar la situación y regresó después de dos días.

Esa noche, Pyongsok, aburrido y desganado, abrió el candado con una ganzúa y sacó, sin intención de robar, la radio transistor de Yom que lo acompañaba día y noche. Sintonizó la radio hasta altas horas de la noche para consolar a los muchachos que no podían dormir por el hambre, y al día siguiente otra vez la sintonizó desde la madrugada para suavizar el ambiente. Al quinto día de huelga cogieron a Pyongsok acusándole de robo. Ese fue el día que Yom volvió, Pyongsok quiso reponer la radio en su lugar, pero había desaparecido el aparato. Yom lo acusó de haberlo vendido para comprar pan. Pyongsok lo negó, pero como no encontraba la radio, no pudo defenderse. Lo llevaron a la cárcel por sospecha de robo. Tres días después reapareció la radio pero Pyongsok siguió en la cárcel. Ocurre que Tesok Ja, el aprendiz de Shinde-ri, se lo había llevado a petición de su amiga, y ésta a su vez se lo había llevado a una excursión de dos días con sus compañeras de trabajo. Tesok era un muchacho huraño, que se hizo más huraño en la fábrica porque su tiempo de aprendiz duraba más que el de los otros. Como le daba vergüenza revelar la existencia de una enamorada y el miedo de ir a la cárcel al ver el trato que le dieron a Pyongsok, había preferido callarse y, en cuanto tuvo en su mano el aparato lo devolvió a su lugar, creyendo que con eso se solucionaría todo. A Ja también lo cogieron por robo.

– Cuando fui a ver a mi hijo, hablé con el policía que se encargaba de él. Me pareció buena gente, pero tú sabes, él es policía y mi hijo está en la cárcel. ¡Qué cosas! – suspiró So moviendo la cabeza negativamente.

Chang, sabiendo que no era una buena inversión, le prestó dinero para que se lo devolviera con intereses; y si eso no estaba a su alcance, él le compraría el cerrito a plazos. So no pudo devolverle el dinero y a Chang le tocó comprar. Por lo menos, el campo de la falda serviría para sembrar frijol y los árboles para madera. Así fue cómo llegó el cerrito a su poder, lo que jamás se había imaginado. Eso había sido años antes; y ahora, le servía para enriquecerse de un momento a otro. El monto era de cuarenta y tres millones de wones, lo que jamás hubiera llegado a reunir en toda su vida.

Cuando el pueblo se enteró de la venta del cerro, varios lo visitaron, entre ellos estaban Pongman Jyon y Tejwan Noh. Le aconsejaron que comprara unos 3,000 metros del arrozal de Choe, alcalde del pueblo. Le dijeron que 7,000 wones por cada 3 metros era un precio regalado. En conclusión, le aconsejaron que siguiera de agricultor. Era una locura. Eran zonzonazos y Chang se burló en su fuero interno de la inocencia de ellos. Antes, se era rico con 3,000 metros de arrozal. Pero ahora, ya no. Aunque tuviera una cosecha de 120 sacos de arroz, al año su ingreso máximo sería 4,800,000 wones, sin incluir allí el sudor ni insecticida y otros gastos. O sea, pensando en un asalariado, obtendría unos 300,000 wones mensuales y más 400% de bonificación anual. Sin pensar en el interés de los prestamistas profesionales, calculando sólo el interés del banco, era mucho mejor depositarlo en el banco y ganar el interés mensual sin trabajar.

Chang, en el fondo, deseaba dedicarse al negocio de bienes raíces. Es que algunos que habían vendido sus terrenos de cultivo con deseos de ir a otro lugar, y otros que también habían vendido sus terrenos cerca del centro con el propósito de comprarse más terrenos en un lugar más alejado, no habían logrado sus objetivos y se habían quedado en el pueblo, y como necesitaban hacer algo habían abierto oficinas de bienes raíces. La mitad de las cuarenta y siete oficinas abiertas recientemente era de los mismos campesinos. Sin embargo, al comienzo Chang no estaba muy animado.

Una vez, Tukchong, de la Oficina Chungang, comentó delante de Chang:

– Ahora, después de terminar la cosecha, sólo hay dos trabajos que podemos hacer. Criar reses, chanchos o pollos, eso ya no. El chanco no

vale como las verduras; y los carneros, conejos, patos o chivos no dan dinero. ¿Sembrar verduras en el invernadero? Eso tampoco, pues ahora el ajo, el ají y la cebolla importados están muy baratos. Pues los únicos oficios son: timbear o dedicarnos a la compra y venta de terrenos.

Chang no le prestó atención. Tukchong siguió pero tratando de demostrar que el oficio de intermediario de compra y venta de bienes raíces era el único trabajo adecuado para ellos:

– Cuando nuestra tierra descansa, ¿qué podemos hacer? Si uno logra ser intermediario de una compra y venta, en un abrir y cerrar de ojos se gana lo equivalente a tres años de cultivo. ¿Quién es el tonto que espera sentado en su casa que le llegue la oportunidad? Como la mitad de las cuarenta y siete oficinas es de los campesinos, si calculamos cinco por cada oficina, en total más de cien están metidos en este trabajo. ¿Acaso estos cien son unos locos que gastan diario como mínimo en el almuerzo, té, licor y transporte? No, no, no. Hasta me equivoqué. No son cien, son más. Porque las cafeterías, farmacias, notarías, zapaterías, peluquerías, madereras, sastrerías, ferreterías, tiendas de insecticidas, de semilla, de comida de animales, y etc., que tienen teléfonos, se llenan de esos intermediarios ambulantes...

La oficina de los intermediarios de bienes raíces debería dedicarse a esos objetivos y ganar la comisión, pero eso ya era una idea anticuada. Ahora, los mismos intermediarios compraban y vendían. Compraban a un precio muy barato y vendían a un precio alto. Ni tenían que pagar el impuesto. A Chang, aunque trabaja ahora en la Oficina Chungang de Tukchong, en el fondo, no le gustaba su trabajo. Un oficio del que ni sus hijos deberían enterarse.

Chang, que detestaba ese oficio, se metió a ese trabajo sólo por una conversación entre una inversionista y Tukchong. Un día cuando llegó a su oficina para hacer una llamada telefónica estaba allí una mujer de edad avanzada.

– La culpa la tengo yo. ¿Qué saben estos lugareños? ¿Qué entienden ellos? Yo ni pensé en el aspecto psicológico del asunto e ingenuamente quise pagar con cheques de 30 millones de wones. Natural, no lo veían como dinero. Esos cheques, en total, son 300 millones de wones en dinero efectivo. Seguro que en un pueblo como éste habrá gente que jamás ha tocado en toda su vida esa cantidad.

Había tenido que venir por segunda vez porque los del pueblo no aceptaban los cheques. Ella, al hablar así, dobló unos cheques y los metió en su cartera. Desde ese momento se le grabó una idea: la gente no

gobierna el dinero, sino el dinero gobierna a la gente. Sólo los que sabían qué poder tenía el dinero podían menospreciarlo y odiarlo.

Chang empezó a trabajar en la Oficina Chungang de Tukchong. Pero hacía ya más de un mes que no lograba ninguna ganancia. En primer lugar, le dieron el trabajo de traer las copias del certificado de inscripción del terreno o mapas de terrenos donde aparecían los nombres de los dueños, etc., pero no había terrenos en venta. Los cerros un poco grandes ya tenían dueños, que eran los empresarios cuyos productos salían en la publicidad de la televisión, y las huertas o lomas verdes estaban inscritas bajo nombres ajenos y sus verdaderos dueños eran señores de profesiones muy respetadas. Los intermediarios no se atrevían a preguntarles si deseaban venderlas o no, ni ofrecerles un precio moderado. Aunque quisieran venderlas, no se atrevían a pedirles que hicieran dos documentos: uno verdadero y otro falso en el que figuraba el precio de venta por debajo del real.

La compra y venta ahora escaseaba; si alguien deseaba vender, el intermediario debería ser muy listo para que el vendedor le diera la opción. Todo dependía ahora del primer contacto entre el dueño y el intermediario. Tukchong le dio otro trabajo a Chang: el espionaje. Le asignó ese trabajo porque, entre los intermediarios, Chang era menos conocido. Tukchong era vivo. Chang tuvo que aceptar. Lo convenció diciendo que en el espionaje aprendería todo el tejemaneje de los intermediarios. Chang se decidió a aprenderlo costara lo que costara, almorzaba solo en el restaurante occidental o en el japonés y frecuentaba siete cafeterías. Pronto supo que el negocio —acordado secretamente por teléfono a larga distancia en la noche anterior— se revelaba a la mañana del día siguiente, y que en la taberna se hacían los negocios que se formalizaban a la mañana siguiente. Chang siempre comía fuera de casa, desde el desayuno hasta la cena; ya no le parecía extravagante gastar en las comidas. Algunas veces tomaba solo en alguna taberna escuchando los planes que trazaban otros. No era fácil recordar hasta los chismes, se requería de buena memoria. Pero Chang era incansable porque sus informes producían buenas ganancias a la oficina. Se sentía orgulloso y hacía el trabajo con gusto.

Chang desayunó en el restaurante Chondongok y cuando salió ya era mediodía. Con el palillo entre los dientes cruzó la calle y echó unas miradas hacia los avisos de los restaurantes: caldo de pescado, caldo de tripa, caldo de res, arroz con pollo... Antes, estas listas lo atraían, eran

unos platos con mucho picante y sal que antes le hacían agua la boca, pero ahora ya no, hasta sus nombres le daban asco pensando en el sabor fuerte.

Chang se dirigió a la cafetería Rotario; desde allí, comodamente sentado al lado de la ventana y abriendo un poco la cortina, podía controlar seis oficinas de bienes raíces: Asanman, Chungdong, Chonnam, Tongso, Imhe, Sohe. Todas sus puertas daban a la cafetería. La cafetería parecía una caverna, su decoración era oscura evitando la necesidad de limpiar a cada rato, los clientes, un poco morenos, estaban vestidos con sacos negros de cuero. Las únicas cosas visibles eran unas hojas de calendario y la tubería de la estufa que atravesaba la sala sobre las mesas. Había un lugar libre. Chang se dirigió allí mirando a la gente con zapatos o botines de cuero o de piel, de cabellos sucios, barbudos, Eran los típicos intermediarios que no se acicalaban a fin de aparentar ingenuidad e inocencia entre los inversionistas.

Chang pidió café y empezó a afinar sus oídos. Pero pronto se dio cuenta de que no era necesario porque todos hablaban en voz tan alta que casi eran gritos.

— Claro, hombre. Si tienes tantas ganas de tomar licor, te acompañaré. Y si tengo ganas de tomar café, tú me acompañarás. ¿No somos amigos, pues?

Esa voz no era tan alta, pero se oía muy bien. Era uno que llevaba puesto el gorro de piel ya pasado de moda, y el que escuchaba llevaba lentes para ancianos, estaba ya bien bebido y le contestó:

— Así es. Veo que los viejos amigos son las verdaderas joyas. Aunque tenga un familiar muy acomodado, no se puede comparar con un verdadero amigo. Tener amigos es como tener dinero. Tú sabes, si uno no tiene dinero, ¡qué problema! Es el caso de una mujer de edad sin esposo.

— Exacto, hombre. Y la cantidad a que aspiramos ni siquiera es mucho: tener algo para un poco de trago y unos cigarros es suficiente. Si tienes para el licor y si tengo para cigarros, ya no hay de qué preocuparnos. Como buenos amigos nos complementamos.

— Claro que sí. Tú me tienes y yo te tengo. Basta. ¿Qué más queremos?

Al lado de los dos viejos, un grupo de gente discutía sobre la política. Era por el almanaque del año entrante. Los dos delegados nacionales actuales y los que querían candidatear habían distribuido almanaques con sus fotos o con alguna propaganda de su partido. Había restaurantes y licorerías que adornaban sus paredes con varios de esos almanaques.

— ¡Qué caray! ¿No sabes que estos dueños de restaurantes, cafeterías y

licorerías cuelgan los almanques del Partido Republicano y del Partido de la Nueva Democracia sin ninguna condición, pero los almanques de otros partidos no los cuelgan si no les pasan dinero?

– No, hombre, dicen que hasta los almanques de los independientes los cuelgan sin poner condiciones.

– Tú no sabes nada. Si hay unos quince candidatos, ¿cómo pueden colgar todos los almanques en una pared apenas del tamaño de una mano? Por eso, si les dan algo siquiera para el tabaco, los cuelgan por unos meses; y si no, nada.

– ¡Carajo! Hasta aquí también existe la discriminación.

– Y, tú, ¿de qué partido eres? ¿Eres disidente?

– No sólo yo, sino tú también. Si uno no es republicano o demócrata o de ese grupo que a ojos cerrados apoya al gobierno, es disidente.

El tema más tratado de hoy también era sobre el futuro del pueblo. La mitad, por ser inversionista, decía que el terreno declarado de no inversión hacía cuatro días debería utilizarse para un complejo industrial; y la otra mitad antiinversionista insistía en que se debería fundar una universidad tal como reiteraban los editoriales del periódico.

– Mi esposa me dijo que quería ir a las aguas termales de Onyang. Y le di permiso. Es que por experiencia sé que es un lugar muy solicitado y si uno no hace reservación no hay dónde dormir. Fíjense, si no tiene dónde dormir, tiene que ir hasta Chonan para pasar la noche. Que vaya, pues, sé que como mi mujer no es lista, no habría hecho reservación y por tanto, ni modo. Sólo podrá bañarse no más. Eso, si tiene suerte. ¡Qué tal mi táctica! –un hombre de voz gruesa hizo reír a todos.

– El problema no está en bañarse o no, sino en el modo de ir hasta allá. Tantos automóviles que invitan a las mujeres que van a Onyang, eso sí es problema –intervino otro hombre a espaldas de Chang.

– Eso ya no es problema. ¿Crees que ese cabaret sólo se llena de las inversionistas de Seúl? ¡Qué ingenuo eres! –comentó otro hombre de cada desconocida.

Chang no creía que el problema estaba con los extravagantes inversionistas o sus choferes. Ya era común ver a una mujer joven, cansada de esperar el bus, subir al carro de los inversionistas. Había mujeres audaces que alzaban la mano y paraban esos carros en vez de perder el tiempo esperando el bus que no se sabía cuándo llegaba. Los dueños de esos carros invitaban con gusto a esas mujeres ya por compasión o por obtener datos de ellas que no engañaban como los intermediarios. Si los mismos dueños manejaban, se decía que el 70 u 80 % de ellos simple-

mente lo hacían por cortesía. Pero otros 20 o 30 % sí lo hacían con algún fin malévolo. En fin, los culpables no eran ellos, las mismas mujeres querían aprovecharlos aún sabiendo sus malas intenciones. Algunas, ya acostumbradas a tirar dedo, salían todo el tiempo e iban y venían de las aguas termales de Onyang. Había una mamá que tenía sus hijos ya en el colegio a quien el dueño del carro le pidió una cita, y decían que desde esa vez no dormía de felicidad porque el tipo la había considerado como soltera. Había otra que se había paseado con otro hombre por varios lugares y que regresó a casa de lo más fresca. Según ella, esa ocasión no era para perdersela porque el hombre era guapo, simpático y amable.

Chang observó todo este fenómeno sin lamentos. Para él, ese escalofrío era muy natural en una época de cambios. Es que los pobretones, que habían vivido oliendo la tierra, ahora andaban oliendo el dinero; por tanto, el cambio del valor de la vida era una consecuencia natural. Nada más que ese fenómeno no debería dejar llagas, y para lo cual se debería ayudar y educar a las mujeres enseñándoles el camino más adecuado. Por esta razón, esta mañana cuando su esposa le dijo que iría acompañando a su amiga a Onyang, no se lo negó. Habría que darle algo de libertad. Por el contrario, jamás podría aprender.

Cerca de la entrada, un hombre discursaba desde hacía buen rato:

– No repitas esa canción pasada de moda. Si en vez del Complejo se instala una universidad, el precio de la tierra ya no subirá. Si ya no sube, ya no habrá más negocios de bienes raíces.

El otro le contestó:

– Tu canción sí es de hace siglos. Más bien, si hay universidad, la zona restringida de compra y venta de tierra se reduce. Por eso, habrá más prosperidad en los negocios. Con esa cabecita, ¿cómo puedes trabajar en una oficina de bienes raíces?

Estaban hablando de la zona cerca de Tosong-ri, declarada como zona de restricción de inversión de terreno. El porqué la oleada de los inversionistas había llegado a Chondong-ri tenía que ver con la declaración de la zona restringida de Tosong-ri, pueblo contiguo de Chondong-ri. Ellos ya estaban bien informados. Los que habían vendido sus tierras llegaron a saber la verdad cuando las tierras vendidas subieron diez o veinte veces más. Decían que a esa zona trasladarían las fábricas que contaminaban mucho los alrededores de la capital. La gente la denominó "Zona del Complejo Industrial de Productos Variados". Que los inversionistas ya no llegaran estaba relacionado con el rumor: ya no ha-

bría el Complejo Industrial, sino una universidad de Seúl construiría allí su otro campus. Decían que había salido un artículo en el periódico acerca de eso. Los intermediarios se dividieron en dos grupos: unos que creían en la idea del Complejo Industrial, otros que creían en la del campus universitario. Los inversionistas, ante esa división de opiniones, ya no querían invertir.

La Oficina Chungang donde trabaja Chang estaba totalmente a favor del Complejo Industrial. Tukchong decía que aunque el gobierno era interino políticamente, el proyecto tenía ya mucho tiempo; no podía cambiarse de la noche a la mañana.

– No digas eso. El Complejo Industrial contribuirá al desarrollo del campo. Es que el campesino encuentra un trabajo además de su cultivo –le dijo el primero. Era uno que había recibido el curso de adiestramiento para los líderes de Saemaul.

Un intermediario, de cara conocida, intervino:

– ¡Qué pobre conocimiento tuyo! ¿En dónde está la mano de obra campesina? Si hasta los viejos trabajan en la fábrica, ¿quién cultiva la tierra? Los jóvenes ya no trabajan en el campo, y mil veces prefieren trabajar de intermediarios.

– Yo también pienso que es preferible una universidad. Así siquiera nuestros hijos se acostumbrarían a dar un vistazo a los libros. ¿Saben cuántos del Colegio Agrónomo de Chondong pasaron el examen nacional de la universidad el año pasado? Ni uno.

– Tienes razón. Una universidad sí cambiaría nuestra situación. Los niños, viendo a los universitarios, ampliarían su visión del mundo. –opinó otro.

– ¡Qué hombres de poca visión! Con el Complejo Industrial sí habrá edificios para la fábrica y el dormitorio; y al mismo tiempo, los campesinos que ganan más dinero podrán comprar más. Así se desarrolla un pueblo. ¿Creen que esos universitarios de otros pueblos nos van a comprar siquiera alguna verdura? ¡Olvídense! Con el Complejo sí podemos comprar todo a mitad del precio actual, y además, habrá más restaurantes, licorerías y cafeterías. ¿No ven que la ciudad Kongchu, llena de escuelas, no tiene desarrollo? Sin restaurantes y licorerías no hay prosperidad económica –el procomplejista insistió de nuevo.

– Oye, cállate, no más. ¡Qué discurso tan tonto! Con los profesores y universitarios se nos puede abrir la mente aunque seamos iletrados. ¿No dicen que los padres también aprenden de los hijos letrados?

– Cállate tú más bien. Con la universidad, las chicas aspirarían más, ya

no mirarán a los de su condición. Y los chicos, lo primero que aprenderán será cómo protestar. Los edificios de la universidad, por más elegantes que sean, no nos pertenecen ni nos dan comida.

– ¡Qué lógica! El que quiera vivir decentemente debe aspirar más y saber protestar oportunamente.

– Me haces refír. Eso sí le gustará a Kim, Il-Sung. ¿No ves que ya no hay chicas que quieran casarse con los campesinos? Por eso tenemos tantos solterones. Si hay un complejo, esos podrán casarse con las empleadas de las fábricas.

– Entonces, mira, en vez de fábricas, es mucho mejor una universidad. A lo mejor tendríamos unos yernos universitarios.

– Oye, me da pena tu pobre criterio.

– ¿Pobre criterio? Me da pena lo cojudo que eres.

Chang alzó la cabeza porque alguien lo había llamado. Era la dueña de la cafetería. Había una llamada telefónica para él.

– Habla Tukchong.

– ¿Hay algún problema? –le contestó tapándose el oído porque la bulla no lo dejaba oír bien.

– Ven no más. Hay una sorpresa. –Tukchong estaba alegre.

– ¿Sí? Si dices sorpresa a un hombre como yo, eso sí será una verdadera sorpresa.

– Vino una mujer, una hermosa dama por ti.

Colgó el teléfono Tukchong. Quizás una inversionista habría comprado algo. No podía adivinar porque no había mujeres que lo pudieran buscar en la oficina.

Al entrar, Chang se sorprendió. Su esposa, bien arreglada, y su amiga, la mamá de Sulgui, estaban por tomar el café que les servía la chica de la cafetería.

– ¿No dijiste que era hermosa? –Chang miró a Tukchong. Todavía no comprendía el mensaje.

– ¿Acaso no somos bellas las tres? –su esposa se burlo echándole una mirada un poco fría a la chica de la cafetería.

– Una sí. –cerró la puerta y entró. –¿Esto acaso es el Hotel de Turistas de Onyang? ¿No hubo algún rico con carro para llevarte allá?

Su esposa ni le prestó atención. Estaba ocupada echando azúcar al café. Su amiga, riéndose, le contestó:

– Como no era un paseo programado, preferimos no ir. ¿Acaso por bañarnos en esas aguas termales se nos quita el color característico de las mujeres de los campesinos? ¿Qué tal si nos invita al restaurante? En vez

de la boda preferimos probar algún plato occidental y regresar tranquilas a casa.

– Ud. se modernizó bastante. –se rió Chang.

LA CARTA DEL FORAJÓN
Y OTROS RELATOS
se terminó de imprimir en el mes de
junio de 1994 en los talleres
de Editorial e Imprenta DESA S.A.
Calle 14a. No. 1621, General Vialta 157
Ciudad de Panamá

LA CÁRCEL DEL CORAZÓN
Y OTROS RELATOS

se terminó de imprimir en el mes de
junio de 1994, en los talleres gráficos
de Editorial e Imprenta DESA S.A.
(Reg. Ind. 16521) General Varela 1577,
Lima 5, Perú

DE PROXIMA APARICION

FRANCESCA CANTU
Conciencia de América

PEDRO DE CIEZA DE LEON
*Crónica del Perú. Cuarta Parte.
Las Guerras Civiles:
Vol. II. Guerra de Chupas
Vol. III. Guerra de Quito*

MANUEL MARZAL
La Utopía Posible. Tomo II

CARMEN Mc EVOY
*Un Proyecto Nacional en el siglo
XIX. Manuel Pardo y su visión
del Perú*

ROGER RODRIGUEZ ITURRI
*Adolescencia, Matrimonio y
Familia*

IZUMI SHIMADA
*Tecnología y Organización de
Producción Cerámica Prehispánica*

FRANK TORRES
*Termodinámica I: Teorías y
Problemas Resueltos*

FONDO EDITORIAL

Av. Universitaria, cuadra 18,
San Miguel.
Apartado 1761. Lima, Perú
Tlfs. 622540 (anexo 220) y
626390

